El Papa Rojo

J. J. Benítez

(La gloria del olivo)

CIUDAD DEL VATICANO

04 HORAS 30 MINUTOS

Aquélla era otra de sus costumbres. Un hábito que ni ella misma podía explicar satisfactoriamente. Se sentía segura bajo el dintel de las puertas. Y era así como gustaba ejercer su autoridad. Y como cada madrugada, desde que fuera reclamada para cuidar de los pucheros del Papa, sor Juana de los Ángeles se detuvo en el umbral. Parpadeó inquieta y, al punto, tras un minucioso vuelo de inspección por la desahogada e inmaculada cocina, sus achinados ojos grises se dulcificaron, recuperando la tonificante luminosidad que tanto agradecían sus hermanas de congregación. Todo parecía en orden. A primera vista, todo se hallaba bajo control, al menos en aquellos apartados aposentos del ala este del Palacio Apostólico. Pero la nueva jornada apenas si acababa de despuntar. En una hora -a las 05.30- el viejo, fiel y nacarado despertador de Cracovia alertaría al Santo Padre. El fugaz campanilleo -que jamás había traspasado la frontera de los diez segundos- precedería al casi simultáneo encendido de la mayor parte de las ventanas de

aquella tercera planta. Era el comienzo oficial del nuevo día. Media hora más tarde -poco más o menos hacia las seis-, el Papa celebraría su primera audiencia. Sesenta minutos de recogimiento. Sor Juana sabía de la importancia de esta hora con Dios y de su modesta pero vital contribución a que todo en la capilla privada se hallara en armonía y de acuerdo con los severos gustos de su admirado Pontífice. A las 07 horas se iniciaría la misa. En cuanto a los invitados al posterior desayuno, ésa sí era una batalla perdida. A pesar de su machacona y lógica insistencia, Siwiz, el primer secretario particular, continuaba encogiéndose de hombros cada vez que era interrogado por la religiosa. En realidad, tanto sor Juana como el fiel polaco y hombre de confianza del Papa sabían muy bien que esa cuestión era una de las pocas que escapaban al rigorismo doméstico que impregnaba la casa del Pontífice. Todo dependía del humor, de la curiosidad o de los íntimos e inescrutables pensamientos del Santo Padre. Una vez finalizada la misa -a eso de las 07 horas y 45 minutos-, era el propio Papa quien, tras saludar y departir brevemente con la treintena de hombres y mujeres que le había acompañado en el Santo Sacrificio, procedía a seleccionar a los invitados que deberían compartir la colación. Pero esos momentos estaban aún por llegar…

Y sor Juana, desde el umbral, fue a centrar su atención en lo que realmente importaba.

Con la destreza de un malabarista, sin asomo de duda, los rollizos y sonrosados brazos de sor Gabriela seguían danzando incansables sobre las bandejas de madera que se alineaban en la rojiza mesa de pino. Y mentalmente, salpicando la vajilla con rápidos y nerviosos toques de sus dedos, fue pasando revista a los elementos que daban cuerpo al desayuno del Santo Padre y de sus imprevisibles acompañantes: zumo de uva negra, panecillos recién horneados, leche, queso, mermelada y café en abundancia. Y como extra, una pequeña sorpresa: jablka m cieslie z sokiem, un pastel de manzana con salsa de frutas. Todo un detalle sugerido y confeccionado por la diligente e imaginativa Gabi, la hermana cocinera. Y fiel al ritual de cada madrugada, sor Gabriela alzó su cara de luna, buscando el

refrendo de la madre superiora. Y sor Juana, desde la puerta, asintió con una grave y breve inclinación de cabeza.
Acto seguido, en un gesto mecánico, la cocinera giró sobre los talones, al tiempo que estregaba las manos entre los bajos del azulón e interminable mandil. Y, abriendo una de las alacenas, extrajo media docena de blancos paños de hilo. Y puesto que la colación debería permanecer en la cocina hasta las ocho en punto, las bandejas fueron delicadamente cubiertas.
Y también como parte obligada en tales prolegómenos, dejó hacer a la vivaz e incorregible hermana Fe. Su próximo cincuenta aniversario, lejos de moderar su genio, parecía arrastrarla a una segunda y alocada infancia. Rara era la jornada que no se veía en la necesidad de amonestarla. Pero sor Juana y el resto de las religiosas de la reducida comunidad daban por buenas sus inocentes extravagancias. Algunas, incluso, lo agradecían. En el fondo era una forma sana y discreta de quebrar la rigidez y la tensión que flotaban en las diecinueve estancias de los apartamentos papales.
Y sor Fe, la más joven de las monjas polacas, rescató un centro de flores de uno de los galvanizados fregaderos. Entornó los ojos y, aproximándolo al pálido y afilado rostro, fue a perderse en la fragancia de aquel puñado de rosas blancas y rojas, todavía prietas y prometedoras. E inevitablemente, como cada madrugada, los gruesos lentes resbalaron por la ganchuda nariz, atrapando un par de cristalinas gotas de agua. Y, tras un profundo suspiro, rodeó la mesa de pino, avanzando al encuentro de la casi imperceptible y familiar sonrisa de la superiora.
Pero antes de franquear el paso a la responsable de las flores, la vigilante mirada de sor Juana volvió a escrutar las cuatro palabras escritas con tiza en el pizarrón que colgaba entre dos de los espigados y avejentados aparadores. Y se sintió satisfecha. Aquel menú, discutido y seleccionado con sor Gabriela la noche anterior, haría las delicias del Santo Padre. De primer plato, kapusniak Cuna sopa de col fermentada). De segundo, otra especialidad polaca: zraz (un suculento filete en salsa de crema) y grzyby (setas hervidas o quizá a la marinera). La cuarta y última palabra hacía referencia al postre: mazurek (torta de frutas). El problema, como casi siempre, lo constituía

el número de raciones. Y al igual que sucediera con los desayunos, tan incómoda situación debería esperar. Tratar de conocer de antemano los cubiertos previstos para el almuerzo de Su Santidad era un trabajo al que había renunciado a las pocas semanas de su llegada a Roma. La experiencia, sin embargo, le había ido enseñando que, dadas las reducidas dimensiones del comedor, los comensales difícilmente sumaban más de ocho. Aun así, sor Juana -y en especial la hermana cocinera- no terminaban de acostumbrarse a los angustiosos equilibrios gastronómicos de última hora.

Sor Fe cruzó el umbral. Pero, al tercer paso, extrañada, se detuvo. Los negros hábitos de la superiora seguían recortándose en mitad de la puerta. Y el único símbolo externo de su autoridad -el cada vez más abultado racimo de llaves que colgaba del ceñidor- fue golpeado por la implacable luz de los fluorescentes. La portadora del centro de rosas dudó. La actitud de sor Juana, plantada frente a la cocina y retrasando la obligada gira de inspección por los todavía oscuros y dormidos aposentos, no tenía precedentes. Algo fuera de lo común la retenía. Y sor Fe, sin poder evitarlo, recordó la última reprimenda. La reverenda madre se lo había repetido un sinfín de veces. La orden, además, procedía del omnipotente Siwiz: Nada de marcas comerciales en los electrodomésticos. Debían ser anuladas. Pero ella, presa en la agotadora dinámica de la limpieza, del lavado y del planchado, lo había olvidado. Por otra parte, ¿a qué tantas prisas? Desde que saliera del convento del Sagrado Corazón en su amada Cracovia -y de esto hacía ya más de tres años- ni un solo periodista había sido autorizado a penetrar en los dominios de la comunidad. Así y todo, sor Fe reconoció que a la superiora le asistía la razón. Y se hizo el firme propósito de satisfacerla a lo largo de esa misma mañana.

De haber podido contemplar su rostro, sor Fe habría comprendido que el motivo de tan inusual demora no se hallaba en los rótulos del lavavajillas, del abrelatas o del horno, sino en la espigada silueta de sor Eliza. A punto de abandonar la cocina, el fino instinto de la superiora le había hecho reparar en un silencio poco común. Atareada en el manejo del molinillo eléctrico, la siempre cantarina monja permanecía muda y demacrada. A lo largo de aquellos minutos no la había visto

alzar los ojos. Pero lo más desconcertante es que, por primera vez en meses, la vieja y querida balada polaca -El montañés-, coreada siempre por las hermanas, parecía desterrada de los labios de la ayudante de la cocinera. Tentada estuvo de hacer una excepción, traspasar el umbral y reunirse con la religiosa. El corazón de sor Eliza, sin duda, se hallaba desbordado por alguna preocupación que, de momento, no acertaba a recordar. Como responsable de tan especialísimo grupo de monjas, estaba al tanto de sus más íntimos problemas. Ella las había seleccionado y redactado los meticulosos informes exigidos por la Secretaría de Estado. Y sabía también que cada uno de los expedientes -secretamente verificados por un enviado especial de la curia al convento de Cracovia- había ido a parar por último a las manos del propio Santo Padre, quien, asesorado por su primer secretario particular, terminó por aceptar la elección. Cada hermana -de acuerdo con las estrictas normas vaticanas- había sido elegida en función de cinco exigencias básicas: edad canónica (es decir, exenta de la menor atracción fisica), probada espiritualidad, salud de hierro, competencia profesional y, muy especialmente, extremada discreción. De este abanico de requisitos, el único que le obsesionaba era el de la salud. A pesar de su excelente memoria no conseguía recordar un solo día en el que hubieran dormido más de cinco horas. Pero se debían a su admirado Pontífice y al juramento de fidelidad otorgado en presencia del gélido y exigente Siwiz.

Bien. Lo tendría en cuenta. Y se ocuparía de sor Eliza en el momento oportuno. Ahora mandaba su segundo amo: el reloj. Y, dando media vuelta, fue a reunirse con la inquieta hermana Fe. Mientras permaneciera como

gobernanta de aquella tercera planta, los sentimientos personales debían ocupar un remoto puesto en el escalafón de prioridades. Ella no era sor Vincenza ni aquél, su apuesto Papa polaco, un Albino Luciani que admitiera la menor debilidad en sus ayudantes y subordinados...

04 HORAS 40 MINUTOS

Aquella visita de inspección al comedor privado figuraba en el invariable "orden del día". Y en silencio, con paso decidido, las religiosas salvaron los veinte metros que separan la cocina del refectorio.
Sor Fe, calculadora, optó por no atizar el fuego. Si entre los pensamientos de la superiora anidaba ya una nueva e inminente amonestación, lo más sensato era esperar y resignarse.
Sor Juana palpó el manojo de llaves. La escasa iluminación del corredor, pésimamente servida por los ambarinos pilotos alojados en los rodapiés, no restó eficacia a sus rutinarios movimientos. La cerradura giró y la negra y pesada hoja de roble fue empujada con suavidad. Y la mano de la superiora tanteó a su izquierda, rozando con las yemas el fino dorado que empapelaba la estancia. Una vez iluminada, y de acuerdo con su costumbre, permaneció bajo el dintel, absorbiendo en un golpe de vista la totalidad de la cámara. Vigiló los pasos de su compañera y la delicada colocación de la canastilla de rosas en el centro de la gran mesa que justificaba la sala. A continuación, acechante, fue explorando la ubicación de la docena de cuadros, de las nueve sillas, del aparador, del equipo de música, de las cinco pequeñas estatuas de madera, de la alfombra afgana y de sus hipotéticas arrugas. Por último, con singular celo, fue a enfrascarse en el repaso visual de cada centímetro cuadrado del sillón del Papa.
A qué negarlo. Aquélla era una de las muchas y admirables cualidades de la madre superiora. Ni sor Fe ni el resto de las hermanas habían logrado averiguar jamás cómo se las ingeniaba para detectar la más venial de las anomalías... y sin moverse de las dichosas puertas.
El caso es que el seco chasquido de los dedos de sor Juana significaba la localización de un fallo. Y sor Fe, como un autómata, siguió la dirección marcada por los ojos de la superiora. Rodeó el nevado mantel de lino y, como un radar, los

lentes apuntaron hacia el terciopelo "burdeos" del asiento papal. Allí estaba el pecado. Al inclinarse para depositar las flores, uno de los pétalos se había desgajado, cayendo sobre la augusta silla.
Encendida como una amapola, guardó la blanca hoja y, mecánicamente, evitando el gris-acero de la mirada de sor Juana, tanteó algunos de los levantiscos capullos. Y satisfecha maldibujó una sonrisa exculpatoria. Pero la siguiente orden estaba ya trazada en el impenetrable rostro de la superiora. Y alzando la poderosa mandíbula señaló la ventana.
Segundos después, por la entreabierta doble cristalera, penetró la fresca brisa nocturna de una Roma en reposo. Y sor Fe, de puntillas sobre las negras zapatillas de fieltro, se dejó acariciar por el silencio. Como cada madrugada, la Ciudad Leonina y la vía de Porta Angélica aparecían desiertas. Y estirando el cuello trató de descubrir el pequeño furgón azul que la policía estacionaba regularmente frente a la Puerta de Santa Ana. Pero el peso de los inquisidores ojos de sor Juana sobre su nuca le obligó a desistir.

04 HORAS 45 MINUTOS

Sor Fe lo sabía. Y también sus hermanas en Cristo. Si la madre superiora se mostraba escrupulosa en todo lo concerniente al orden, la limpieza y la disciplina dentro de los aposentos papeles, con la capilla privada sostenía un permanente y enfermizo reto personal. Ninguna de las religiosas, por supuesto, ponía en duda la santa naturaleza del lugar. Todas se hallaban al corriente de las frecuentes y, en ocasiones, dilatadas visitas del Santo Padre al pequeño templo, sabiamente reformado por su antecesor Pablo VI. En varias oportunidades se habían visto sorprendidas -bien a lo largo de la mañana, mientras se afanaban en la limpieza de suelos y paredes; bien al atardecer, durante los rezos comunitarios- por la súbita irrupción del Pontífice, quien, sin mediar palabra, se hincaba de rodillas en el solitario reclinatorio central. Y hay quien asegura haberle visto, a altas horas de la noche, de bruces sobre la verde alfombra persa, orando al estilo oriental. Y comprendían y

aceptaban que sor Juana extremase su celo hasta el punto de cambiar diariamente los sagrados manteles y la ofrenda floral que alegraba el extremo derecho del tabernáculo. Pero aquella obsesión por abrillantar cada madrugada el pequeño esmalte con el rostro de la Virgen de Czestocowa, alojado a dos metros del suelo y a la derecha del gran Cristo de madera que pende sobre el altar, sinceramente, no era normal. ¿Y qué podían hacer? En las sofocantes sesiones de plancha lo habían discutido a media voz. Casi clandestinamente. Todas se mostraban conformes: alguien debería hablar con la superiora. Aquella absurda manía de repasar diariamente el icono de la Virgen negra venía a robarles, al menos, media hora de sueño, Pero ¿cómo plantearle tan justo descontento?

Era matemático. A la misma hora y en el mismo lugar, al doblar la esquina y avanzar por el corredor que se abre paso entre las habitaciones del sector sur, sor Fe se veía asaltada por estos, quizá, poco caritativos pensamientos. Y también era cierto que tan incómodas reflexiones no florecían más allá de veinte o treinta segundos. Es decir, durante el tiempo consumido en el breve trayecto entre el refectorio y la capilla.

Y sor Juana, obsesiva, consultó de nuevo la fosforescencia de su reloj de pulsera. Estaban en el límite. Sí actuaban con diligencia, y contando, obviamente, con la benevolencia divina, una vez consumadas las postreras incursiones a los salones y al gabinete privado, quizá pudieran arañar unos minutos. Lo suficiente para plegar los delantales, cepillar los hábitos, vigilar las tocas y reponer una gota de esencia de espliego tras las orejas. Aunque el servicio del desayuno obligaba a la reverenda madre a retirarse poco antes de la bendición final, por nada de este mundo hubiera renunciado a la diaria y secreta vanagloria de rezar, cantar y comulgar junto al Santo Padre. La misa de siete, al menos para ella, era
mucho más que un sagrado acto de comunicación con Dios. Allí, entre la treintena de invitados que difícilmente se repetía, a cinco metros del sillón y reclinatorio papales, sor Juana se transfiguraba. Aquellos cuarenta copiosos minutos, en los que sus ojos y corazón se llenaban con la gallarda y segura figura de Su Santidad, compensaban con creces el claroscuro de su permanente servidumbre. Y desde su discreto pero excelente

puesto de guardia -siempre en el umbral-, desplegaba, además, la red de su insobornable mirada, reteniendo y procesando hasta el más mínimo detalle. Nada burlaba su singular y temida habilidad. El pulcro planchado de la blanca sotana de seda del Pontífice, la plateada blancura del solideo, la milimétrica exactitud en el tamaño de las velas o el azul cristalino de las vidrieras, entre la constelación de formas, luces, silencios y ademanes que sólo ella percibía, eran chequeados sin interrupción, al tiempo que su audaz voz se emparejaba en los cánticos con la del celebrante. Pero todo esto formaba parte de la última e inexpugnable ciudadela de su alma.

Y sor Fe, fiel a las ordenanzas, aguardó a que la superiora hiciera girar la cerradura que liberaba la doble puerta. Y como cada madrugada, aguzó el oído, esperando reconocer los lejanos, intermitentes e inconfundibles ronquidos del padre Siwiz. Aquel estratégico dormitorio -al fondo del pasillo- constituía un irritante enigma para su indomable curiosidad. En especial, desde aquella mañana en que, en compañía de sor Eliza, mientras trasteaban en el aseo y ventilación de la modesta cámara, fue a descubrir entre las sábanas unos aparatosos goterones de sangre. ¿Es que el primer secretario dormía con cilicio? La verdad es que de aquel hombre de cuarenta y siete años, permanentemente despeinado, siempre esquivo y cuyas manos le recordaban el pedernal, podía esperar cualquier cosa. Sinceramente, no le gustaba. Y no era la única en experimentar aquel rechazo casi natural. Sus casi treinta años de servicio, confidencias y lealtad al que hoy portaba el sello del Pescador, le habían convertido en un desagradable y, a veces, odiado filtro que no respetaba cargos, sentimientos ni prioridades. Su voz atiplada no admitía reparos ni segundas consideraciones. Su dudosa humanidad iba siempre por delante, tallada en hielo en unos ojos grotescamente redondos y desproporcionados que muy pocos habían visto pestañear. Nadie sabe si por iniciativa propia o por encargo, su raída sotana, sus chirriantes zapatones y la caja de huesos que Dios le había dado por soporte físico eran frecuentemente sorprendidos en los rincones más insospechados y a las horas más intempestivas. En plena noche se le veía deambular y esconderse entre la columnata de Bernini, quién sabe si

espiando a las patrullas de vigilancia. Y otro tanto ocurría en los muy nobles despachos de la Secretaría de Estado y en la planta superior, en los dominios de sor Juana. Al filo de las cuatro, recién levantadas, las religiosas habían reparado más de una vez en una siniestra y escurridiza sombra que escapaba de la cocina o que se deslizaba por los corredores, desapareciendo hábil y veloz por cualquiera de las treinta y ocho puertas de los apartamentos papales, antes de que pudieran llegar a ella. En varias oportunidades, la pareja de seguridad que monta guardia en el segundo piso, cubriendo las escaleras y el ascensor privado del Papa, había tenido que padecer los improperios y amenazas de Siwiz, al ser descubierta por el sibilino polaco en uno de los esporádicos sueñecitos que, hasta cierto punto, eran normales en las apacibles y aburridas noches del Palacio Apostólico. Los veinticinco italianos que velan por la integridad física del Pontífice y que se turnan las veinticuatro horas en la custodia de dicha segunda planta, de los accesos a la tercera y, en fin, de la totalidad de los movimientos del Santo Padre -a excepción de los mencionados aposentos privados, en los que no pueden irrumpir salvo casos muy graves y específicos-, no acertaban a comprender la hiriente desconfianza del caja de huesos. A petición del propio Papa, el general Chiesa, jefe de la lucha antiterrorista en Italia, los había reclutado de entre los mejores, formando un cuerpo de elite: el S.S.S.S. o Servicio Secreto de Su Santidad. Hablaban varios idiomas. Muchos de ellos eran licenciados por las más prestigiosas universidades europeas y norteamericanas. Como tiradores selectos, podían alcanzar un blanco con los ojos vendados y guiándose por el crujido de los zapatos. A pesar de sus impecables modales y de la esmerada apariencia de sus ternos azules, hubieran inmovilizado a un sospechoso en cinco segundos o detectado un arma bajo la ropa por el simple estudio de las arrugas.

Definitivamente, sor Fe no comprendía por qué muchas de las decisiones del Vicario de Cristo en la Tierra se veían tamizadas por un individuo que rehuía el diálogo, que jamás sostenía la mirada de su interlocutor y a quien, para colmo, le sudaban las manos. Pero el Santo Padre le llamaba hijo...

Y sor Juana, disfrutando del cotidiano ritual, empujó la doble puerta con las puntas de sus diez dedos. Y ante la resignada

quietud de sor Fe dejó que los solemnes labrados en bronce de Manfrini se abrieran de par en par.

04 HORAS 47 MINUTOS

¿Fue un presentimiento? Sor Fe nunca lo supo. Lo cierto es que, amarrada a la estricta obediencia debida, con las gafas -como siempre- peligrosamente adelantadas y aguardando de reojo el beneplácito para penetrar en la capilla y proceder a su enésimo maquillaje, se sorprendió a sí misma, incomodada por un pálpito que empezaba a tamborilear por las arterias, advirtiéndola.
Así, de pronto, creyó intuir la razón de tan desacostumbrado desasosiego. Saltaba a la vista. Aquel inesperado amarillo sobre el altar era algo inconcebible en el espartano orden de tan santa casa. Y confusa, buscó en
la memoria.
Pero la modesta luz no encajaba en sus recuerdos. No hacía ni cinco horas que ella misma había sofocado los seis cirios que escoltan el aagrario. Vencida la medianoche, concluida la última y rutinaria inspección, la madre superiora -haciendo honor a su merecida condición de gobernanta- había dado dos vueltas de llave, clausurando la capilla.
Pero, entonces...
Sor Fe no tuvo tiempo de formularse la inevitable cuestión. Fue sor Juana -imperativa y sin desviar la mirada del diezmado cirio- quien demandó una pronta explicación. La religiosa, perpleja, carraspeó, buscando un imposible auxilio en el reiterado ajuste de los bailarines lentes.
¿Y de qué hubiera servido excusarse? Todo cantaba en su contra. A no ser que...
Rechazó la idea. Aquél no era el estilo de Siwiz. Además, si la capilla había permanecido cerrada, ¿por dónde...?
En su borrascoso cerebro amaneció una segunda y no menos endeble teoría. Pero fue desterrada a idéntica velocidad. Aquello era ridículo. Sólo una imaginación tan desbordada y mundana como la suya podía concebir tamaño despropósito.

Para que el primer y aborrecido secretario hubiera tenido acceso al interior -prendiendo así la solitaria vela- habría sido preciso violar el descanso del Pontífice. Y por dos veces. Sólo a través del regio dormitorio existía una discreta y camuflada comunicación con el flanco derecho del ábside. Pero, como es natural, sólo era utilizada por el Santo Padre.
Semejante desafuero -todos lo sabían- no se hallaba al alcance ni tan siquiera del poderoso Siwiz.

04 horas 49 minutos

Y antes de que acertara a componer una respuesta, sor Juana traspasó el umbral, disolviéndose en unas tinieblas que amenazaban con engullir la tímida y esquinada flama. Sor Fe, descompuesta, fue incapaz de seguirla. El inusitado gesto -quebrando la sacrosanta costumbre de permanecer bajo el dintel- lo decía todo. Alguien, a no tardar -ella con seguridad-, pagada caro el error.
Y más que verla, la adivinó caminando sobre las verdiblancas losas de mármol, rumbo al altar. Creyó distinguir su cañaveral figura esquivando por la izquierda el macizo y curvado sillón de bronce que complementa el reclinatorio papal. Y al fin, merced al tenue destello de la misteriosa vela, la negra lámina de la superiora se hizo medianamente perceptible.
Salvó el escalón de veinte centímetros que divide prácticamente la capilla y, con la misma decisión con la que había arrancado de la puerta, fue derecha al encuentro del cirio. Y, por espacio de escasos segundos, la enjuta monja y su altiva toca se recortaron hieráticas contra el halo blancoamarillento. La proximidad de sor Juana fue acusada por la lengua de fuego, contoneándose. Y el pálpito de sor Fe arreció inexplicablemente.
De pronto giró la cabeza, reclamada por algo existente a su derecha. Y el breve perfil de la superiora quedó provisionalmente dibujado sobre la luz. Y así permaneció durante uno o dos segundos. Y sor Fe -acertadamente- imaginó que sus privilegiados ojos grises acababan de detectar una segunda y desgraciada anomalía.

A partir de esos instantes, todo se encadenó en un confuso desorden.
Sor Juana rompió la inmovilidad y avanzó un par de pasos. Pero, al rebasar el centro del tabernáculo, se detuvo. Inclinó el tronco, como si tratara de cerciorarse, y, acto seguido, ante la perplejidad de la vigilante hermana Fe, saltó hacia atrás golpeándose los riñones con el ara. Parecía como si alguien la hubiera empujado violentamente. Por supuesto, tan enigmática secuencia -impropia de la imperturbable religiosa- terminó de desarmar los ya debilitados ánimos de sor Fe. Y el miedo a empeorar las cosas la mantuvo en su sitio.
¿Un gemido? Sí, pudiera ser. Sor Juana abrió los brazos, buscando apoyo en el filo del altar. Y sin dejar de emitir aquel entrecortado y cavernoso sonido, fue deslizándose insegura hacia el extremo en el que parpadeaba la nerviosa vela. Pero antes de llegar a su altura rechazó el contacto con el mármol. Y cubriendo el rostro con las manos se tambaleó. Al momento sor Fe volvió a perderla en la oscuridad. Juraría que se había desplomado. Y un sudor frío comenzó a destilar bajo la toca. Fue la señal. Y obedeciendo al instinto se precipitó en auxilio de la superiora.
Pero, cuando apenas había recorrido tres de los cinco metros que la separaban del sillón curvado, un alarido la clavó al piso. Y el pálpito se hizo fuego, abrasándole las entrañas.
Aterrorizada, forcejeó con la negrura. Jamás había escuchado un grito tan desgarrador. ¿Qué estaba pasando? ¿ Qué había sido de sor Juana? Echó atrás las incorregibles gafas y, conteniendo la respiración, ensayó a empinarse, sin saber muy bien hacia dónde mirar. Pero el temblor de las piernas la obligó a renunciar.

04 horas 51 minutos

Un segundo. Silencio. Tres segundos. Silencio.
La capilla recuperó una aparente normalidad. Pero aquel silencio... Y sor Fe, bañada en sudor, inspeccionó los difusos perfiles. Su corazón, bombeando angustia y desconcierto, había cambiado de emplazamiento. Ahora tronaba en la garganta.

Exploró las blancas horizontalidades del altar, deteniéndose en la amarilla verticalidad de la llama. Y en esa fugaz y tensa espera volvió a percibir los ahogados gemidos. Partían del tabernáculo o de algún lugar muy próximo. Pero la oscuridad y el respaldo del sillón curvado habían amurallado la zona. Sólo tenía una opción: desatornillar el miedo de sus pies y caminar, rodeando el reclinatorio. Era menester salir de dudas y, sobre todo, auxiliar a la desaparecida sor Juana.

Y las zapatillas, al fin, comenzaron a arrastrarse sobre las losas. Pero un nuevo y sonoro lamento arruinó los últimos gramos de valor. Y, paralizada, creyó distinguir una sombra. Había emergido por detrás del reclinatorio. Y luchó por articular el nombre de la superiora. Inútil. Los labios y la lengua -como estopa- no respondieron. Y un escalofrío erizó sus cabellos.

Buscó retroceder. Pedir ayuda. Gritar. Imposible. El terror la había desmembrado.

Y antes de que acertara a desmayarse, aquel bulto ganó altura y, entre roncos gemidos, se abalanzó hacia ella.

Extendió las manos en un instintivo gesto de protección. Pero el choque fue inevitable. Y la religiosa, materialmente arrollada por un amasijo de hábitos y animalescos sonidos guturales, cayó de espaldas, perdiendo en el lance la toca y las inestables gafas. Y vientre, pecho y rostro se hundieron bajo unos pies descalzos que, inmisericordes, frenéticos y poderosos, se alejaron a la carrera.

Y el silencio -espeso como su mente- cayó de nuevo sobre la capilla.

04 horas 52 minutos

El frío contacto con el mármol fue su primera sensación coherente. E incapaz de hilvanar un solo pensamiento, trató de incorporarse. Tuvo que desistir. Sor Fe no había contado con aquel insoportable dolor en las costillas. Y con el zumbido del miedo en su cerebro eligió arrastrarse. Se aferró a la cera antideslizante con la que abrillantaba regularmente las losas rectangulares, impulsando el cuerpo hacia la puerta. Y de espaldas, con la borrosa visión del Cristo resucitado que

presidía las vidrieras del techo, comenzó a ganar terreno. Nuca, codos, manos, nalgas, pies y corazón se hicieron un todo, motorizando una obsesiva idea: huir. Y en cada palmo, sus labios imploraron el socorro de la Señora de Czestocowa. Pero ¿de qué escapaba? ¿Del silencio? ¿De las tinieblas? ¿De aquel aullido o quizá del tornado que la había herido y humillado? ¿Y sor Juana?

04 horas 54 minutos

Fue un golpe seco. Pero el suave dolor en la cabeza la confundió. De haber alcanzado los bajos de una de las jambas de la doble puerta, el topetazo la habría conmocionado. Y desafiando al dolorido costado giró sobre sí misma. No se había equivocado. En efecto, se hallaba en el umbral. Y desconcertada luchó por identificar el obstáculo que se interponía en su camino. Pero, a pesar de tenerlo a un palmo de su cara, los nervios y la galopante miopía frustraron el reconocimiento. Fue al palparlo cuando su angustia se desbordó. Y abrazándose a los ásperos zapatones, se deshizo en un llanto entrecortado y suplicante. Pero el muy humano desahogo de la religiosa fue breve. Al instante, unas sudorosas y familiares manos tantearon su rostro e, implacables como garfios, se hundieron en los brazos, alzándola como una pluma. Y sor Fe, sostenida en volandas, acusó el impacto de aquella nueva violencia. Y las lágrimas se hicieron incontenibles. Pero, súbitamente, enmudeció. Alguien había conectado las luces de la capilla y ante ella, como parte del caos que la envolvía, apareció un Siwiz desencajado, con el cabello en desorden, sin afeitar y con los redondos ojos fuera de las órbitas. Y sor Fe tampoco comprendió por qué su sotana se hallaba a medio abrochar.

Un segundo después era apartada violentamente. Y la exhausta religiosa se habría derrumbado, de no haber sido por la rápida y feliz intervención de sor Juana y las restantes hermanas. La superiora, sosteniéndola por la cintura, la arrastró hasta acomodarla en una de las cuarenta y seis sillas que llenaban el primer tercio de la capilla. Gabi rescató sus lentes y sor Eliza acomodó como pudo el largo y negro velo de la toca. Pero la

normalización de la visión, lejos de serenar su espíritu, sólo vino a sumar confusión a la confusión. La cocinera y la hermana ayudante se precipitaron hacia el altar y la superiora, con el rostro pálido y afilado como la proa de un navío, fue a hincarse de rodillas, sepultando la cabeza en el regazo de la atónita sor Fe. Y durante breves segundos la sintió estremecerse. Y el castigado corazón de la religiosa sufrió un nuevo latigazo. Las manos de sor Juana, agarrotadas entre su hábito, presentaban unas extrañas manchas rojas. Y, abriendo los dedos sin contemplaciones, vino a confirmar su primera impresión: sangre...

04 horas 57 minutos

Quizá fueran los estridentes chillidos de sor Gabriela. 0 quizá las monocordes plegarías de sor Eliza, mezcladas con los histéricos llamamientos del primer secretario, reclamando la presencia de sor Juana. La cuestión es que la madre superiora terminó por despegarse del momentáneo refugio. Y restregándose los húmedos ojos, obedeció como un robot. Y los pómulos y mejillas se pintaron de sangre.

Y la aturdida sor Fe la vio distanciarse, uniéndose al grupo que clamaba y gesticulaba junto al altar. Y aquel inicial pálpito volvió a instalarse en las profundidades de su menuda humanidad, obligándola a reunirse con sus trastornadas hermanas. Y lentamente, midiendo cada paso, deseando no llegar, fue aproximándose a las encorvadas espaldas de las tres religiosas.

Su primera ojeada por entre las convulsivas cabezas no sirvió de mucho. Y lo que medio vio fue instantáneamente rechazado por su cerebro. Era imposible. Se negaba a aceptarlo. Y víctima de su innata ingenuidad, lo atribuyó a los malditos lentes. E inmóvil, sin atreverse a bajar la vista, intentó rezar. Pero, incomprensiblemente, no pudo despegar los labios. En su mente seguía viva aquella imagen imposible: la parte inferior de una sotana -no sabía si blanca o roja- y unas mangas negras emborronando la escena. De lo que sí estaba segura es de que los brazos pertenecían a Siwiz y a la superiora. Y apretando los

dientes y suplicando clemencia al Todopoderoso, se arrojó sobre los hombros de la arrodillada Gabi, empujándola sin miramientos.

05 horas

Su boca fue abriéndose despacio. Y tras un nervioso e incontrolado parpadeo, quiso tomar aire. Pero no había aire. Al menos para ella. Y notó cómo sus piernas fallaban. Y ante el gran charco de sangre experimentó una punzada en la boca del estómago. Y una primera arcada ascendió como una ola.

¡Santísimo Padre!

La suplicante voz de sor Juana llegó trabajosamente hasta la petrificada sor Fe. Y una segunda y tercera arcadas la estremecieron como un muñeco. Pero la religiosa siguió recorriendo aquel cuerpo derramado sobre el mármol. Reconoció la siempre luminosa esclavina, ahora empapada en un rojo cereza. La sangre, increíblemente, lo llenaba todo: cabeza, espalda, faja, sotana, alfombra, losas y hasta el verdoso altorrelieve grabado en el frontis del reclinatorio. El anciano Pontífice yacía boca abajo, con la mejilla derecha en contacto con el pie semicircular del reclinatorio de bronce.

Siwiz retiró los dedos índice y medio del cuello del Papa. Y fijando sus ojos en los de la superiora, negó con la cabeza. La carótida no respondió y las arcadas, incontenibles, doblaron la frágil silueta de sor Fe. Y los vómitos se precipitaron sobre los charolados zapatos del inerte Papa.

05 horas 03 minutos

Y se obró el milagro. Despacio, como si hubieran sido entrenadas para ello, las monjas cesaron en sus lamentos. Y durante un tiempo que ninguna supo medir se dejaron arropar por el silencio.

Juana de los Ángeles, arrodillada frente al ensangrentado rostro de su amado Pontífice, luchaba por comprender. Ella lo había encontrado en la penumbra del altar. Poco faltó para que

tropezara con él. En su desesperación llegó a tomar la cabeza, agitándola e imaginando otro de aquellos periódicos y preocupantes desvanecimientos. Pero, al contacto con la sangre, creyó enloquecer. Y ciega y desbordada buscó la ayuda de Siwiz, arrancándolo de la cama. Todo había sido tan rápido y absurdo... Y ahora, impotente, se hallaba junto a los ojos vidriosos y extrañamente espantados de un hombre al que consideraba poco menos que inmortal.
-Sor Juana...
La voz del primer secretario -apenas un hilo- le devolvió a la realidad. La habitual dureza de sus labios en herradura, fugazmente amortiguada por la sorpresa, volvió a esculpirse en el rostro de Siwiz. Y sin apartar la mirada del montañoso coágulo que cruzaba la frente de su padre y señor ordenó con frialdad:
-Avise a Seguridad.
Y ambos se alzaron. Siwiz sin esfuerzo. La superiora, tambaleante, como si le arrancaran las entrañas.
Y tras un instante de duda, con el mentón clavado sobre el abierto e imberbe pecho, la mano del primer secretario apuntó hacia la doble puerta, cursando una segunda e inapelable orden:
-Salgan todas.
Las religiosas, en pie, se miraron sin comprender. Y sor Gabriela, buscando los ojos de la superiora, avanzó un corto paso, haciendo ademán de intervenir. Pero sor Juana, llevando su dedo índice a los labios, dio por buena la disposición.

05 horas 07 minutos

Siwiz se hizo con el manojo de llaves. Y sor Juana, resignada, se limitó a observar. Pero, a la primera vuelta, la mano del polaco quedó inmóvil en la cerradura. Y sus ojos de lechuza volaron al encuentro de la ausente monja. No hubo palabras. Y la superiora, recordando la orden, se perdió veloz por el pasillo. Y Gabi, Eliza y sor Fe, indefensas ante el inhóspito Siwiz, dejaron que cerrara la capilla, precipitándose tras la madre superiora. Y los velos y hábitos, en la que sería su postrera carrera por

aquella tercera planta, hicieron parpadear los rasantes pilotos de emergencia.
En mitad del oscuro corredor, con la veintena de tintineantes llaves entre sus dedos, el primer secretario volvió a dudar. Pero terminó por decidirse por el despacho más cercano: el gabinete privado de Su Santidad.
Y, esquivando las tres sillas de cuero negro que rodeaban aún la abarrotada mesa, tomó asiento frente a los teléfonos. El elenco editado por el Governatorato seguía al pie del pequeño cuadro de la Virgen Guadalupana. Hojeó nerviosamente las páginas enmarcadas en azul y buscó la extensión del secretario de Estado.

... 5098

Y un rezagado e incontenible temblor le obligó a sujetar el blanco auricular con ambas manos. Cuán lejana y extraña se le antojó entonces la borrascosa reunión de la tarde-noche anterior, en torno a aquellas dormidas y engordadas carpetas de piel repujada.
Al tercer toque, una voz distorsionada, bruscamente arrebatada del sueño, le obligó a excusarse. Y añadió sin rodeos:
-Eminencia. Suba inmediatamente...
Monseñor Angelo Rodano consultó su reloj. Entre las brumas de su adormilada mente creyó reconocer el agudo timbre de Siwiz. Y molesto, sospechando una imperdonable confusión, exigió que se identificara.
-Eminencia, por el amor de Dios. -El polaco obvió el requerimiento. Y endureciendo el tono, entre tartamudeos, obligó al monseñor a despegar el teléfono de la oreja-. El Santo Padre... ¡Oh Dios!, eminencia, ha sido encontrado en la capilla...
Rodano tiró de su pesada humanidad. Se sentó en la cama, prendió las luces y buscó las gafas. La excitación de Siwiz terminó de despertarle. Y su certero olfato de hijo de campesinos abrevió la secuencia.
-¿Otro desmayo?
-No, eminencia. Hay sangre por todas partes.
-Pero... Siwiz enmudeció.
-¿Muerto?

Aquel segundo silencio del fiel hombre de confianza resultó elocuente. Y atropellado por sus propias ideas, Siwiz balbuceó:
-No puedo asegurarlo… Entiendo que sí… No comprendo… Por favor, suba…
Tentado estuvo de colgar y precipitarse escaleras arriba. Su dormitorio, en la segunda planta, se hallaba a un par de minutos de los aposentos papales. Pero, tratando de controlar al imprevisible primer secretario, eligió sujetarlo al teléfono.
-¿Quién más está al corriente?
-Las monjas… Ellas lo descubrieron. Y ahora, supongo, la Seguridad.
Angelo masculló su desagrado, reforzando el acento piamontés. Pero, recuperando el timón, fue breve y rotundo:
-Llame a los médicos. Primero a Itenozzu. Yo me encargo del camarlengo… Y por favor, que nadie toque nada. ¿Lo ha entendido?

05 horas 12 minutos

La luz azul, estratégicamente alojada en el alto techo del corredor central, puso en guardia a Siwiz. Debía actuar con rapidez. En cuestión de minutos, la capilla y toda la tercera planta escaparían a su control. Y él no estaba dispuesto a obedecer la inhumana orden del secretario de Estado. Su venerado señor no sería blanco de la morbosa curiosidad de aquellos incompetentes prebostes vaticanos. Le repugnaba la idea de cruzarse de brazos y esperar a que otros autorizaran el levantamiento del cuerpo. ¿Qué sabían ellos de su dilatada y abnegada entrega? El Santo Padre era suyo. De nadie más…
Pero sus enfermizos pensamientos y el destartalado caminar se vieron bruscamente interrumpidos. Y, observando la escena con desconfianza, trató de adivinar el motivo de aquella agitación entre las religiosas y los dos italianos que, en teoría, velaban por la seguridad del Pontífice. Uno de los agentes, haciendo caso omiso de las protestas de las monjas, trataba de desbloquear la doble puerta de la capilla, lanzando sucesivos e impetuosos embates con el hombro.

Al reconocerlo en el fondo del pasillo, sor Juana corrió a su encuentro.
-¡Padre, quieren derribarla!
Siwiz no respondió. Esquivó a la superiora y, babeando, se precipitó con los puños en alto hacia la torre humana que pujaba por entrar. En su enloquecida carrera topó con sor Gabriela y, desequilibrado, fue a rodar hasta los pies del segundo hombre de azul. Una décima de segundo después, al revolverse, el primer secretario experimentó la redonda frialdad de un cañón entre sus pobladas cejas.
Y el agente que empuñaba la Beretta 92-SB-F escrutó los voluminosos y encendidos ojos de Siwiz. Pero la voz de su compañero, que había renunciado a la demolición de la puerta, le hizo enfundar el arma.
-¡Quieto!... Y usted, padre Siwiz, tranquilícese.
Sor Juana acudió en ayuda del sacerdote. Pero fue rechazada.
-Y ahora, por favor..., abra la puerta.
El primer secretario comprendió que no tenía elección.

05 horas 15 minutos

Siwiz dejó que la pareja de Seguridad le precediera. Y reteniendo a la superiora, caracoleando con una familiaridad inusual, le manifestó que lo dispusiera todo para el inmediato aseo y traslado del Santo Padre. Sor Juana no preguntó. Se limitó a asentir. Y, haciendo suyas las aparentemente humanitarias intenciones, desplegó a sus religiosas, a la búsqueda de lo necesario.
Y el primer secretario alcanzó a los agentes cuando uno de ellos, inclinado sobre el cuerpo, palpaba por detrás de la oreja izquierda, tratando de confirmar lo que parecía evidente. La exploración fue breve. Tomó aire. Se enderezó y cruzó una significativa mirada con su compañero. Extrajo un pañuelo del bolsillo derecho del pantalón y, enjugando el sudor, resopló como un búfalo acorralado. Movió la cabeza negativamente y con un mal disimulado desaliento pidió al que había encañonado a Siwiz que telefoneara al comandante.

El de la pistola obedeció en silencio. Aunque su faz presentaba una llamativa palidez, aquel horror no parecía haberle afectado. Sencillamente, ante unos hechos consumados, se había limitado a poner en marcha la maquinaria de su profesionalidad. Estudió el cadáver y su entorno, partiendo de lo general para, seguidamente, entrar en lo particular. Y en segundos, las evidencias fueron conformando una primera y provisional hipótesis. La posición del cuerpo, de la cabeza y de los brazos era elocuente. Quizá el anciano y castigado Pontífice había resbalado o sufrido otro desmayo cuando se dirigía al reclinatorio, estrellándose contra la sólida y artística pieza de bronce. La caída tenía que haberse registrado a un metro -quizá menos- del peldaño que daba altura al altar. El vientre y las piernas se hallaban en dicha zona. En cuanto a la profunda herida en la frente y la propia disposición de la cabeza, sobre el pie semicircular del reclinatorio, encajaban con su teoría del lamentable accidente. La escandalosa mancha de sangre en la emplumada pata derecha del águila que adornaba el curvado frontis del citado reclinatorio hablaba por sí sola. Aquél, a primera vista, parecía el punto de impacto. Un choque tan brutal que había proyectado la sangre en forma de estrella, alcanzando la casi totalidad del sinuoso relieve metálico. Las grandes alas desplegadas, el largo y curvado cuello, la cabeza y el pico, el pecho y las patas de la simbólica ave se hallaban teñidos por aquel espectacular goteo. Incluso los dos polluelos labrados al pie de la protectora y solícita madre acusaban el chorreo sanguinolento.

La muerte -pensó- debió de ser instantánea. Pero, por el momento, estas apreciaciones quedaron en su fuero interno. Conociendo como conocía el intrincado y pantanoso proceder de la cúpula vaticana, lo más probable es que el óbito y sus circunstancias fueran drásticas y velozmente explicados, evitando a toda costa una investigación en regla. ¿Qué otra cosa podía esperarse ante el enojoso precedente que rodeó la muerte de su

antecesor, el Papa Luciani?

Y, asqueado, giró sobre los talones, apresurándose a comunicar la noticia. No hacía falta mucha imaginación para intuir el despertar de Camilo Chíniv, su comandante y jefe de los

Servicios de Seguridad del Vaticano. Y una vez más maldijo su aciaga estrella...

05 horas 19 minutos

Esta vez, Siwiz, quebrando su proverbial distanciamiento, se apresuró a auxiliar a las religiosas. Al verlas aparecer en la capilla, presa de un sospechoso nerviosismo, arrebató la jarra de porcelana que portaba sor Eliza y, en polaco, las apremió para que se repartieran en torno al Santo Padre. Y, empujando sin contemplaciones al atónito agente, se plantó de rodillas a un palmo del casi irreconocible rostro del Papa. Las monjas, con los lienzos, esponjas y jofainas entre las manos, no supieron cómo reaccionar. Y estupefactas asistieron a otro gesto, impensable en aquel corazón de hielo. Siwiz se arremangó y, atrapando una de las esponjas, la empapó en agua. Y, decidido, la dirigió al gran coágulo que dominaba la zona frontal. Pero no llegó a tocar la herida. Una curtida e inmensa mano -que hubiera podido abarcar su cuello- se enroscó en el antebrazo derecho. Y tirando del primer secretario le forzó a ponerse en pie.

-Padre, ¿qué pretende? ¿Es que ha olvidado mis órdenes?

Los minúsculos labios del sacerdote acentuaron su curvatura. Nadie supo si contraídos por el dolor o por la frustración. Y antes de elevarse hacia las cuadradas y deportivas gafas que aguardaban una respuesta, sus cenicientas papilas se detuvieron en la dorada cruz cardenalicia de doce centímetros que destellaba sobre la negra sotana. Y, en su ralentizada ascensión hacia el final de aquella jadeante mole de 1,85 metros, reparó igualmente en los tres botones rojos y en el pulcro alzacuellos que ceñía el inconfundible morrillo de toro del secretario de Estado.

En realidad, monseñor Rodano no esperaba ni necesitaba una explicación. Hacía años que conocía y padecía el rebelde látigo que se agitaba en aquellos ojos. E, intuyendo alguna secreta e irreparable maquinación del primer secretario, se había lanzado de la cama y, a medio vestir, sin afeitar pero cuidando de portar el solideo escarlata de seda jaspeada y la cruz con las seis

incrustaciones de aguamarina, salvó de dos en dos los veinte escalones que le separaban de la tercera y noble planta.
-Retírese..., por favor.
A sus sesenta y siete años, a pesar de la cuadrada fortaleza -más propia de un ring que de un diplomático al servicio del Espíritu-, aquella febril carrera hasta la capilla y el momentáneo uso de la coacción física mermaron notablemente las siempre generosas reservas de paciencia de Angelo Rodano. Y su voz, habitualmente reposada, profunda y varonil, necesitó tiempo, esfuerzo y concentración para recuperar el latido propio.
Y dirigiéndose a las descompuestas monjas les hizo ver que también ellas debían seguir los pasos de Siwiz. Pero, rectificando sobre la marcha, suplicó a la superiora que se quedase. Sor Juana cuchicheó brevemente al oído de Gabi. Acto seguido, mientras las cabizbajas religiosas cargaban de nuevo los enseres, retirándose, cruzó las manos sobre el vientre, dispuesta a obedecer. Pero el piamontés pareció olvidarse de sus últimas palabras, de la madre superiora y de cuanto le rodeaba. Y situándose en el filo de la enrojecida alfombra persa sobre la que yacían los brazos y el tronco del Santo Padre, cuidando de no pisar la inmóvil marca de sangre, permaneció estático, con la cabeza humillada, las manos desmayadas a lo largo de la campanuda sotana y sus atractivos ojos velados por una infinita piedad. Y, por primera vez en aquella infausta madrugada, alguien se acordó del alma de aquel infeliz. Y, dejándose caer lenta y reverencialmente, fue doblando las rodillas hasta ocupar el lugar en el que había sorprendido a Siwiz. juntó sus manos de leñador, las elevó hasta presionar la punta de la nariz y, cerrando los ojos, se aisló en una prolongada e intensa oración.
Sor Juana, contagiada, imitó al monseñor. Y sus rasgados ojos grises no tardaron en cargarse de lágrimas. Sólo el hombre del traje azul permaneció de pie, inquieto y sin atreverse a deshojar con sus impacientes pasos aquellos momentos de respetuoso silencio.

05 horas 24 minutos

Angelo abrió los ojos. Bajó las manos y, tras una segunda y conmovida inspección del cadáver, decidió enfrentarse a la caravana de preguntas que aguardaba en su subconsciente desde que fuera despertado a las cinco y ocho minutos. Los médicos, el camarlengo, el jefe de Seguridad y todos los demás no tardarían en aparecer. Era primordial conservar la calma y actuar con sentido común. Pero ¿por dónde arrancar?
Y, reparando en los entrelazados dedos de la superiora, optó por ajustarse a lo concebido poco antes, cuando rogó a sor Juana que permaneciera junto a él. Nada más lejos de su jesuítica mente que abrir una investigación en tan delicados momentos. Pero sí necesitaba información. Y, aproximándose a la religiosa, la invitó a alzarse. Y tomándola del brazo, alejándose discretamente hacia la doble puerta, la invitó a que reconstruyera el cuándo, el dónde y el cómo del macabro hallazgo. Y sor Juana, sofocadamente, con la voz rota, dio comienzo al relato, simplificando las primeras inspecciones en la cocina y en el refectorio.
-¿Y dice usted que abrió la capilla a las cuatro y cuarenta y cinco?
La militar sumisión de aquella polaca hacia el reloj era un secreto a voces en todo el Palacio Apostólico. Así que no dudó de su precisión.
-¿En qué momento fue cerrada?
La superiora frunció el ceño. La pregunta estaba de más. Rodano era testigo de excepción de su puntillosa y severísima puntualidad. Y replicó molesta:
-A las doce de la noche. Su eminencia lo sabe bien…
Y, rebozando las palabras en una justificada actitud, remachó:
-Yo misma, como siempre, di las dos vueltas de llave.
-Sí, comprendo… Disculpe.
El secretario de Estado encajó el desplante al viejo estilo curial -sin trasparentar emoción alguna- y prosiguió con lo que en verdad le interesaba: el minucioso análisis de las aclaraciones de la testigo.
Conforme la escuchaba, un súbito detalle -en el que no había reparado hasta esos instantes- fue polarizando sus

pensamientos. No terminaba de entender por qué, pero la imagen del cuerpo del Papa, con la habitual ropa de calle, había hecho saltar sus alarmas interiores. Algo no encajaba. Él, al menos, como buen conocedor de las costumbres domésticas del Pontífice, no termina de explicarse tan inusual indumentaria para una supuesta visita nocturna a la capilla. Tenía puntual conocimiento de dichas y asiduas visitas. En este, como en otros aspectos, su especial servicio de información le mantenía al corriente de la más mínima alteración detectada en la teóricamente inviolable tercera planta. En el Vaticano, como en cualquier otro centro de poder, casi todas las lealtades, como el mercurio, eran sensibles al calor del dinero.

Y sabía igualmente que en aquellas críticas semanas las audiencias del Santo Padre con Dios se habían multiplicado. Rara era la noche que no abandonaba su grueso colchón de lana para refugiarse en el reclinatorio o gemir lastimeramente al pie del altar, casi siempre postrado, tembloroso y gesticulante.

No importaba que la doble puerta estuviera cerrada. Su eminencia estaba al tanto de la existencia del secreto acceso practicado en el ábside. Él mismo lo había inspeccionado en repetidas oportunidades, durante las largas ausencias del viajero Papa. Y su informador -tajante- aseguraba que tales ingresos nocturnos a la capilla difícilmente se producían con sotana de lino, incómoda faja de seda y zapatos de batalla. Lo normal es que cubriera el pijama con uno de sus apreciados batines y calzara las sencillas zapatillas a juego. Era así, justarnente, como se sentía más cómodo.

Pero, admitiendo que podía estar equivocado, eclipsó temporalmente sus lucubraciones. Y repasando en voz alta la atropellada y postrera descripción de sor Juana, matizó:

-Entonces usted encontró el cuerpo a las cuatro y cincuenta.

La monja, tensa y a la expectativa, se limitó a asentir.

-¿Está segura de que la posición del Santo Padre era la misma?

Confusa, dudó:

-Seguramente...

El rostro del secretario, cristalizado, exigió precisión.

-Sí -remachó la gobernanta-, así fue como lo descubrí, con medio cuerpo sobre el piso del altar, la cintura en el filo del escalón y la cabeza en el pie del reclinatorio.

-Pero usted dice que lo tomó por los hombros y trató de reanimarlo...
-Sí... y no.
A pesar de su fluido italiano no captó la refinada sutileza del monseñor.
-No pude moverlo. Pesaba demasiado. Entonces me limité a tantear la cara. La sentí húmeda y, cómo le diría...
El gris de sus ojos se apagó. Inspiró y, reagrupando las fuerzas, concluyó:
-Sucia quizá. Un sucio anormal. Grumoso. Y muy asustada zarandeé su cabeza.
-¿Por qué?
-Lo interpreté como otro de sus desmayos. Usted sabe... Quise despabilarle.
Y Rodano, incombustible, repitió la carga:
-Es decir, no lo movió...
Sor Juana, aunque tarde, comprendió la retorcida naturaleza de su insistencia. Y por toda respuesta sostuvo la mirada, desafiante. Pero su interlocutor había descendido a las profundidades de sí mismo. Seguía allí y la observaba. Su mente, sin embargo, corría por el laberinto de la memoria, a la caza de los recuerdos de la noche anterior. Tenía que estar en alguna parte. Tenía que hallar el fragmento que justificase por qué el Santo Padre no había cambiado sus ropas.
Y, retrocediendo, reconstruyó el perfil de su última entrevista con el Pontífice. Poco antes de la cena, Siwiz, cumpliendo el mandato de su jefe, le convocó al gabinete privado. Allí, a las 21 horas, fue a reunirse con Sebastiano Bangio, el camarlengo. La reunión, que se alargaría hasta las 22.30, le crispó los nervios. E, impotente, tuvo que asistir al agrio y lamentable forcejeo dialéctico entre un Papa obstinado y un Bangio colérico y amenazador. Y, como era de esperar, el impulsivo camarlengo puso fin a sus diatribas y exigencias con el estilo que le caracterizaba: dando un portazo.
Ahí se diluía la información de Angelo Rodano. A las 22.45, fiel a su costumbre, el Papa se encerró en la capilla, finalizando la jornada de trabajo. Al despedirse en el corredor, sus ojos azules llameaban. Era el presagio de la inminente ejecución de unos deseos a los que Bangio y él mismo se oponían. Unas órdenes -

más que deseos- de imprevisibles derivaciones para el mundo occidental... En cierto modo comulgaba con el desairado camarlengo, aunque detestaba sus primitivas formas.
A las 23 horas, el testarudo polaco conversó brevemente con el primer secretario, recluyéndose en su alcoba. Si sus noticias eran fidedignas, a partir de ese momento nadie volvió a verle. Los hechos, por tanto, los que fueran, habían sido escritos entre las 12 y las 04.50.
Por mera deducción, Rodano se inclinó a creer que el Papa no llegó a desnudarse. Víctima, sin duda, de la tensión acumulada en la mencionada y secreta reunión, cabía la posibilidad de que hubiera buscado serenar su apaleado espíritu en los espartanos muros del dormitorio. Al no lograrlo, en una reacción muy a tono con su visceral devoción mariana, pudo penetrar de nuevo en el oscuro templo, con el propósito de encomendarse a su inseparable Czestocowa.
¿Fue entonces cuando perdió la conciencia, precipitándose contra el bronce? ¿0 debía inclinarse por un desafortunado resbalón o tropiezo, con similares consecuencias? Naturalmente, esta hipótesis admitía otra variante: que el Pontífice sí hubiera cambiado sus ropas. Incluso que llegara a meterse en la cama. Pero, en dicho supuesto, ¿cómo explicar la indumentaria con la que había sido encontrado? La única respuesta coherente le forzaba a admitir que -quizá por causa del insomnio- terminó por huir del lecho y, avanzada la madrugada, optó por vestirse, adelantando su primera y tradicional "audiencia" con el Santísimo, prevista para las 6. ¿o debía pensar mejor en la repetición de una de sus crisis emocionales?
Pero, inesperadamente, en el recuerdo del monseñor campanillearon dos palabras. Desbordado por los acontecimientos casi las había perdido en la tormenta de arena que azotaba su cerebro.
¿Oscura capilla?
Al parecer estaba equivocado. Sor Juana -aunque de pasada- acababa de referir un pequeño y, aparentemente, insustancial suceso que le forzó a reflexionar: el hallazgo de un cirio encendido.

Y, contrariado por su torpeza, fue a despegarse del mutismo en el que había larvado pensamientos y conjeturas, interrogando a la superiora acerca de la misteriosa e intrigante llama.
-Poco puedo añadir, eminencia...
Y punto por punto repitió lo que sabía. Pero el dilema, lejos de amansarse, cobró alas, ensombreciendo el ya cargado ánimo de Rodano.
Si las cuidadosas monjas habían apagado los seis cirios del altar y el secretario no desconfió de la palabra de la religiosa, ¿quién era el responsable del encendido? ¿El propio Papa?
La monja, resuelta, rechazó la lógica sugerencia:
-Jamás lo hacía. A Su Santidad le gustaba orar a oscuras.
-Pero entonces...

05 horas 29 minutos

Un atropellado taconeo le previno. Y Angelo Rodano enmudeció. Al punto, cinco rostros con los músculos aballestados se detuvieron bajo el umbral. Y entre jadeos buscaron en los ojos del secretario de Estado. Camilo Chíniv, jefe de la Seguridad Vaticana, fue el primero en comprender que las prisas eran ya un lujo estéril. En décimas de segundo -tras un vertiginoso viaje a las opacas pupilas del monseñor- se hizo cargo de la situación, montando el arma de sus cuarenta años de probada sabiduría profesional. A su lado, Renato Itenozzu, director del Servicio Sanitario del Vaticano y uno de los médicos que atendía al Pontífice, con las sienes perladas por un simulacro de asco, traía la incredulidad colgada de su cuadrada, bronceada y venerable faz. Los blancos cabellos, dudosamente domesticados, restaban horizonte a su empinada y nobilísima frente, traicionando su proverbial parsimonia. Y por detrás, los relajados nudos de las oscuras corbatas de los hombres de Seguridad, igualmente arrebatados del sueño.
Y respetuosos, sabedores de que aquel prelado que les cerraba el paso era, ante todo, el vicepontífice, sujetaron en corto la ansiedad. Camilo, previsor, se desabrochó la americana. El doctor, menos entrenado, cambió nerviosamente de mano el pequeño estuche de urgencias.

Al fin, la recompuesta voz de Rodano -navegando de uno a otro con una suavidad que los tonificó- anunció:
-Señores, ahora somos nosotros los que necesitamos de la paz y de la cordura...
Y, haciéndose a un lado, les franqueó la entrada.
Chíniv, seguido del agente que le había puesto al corriente, fue derecho al encuentro del policía que vigilaba desde el extremo izquierdo del altar.
Itenozzu titubeó. Se detuvo entre las filas de sillas y asentó las gafas. Y al descubrir en el suelo la manga izquierda del Pontífice modificó el rumbo, encaminándose hacia el flanco derecho del sillón curvado.
Los otros dos hombres de azul echaron las manos a la espalda. Abrieron las piernas y tomaron posiciones frente a los dinteles, cubriendo la doble puerta. La consigna era terminante: prohibido el acceso hasta nueva orden.
Y el secretario de Estado, asegurándose de no ser oído por los acechantes agentes, se inclinó hacia la toca de la superiora, musitando unas palabras. Sor Juana entendió. Y, aceptando la complicidad del monseñor, desapareció por el corredor, en dirección al dormitorio papal.
Angelo consultó su reloj. Las cinco y media. Y, bramando para sus adentros ante la tardanza del cardenal camarlengo, fue a reunirse con Chíniv y los demás. Minutos después agradecería a la Providencia el retraso de Bangio.
La cremallera del avejentado estuche color azabache interrumpió el siseo del comandante con sus hombres. Y todos, incluyendo a Rodano, desviaron las miradas hacia el arrodillado y trémulo médico. Chínív le compadeció. Pablo VI, Juan Pablo I y ahora el polaco... También era mala suerte. A todos se había visto obligado a auscultar..., después de muertos.
El de la Beretta y el que había bregado con la puerta coincidieron en un mismo pensamiento: en lo inútil de la operación que estaban a punto de presenciar. En su opinión, la certificación del óbito sobraba. Eran las circunstancias que lo rodeaban las que clamaban atención. Pero ellos sólo eran funcionarios al servicio de la maquinaria vaticana. Unos engranajes que raras veces giraban de acuerdo con el sentir del común de los mortales a quienes decían apacentar.

En cuanto al piamontés, inmóvil a los pies del cadáver, se contentó con esperar. Sus largos años en las trincheras de la diplomacia de la Santa Sede le habían enseñado a pronunciarse siempre en último lugar. Observaría. Escucharía las impresiones de Chíniv y de Itenozzu y acto seguido -quién sabe- haría o dejaría hacer. Y en lo más íntimo deseó que todos se mostraran unánimes. Y que aquel amargo cáliz pasara cuanto antes. Sería suficiente con el veredicto de muerte accidental.

Le vio hundir los dedos en la muñeca izquierda. No había pulso. Y el comandante dejó que Renato se ajustara el estetoscopio. Y sus oscuros ojos se movieron felinamente, saltando de la primera auscultación, en el cuello, a la segunda, por debajo del omóplato izquierdo. Después, mecánicamente, su interés se trasladó al absorto rostro del médico. Itenozzu no alzó la vista. Tampoco era necesario. Chíniv sabía que, de haber detectado algún signo de vida, el estetoscopio habría saltado de los oídos del galeno. Y consumido el primer y embarazoso minuto, el jefe de Seguridad alisó con ambas manos su plateada cabellera. Era su turno. Y, fieles a las instrucciones recibidas, sus dos hombres se movilizaron con exquisita lentitud. El de la pistola se ocupó de la inspección ocular del área del altar. El segundo, del fondo de la capilla. Camilo, por su parte, sintiendo el peso de la discreta pero certera mirada del prelado, dio unos tímidos pasos. Descendió el escalón y, como distraído, comenzó a rodear la alfombra de 2 por 1,80, sobre la que se asentaban reclinatorio y sillón.

¿Qué debían hallar? Como buenos profesionales, ni siquiera se habían formulado la pregunta. Posiblemente nada. A Chíniv, con dos ojeadas, le bastó para intuir que -esta vez- la causa de la muerte no le produciría los quebraderos de cabeza del caso Luciani. Aun así, al igual que sus hombres, se entregó.

Y se detuvo a cincuenta centímetros. Aunque su envidiada memoria fotográfica acababa de procesarlo, quiso examinarlo de cerca. Dobló la rodilla izquierda y se centró en la informe y coagulada plasta que mancillaba el muslo y tarso derechos del águila. Y, partiendo de esta mancha principal -metódico e inexorable-, fue explorando la totalidad del artístico altorrelieve. Sumó quince regueros largos, decenas de trayectorias menores y un goteo perfectamente satelizado. La imagen global en el

frontis del reclinatorio no dejaba lugar a dudas. Sobre la mencionada pata, a unos treinta y seis centímetros de la alfombra, se había producido un único y violento impacto. Y, encadenando los pensamientos, dejó que sus nervudas manos fueran a reposar sobre la rodilla flexionada. E inmerso en la hipótesis de la caída hizo resbalar su inteligencia por el bloque de bronce. Continuó por encima del yaciente Papa y, al concluir en los zapatos, su deformación profesional le dibujó la estampa del Pontífice, de pie, de cara y perdiendo el equilibrio. La siguiente secuencia -tan simple como la anterior- vino a fortalecer sus sospechas. Y vio el momento del golpe y al Santo Padre, muerto en el acto, desplomándose. La postura que presentaba el cuerpo -en decúbito ventral-, con los brazos rodeando el pie semicircular del reclinatorio, era elocuente. Tal y como le habían adelantado por teléfono, las piezas parecían encajar por sí solas. Considerando el peso, una mínima velocidad de desplazamiento, la distancia desde el punto en que tuvo lugar la desafortunada pérdida de equilibrio y la naturaleza metálica del objeto con el que fue a estrellarse, el hundimiento de la zona frontal media y sus fatales consecuencias se presentaron ante Chíniv como lógicamente inevitables.
Y el comandante -abandonando la invisible arquitectura de las hipótesis- fue mágicamente atraído por el tenso y expectante Rodano. Y aunque la muda comunicación fue excelente, ni uno ni otro cayó en la tentación de manifestarse. El secretario de Estado continuó montado en el carro de la espera, intentando descifrar los jeroglíficos dibujados por los tubos de goma en cada premiosa auscultación. Chíniv, nuevamente de pie, fue reclamado en silencio por el agente que merodeaba por el altar, medio oculto por las espaldas del prelado. Y las agresivas y luciferinas cejas del jefe de Seguridad cobraron vida. Pero, al instante, ceño y pulsaciones volvieron a su ser. Devoró en la distancia la negra zapatilla que aparecía suspendida entre los dedos del policía y, en dos zancadas, abordó al subordinado, desmoronando la artificial compostura del monseñor.
El examen, vertiginoso, prendió la imaginación de los tres confusos testigos. Chíniv hizo girar el calzado con maestría. Y buscó, sin saber qué encontrar. El material, de fieltro, no

presentaba particularidad alguna. Ni desgarros, ni rastros de sangre...
Instintivamente, el hombre de azul y su jefe repasaron los pies del Pontífice. Tal y como habían detectado en los primeros reconocimientos, se hallaba correctamente calzado.
-Parece de mujer...
Chíniv renunció comentar la susurrante y verosímil sugerencia del agente. Pero no porque discrepara. Mentalmente, incluso, había estimado la talla en un treinta y siete o treinta y ocho. La razón de su silencio fue otra. Aquella inesperada pieza -como un gato neumático- acababa de hacer caña en su cerebro, desestabilizando la cómoda teoría de una muerte por precipitación.
Los pensamientos de Rodano, en cambio, corrían en otra dirección. Sin entender por qué, la zapatilla le conectó con aquel otro enigma del que aún no había hecho mención a Seguridad: la solitaria llama del altar, ahora degradada por la claridad de la capilla. Y poco faltó para que abriera su inquietud. Pero Chíniv, tomando la iniciativa, frustró los vacilantes deseos del prelado. Devolvió el inoportuno zapato al agente y con una leve indicación le ordenó que lo restituyera al lugar donde lo había encontrado. Y sin más rodeos ni añadidos dio media vuelta, retornando su interrumpido trabajo allí donde lo dejara.
También Angelo pareció desligarse del insólito hallazgo, en beneficio del médico. Concluida la sexta o séptima auscultación, se deshizo sin prisas del estetoscopio. Lo plegó y, una vez sometido en el estuche, se decidió a hablar:
-Eminencia, no hay duda posible...
Chíniv, enfrascado en el examen del terciopelo verde manzana que amortiguaba la dureza del asiento curvado, se desdobló. Y, sin apartar los ojos de la velluda y tupida seda, fue procesando cada sílaba, cada pausa y cada inflexión del breve discurso de Itenozzu.
-No se detecta latido cardiaco...
Arrodillado, con el timbre de voz por debajo de su nivel habitual, con la derrota humillando su altanera cabeza y la vista perdida en el ensangrentado rostro, rehuyendo la confrontación directa con Rodano, un Renato perdido e

irreconocible fue enumerando el fruto de sus primeras observaciones.
-Los centros circulatorios y respiratorio carecen de actividad. La única herida visible, con hundimiento del hueso frontal, parece apuntar la causa de la muerte...
Itenozzu guardó silencio. Y, extendiendo los dedos hasta tocar la mano izquierda del Pontífice, se aisló en una dramática simbiosis con la muerte. Retiró las yemas y repitió la operación, palpando una y otra vez la única mejilla accesible -la izquierda-, así como los labios, barbilla, mandíbula y músculos del cuello.
Y al fin, tras un sonoro suspiro que dejó en suspenso al envarado monseñor, reanudó su veredicto.
-Todavía está caliente. Sin embargo, sin una adecuada lectura de la temperatura rectal es imposible precisar el grado de enfriamiento...
El secretario de Estado, consumido por la impaciencia y temiendo que la exposición desembocara en la críptica terminología médica, le salió al paso sin contemplaciones.
-Por favor, doctor... Explíquese.
Renato Itenozzu aprovechó la interrupción para alejarse del cadáver. Y lo hizo con alivio. Observó al comandante, acariciando la tersa cúpula del solideo papal, aparentemente olvidado sobre el asiento del sillón curvado. Pero Chíniv no le miró. Y, apostándose al pie del escalón, trató de complacer al prelado:
-En una temperatura ambiental no extrema (como en este caso), un cadáver vestido suele enfriarse a razón de un grado y medio por hora durante las primeras seis horas. En las seis siguientes, ese ritmo de pérdida puede oscilar entre uno y uno y medio grados. En otras palabras, de acuerdo con la temperatura de esta capilla, el cuerpo del Santo Padre debería palparse frío en unas doce horas. En estos momentos, como le digo, todavía está caliente. Sin embargo, para medir con exactitud es preciso introducir el termómetro por el recto...
-¿Dispone usted de suficiente información como para precisar el momento de su fallecimiento?
El médico esbozó una benevolente sonrisa.
-No, eminencia.

Y, anticipándose a la siguiente pregunta, le resumió los parcos resultados de la última exploración.
-De momento no se observan signos claros de rigidez cadavérica. Como usted seguramente sabe, el rigor mortis, en una situación como la que nos ocupa, hace acto de presencia alrededor de cinco horas después de producirse el óbito. Primero en la cara, maxilar inferior y cuello...
Rodano y el jefe de Seguridad ensayaron unos apresurados cálculos mentales. Sólo en el supuesto de que la muerte le hubiera sobrevenido hacia las doce de la noche estarían ahora frente a los primeros síntomas de rigor mortis. E insatisfechos renunciaron a las cábalas.
-En cuanto a la lívidez post mortem -prosiguió Renato-, sinceramente, resulta comprometido...
El viejo diplomático -enganchado a las explicaciones del médico- había perdido de vista el quedo brujulear del paciente e indomable Chíniv en tomo al reclinatorio papal. De haberle prestado atención, también él se hubiera conmovido. Porque, súbitamente, su quijada de bulldog se desplomó. Y las cejas se arquearon.
-Por lo general -simplificó Itenozzu-, la tinción de la piel comienza una o dos horas después de la muerte, alcanzando su apogeo en cinco o seis horas...
Rodano le apremió.
-Quiero decir, eminencia, que el examen y estudio de las livideces pueden arrojar luz sobre el momento en que se produjo el fatal desenlace y también acerca de la posición del cuerpo en dicho instante. Como le decía, esas manchas características son el resultado de la distensión pasiva por sangre de los vasos inertes de las partes bajas...
-Renato, por favor...
El médico, acosado, prescindió a regañadientes de su acostumbrado academicismo.
-Resulta arriesgado, eminencia. Parte del rostro presenta un sombreado que, en mi opinión, pudiera obedecer a la tinción. Pero hay demasiada sangre...
Chíniv, como un junco, fue a doblarse sobre el reposabrazos del reclinatorio. Esta vez, la brusca maniobra entró de lleno en el campo visual del prelado. Y, extrañado, desvió la mirada,

dejando a Itenozzu con la palabra en el aire. El jefe de Seguridad había inmovilizado la roma proa de su nariz a poco más de quince centímetros del terciopelo manzana que recubría el mullido cojín.
-La fuerte hemorragia y los coágulos dificultan la exploración...
Rodano, pendiente del pétreo perfil del comandante, oyó pero no escuchó.
Chíniv recobró la verticalidad. Se alisó el cabello y, durante un segundo, mantuvo la fuerte presión sobre los parietales. Y la mandíbula se vino abajo por segunda vez.
Monseñor intuyó algo.
-Teniendo en cuenta la posición del cráneo, con la mejilla derecha presionando sobre el bronce, es muy posible que la falta de lividez en dicho punto venga a confirmar la que sospechamos como postura original del cuerpo...
Era inútil. Los razonamientos de Renato sonaban como zumbidos de moscas en los oídos del prelado.
El secretario de Estado presumía de conocer a las personas que le rodeaban. Y su vinculación con el jefe de la Seguridad y Vigilancia Vaticana -estrecha, dilatada y confidencial- le colocaba en una inmejorable atalaya a la hora de leer e interpretar los gestos, silencios, distancias y hasta la inmovilidad de Camilo. El comandante -y Rodano lo sabía-, tanto por temperamento como por profesionalidad, era económico en palabras y ademanes. Incluso en una situación límite como aquélla, su recogida pero robusta silueta buscaba siempre la discreción. Sólo algunos y muy particulares tics del rostro y de las manos podían prevenir a los avisados. Y Angelo era uno de estos privilegiados.
-Es importante, eminencia, que se me autorice a mover el cadáver...
Itenozzu interrumpió su parlamento. Los ojos y los pensamientos del cardenal le habían abandonado.
Chíniv dio la espalda al monseñor y, con prisas, deshizo lo andado, deteniéndose en el lado opuesto del reclinatorio. Angelo se esforzó en vano por comprender aquel absurdo cambio de emplazamiento. En su opinión, los setenta centímetros de cojín que remataban el apoyabrazos eran perfectamente abarcables desde cualquiera de los extremos.

-Eminencia, ¿tengo su permiso?
El jefe de Seguridad volvió a inclinarse.
-Eminencia...
El prelado acusó la tímida invocación del médico. Despegó las manos del regazo y, cansinamente, sin dejar de observar a Chíniv, las abrió a la altura de la cruz pectoral. Y, haciéndolas aletear, le transmitió calma.
Camilo echó los brazos a la espalda y contuvo el aliento. Y su rostro, una vez más, planeó sobre el sufrido y pálido terciopelo del reposabrazos. Y, obligando a los músculos del abdomen, terminó volcándose hasta casi rozar el cojín.
Y médico y prelado -estupefactos- le vieron sacar la lengua. Y durante segundos la mantuvo en contacto con la superficie del mullido almohadón. Evidentemente buscaba algún tipo de confirmación. Repitió el inusual tanteo por segunda y tercera vez y, dando por concluido el chequeo, con las agarrotadas manos a la espalda, se incorporó lenta y perezosamente. Y sus ojos -ensimismados en una idea poco grata- permanecieron fijos. Opacos.
Rodano y Renato se interrogaron con la mirada.
Y dando un paso atrás, Chíniv buscó al agente que seguía peinando el área del altar.
Fue inevitable. El comandante pasó por alto a Itenozzu. Pero no pudo soslayar las dagas lanzadas por el vicepontífice. Y un negro relámpago saltó de uno a otro. En ese instante Angelo supo que todo había cambiado. Debía prepararse para afrontar el hallazgo del jefe de Seguridad. Y prudentemente le concedió y se concedió un margen de tiempo.
El hombre de azul se reunió con Chíniv. Y ambos marcharon al encuentro del agente que rebuscaba entre las filas de sillas. Sostuvieron una fugaz conferencia y, al punto, retornaron junto al reclinatorio, rodeándolo. Y sus ojos, como halcones, se abatieron sobre el verdoso apoyabrazos.
Acto seguido, ante la creciente expectación de los mudos espectadores, el que había investigado en el fondo de la capilla se descalzó. Y con sumo tacto, de puntillas sobre la alfombra, se deslizó por el menguado espacio que separaba el sillón del reclinatorio. E, imitando a su jefe, estabilizando su imponente humanidad con el auxilio de unas manos estratégicamente

aferradas a las flexionadas rodillas, se dobló hacia el misterioso cojín. Paseó la vista por la estrecha franja de tela y, alzándose, tras una breve meditación, corroboró el hallazgo y las sospechas del comandante con un afirmativo movimiento de cabeza.
Rodano se estremeció. Su imperturbable amigo Camilo había vuelto a alisarse la blanca cabellera por tercera vez...

05 horas 40 minutos

Fue una comprometida decisión. Pero Chíniv -aunque se veía obligado a nadar entre las intrigas vaticanas por encima de todo era un profesional honesto. En esta ocasión hablaría. Si después, como ocurriera con el Papa Luciani, su parecer era silenciado, al menos quedaría libre de toda responsabilidad.
El secretario de Estado accedió al momento. Y en compañía del comandante inició un paseo que, como había intuido, vendría a oscurecer aún más aquel turbio amanecer. Y se dispuso a escuchar lo que, en cierto modo, ya imaginaba.
Las explicaciones de Chíniv -directas y sólidas- se prolongaron durante minuto y medio. Angelo, hundiéndose inexorablemente en las arenas movedizas de aquellas evidencias, se limitó a aferrarse a la gruesa cadena de oro que rodeaba su cuello de labrador.
Cuando el jefe de Seguridad se vació, inmóvil junto a la doble puerta, Rodano balbuceó a media voz:
-¿Está seguro?
La respuesta de Camilo Chíniv se dibujó primero en su quijada de bulldog. Se desplomó y, forzados por el desaliento, los labios se arquearon.
-A un noventa por ciento, eminencia.
Y arriesgándose -aprovechando la confidencialid- dañadió:
-Si me lo permite, aconsejaría la inmediata apertura de una investigación...
Rodano, desbordado, se parapetó instintivamente:
-Pero, Camilo... Una investigación policial...
Las pupilas del comandante resistieron el abordaje. Y las lejanas imágenes del escándalo Luciani resucitaron nítidas, sin necesidad de palabras, como un Lázaro que regresara para

saldar cuentas. Y el espíritu del prelado se tensó como un arco. Y Chíniv, inmisericorde, estoqueó hasta la empuñadura:
-Eminencia, recapacite. ¿Quiere ser recordado y despreciado como un segundo Villot?
Pero el Destino -piadoso- alivió al ya mortalmente herido secretario de Estado.
Una familiar voz tronó al otro lado de la puerta. Y los contendientes intercambiaron una mirada de tregua.
-Concédame unos minutos -suplicó Rodano.
Chíniv se encogió de hombros, distanciándose hacia el reclinatorio.
Al entreabrir la doble hoja, Angelo suspiró resignado. Y al verle, el airado cardenal Bangio cesó en sus increpaciones. Y bufante, con la calva y las esponjosas mejillas graneando ira, apartó a empellones a los hombres que le impedían el acceso, cruzando el umbral como un toro y arrollando casi al vicepontífice.
Rodano palideció. Cerró la puerta y, durante unos instantes, con las anchas espaldas recostadas en la madera, procuró enmendar su hostilidad.
Este maldito masón -se dijo a sí mismo entre los últimos coletazos de indignación- se ha tomado su tiempo. Quién sabe lo que prepara...
Los rostros del médico y de los miembros de la Seguridad dieron la razón al prelado. Todos experimentaron un sentimiento de rechazo ante el premeditado aspecto del camarlengo. Sotana y faja, irreprochables, parecían recién salidas de la plancha. En cuanto a su cabeza de elefante, meticulosamente peinada y rasurada, despedía aquel insoportable perfume barato que le caracterizaba y del que todos huían.
Mientras caminaba hacia la campanuda silueta de Bangio, monseñor fue preguntándose la razón o razones de tan desconsiderada tardanza. Como Chíniv, Itenozzu y los demás, el camarlengo vivía a tres minutos escasos del Palacio Apostólico...
Los temibles ojos de Sebastiano Bangio -engordados por las lupas de los lentes- revolotearon con una insana curiosidad que no pasó inadvertida a Chíniv y sus hombres. Observó detenidamente la herida del Pontífice y, con una frialdad que descompuso a Itenozzu, se inclinó hacia el frontis del reclinatorio, examinando sin pudor los restos sanguinolentos

del desastre. Y poco faltó para que, en la brusca e improcedente aproximación, la oscilante cruz cardenalicia chocara con el bronce.
-Y bien…
El médico, abordado sin previo aviso por las púas de la subterránea voz del camarlengo, no reaccionó. Desvió la mirada por detrás de las hinchadas carnes de Bangio, solicitando el concurso de Rodano. Pero, autoritario, aquel tono tabernario reclamó una inmediata respuesta.
-¿Causa de la muerte?
Renato tartamudeó:
-A primera vista, eminencia…
No concluyó. Los ojos de Chíniv, como catapultas, bloquearon su voluntad.
-A primera vista -intervino el secretario de Estado, obligando a Bangio a revolverse- todo hace pensar en un desgraciado accidente…
Altivo, el camarlengo invadió la falsa serenidad de aquel rostro. Buceó en los ojos de Rodano y creyó descubrir un hilo oscuro. Secreto y amenazador. Pero, seguro de sí mismo, decidió abreviar, subestimando el énfasis que había escoltado las tres primeras palabras.
-Procedamos entonces…
Y girando sobre los talones tiró de la sotana, arrodillándose al borde del charco de sangre en el que reposaba el brazo izquierdo del Pontífice. Abrió el maletín negro que le acompañaba e, ignorando a cuantos le rodeaban, extrajo una pequeña ampolla. El jefe de Seguridad, intuyendo el principio del fin, interrogó a Rodano con una mecánica elevación de sus cejas. Y el prelado, poniendo a prueba la paciencia de su amigo, trazó una clandestina inclinación de cabeza, reclamando tiempo.
Bangio destapó los santos óleos, presionando la ampolla contra la yema del dedo pulgar. Y solemne, con las ásperas conchas de los párpados a medio cerrar, inició el ritual:
-Si vives, ego te absolvo a peceatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti… Amen.
El casi femenino instinto del jefe de la diplomacia vaticana se agitó inquieto. Algo en el camarlengo -no podía distinguir qué-

resultaba extraño. Era una llamativa mezcolanza. Su descarado e inexplicable retraso. Aquella ausencia de sentimientos ante el cadáver. Su nula curiosidad por los detalles y circunstancias de la muerte del Papa. Y, sobre todo, las mal disimuladas prisas por activar la maquinaria y zanjar el episodio. Rodano, mejor que nadie, sabía de las ácidas diferencias -no se atrevió a etiquetarlo de odio- entre Bangio y el fallecido. Pero aquella animadversión carecía de sentido en tan dramáticos momentos. Y, maravillado ante los inescrutables caminos del Señor, se recreó en la paradoja que le ofrecía el Destino.

Si vives, yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre...

Resultaba aleccionador. La absolución estaba siendo impartida por su más enconado enemigo...

Y luchando con el rollizo vientre, el camarlengo se venció hacia el Santo Padre, trazando en el aire una apresurada señal de la cruz, a dos dedos de la ensangrentada frente.

-Per istam sanctam Unctionem, indulgeat tibi Dominus a quidquid... Amen.

El frío, rutinario y acelerado proceder de Bangio desenterró de pronto la certera alusión de Chíniv al nefasto cardenal Villot Y las desafortunadas decisiones del entonces camarlengo y secretario de Estado, a la vista del cadáver de Juan Pablo I, desfilaron raudas e implacables por la torturada mente de Rodano.

Por esta santa unción, te perdone Dios los pecados que puedas haber cometido. Amén.

Sí, pero ¿quién le perdonaría a él si caía en el mismo error que Villot? ¿Tenía derecho a pasar por alto el descubrimiento del jefe de Seguridad? Naturalmente, como vicepontífice, disfrutaba de las atribuciones necesarias para segar la hierba bajo los pies de Chíniv. Y la batalla interior se recrudeció. Y en las sienes de aquel recto hijo de labradores amanecieron unas brillantes gotas de sudor.

Y Bangio, rematando la ceremonia, pasó a administrar la bendición apostólica.

-Ego facultate mihi ab Apostolica Sede tributa...

Angelo, en un esfuerzo por apartarse de su Destino, fue repitiendo mentalmente las palabras del camarlengo.

Por la facultad que me ha sido otorgada por la Sede Apostólica, yo te concedo indulgencia plenaria y remisión de todos los pecados..., y te bendigo. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo... Amén.

¿Facultad otorgada por la Sede Apostólica? La frase hizo saltar las alarmas interiores del prelado. Y una diabólica idea -impropia de un hombre al servicio de Dios- fue a sentarse en su corazón. Avergonzado de sí mismo, pujó por expulsarla. Pero la hipótesis había hecho masa. Y el retraso, las prisas y el oscuro comportamiento de Bangio empezaron a encontrar sitio en el irritante rompecabezas. A todas luces, el camarlengo parecía haber asumido unilateralmente la suprema jefatura de la Iglesia. Y, confiado en esa discutible potestad, parecía igualmente decidido a repetir el vergonzoso capítulo, escrito a raíz de la muerte de Albino Luciani. Si no actuaba con astucia, rapidez y firmeza, lo más probable es que el no menos extraño óbito del Papa polaco fuera explicado y sentenciado con otro farisaico y tranquilizador parte de la Sala de Prensa vaticana. Y, sumido en aquella turbulenta espiral, llegó a imaginar incluso los titulares de los periódicos:

Muere el Papa en su capilla privada. Un fatal accidente: causa del fallecimiento.

Pero ¿por qué? ¿A qué obedecía su obsesión por adelantarse a los acontecimientos y prejuzgar a las personas? No era justo ni cristiano. ¿Y si estuviera equivocado?

Y al punto, desequilibrando la balanza del sentido común, volvió a destellar el hallazgo de Chíniv. Y en mitad de aquel bronco e íntimo oleaje, las hipótesis y contrahipótesis se enroscaron, ahogándole.

¿Y cómo explicar la intrincada actitud de Bangio? Su comportamiento no era normal. ¿Por qué había dado por buena la parca e insuficiente explicación de un recién llegado? ¿Por qué no mostró interés en interrogar a la Seguridad? ¿Por qué ese lujo de afeitarse y acicalarse después de recibir la demoledora noticia?

Hubo respuesta. Pero la apartó con repugnancia. Por muy delicada que fuera la situación del Papado en aquellas últimas semanas, no podía admitir semejante aberración. Y menos entre

los aparentemente disciplinados miembros de la Curia que gobernaba.
Tenía que arrancarse tan espinosas dudas. Y sólo había un camino. Si guardaba silencio, si permitía que los dientes de la maquinaria le trituraran, entonces -¡pobre infeliz!-, la pesada losa del pecado de omisión le remataría. Y, desenfundando la espada de su valor, tomó la decisión de seguir los consejos de Chíniv. Y con un profundo sentimiento de alivio buscó los ojos del jefe de Seguridad. Pero el comandante se hallaba magnetizado por las manos del camarlengo. Al tapar la ampolla, los dedos temblaron. Y también al guardarla en el maletín...
Al fin, el intangible y angustioso llamamiento del prelado penetró en Chíniv, obligándole a levantar el rostro. Y Camilo captó aquel fogonazo de esperanza. Con un leve giro de cabeza, Angelo le marcó la doble puerta. Y el comandante obedeció al instante.
Pero Rodano, desafiando su propia impaciencia, se mantuvo a espaldas del anciano cardenal. Conocía el instrumental que -tan previsoramente- había hecho llegar a la capilla. Y quiso cerciorarse de los siguientes movimientos de Bangio. Y aunque el ridículo ceremonial que estaba a punto de atacar había sido sensatamente abolido por Pablo VI, dejó hacer al ortodoxo y recalcitrante camarlengo. Necesitaba tiempo.
El cardenal, en efecto, tomó el reluciente martillo de plata. Curiosamente se trataba del mismo que Villot -ignorando, como Bangio, las disposiciones del difunto Montini- había manipulado en Castelgandolfo, a la muerte de Pablo.
Otra vez la imagen de Villot...
Aquel nombre -como una advertencia o una maldición- parecía entronizado en el alma de Rodano. Pero el secretario de Estado no vaciló. Su decisión era irrevocable. Lucharía hasta donde sus fuerzas y autoridad lo permitieran. No habría un segundo caso Villot. No se mentiría a la opinión pública. No se ocultarían los hechos, por muy dolorosos y vergonzantes que pudieran ser o parecer. Esta vez se abrirían las puertas a la verdad. Se autorizaría una investigación en regla. Una investigación honesta. Reposada. Y desplegada por expertos que nada tuvieran que ver con los mezquinos intereses que empezaban a apestar aquel sagrado lugar... No estaba dispuesto a consentir -

como sucediera en la madrugada del 29 de setiembre de 1978 en el dormitorio del Papa Luciani- que nadie tocara o manipulara el cadáver. Villot -Dios le haya perdonado- se dio especial prisa en retirar de la estancia las gafas y las zapatillas de
Juan Pablo I. ¿Por qué? ¿Contenían restos de unos vómitos que, de haber sido analizados, hubieran revelado la presencia de alguna sustancia letal? Rodano no era Villot. Rodano no sometería a las monjas polacas al voto de silencio. No se apresuraría a desterrarlas. Y tampoco al primer secretario privado. Y si los especialistas estimaban que la autopsia era necesaria, habría autopsia.
Pero, para hacer realidad tan saludables deseos -y el prelado era consciente de ello-, necesitaba adelantarse a la maquinaria, introduciendo el hierro de la sorpresa entre los radios de sus infernales ruedas.
Bangio dirigió el martillito hacia la frente del Pontífice, golpeándola con suavidad. Le llamó por su nombre completo y, en el mismo y recio tono -de forma que todos pudieran oírle-, formuló la primera pregunta:
-¿Estás muerto?
Los de Seguridad no terminaban de creer lo que estaban viendo y escuchando. Pero no dejaron traslucir su corrosivo regocijo. E, incombustibles, siguieron observando el trasnochado ritual y a su grotesco hechicero.
Era el momento esperado. Rodano sabía que la pregunta se repetiría una segunda y una tercera vez. Y que, entre cada interpelación, Bangio guardaría un obligado minuto de silencio, a la espera de una más que improbable contestación del difunto.
Y con especial sigilo fue a reunirse con Chíniv.
-¿Y bien?
El prelado justificó la contenida impaciencia de Camilo. Y, midiendo las palabras, preguntó a su vez:
-¿Ha pensado en el procedimiento?
El comandante torció el gesto.
-Eminencia, creo habérselo explicado... Directamente al ministro.
-Lo sé, pero...

Chíniv le apremió.
-Hay que actuar con diligencia. Como habrá observado -y desvió la mirada hacia el camarlengo-, parece decidido a aceptar las apariencias.
-¿Estás muerto?
Segundo minuto de silencio.
Los agentes se habían mudado de la consternación a la curiosidad. Y espiaron por el rabillo del ojo el clandestino encuentro entre el monseñor y su jefe. Bangio, arrodillado y de espaldas a la doble puerta de la capilla, vivía el ceremonial, ajeno a la decisiva maquinación.
-De acuerdo. Telefonee...
Y Rodano, nervioso, consultó su reloj.

05 horas 55 minutos

-Y por Dios -suplicó el vicepontífice empujando delicadamente la puerta-, recuerde que, a partir de ahora, sólo deberá acatar mis órdenes...
Chíniv asintió protocolariamente. La recomendación sobraba. Si sus sospechas eran acertadas, en una o dos horas, el Palacio Apostólico, los tres mil miembros de la Curia y toda la Ciudad del Vaticano entrarían en erupción. Tal y como le había pormenorizado al prelado, debían jugar la carta de la rapidez y de los hechos consumados. Si la suerte los favorecía mínimamente, el ingreso de la Policía de Roma en la tercera planta podía tener lugar antes de que la maquinaria eclesiástica se reorganizase y lanzara sus primeras acometidas.
Sor Juana, con la respiración desacompasada y arrebolada por la última carrera, dejó que el comandante atravesara el umbral. Rodano la contempló indeciso. Y, reteniendo de nuevo a Camilo, le sugirió que utilizase el gabinete privado.
-Es más seguro...
Lanzó una vigilante mirada al confiado y orondo camarlengo y aguardó la postrera llamada.
-¿Estás muerto?
Disponía de un último y providencial minuto.
-Otra cosa...

El comandante se abrochó la americana.
-Avise al teniente coronel Westermann. Que la Guardia Suiza y sus hombres refuercen los accesos al Palacio...
-Está previsto, eminencia...
-Y no olvide el ascensor y las escaleras de la segunda planta. Y disponga más vigilancia en esta puerta...
Chíniv fue asintiendo mecánicamente.
-Ya lo sabe, Camilo. Nadie debe entrar ahí sin mi expresa autorización. Debemos actuar en estrecha coordinación.
Y, señalando el interior de la capilla, le previno sin ocultar su pesimismo.
-Trataré de persuadir a Bangio. Espéreme. Es cuestión de minutos...
Y, volviéndose hacia la superiora, añadió sin alterar el susurrante hilo de voz:
-Acompáñele. Por el momento, usted y sus hermanas quedan bajo las órdenes de Camilo.
-Pero, eminencia...
El secretario de Estado malinterpretó las palabras de la monja. Pero sor Juana, ágil, marcando con su dedo índice la dirección del dormitorio papal, vino a recordarle su reciente petición.
-¡Ah!, sí..., disculpe. Dígame...
Y la religiosa, evitando la proximidad de los hombres de Seguridad, se alzó sobre las puntas de los pies, confesándole al oído lo que había descubierto. Y Chíniv, sorprendido, arqueó sus desordenadas cejas. Sor Juana se hallaba descalza...

0.5 horas 56 minutos

Rodano se precipitó hacia el centro de la capilla. Y entre los estampidos de su corazón trató de hacer un Primer balance. Pero aquel escenario no era su tranquilo despacho en la Secretaría de Estado. Ahora todo dependía de la Providencia, de su audacia y de la suerte. Por ese orden.
Inspiró con fuerza, tensando los pliegues de la sotana. Revisó los rostros de los presentes y aguardó a que el renqueante camarlengo terminara de ponerse en pie. Estaba decidido. Una vez concluido el ritual del martillo, tomaría a Bangio por el

brazo y, sosegada y amistosamente, le anunciaría la situación. Solicitaría su ayuda y comprensión. Ése era el sendero correcto.
Y el ceremonioso Bangio, despreciando las miradas, hizo parpadear sus ojos de caballo. Y absorto en su papel, clamó al vacío:
-El Papa está verdaderamente muerto.
Había llegado el turno de Rodano. Y, extendiendo el brazo fue a posar su mano en el hombro del camarlengo.
-Atienda su eminencia...
El cordial arranque fue bruscamente abortado. Inhóspito, se desembarazó del amistoso gesto. Y, como si hubiera adivinado las pretensiones de Angelo, le espetó avinagrando la voz:
-Aún no he terminado. Pero su eminencia sí.
Y, corrigiendo la mirada hacia la salida, añadió pavoneándose:
-Márchese. Hable con los otros. Que el maestro de ceremonias y el prefecto de la Casa Pontificia lo dispongan todo para el traslado. Ya sabe: funeraria, embalsamamiento, familiares...
Y, golpeando su muslo derecho con el maletín, le dio a entender que debía replegarse a su autoridad. Rodeó el sillón curvado y se dispuso a ultimar el ceremonial.
Itenozzu, incómodo, tragó saliva. Los hombres de azul se removieron inquietos, sin apartar la vista del aparentemente desguazado monseñor Rodano.
Y prepotente, el camarlengo fue a arrodillarse de nuevo. Esta vez, al otro extremo del reclinatorio, junto a la mano derecha del cadáver. Abandonó el maletín sobre los abigarrados dibujos orientales de la alfombra y, sin miramiento alguno, separó los crispados y ensangrentados dedos del Pontífice, buscando el Anillo del Pescador. Tal y como marcaban los cánones, anillo y sellos papales debían ser destruidos en presencia de los cardenales.
Bangio tomó el grueso aro dorado. E intentó arrastrarlo. Pero los pliegues del nudillo se lo impidieron. No hubo segunda oportunidad.
Obedeciendo un escueto y rotundo movimiento de cabeza de Rodano, los agentes le apartaron educada pero contundentemente. Y, tirando de sus cien kilos, le forzaron a incorporarse.
Angelo se aproximó impasible.

La piel de hule del camarlengo, demudada por la sorpresa, se tiñó en décimas de segundo. Y con las venas del cuello congestionadas, el granate de la ira se derramó como un aviso. Los labios vibraron inseguros. Y sus ojos, borradas las fronteras, devoraron la faz que acababa de desafiarle.
-¿Sabe usted lo que está haciendo?
Bangio tronó amenazador. Pero el prelado esquivó el venablo con un amago de sonrisa.
Y el camarlengo, incontenible, arremetió con el ariete de la insolencia, buscando una derrota fácil.
-¡Soy el cardenal Sebastiano Bangio!... ¡Yo ocupo la sede vacante! ¡Yo doy ahora las órdenes!...
La templada voz de su contrincante, evitando la pelea abierta, aceleró el nerviosismo de Bangio.
-No se excite, eminencia... Conozco sus atribuciones. Y sé también que es usted un hombre de Dios.
El desconcierto -minuciosamente dosificado por el diplomático- hizo efecto. Y terminó aupándose sobre la cólera del cardenal. Y el rojo fue remitiendo.
-Su eminencia ha cumplido con el ritual. -Rodano prosiguió la maniobra envolvente-: Cuando llegue el momento reanudará sus competencias. Quebrará el Anillo, sellará los apartamentos papales, presidirá el Colegio Cardenalicio, pedirá cuentas a todas las administraciones pontificias y dispondrá lo necesario para el nuevo cónclave. Pero sólo cuando llegue el momento...
-No le entiendo.
Bangio señaló el cadáver y, pregonando su antipatía por el polaco, redondeó mordaz.
-¿Y qué se supone que es esto?
Angelo, cansado de contemplaciones, le fulminó:
-Una muerte..., poco clara.
Los ojos del camarlengo, hinchados como velas, hicieron dudar al prelado. Pero, al punto, una significativa lluvia de sudor coronó su calva. Y una sospechosa palidez, como una nevada no deseada, cubrió la cabeza de paquidermo. Y ante la recelosa mirada del secretario de Estado, su endémica insolencia se vio atropellada por unas palabras inseguras y tiznadas de temor.
-Pero el doctor Itenozzu ha certificado muerte accidental...

El médico, intuyendo que navegaba en aguas revueltas, se curó en salud.
-No, eminencia. Obedeciendo el requerimiento de Siwiz, me he limitado a personarme en la capilla y efectuar unas primeras exploraciones. Yo no he certificado nada en absoluto.
Rodano, triunfante, asistió al momentáneo derrumbamiento de Bangio. Pero, precavido, siguió empuñando su especialidad: el juego diplomático.
-Confie en mí, eminencia. Los puntos oscuros serán aclarados. No debemos temer a la verdad. Y menos usted... Sebastiano Bangio tampoco es Villot.
El machetazo liberó una segunda jauría de miedos. Y las gotas de sudor resbalaron hasta el alzacuellos.
-Y ahora, por favor, retírese. Cuando concluya la investigación será puntualmente informado.
-¿Una investigación?
Bangio resucitó de entre sus cenizas.
-¿Cómo se atreve? ¿Es que no ha pensado en el escándalo?
Rodano lo atrapó:
-¿Qué escándalo, eminencia?
Y, permitiendo que el tórrido y acusador silencio se prolongara lo suficiente, deslizó el nudo en torno a su garganta.
-¿Sabe usted algo que los demás ignoramos?
El camarlengo se replegó confusa y atropelladamente. Y en un titánico esfuerzo por remediar lo irremediable, rehuyendo las inquisidoras miradas de los presentes, balbuceó:
-Usted conoce a nuestros enemigos... La Prensa se ensañará... La verdad es lenta y desvalida.
Rodano rompió el hielo que le cubría y sonrió compadecido.
-Pero usted es un hombre de Dios y está al servicio de la verdad. Y ahora responda a mi pregunta: ¿qué sabe, eminencia?...
-¡Maldito piamontés! ¿De qué me acusa? Y, sobre todo, ¿con qué autoridad?
Rodano resistió la nueva escalada de prepotencia.
-Nadie le acusa, eminencia. Usted solo se está autoincinerando. En cuanto a mi autoridad -improvisó- le recordaré que, mientras las circunstancias de esta muerte no sean esclarecidas, como vicepontífice suspendo temporalmente la

Constitución Romano Pontifici Eligendo. Las normas, disposiciones y ceremonias previstas para estos especiales momentos deberán esperar. La maquinaria seguirá funcionando, sí, pero con el debido respeto a los setecientos millones de fieles que la alimentan y justifican. Al igual que usted, yo también amo a la Iglesia y no deseo que mancillen su nombre.
El secretario de Estado sabía que sus palabras eran díscutibles. Muchos canonistas hubieran desestimado tan arriesgada decisión. En la mencionada Constitución apostólica, obra de Pablo Vi y que vino a sustituir las de sus predecesores (Vacantis Apostolicae Sedis, de Pío XII, 1945, y el motu proprio Summi Pontificis electio, de Juan XXIII, 1962), no se contempla un extremo tan específico y delicado. A la hora de regularizar el vacío de la llamada Sede Vacante, Romano Pontifici Eligendo, en su capítulo tercero, es clara Y determinante: Según la mente de la Constitución Apostólica Regimini Eclesiae universae, todos los cardenales encargados de los dicasterios de la Curia romana, y el mismo cardenal secretario de Estado, cesan en el ejercicio de sus cargos a la muerte del Pontífice, excepto el camarlengo de la Santa Iglesia Romana, el penitenciario mayor y el vicario general para la diócesis de Roma, los cuales siguen ejerciendo sus tareas ordinarias, sometiendo al Sacro Colegio de los Cardenales todo lo que debiera ser referido al Sumo Pontífice.
Pero Angelo Rodano -amparándose justamente en dicha laguna legal- tomó las riendas, asumiendo la responsabilidad de forma unilateral. Si lograba maniatar al Colegio Cardenalicio -tanto en la congregación general como en la particular-, al menos durante el tiempo requerido por la investigación policial, su conciencia quedaría a salvo. El mar de fondo que le cubriría a continuación sería capeado en su momento.
-Se lo repito por última vez. Retírese.
-¿Y si me niego?
Rodano había previsto esta posibilidad. Y encogiéndose de hombros, apeándose de toda diplomacia, sentenció:
-En ese caso me veré obligado a pedir a estos hombres que cuiden de su eminencia..., hasta que la Policía haya terminado su misión.

Bangio examinó furtivamente a los agentes que le vigilaban. E, invadiendo con descaro la decidida voluntad del prelado, se arriesgó:
-¡Bravatas!
Monseñor correspondió a la burlona sonrisa. Y, dirigiéndose a los expectantes miembros del Servicio Secreto de Su Santidad, zanjó el enojoso pulso con una orden -lo sabía- tan ilícita como ilegal.
-Usted lo ha querido. Acompañen al cardenal a sus aposentos. Y que la Guardia Suiza le custodie hasta nuevo aviso.

06 horas

Al verlos avanzar presurosos por el corredor, comprendió que la noticia se había filtrado. Y potenciando las revoluciones de su cerebro, el vicepontífice se preparó para la nueva embestida.
Al llegar a la altura del desmoronado Bangio, los también cardenales Ronduzzi y Nimari -prefecto de la Casa Pontificia y maestro de ceremonias, respectivamente- acortaron la marcha. La imagen del camarlengo, estrechamente escoltado, estranguló sus ya mermados resuellos. Se detuvieron. Cedieron el paso y, boquiabiertos, le vieron alejarse. Y Rodano, desde la puerta de la capilla, leyó la incredulidad en sus gesticulantes manos.
Aquella temprana visita fue una advertencia. Tenía que simplificar. Sí no quería perder el control, debería fortificarse en la ingrata pero eficaz fórmula de la desinformación. Al menos durante una o dos horas. Después, a partir de las 8 o las 9 de la mañana, como sucediera en el caso Luciani, con la noticia en la calle, el maremoto sería incontenible e incontrolable. Y recordó las elocuentes cifras: a las veinticuatro horas del fallecimiento del malogrado Juan Pablo I, la centralita vaticana había soportado 27 800 llamadas.
Y anticipándose a los cariacontecidos Ronduzzi y Nirnarí, Angelo los abordó. Se deslizó entre ambos y, tomándoles por los brazos, los arrastró en dirección al gabinete privado del Papa.
-Eminencia, hemos oído...
Sin aflojar la marcha los sondeó:
-¿El qué?...

Astutamente, como perros viejos y fajados en la arena de los cotidianos duelos curiales, se atrincheraron tras un par de nombres.
-Siwiz ha telefoneado a Mielawcki. Y el médico, a su vez, nos ha sacado de la cama con una noticia horrible...
Rodano se estremeció. El maremoto se movía a mayor velocidad de lo calculado. Las reacciones de los seres humanos son imprevisibles. ¿Por qué el desconfiado polaco y médico personal del Papa no se había limitado a tomar su instrumental y acatar las órdenes?
-¿Qué noticia?
La enmascarada reticencia surtió el efecto deseado. El diplomático necesitaba disponer de un máximo de matices. ¿Cuál era el contenido -la esencia- de aquel primigenio rumor? ¿Se hablaba de muerte accidental?
-¡Por el amor de Dios, eminencia!... No nos mortifique. Siwiz y Mielawcki aseguran que hay sangre por todas partes.
-Esto es lo único que puedo adelantarles -terció Angelo, con las carnes abiertas ante el cariz sensacionalista que parecía cobrar el asunto-. El Papa, en efecto, ha muerto.
-Pero ¿cómo es posible? ¿Qué ha sucedido?
-No lo sabemos con seguridad.
Y Rodano, echando las redes, se arriesgó:
-Debo anunciarles que está a punto de abrirse una investigación. Y solicito la colaboración de sus eminencias. A partir de estos momentos les quiero a mi lado.
Los cardenales, perplejos, hilaron con rapidez.
-¿Y Bangio? Como camarlengo...
A punto de abrir la puerta del despacho pontificio, el secretario de Estado tiró de la red.
-Sólo son indicios. La Iglesia, y ustedes con ella, ya ha padecido un escándalo Luciani. ¿Estarían dispuestos a afrontar una segunda y vergonzosa sospecha de asesinato?
El inesperado cañonazo los desarboló.
-Pues bien -remachó el monseñor aprovechando la inercia de la sorpresa-, les suplico que recapaciten. Estamos ante una situación que demanda tanto valor como serenidad. El cardenal Bangío, por razones que ignoro, no se halla en condiciones de favorecer la equidad que debe resplandecer en estos críticos

momentos. Y ha sido invitado a suspender sus atribuciones... temporalmente.
-¿Indicios?
Angelo no mordió el anzuelo.
-Eminencias, seamos prudentes. Dejemos maniobrar a la Providencia... y a los expertos. Y ahora, por favor, decídanse: ¿de qué lado están?
Los cardenales simularon no comprender.
-¿Eligen la verdad desnuda o una verdad maquillada?
-Lo que usted disponga, eminencia...
Y, tragándose el maquiavelismo de aquellas raposas, les franqueó la entrada.

06 horas 03 minutos

Chíniv, de pie junto a la mesita de los teléfonos, respiró aliviado. Sor Juana, como una estatua sobre el verde enmoquetado, sin el consuelo del manojo de llaves, había convertido sus dedos en un nudo gordiano. Y la irrupción de los tres purpurados desbocó su ansiedad. Quiso leer en el reposado rostro de Rodano. Pero el vicePontífice apenas si reparó en ella. La mente de Angelo, transportada hasta el negro auricular que sostenía el jefe de Seguridad, había iniciado una vertiginosa computación. La primera lectura no le agradó. La cara de Camilo, cuajada de aristas, no era buen presagio.
-Un momento, excelencia... Veo entrar al secretario de Estado. Su eminencia se lo confirmará...
Y, haciéndose a un lado, le tendió el teléfono. El desalentado tono de Chíniv puso sus motores a la máxima potencia.
-El señor ministro del Interior. Acabo de ponerle al corriente. Sin embargo...
Rodano asintió sin palabras. Y, tras un protocolario intercambio de saludos, permaneció atento a su interlocutor.
-Así es, mi estimado amigo. Ésa es la trágica noticia...
Nueva pausa.
-Sí, en la capilla privada.
El prelado, sagaz, se prestó al desconfiado interrogatorio al que ya había sido sometido el jefe de Seguridad.

-Por supuesto. Uno de los doctores le ha explorado. Y estamos esperando a su médico personal…
Angelo fue interrumpido nuevamente.
-Renato Itenozzu, el jefe del Servicio Sanitario Vaticano. Yo estaba presente.
-…
-Podría ser -replicó el monseñor-. Ésa fue nuestra primera impresión. Tanto Seguridad, como Itenozzu, como yo mismo lo interpretamos como un desgraciado y fortuito accidente… La herida en la cabeza se corresponde, al parecer, con las manchas de sangre en el bronce…
La maliciosa sugerencia del ministro hizo tamborilear los dedos del secretario sobre la caoba.
-Excelencia, por favor, escúcheme…
Nervioso, buscó refugio en el asiento.
-No, amigo, no… Si solicito la colaboración de su departamento es porque, justamente, no estamos seguros.
-…
-Usted conoce a Camilo…
El piamontés, contrariado ante las dudas del ministro, se creció.
-Chíniv es un profesional. Y uno de los mejores… Esos indicios existen.
El comandante -adivinando las suspicacias del político- sonrió sarcástico.
-Eso es -confirmó Rodano sin esconder un naciente mal humor-. Sangre… Sospechosas manchas de sangre en el terciopelo del reposabrazos. Como comprenderá, no es normal en una supuesta caída.
Toqueteó las gafas. Y tras dos o tres movimientos afirmativos de cabeza, Chíniv dedujo que el ministro recogía velas…
-Sí, vestido con ropa de calle…
Angelo recuperó la cordialidad.
-Y lo más extraño, ministro, es que su cama se halla deshecha…
Sor Juana comprendió que aquellas palabras guardaban relación con el secreto encargo de Rodano y su posterior hallazgo. Y Chíniv sumó la inesperada revelación a su particular cuadro de la tragedia.
-En efecto, todo hace pensar que se acostó…

El jefe de Seguridad estudió su reloj. Rozaban el límite.

06 horas 07 minutos

-Lo sé, ministro. Lo sé... No estamos ante una petición rutinaria. Pero tampoco el cadáver que yace en la capilla y las circunstancias lo son...

La impaciencia resucitó en los dedos del secretario de Estado, salpicando a Chíniv.

-¿El cauce oficial?... Por eso no se preocupe... Yo asumo la responsabilidad...

Monseñor, al fin, levantó la mirada. Y, soportando franciscanamente los miedos del pusilánime miembro del Gobierno italiano pasó revista a las sombras y luces que desfiguraban aquellos cuatro rostros. Chíniv, con la mandíbula crispada, soportaba más atmósferas de las razonablemente admitidas por el alma de un policía. La superiora, como un frágil cristal de Murano, parecía a punto de quebrarse. Los cardenales, desbordados por lo escuchado y lo intuido, bregaban inútilmente por desenmarañar la tela de araña en la que, muy a su pesar, se hallaban enredados. Pero, temerosos y castrados para cualquier iniciativa que pudiera salirse del sistema, permanecieron al acecho.

-Presumo que no me he explicado con claridad...

La voz del diplomático -cortando al ministro- se espesó:

-No hay tiempo para formalidades burocráticas. Nos enfrentamos a una emergencia. Solicito su colaboración... ¡ahora!

Su interlocutor siguió resistiéndose. Y Angelo, con los ojos extraviados en el retrato de los padres del difunto Pontífice, organizó su ataque final.

-Entiendo su posición. Y admita que, como vicepontífice, le estoy apeando de toda responsabilidad política. Aunque no por los caminos oficiales, ésta n deja de ser una petición formal. De Estado a Estado...

La paciencia de Rodano se eclipsó. Y, muy a su pesar, hizo crujir el suelo bajo los pies del ministro.

-Se lo advierto, excelencia. Tanto si accede, como si no, la opinión pública mundial tendrá puntual conocimiento de su decisión.
La carga de profundidad provocó la demolición del refractario político.
-Tiene usted mi palabra...
Angelo se relajó.
-Firmaré ese documento...
Chíniv, contagiado, se alisó las sienes.
-Gracias, excelencia... La solicitud, en toda regla, será entregada a sus hombres...
El prelado, a instancia del ministro, consultó su reloj.
-Las seis y diez, en efecto.
Y, negando con la cabeza, se puso en pie.
-Imposible... Le ruego que se haga cargo de la urgente naturaleza del asunto.
Y Angelo, previniendo al comandante con la mirada, le trasladó las últimas palabras de su interlocutor:
-¿Una hora? Pero...
Chíniv movió la cabeza, tranquilizando al prelado.
-Está bien. Otra vez, gracias...
Y, removiéndose inquieto, reclamó al jefe de Seguridad:
-Sí, un momento... Se lo paso...
Y, cediendo el auricular al agitado Chíniv, le anunció:
-Hecho. Ocúpese de los detalles...

06 horas 11 minutos

El prelado se reunió con los demacrados cardenales. Pero permaneció ausente. Y la estancia se llenó de plomo.
Camilo memorizó las palabras. Y por cortesía hacia Rodano las repitió en voz alta:
-Sí, el preffeto de Roma... Le conozco... Sé que tendrá que sacarlos de la cama... Claro, excelencia... ¿Homicidios?... En efecto, sería lo adecuado en este caso... No, no hace falta... Que se dirijan al arco de La Campana... Mis hombres y yo estaremos esperando... Por supuesto, señor... Máxima discreción... Pierda cuidado: le mantendré informado...

Nada más colgar, el secretario de Estado se hizo con el timón. Ocupó de nuevo el asiento tras la mesa pontificia y, con una lucidez y audacia que terminó de anegar los empantanados corazones de sus compañeros, se desbordó en una catarata de previsoras indicaciones:
-Sor Juana… Busque a Siwwiz. Tráigamelo.
La superiora obedeció ciegamente. Y cuando se disponía a abandonar la cámara recibió una segunda consigna.
-Que las hermanas permanezcan en sus habitaciones. Y que no toquen nada, por favor… Usted regrese con el secretario.
Rodano se refugió en las agujas de su reloj. Y, tras un rápido cálculo, ordenó al prefecto de la Casa Pontificia:
-Eminencia, prepare una lista de todo el personal al servicio de esta tercera planta. Y entréguesela a Chíniv. Pero antes telefonee a mi sustituto en la Secretaría. Y pásemelo, por favor… Usted, Nimari, póngase en contacto con la superiora de la centralita telefónica. Ésta es la orden, por el momento: Ningún comentario. Nadie sabe nada. Y llame a los prefectos de las Congregaciones. Hable directamente con ellos. ¿Me ha comprendido? Dígales escuetamente que el Papa ha muerto. Los quiero en mi despacho a las diez en punto.
Y, retornando a Lino Ronduzzi, añadió:
-Convoque al decano del Colegio Cardenalicio y al Govematorato.
Pareció dudar.
-A las once. Eso es. Y también en la Secretaría.
Y, dejando a Chíniv para el final, proclamó solemne:
-Adelante, Camilo… Usted actúe… Yo rezaré.

06 horas 25 minutos

Era infalible. Constante Rossi lo experimentaba desde niño. Y en sus treinta años como policía jamás había fallado. Sus cejas, sin control, cabalgaban rítmicamente. El espasmo -generalmente breve- se veía hermanado a una punzante picazón que desembocaba en otro de sus peculiares gestos: el dedo índice izquierdo se catapultaba, rascando con frenesí. Y Rossi lo

sabía. El tic era premonitorio. Algo estaba a punto de suceder. Algo especial...
Y esa madrugada, perezosamente recostado en el portón de su domicilio, en el viale Angelico, temblor y picores se presentaron con inusitada fiereza. Y siguiendo la costumbre, buscó en el interior de la americana de lino, alcanzando la veterana petaca de piel de antílope. Y, medianamente consolado con un madrugador cigarro puro, agradeció el fresco saludo de aquella Roma primaveral y a punto de despertar, Necesitaba despabilarse. Estaba claro que en las "alturas" se cocía un asunto de grueso calibre. La llamada del prefetto en persona -olvidando el escalafón y tirándole prácticamente de la cama- no tenía otra explicación.
Intranquilo escudriñó a derecha e izquierda. Pero el solitario viale sólo contribuyó a alimentar sus conjeturas. Y mentalmente se entretuvo repasando lo acaecido ocho minutos antes.
Hasta un novato se hubiera percatado. El tono del responsable del orden y la seguridad pública de Roma se quebraba cada segundo. Le notó desasosegado. Con prisas. Con muchas prisas.
-Rossi, lamento llamarle a estas horas...
Sonrió para sí. Hacía años que el escepticismo le había vacunado contra los cumplidos de sus superiores.
-No hay tiempo para explicaciones. Un coche patrulla le recogerá en cinco minutos... Se reunirá conmigo y con sus hombres de inmediato.
Eso fue todo. Y Rossi, tras un segundo de indecisión, se asomó con torpeza al también dormido despertador familiar.
¡Las 6.17!
La atropellada ducha no le ayudó gran cosa. Su mente, en blanco, peleaba en vano.
¿Qué demonios pintaba el inaccesible número uno de la policía romana junto a su brigada?
Aspiró con rabia el oloroso dannemann y, como inspector jefe de Homicidios, se puso en lo peor. ¿Se hallaba ante el caso de un marido celoso y politicastro de altos vuelos por más señas? ¿Ante otra masacre a la siciliana? ¿o debía pensar en un nuevo ajuste de cuentas entre mafiosos? ¿Se trataba esta vez de un

sangriento enredo, protagonizado por cualquiera de los viciosos prohombres de la ciudad?

06 horas 28 minutos

Un destelleante piloto violeta en la plaza Giardino canceló el rosario de posibilidades. Y Constante Rossi se precipitó hacia la calzada. Dos agentes uniformados y con cara de susto saltaron del automóvil azul, cuadrándose. Y arrancaron en silencio, enfilando las vías Barletta y Ottaviano.

El inspector, más alarmado por el mutismo de los guardias que por la velocidad desplegada, estuvo a punto de claudicar. Pero no preguntó. Y trató de adivinar su destino, de acuerdo a la dirección tomada por el coche patrulla. Plaza del Risorgimento. Vía de Porta Angelica. Ciudad Leonina. Plaza de Pío XII…

Y el conductor, girando bruscamente a la derecha, se adentró hábil en la empedrada plaza de San Pedro.

Aquel control junto a las barreras de madera que cierran el recinto durante la noche le pareció inusual. Y la media docena de policías -evidentemente advertida- se apresuró a liberar el acceso.

Mordisqueó el cigarro. Y confuso, aferrándose al asiento para no salir despedido contra la puerta, rodeó el obelisco egipcio. Cinco segundos después, un brusco frenazo ponía fin a la breve y febril carrera.

06 horas 31 minutos

El espigado arco de La Campana, en el extremo izquierdo de la fachada de la basílica, aparecía tan negro como su cerebro.

Tres hombres de azul y un oficial de la Guardia Suiza le salieron al encuentro. La blanca cabellera del más viejo le resultó familiar.

-Mi nombre es Camilo Chíniv.

Rossi se identificó, correspondiendo al sólido apretón de manos.

-Gracias por su diligencia. No los esperábamos tan pronto. Supongo que el resto está en camino.

El inspector aguardó una explicación. Pero Chíniv se limitó a desnudarle con la mirada. Y Constante, incómodo, carraspeó.
Hubiera podido abordarle. Como jefe del Grupo de Homicidios de la Policía del Estado en Roma tenía sus derechos. Sobre todo, después de aquel intempestivo madrugón. Pero, respetuoso, guardó las distancias. Estaba acostumbrado a estos secretismos oficiales.
Y el comandante prosiguió su minucioso análisis:
Un hombre discreto, sin duda. Y paciente. Veamos hasta dónde resiste su curiosidad... Traje de lino. Buen sueldo. Barba cana, recortada sin indulgencia. Uñas limadas al límite. Exigente. Casi un perfeccionista. No más de cincuenta años, a pesar de la barba. Un metro y ochenta centímetros. Moderadamente atlético. Manos inalterables. Rígido control interior. Dedos sin fin, más propios de un pianista. Sutil y peligrosamente astuto. Voz redonda. Sin asomo de engreimiento. Noble e íntegro. Zapatos como espejos. Quizá por encima de las doscientas mil liras. Revólver enterrado en la cintura. Muy próximo al riñón izquierdo. Zurdo. De la rodilla al pie, intachable raya en el pantalón. Casado con una mujer diligente... Gemelos destelleantes como patenas. Corbata de seda y alfiler a juego con el oro de los puños. A juzgar por el palo del adorno, un amante del golf De no haber sido por el cráneo -aparatosamente calvo y aceitoso-, la lámina hubiera sido perfecta...
Pero se dio por satisfecho. El ministro había sabido elegir.
En la embarazosa espera, Rossi amansó la curiosidad con una tanda de cortos paseos. En uno de ellos, al explorar distraídamente la dormida robustez de la columnata de Bernini, quedó prendido en el luminoso y siempre enigmático convoy formado por las ventanas del tercer piso del Palacio Apostólico. Las sumó. Ocho iluminadas y dos a oscuras.
Inexplicablemente las cejas volvieron a cobrar vida propia. Y su dedo índice, solícito, acudió al conjuro.
Los dígitos de su casio-speed-memory-100 le tranquilizaron relativamente. De acuerdo con lo leído en un artículo de Orazio Petrosillo en el suplemento Piu de Il Messaggero, el Papa llevaba una hora de pie. Era normal que aquellas habitaciones aparecieran con luz. Pero entonces... Él era un especialista en

delitos de sangre. ¿Qué se supone que debía hacer en aquel aparentemente apacible lugar?
¿Apacible?
Constante Rossi borró la benevolente expresión de su pizarra interior.
El más pequeño Estado del mundo -rectificó, desempolvando algunos datos que, en el fondo, le traían sin cuidado- y el más hipócrita. En cuarenta y cuatro hectáreas se ha logrado reunir el mayor cúmulo de contradicciones. El culto a Dios y al poder. Las más pomposas encíclicas en defensa de la justicia social y de los oprimidos y dos millares de operarios con salarios exiguos, sin derecho a constituirse en sindicato y con la obligación de jurar fidelidad al santo patrón que los contrata. Un Estado que canta la libertad y, sin embargo, mantiene el más caduco y medieval de los servilismos internos. Un Pontífice y una Cuña que arremeten contra la guerra y el aborto y, subterráneamente, invierten grandes sumas en fábricas de armas y laboratorios de anticonceptivos.
Un Estado -oficialmente mendigo- que, sólo en la periferia de Roma, disfruta de 1200 hectáreas con las que especula sin cesar.
Un Estado en el que buena parte de su millón y medio de religiosas y sacerdotes sí es consecuente con la honrosa máxima de la pobreza evangélica y la cúpula, sin embargo no tiene reparo en derrochar cinco millones de dólares en los dos cónclaves de 1978.
Un Estado que pretende la salvación espiritual y, ante la sorpresa de casi ochocientos millones de creyentes, se asocia con ladrones de la catadura de un Calvi, un Gelli o un Sindona...
Una multinacional -el Vaticano S. A.- que blanquea dinero y, al mismo tiempo, condena los peligros del capitalismo.
Y en la maraña de congregaciones, tribunales, oficios, prefecturas, consejos y comisiones al servicio del culto divino, de los santos, de la evangelización de los pueblos, de la vida apostólica, de la unidad de los cristianos, de la familia, de la justicia y de la paz..., una constelación de arribistas, corruptos y embusteros.

Reprimendas públicas y privadas a los sacerdotes de la teología de la liberación y, simultáneamente, clandestinas fugas de cientos de miles de dólares para consolidar el politizado sindicato polaco Solidaridad.
Casi dieciocho millones de dólares en oro inmovilizados en las reservas de Fort Knox, en Estados Unidos, y un Papa que acaricia niños desnutridos en África.
Más de cien prelados de alto rango involucrados en logias masónicas y un Santo Oficio que se arroga el derecho a juzgar, herir o silenciar a mentes tan privilegiadas y valientes como la del teólogo alemán Hans Küng...
Y todo esto -y mucho más-, en el nombre de Dios. ¿Y que tenía que ver este Dios con el que veneraba y al que servía el humilde, noble y entregado cura de su pueblo? La verdad es que si prestaba atención a tan virulenta atmósfera, lo que alcanzara a imaginar en aquel apacible lugar podía quedarse corto.

06 horas 45 minutos

Las barreras de la plaza fueron retiradas. Y Chíniv se alisó la cabellera. Un segundo coche policial se detuvo junto al primer patrullero. Y un prefetto desaliñado y sudoroso buscó al comandante. Rossi hizo lo propio con sus hombres.
Lento y renqueante, uno de los furgones azules y blancos del Ufficio Mobile fue a estacionarse a un metro de los automóviles. Y al repasar la matrícula -A-2278-, el inspector empezó a tomar conciencia de la gravedad de la misión que, al parecer, se le había confiado. Aquella unidad-laboratorio, con sus avanzados sistemas de comunicaciones, sus computadoras conectadas al archivo central y el arsenal, sólo era requerida en casos excepcionales.
Y con cara de circunstancias fue saludando a los cuatro funcionarios que acababan de saltar del vehículo blindado.
El teniente Ugo Gasparetto, su ayudante e incondicíonal amigo, incapaz, como siempre, de sujetar la lengua, fue al grano.
-¿A qué viene tanto misterio?
Rossi se encogió de hombros. Examinó de reojo las dos maletas metálicas que portaban los especialistas e, inicialmente, se

sintió tranquilo. El equipo de lofoscopia -elegido con lupa- era de confianza. Allí estaban los más capacitados expertos en huellas, manchas, cabellos, pisadas, cristales y hasta en impresiones en escayola.
Y, atendiendo los urgentes requerimientos del nervioso prefetto, distribuyó a su gente en los coches patrulla.
Los dos alabarderos de la Guardia Suiza, enfundados en oscuras capas, se cuadraron al paso de los vehículos.
Y un negro y encerado Mercedes, con matrícula del Estado Vaticano, iluminó la plaza de los Protomártires Romanos, abriendo la comitiva. El lugar se hallaba desierto.
Rossi y el prefetto, en el asiento trasero, guardaron silencio. Chíniv, junto al conductor, señaló hacia la izquierda, apremiando al hombre de azul.
Y al dejar atrás la Canónica, el jefe de Seguridad, volviéndose hacia el enviado especial del ministro, preguntó en clara alusión al inspector:
-¿Se lo ha explicado?
Rossi levantó la guardia.
-No, Camilo... No ha habido ocasión.
También la plaza de Santa Marta se presentó desolada.
-Por cierto -empalmó el prefetto secándose los ríos de sudor-, en el supuesto, sólo en el supuesto, de que no se trate de una muerte accidental, ¿existe alguna hipótesis?
Chíniv meditó la respuesta. Y el jefe de Homicidios, con el alma flexionada como una pantera, se dispuso a saltar sobre el más pequeño indicio.
Y el comandante, reforzando las palabras con una seca negación de cabeza, replicó:
-Imposible saberlo, por el momento.
-Pero, Camilo..., seamos francos. Mis hombres no pueden trabajar a ciegas. ¿Sabes o sospechas algo? ¿Qué dice tu servicio de información? ¿Qué ha ocurrido en los últimos tiempos que pudiera conducirnos a un hipotético móvil?
El agente de Seguridad acarició el volante. Y el gran turismo dejó a la izquierda la iglesia de San Esteban, aproximándose a los contrafuertes del flanco oeste de San Pedro.
-¿En los últimos tiempos?

El cansino tono de Chíniv fue computado al instante por el inspector.
-...demasiadas cosas. Demasiadas y a cuál más grave...
Y dominando la tentación trató de alejarse de aquel campo minado.
-Pero no creo que sea oportuno... Lo primero es lo primero.
El Prefetto volvió a tirar del sedal.
-¿Terroristas? ¿Podría guardar relación con esa organización que trata de chantajear al Vaticano?
Chíniv se envaró.
-¿Cómo sabes eso?
El prefetto saboreó el triunfo. Y optó por arriesgarse:
-Después del incidente en la capilla de La Piedad hemos seguido trabajando...
-Entonces -confesó Chíniv con ingenuidad- estaréis al corriente del robo y de los explosivos...
La mente de Rossi se torció. Por genética y por oficio era un hombre ordenado y meticuloso. Y aquel criptograma excedía su inteligencia y su notable buena voluntad. El Mercedes blanqueó la vía de los Fundamentos, desvelando a lo lejos, a la derecha, la cara norte de la Capilla Sixtina.
Y Rossi lamentó el súbito e infantil traspié de su jefe.
-¿Robo? ¿Explosivos? ¿De qué hablas?
Chíniv replicó con una malévola sonrisa. Y sorteando la trampa del prefetto dio por rematado el forcejeo:
-Mi impaciente amigo, vayamos por partes. Deja que la brigada examine la capilla...
El puzzle dejó exhausto al inspector.
El chofer aminoró la marcha. E, ignorando el semáforo en rojo del arco del Centinela, penetró en el primero de los cuatro patios que le separaban de su destino.
En el Borgia, los centinelas suizos repitieron los saludos. En el tercero -de los Papagayos-, el runruneo de los motores golpeó el ocre de los altos y severos muros, alertando al Servicio Secreto que aguardaba en el ceniciento enlosado de San Dámaso.
Y al detenerse frente a las tres galerías de Bramante y Rafael, Rossi creyó hallar la solución al diabólico rompecabezas. Se hallaba a los pies del Palacio Apostólico. La víctima, en

consecuencia, tenía que ser un personaje de notable relevancia en el gobierno de la Iglesia.

06 horas 48 minutos

Aquel despliegue recalentó a la confusa brigada de homicidios. La escalera Noble y sus accesos presentaban una desproporcionada y nerviosa concentración de guardias suizos. Gasparetto reconoció entre los helvéticos a bastantes de los veintitrés oficiales sin mando.
Sorprendidas por la arrolladora marcha del jefe de la Seguridad Vaticana y de los escoltas que le arropaban, las onduladas y miguelanchescas franjas azules, amarillas y naranjas de los soldados apenas si tenían tiempo de erguirse y saludar.
Al ganar la segunda planta, el jadeante pelotón se detuvo. Y los hombres de azul tomaron el corredor principal, apostándose frente al ascensor papal y al pie de la alfombrada escalera de mármol que conduce al piso superior. Y Chíniv, precipitándose sobre uno de los teléfonos interiores, pulsó los cuatro números del gabinete privado de Su Santidad.

06 horas 52 minutos

En un primer momento, Ugo Gasparetto no reconoció el cadáver. El deformante traumatismo en la región frontal, los coágulos y los regueros de sangre cruzando las cuencas oculares, la nariz, el pómulo y la mejilla izquierdos, así como los labios, mentón y cuello hacían prácticamente irreconocible el rostro del Pontífice. Rossi, por su parte, al identificar la blanca sotana, sintió una fría garra hundiéndose en su columna. Y en décimas de segundo rehizo y ajustó sus laberínticos esquemas. Y por primera vez en su dilatada carrera profesional experimentó un irrefrenable deseo de escapar. Y, tensando las maromas de su zarandeado corazón, recorrió los semblantes de los allí reunidos, a la desesperada búsqueda de una sola y decisiva respuesta:
¿Qué se esperaba de él y sus hombres?

Pero el cerrado círculo -con los ojos clavados en aquel cuerpo- no resolvió su problema.
Siwiz y sor Juana, resignados, permanecían a espaldas de Rodano, dispuestos a ejecutar las órdenes que el meditabundo prelado estimara oportunas. Definitivamente, el secretario de Estado se había hecho con el mando y el rumbo de la desarbolada nave.
Chíniv fue el único que acudió en auxilio de los ansiosos y parpadeantes ojos azules del inspector. La muda "lectura" fue determinante.
¿Asesinato?
Aquellas pupilas -teñidas en un negro acusador- y el inmisericorde, casi despiadado, rictus en la mandíbula del comandante fueron un plástico, transparente y directo anuncio.
Y Rossi, inconscientemente, activo su particular piloto automático. Y el nerviosismo inicial aflojó sus garras...
El pastoso preámbulo fue disuelto con rapidez. Angelo Rodano ofreció un sobre al prefetto, invitándole a leer su contenido. Cumplida la sugerencia, el representante del ministerio asintió complacido:
-Todo en orden, eminencia. Yo mismo haré llegar la solicitud oficial a su excelencia.
-En ese caso -replicó el prelado abriendo las manos con impaciencia-, por favor, actúen. Y háganlo con rapidez. Camilo y sor Juana les atenderán en todo lo necesario.
Y haciendo una indicación al desdibujado Siwiz para que le acompañara se retiró de la capilla.
El prefetto -sin saber muy bien qué hacer- se volvió hacia el inspector jefe, azuzándole con un autoritario baile de sus dedos.
-Ya lo ha oído. Muévanse...
Rossi, curado de espantos y servilismos, le obsequió con una desdeñosa mirada. E incómodo, el prefetto eligió con sensatez. Rodeó el reclinatorio y, tras cruzar unas palabras con Chíniv, se alejó hacia la doble puerta.
Divertido, Gasparetto se atusó el pelirrojo y generoso mostacho. Conocía bien a su capitán. Y sabía que en su trabajo la palabra rapidez era sinónimo de estupidez. Le bastó con asomarse a los tirantes músculos de su cara para comprender que la mente de aquel excelente policía había empezado a pistonear mucho

antes, incluso, de la innecesaria orden del prefetto. Y, sumándose a las inquietudes de Rossi, se planteó la cuestión que -inexplicablemente- ni el secretario de Estado ni el político habían querido despejar:
¿Por qué estaban allí? Ellos eran de Homicidios. No hacía falta ser muy despierto para deducir que aquella muerte -al menos a primera vista- reunía todos los ingredientes de un fatal accidente. ¿Qué ocultaban?
Pero, obedeciendo a su instinto policial, aparcó las interrogantes. Y mecánicamente, inmóvil junto al cadáver, se unió a la primera y silenciosa inspección ocular iniciada por su jefe. Y lo hizo según su costumbre: olvidando, por el momento, el objetivo principal para dibujar el escenario y cuanto contenía. En este caso, sus lejanos años como estudiante de arte en Florencia resultaron de gran utilidad.
Capilla rectangular, donación de los fieles de Milán al desaparecido Pablo VI. Paredes y suelo recubiertos de mármol de Candoglia, imitando la catedral de la referida ciudad. Moderna decoración. Altar y sagrario enriquecidos con esmaltes de Martinotti. Seis velas. Una encendida. Gran crucifijo de madera, obra de Manfrini. Muros laterales de un blanco mate, exquisitamente rotos por sendas vidrieras azules de Silvio Consadori, con escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y estatuas de los cuatro evangelistas. Dos a cada lado y a 1,40 metros del piso. Relajante vidriera de Filocano a manera de techo y en idéntico color turquesa. Atril de hierro forjado a la izquierda del altar. Casi medio centenar de sillas y pequeños bancos. Dos esculturas de Lello Scorzelli representando el bautismo en el Jordán y la asunción de María. Un vía crucis de este mismo artista, mostrando a un Cristo abandonado a las pasiones de los hombres. Aparentemente, una sola puerta de entrada. Y en el centro, a unos cuarenta centímetros del único escalón existente en la minibasílica, dos piezas gemelas a las que, sin duda, tendrían que prestar una muy especial atención: un reclinatorio de un metro de alzada y el correspondiente sillón. Tanto el frontis del primero como el respaldo del segundo ofrecían una cuidada colección de grabados en bronce, encargados a Mario Rudelli. Un águila y dos polluelos ensangrentados y, en el sillón curvado, una docena de

altorrelieves con otras tantas actividades humanas. Estos últimos limpios. Sin una gota de sangre...
Constante Rossi era un viejo divorciado de la prisa. Y sus hombres lo sabían. De ahí que, prudentemente, se mantuvieran en segundo plano, con las maletas cerradas y pendientes de una luz verde que llegaría cuando el inspector -y nadie más- lo estimara oportuno. Y, al igual que el jefe de Seguridad, el médico y la superiora, le dejaron hacer.
Ultimado el repaso general, Ugo se aproximó al capitán. Y sin mediar palabra alguna, también en cuclillas, se concentró en el examen del cadáver, del escalón y del enrojecido frontis del reclinatorio.
Las reflexiones de ambos -colgadas de la provisionalidad-discurrieron parejas:
Importante traumatismo craneoencefálico. Posiblemente -aunque eso debería consignarlo el forense-, de carácter cerrado. De la frente, al abrirse contra la masa de bronce, había manado abundante sangre. Casi con
seguridad, de la vena frontal. Y a juzgar por las dimensiones del charco que rodeaba el cadáver, la volemia o volumen de sangre derramada podía superar el litro. La muerte, sin embargo, tenía que haber sobrevenido como consecuencia del golpe.
¿Posible caída? Aunque los regueros que partían radialmente del hipotético punto de impacto hacían verosímil la teoría, sólo un concienzudo análisis de lo que tenían a la vista, las posteriores comprobaciones en el laboratorio, los interrogatorios y, por supuesto, los resultados de la autopsia -si la había-podían arrojar luz sobre el suceso.
Dedos crispados. Ensangrentados pero intactos. No sujetaban ni contenían objetos o rastros detectables a simple vista.
Y ante la imposibilidad de tocar o mover el cuerpo -al menos hasta que no fuera autorizado por el juez-, Rossi y su ayudante completaron estas iniciales observaciones con un reposado paseo en tomo al Pontífice.
...pies calzados...
También la indumentaria los obligó a reflexionar. Si el Papa tenía la costumbre de levantarse de la cama a las cinco y medía de la madrugada -así constaba en todos los reportajes

periodísticos- y acudir a la capilla media hora después, ¿en qué momento se había registrado el óbito?
El inspector fue despertado a las 6.17. Y lo que resultaba poco creíble es que el supuesto accidente, el hallazgo del cuerpo y la posterior cadena de llamadas telefónicas se hubieran concretado en algo más de quince minutos.
¿Es que el Santo Padre había alterado su horario? Y en caso afirmativo, ¿por qué?
La desordenada constelación de pecas que camuflaba el rostro de Gasparetto se orientó hacia Rossi. Y éste, con una levísima inclinación de cabeza, le autorizó a verificar el súbito y compartido destello.
Y la engañosamente frágil humanidad del teniente fue a apostarse en cuclillas frente al rostro del Papa. Extrajo un cortaúñas del bolsillo interior de la chaqueta y, extremando el pulso y las precauciones, retiró el filo de la manga izquierda, dejando al descubierto el reloj de pulsera.
¡Maldición!...
Ninguno de los presentes llegó a percibir la silbante y ahogada imprecación de Ugo.
Y, retornando junto al capitán, le susurró al oído:
-Imposible saberlo... La sangre cubre la esfera.
También Rossi lo lamentó. Si las agujas se habían detenido a causa del golpe, el dato podía proporcionarles una interesante pista en relación al momento exacto del impacto. Pero esa comprobación debería esperar la pertinente autorización de la Comisión judicial. Una comisión de la que, por cierto, el inspector jefe tampoco había sido informado. ¿Estaba previsto que hiciera acto de presencia? La ley italiana así lo contempla. Pero ¿cómo guiarse por la lógica ante el cadáver de un personaje de aquella naturaleza y en un lugar como el Vaticano?
Y Constante Rossi, poco amante de subterfugios y demás enredos jurídicos, se propuso no apartarse de su habitual línea de conducta: la simplicidad.
Y, en un codo con codo con el pelirrojo, emprendió la siguiente fase preliminar: la exploración del entorno inmediato al cadáver.

06 horas 58 minutos

Sí, lo había observado minutos antes, en el primer repaso general a la capilla. Y, teniendo en cuenta el lugar, se le antojó normal. Pero, de pronto, su fino y largo olfato -¿o fue su deformación profesional?- le hizo reparar en un detalle que, cuando menos, resultaba impropio en un recinto tan minuciosamente ordenado. Y Rossi se aproximó cauteloso, deteniéndose a una cuarta del altar.

Chíniv, pendiente de todos y cada uno de los movimientos de la pareja, también cayó en la cuenta. Y, tan intrigado como el capitán, se preguntó por qué no lo había descubierto con antelación. Y poco faltó para que abandonara su puesto junto al sillón curvado. En el último segundo, sin embargo, decidió esperar y observar.

El inspector dedicó unos instantes a la atenta contemplación de aquel cirio encendido. Sus cinco hermanos presentaban una misma y matemática longitud. Alrededor de treinta centímetros. Y se formuló una inevitable pregunta:

¿Por qué aquella sexta vela aparecía consumida y rebajada en casi dos centímetros?

Pero las cavilaciones fueron suspendidas por un nuevo hallazgo. Gasparetto reclamó su atención desde el otro extremo del altar. A sus pies se hallaba una solitaria zapatilla negra. Y sin prisas fue a reunirse con su ayudante.

El examen fue breve. Pero, al igual que ocurriera con Seguridad, capitán y teniente se mostraron recelosos.

¿Qué hacía allí -a escasos centímetros del cadáver- un zapato de mujer? ¿Se tenía conocimiento de alguien que hubiera acompañado al Pontífice durante su estancia en la capilla? ¿Había presenciado el supuesto accidente?

El cúmulo de interrogantes empezaba a pesarles. Y el jefe de Homicidios estimó que había llegado el momento de pasar a la acción. Y Chíniv acudió presto a su llamada.

Pero el comandante no supo responder a las dos primeras preguntas. Ignoraba el porqué de la zapatilla en las proximidades del altar, aunque sospechaba a quién podía pertenecer. Respecto a la vela encendida, ni la más remota idea.

-Quizá yo pueda aclarárselo, inspector...

Sor Juana rompió su silencio. Y calzándose el zapato añadió, rubricando sus palabras con una amarga sonrisa:
-Debí de perderla en los primeros momentos de confusión, al encontrar el cuerpo del Santo Padre...
Gasparetto empezó a tomar notas. Y Chíniv respiró aliviado. Pero el capitán, insatisfecho, señaló el segundo pie, conminándole a que explicara por qué se hallaba igualmente descalzo.
La monja, aturdida, no acertó a responder. Y sus mejillas se incendiaron, encrespando las suspicacias del inspector.

07 horas 02 minutos

La doble puerta se abrió. Y el interrogatorio quedó en suspenso. Una corpulenta sotana negra se recortó contra la luz del corredor. Y Angelo Rodano avanzó gesticulante. A su lado, nerviosa, mínima y quebradiza, apareció la figura de un anciano, ostensiblemente escorada por el peso de un maletín negro. Discutían. Pero, al llegar al reclinatorio, cesaron en sus ásperos ademanes. Y el expectante y arrinconado Itenozzu fue a reunirse con su colega, el polaco Mielawcki. Y aunque no tuvo valor para planteárselo abiertamente, sus pensamientos orbitaron en torno a la cuestión que acababa de echarle en cara el secretario de Estado y que, en definitiva, había provocado la agria discusión:
¿A qué se debía aquel retraso? El médico personal del Papa fue advertido telefónicamente hacia las cinco y once minutos...
Rossi olvidó a la superiora. Y se centró en el recién llegado. Su traje, negro funerario, y aquel rostro macilento y arruinado por la viruela no le gustaron.
Y el hombrecillo, olvidándose del cadáver, se entretuvo en una descarada observación de los allí reunidos. Al identificar a Chíniv y a los funcionarios de policía, los cráteres de su cara se distorsionaron. El comandante, habituado al desabrido estilo del polaco, le ignoró. Ugo encajó con escepticismo la despreciativa mueca. Rossi, en cambio, quedó perplejo. Pero no por la falta de cortesía del médico, sino por una circunstancia, anormal a todas luces. En lugar de ocuparse de inmediato del

cuerpo de su amigo, había dado notoria preferencia a la minuciosa inspección de los presentes.
Mielawcki se tragó sus pensamientos. No así el inspector. Y aproximándose al prelado le interrogó acerca de la Comisión judicial.
La intuición de Rossi dio en el blanco. Al escuchar la pregunta, la irritación del doctor se despeñó, dejando a Rodano con la palabra en la boca.
-¿Es que también ha autorizado la entrada de esos leguleyos? ¿Por qué no respetan su desgracia? ¿A qué otras infamias piensa someterle?...
Y colérico, retando al monseñor desde su menguada estatura, le soltó sin rodeos:
-Usted y su casta de fariseos trataron de volverle loco. Usted y esa ponzoñosa Curia lo han matado...
La cara de Rodano se hizo porcelana. Y el capitán, instintivamente, desvió la mirada hacia la superiora. En sus ojos grises creyó distinguir un solapado respaldo a las brutales afirmaciones de su compatriota.
-¿A qué viene esta farsa? -vociferó el anciano fuera de sí-. ¿Es que cree su eminencia que una investigación policial servirá de algo?... Ustedes, sanguijuelas, lo han sabido planear muy bien... Él está muerto. Eso es lo que cuenta.
Y antes de que el descompuesto prelado acertara a replicar, Mielawcki arrojó el maletín a los pies de Renato Itenozzu. Y, censurándole con una sardónica sonrisa, le reservó la última gota de veneno:
-¡Hazlo tú..., si te atreves! Extiende el certificado de defunción. Ellos sabrán recompensarte...
Y la destartalada silueta se apartó del huracán que acababa de provocar, desapareciendo por la doble puerta.
Constante Rossi, hábil, acudió en auxilio del secretario de Estado, apagando la malsana curiosidad de algunas de las miradas.
-Eminencia..., tendré que interrogar a cuantos trabajan en esta tercera planta.
Rodano agradeció el salvavidas. Y, alertando al jefe de la Seguridad, le rogó que se acercara.
-Entregue la lista al inspector...

Rossi la ojeó sin exteriorizar un excesivo interés. Y trasladando el papel a su ayudante puntualizó:
-Ocúpate.
A renglón seguido -simulando que lo había olvidado- se interesó de nuevo por la Comisión Forense.
-Está en camino. ¿Algo más?
Complacido, el capitán se limitó a esbozar un preventivo no..., por ahora.
Y el prelado, tomando a Chíniv por el brazo, se apresuró a seguir los pasos del médico polaco.
Itenozzu, desalentado, hizo ademán de abandonar igualmente el lugar. Pero Rossi le retuvo.
-Un momento, doctor...
Y, abordando a los funcionarios, los autorizó a proceder.
-Ya saben. Primero las fotografías.
El teniente asintió. Y los cuatro hombres se trasladaron al fondo de la capilla, depositando las maletas sobre el verde terciopelo de las pequeñas banquetas.
El inspector invitó al jefe del Servicio Sanitario Vaticano a moverse con él hacia la doble puerta.
-Y ahora, dígame: ¿ha explorado el cadáver?
Itenozzu procuró calmarse.
-Mínimamente...
-¿Lo han movido?
-La prohibición del secretario de Estado ha sido terminante.
La aclaración tranquilizó al policía.
Dirigido por Ugo Gasparetto, uno de los funcionarios activó el potente flash, iniciando el trabajo fotográfico. En primer lugar, una serie de tomas generales. Con las prisas habían olvidado la cámara de vídeo.
-¿Algún otro signo de violencia, además de los visibles?
El médico replicó con cansancio.
-Imposible saberlo sin una revisión a fondo.
-¿Rigor mortis? Itenozzu se encogió de hombros, repitiendo lo que ya había manifestado al prelado.
En otras palabras -argumentó Rossi para sus adentros-, que nos encontramos atados de pies y manos. Habrá que esperar el dictamen del forense.

La voracidad de los destellos encogió el ánimo de sor Juana. Aunque comprendía la misión de aquellos hombres, algo en su interior se revelaba contra lo que estimaba como una violación de la intimidad de su reverenciado Santo Padre. No podía soportar la aproximación de aquel implacable foco a la cabeza, al rostro o a las espaldas del indefenso cuerpo. Y angustiada -huérfana de la compañía de sus hermanas o del jefe de Seguridad e impotente frente al ir y venir de los funcionarios alrededor del reclinatorio-, fue deslizándose lenta y sigilosamente hacia la puerta.
-¿Sabe si la víctima sufría alguna dolencia concreta?
Itenozzu, buscó una vía de escape.
-Eso tendrá que preguntárselo a su médico personal...
El capitán no se dio por enterado.
-¿Era propenso a desvanecimientos o mareos?
El médico titubeó. Y pagó el error.
-Por favor -le invadió el capitán sin contemplaciones-, no me oculte nada. Tarde o temprano...
Sor Juana entreabrió la doble puerta. Pero Rossi la fulminó:
-Hermana, ¿por qué tanta prisa?
La superiora bajó la cabeza, avergonzada.
-Sé que, últimamente, su salud se había deteriorado...
El inspector exigió concreción.
-Perdía peso. Apenas se alimentaba y, en efecto, sufría caídas de tensión.
-¿Recibía medicación?
-Supongo que sí...
-¿Supone?
Itenozzu, incómodo ante la presión, volvió a remitirle a Mielawcki.
-Pero usted es el jefe del Servicio Sanitario. ¿Qué medicamentos?
-Ya le he dicho que lo desconozco...
-¿Qué me dice de su salud mental?
El médico percibió el peligro. En su cerebro seguía repiqueteando la audaz acusación del polaco.
-Inspector, no soy psiquiatra...
Rossi no dudó en colocarle de nuevo contra las cuerdas.
-Vamos, doctor, esto es una aldea...

-Pregunte a Mielawcki.
-Le pregunto a usted.
El tono del capitán se afiló.
-No sé. No tengo suficientes elementos de juicio. Compréndalo.
Las balbuceantes palabras de Itenozzu fueron la mejor respuesta. Pero el inspector jefe, abusando de la docilidad del médico, dio otra vuelta de tuerca.
-Lo único que comprendo es que una de sus obligaciones era conocer el estado físico y mental de su ilustre paciente. ¿Asistió personalmente a alguna manifestación de desequilibrio psíquico?
Renato le miró aterrorizado.
-No, por supuesto...
-Pero sí le han llegado noticias...
-Sólo rumores -cedió Itenozzu bajando la guardia.
-¿Qué rumores?

07 horas 10 minutos

Rossi frunció el ceño. La maldita doble puerta empezaba a mortificarle...
Ahora fue Chíniv quien traspasó el umbral. Se excusó y, señalando el centro de la capilla, dio a entender al capitán que necesitaba hablarle.
El médico recobró el aliento, recibiendo la presencia del comandante como una liberación. Pero Rossi, viejo explorador de la naturaleza humana, anticipándose a sus intenciones, le ordenó que aguardase.
Y el jefe de Seguridad, conduciéndole afablemente hasta el respaldo del sillón curvado, le anunció el inminente arribo del juez y los forenses.
-¿Cómo va el trabajo?
El inspector extendió la mano izquierda, invitando a su interlocutor a que lo comprobara por sí mismo. Dos de sus hombres, provistos de testigos métricos, tizas y una solución lechosa, se afanaban en las acotaciones del cadáver, del charco de sangre y del sinfín de regueros. Una vez marcados los detalles y señalizados los puntos de interés mediante los

referidos testigos o tiras adhesivas de papel milimetrado y numerado, el tercer funcionario los fotografiaba de inmediato, tanto en detalle -con el auxilio de una lente macro- como en plano general. Ugo, por su parte, había iniciado un minucioso levantamiento de croquis de la capilla y de cuanto contenía.

-Empezando...

-Está bien -le tranquilizó Chíniv-. Ahora debo dejarle. La comisión llegará de un momento a otro. Por cierto...

El jefe de Seguridad lanzó un desconfiado vistazo a Itenozzu y a la superiora. Y bajando el tono le hizo partícipe de una confidencia.

-Cabe la posibilidad de que la autopsia se practique mucho antes de lo que imaginábamos.

La estudiada pausa de Chíniv y una escurridiza sombra de desaliento en sus enrojecidos ojos surtieron efecto. Rossi reaccionó:

-¿Qué insinúa?

-A usted debo confesárselo. Monseñor Rodano lucha prácticamente solo... Digamos que existe una corriente dentro del sistema, que se opone a esta investigación y, muy especialmente, a la autopsia.

El inspector sonrió irónico.

-Hágame caso. Muévanse con rapidez...

-¿Dónde tendrá lagar el examen anatómico?

Chíniv se resistió. Finalmente, admitiendo que Constante Rossi -en cierto modo- se hallaba de su lado, le reveló que todo había sido dispuesto en aquella misma tercera planta. La primera idea de Rodano -trasladar el cadáver a la clínica Gemelli- fue desestimada.

-Y otra cosa.

El jefe de Seguridad se distanció de Rossi. Y señalando el reposabrazos del reclinatorio le sugirió que lo examinara.

El capitán accedió. Y tras contemplar el goteo de sangre, el celeste de sus ojos se perdió en el pavimento de mármol sobre el que se suponía había resbalado o tropezado el Santo Padre. Y sus cejas cabalgaron.

-Y bien. ¿Qué opina?

La mente del policía, en ebullición, no logró descomponer el inexpresivo rostro. Y el comandante tuvo que interpelarle por segunda vez.
-¿No le parece extraño?
La réplica fue un jarro de agua fría.
-No mucho, francamente. No sabemos si, a pesar del golpe, tuvo oportunidad de incorporarse, buscando apoyo en el reposabrazos...
-Pero...
-En ese caso -remachó el inspector sin inmutarse-, sería lógico que la sangre de la frente hubiera caído sobre el terciopelo.
Y dando media vuelta se alejó del consternado comandante.

07 horas 14 minutos

El teniente interrumpió la confección de los croquis y, obedeciendo la recomendación de su jefe, inició la búsqueda de huellas de zapatos en una primera área de seis metros cuadrados, a la derecha del altar. La potente linterna, manejada con destreza, descubrió en seguida todo un caos de improntas, de muy diferentes tamaños y dibujos. Y con una entrenada paciencia, apoyado por otro de los especialistas, fue dirigiendo el haz de luz de forma indirecta, cuadriculando cada sector, dibujando formas y direcciones y tomando las correspondientes distancias.
Rossi impartió una nueva orden.
-En cuanto sea posible, peinen la zona. Empiecen por el reclinatorio y el sillón. Después busquen en el altar, escalón, enlosado, picaportes, atril, etcétera... ¡Ah! Y no olviden los cirios. En especial, el encendido. Quiero un máximo de huellas.
Y cambiando el norte de sus pensamientos, dedicó unos instantes a la observación de sus inmediatos objetivos. Itenozzu y la superiora continuaban junto a la doble puerta, forzosamente sumisos. Sobrados de funestos presagios. El médico, en actitud reflexiva, frotando su cuadrado mentón, parecía más excitado que sor Juana. Y el capitán, astuto, creyó conveniente empezar por la religiosa, desbocando así el nerviosismo del doctor. Si la psicología no erraba, al reanudar el

interrogatorio, Itenozzu debería mostrarse más propenso a la colaboración...
La monja acudió ligera al ruego del capitán. El médico, en efecto, fue sacudido por una ráfaga de inquietud. Y Rossi, espiándole con el rabillo del ojo, se felicitó.
-Bien, hermana...
Antes de que cuajara la primera cuestión, sor Juana, temerosa, se parapetó entre el febril culebreo de sus dedos.
-Por favor -terció Rossi conciliador-, sólo intento conversar. Pura rutina...
Trató de corresponder. Pero la sonrisa nació muerta.
-Tengo entendido -mintió calculadamente- que fue una de sus religiosas quien descubrió el cadáver...
Desconfiada, indagó en las obstinadas pupilas del capitán. Y las manos se le enroscaron hasta hacerse daño. Pero Rossi no conocía la prisa.
-Fui yo, señor... Exactamente a las cinco menos diez...
Mientras la compungida monja rearmaba de nuevo los recuerdos, relatando la dolorosa experiencia, el inspector se vio arrojado a lo más profundo de aquel dilema. Sus provisionales suposiciones se desplomaron. Tenía que pasar la hoja. Arrancar de cero. El habitual horario del Pontífice, en efecto, aparecía notablemente alterado.
-¿Y dice usted que la capilla se hallaba cerrada?
-Desde la medianoche.
-¿Alguien más tiene llave de esa puerta?
-No, señor...
El capitán desvió sus pensamientos hacía el altar. Pero la superiora se anticipó.
-Su Santidad disponía de una pequeña entrada, a la derecha del ábside. Es privada y comunica directamente con sus habitaciones. ¿Desea verla?
Sorprendido por la agilidad mental de aquella mujer de sesenta años, se contentó con sonreírle. Y fue derecho al grano.
-¿Puede decirme si el Papa solicitó la presencia de alguna de ustedes, o de sus colaboradores, entre las doce de la noche y las cinco de la madrugada?
-En lo que a nosotras concierne, no, por supuesto. Las hermanas y yo nos retiramos poco después de las doce. Si el

Santo Padre reclamó a alguien en el transcurso de las cuatro horas y media siguientes, sinceramente, lo desconozco.
-¿Ha inspeccionado el dormitorio?
Esta vez fue la religiosa quien se sintió complacida por la intuición del policía. Y sus ojos ganaron parte de su proverbial serenidad.
-Por orden expresa de su eminencia...
Interesante -caviló el capitán-. Muy interesante. Al parecer, alguien nos lleva ventaja...
-Y tal y como imaginaba -prosiguió melancólica-, la cama se encuentra revuelta.
-¿Y qué tiene de extraño?
-En principio, nada... El Santo Padre se acostó. De eso estoy segura. y probablemente lo hizo según su costumbre. Hacia las once y treinta. Media hora antes solía cerrarse en sus aposentos...
-¿Cerrarse? ¿Con llave?
Sor Juana rectificó. Se había explicado incorrectamente.
-El Santo Padre no era de esa clase... Sus habitaciones siempre estaban abiertas...
Uno de los funcionarios se encaminó hacia las maletas. Instantes después, al cruzar de nuevo frente al inspector, cerró el puño derecho, elevando el pulgar. Rossi correspondió con un guiño. Y, mientras escuchaba a la religiosa, le siguió con la mirada. Verdaderamente se sentía orgulloso de sus hombres. Todos, por igual, habían captado la necesidad de agilizar el trabajo. El autor de la señal se arrodilló muy cerca del pulido y verdoso pie metálico del reclinatorio. Destapó uno de los frascos que acababa de transportar y, con extremado celo, derramó una dosis de reactivo sobre los pelos de una brocha. Una vez impregnado en el carbonato de plomo, dirigió el pincel sobre el bronce, pintando con mimo la tersa superficie. Y lenta e inexorablemente, el polvo blanco fue cubriendo las escasas zonas respetadas por la sangre. Y el policía aguardó expectante. Si la cara superior y el frente del pie curvado conservaban alguna huella dactilar, no tardaría en manifestarse.
Y el funcionario, elevando el rostro hacia Rossi, negó con la cabeza.

-Más de una vez -se explayó la superiora-, entre las once y las doce de la noche, he visto al primer secretario entrar y salir de la cámara de Su Santidad. A mi entender, en todos estos años jamás supe de alguien que llegara a cerrar esas puertas. Y le diré más: creo que ni el Santo Padre sabía dónde guardaba la llave de su dormitorio...
El capitán, vencida la resistencia inicial, fue profundizando:
-¿Quién tenía acceso a sus habitaciones privadas?
-Siwiz, por supuesto. Y también el ayuda de cámara, una servidora y el resto de las hermanas encargadas del aseo...
-¿Y el médico?
-Sólo en caso de enfermedad o en situaciones...
Sor Juana comprendió que se había precipitado. Pero el repentino mutismo tenía los segundos contados. Y el inspector, sonriendo maliciosamente, redondeó la inconclusa frase.
-¿Situaciones especiales?
El enjuto rostro se acaloró.
-¿Qué clase de situaciones?
Atrapada, le confesó parte de la verdad.
-En las últimas semanas, desconozco las causas, Su Santidad había experimentado mareos y preocupantes desvanecimientos. Pues bien, en dos o tres oportunidades tuvo que ser auxiliado y obligado a guardar cama. Mielawcki le atendió...
Rossi intervino sin rodeos.
-¿Considera usted que atravesaba algún tipo de depresión?
Indecisa, se mordió los labios.
-No soy médico, inspector...
-Pero sí una excelente observadora...
Sor Juana sucumbió al oportuno y certero elogio.
-Bueno, en cierto modo, yo era uno de sus ángeles custodios. Desde el atentado en la plaza de San Pedro ya no fue el mismo...
Y, recapacitando, añadió convencida:
-Pero el asunto de La Piedad le trastornó. Jamás le había visto tan reservado y taciturno. Nos rehuía. Rechazaba los postres de sor Gabriela. Su mirada, antaño vivaz, se apagó. Dedicaba muchas horas a la oración. Este lugar era su refugio.
-¿Tomaba algún antidepresivo?
La superiora bajó los ojos, tratando de memorizar.
-No lo sé con certeza...

-¿Quién se responsabilizaba de los medicamentos?
La monja, presuponiendo alguna doble intención, cortó por lo sano.
-El Santo Padre sentía un rechazo natural por los fármacos. Siempre fue un hombre fuerte, sano y jovial...
Una benevolente sonrisa vino a recordarle que se estaba distanciando de la pregunta.
-Ésa era una de mis obligaciones -reconoció sin alardes-. Pero su farmacia era mínima...
-¿Nortriptilina?
El contumaz policía no se apartó un ápice de su objetivo.
-No me suena...
-¿Quizá Desipramina o Protriptilina?
Fue negando sistemáticamente. Y Rossi desistió. El gris cristalino de los ojos de la hermana no se empañó con la mención de ninguno de los referidos antidepresivos. Y el inspector cambió de rumbo.
-¿Qué le recetó Mielawcki contra los síncopes?
-Comprimidos... Debía tomarlos tres veces al día.
-¿Qué tipo de pastillas?
-Efortil. Yo misma se los dejaba en la mesa...
-¿Desde cuándo se los suministraba?
-El tratamiento se inició hace unos días.
Con una obsesión casi paranoide, el capitán formuló una cuestión que él mismo había aclarado implícitamente:
-¿Quién dio esa orden?
La monja replicó mecánicamente:
-Usted lo acaba de mencionar: su médico personal.
-¿Fue sometido a algún examen previo?
-Lo siento -le frenó la religiosa, sosteniendo la acorazada mirada-. Tanto si le digo que sí, como si lo niego, le estaría mintiendo. Esos temas eran reservados. Tendrá que preguntar a Mielawcki.
Los funcionarios, en su implacable rastreo de huellas dactilares, se ocuparon del esponjoso cojín cosido al reclinatorio y en el que el Pontífice hincaba las rodillas. En este caso, el terso y verdiclaro cuero fue pincelado con magnabrush, un reactivo negro. El peinado resultó infructuoso.

Y Rossi, recuperando un "hilo, aparentemente olvidado, desplegó una nueva ofensiva.
-Me decía que inspeccionó el dormitorio por mandato expreso del secretario de Estado. ¿Por qué?
Su propia ingenuidad le puso a salvo.
-El porqué no lo sé.
Y el inspector admitió que no debía abusar de sus ácidas preguntas. Trampear a la superiora era una pérdida de tiempo. Y replanteó el problema:
-¿Encontró algo que llamara su atención?
Sor Juana congeló la respuesta. Parpadeó indecisa y Rossi, animoso, trató de despejarle el camino.
-Algo fuera de lo normal...
-No sé, inspector...
En el gris de sus palabras adivinó una insinuación.
-Hermana, por favor, no se subestime. Diga lo que sea...
Y, medianamente reconfortada, balbuceó:
-Quizás no tenga importancia...
-Deje que yo lo juzgue.
-Está bien -se vació-. Le diré lo que pienso. Llevo años al servicio del Santo Padre.
Y, dejando caer la mirada sobre el cadáver, rectificó:
-Bueno, llevaba... Lo que quiero decirle es que, en todo ese tiempo, jamás había hecho una cosa semejante...
Rossi le apremió:
-Me refiero a su querido y fiel despertador de Cracovia. Se lo regalaron hace veinte años. Era un rito. Él, personalmente, establecía la hora a la que quería despertar. Siempre a las cinco. Él le daba cuerda. Sólo en contadas ocasiones, Angelo, el ayuda de cámara, se ocupaba de ese menester. Pero, casualmente, el mayordomo se halla ausente desde hace tres días. Y aquí viene lo extraño. Al revisar el dormitorio he comprobado que el reloj, como de costumbre, había sido manipulado para que sonara a las cinco en punto. Es más: el mecanismo ha funcionado y agotado, incluso, la cuerda...
El capitán fingió no comprender.
-Está muy claro. Si la hermana Fe y yo encontramos el cuerpo a las cinco menos diez, ¿por qué lo programó para las cinco?

-Muy fácil. Pudo despertarse antes. Vestirse. Entrar en la capilla y olvidar el despertador...
Sor Juana no aceptó la explicación.
-Usted no le conocía. Que Dios y la Santa Madonna me perdonen... En ocasiones, y en especial con sus inocentes manías, era terco como una mula.
Rossi continuó enarbolando bandera de tonto.
-Hermana, un descuido de ese tipo lo tiene cualquiera. Usted misma ha confesado que en las últimas semanas se mostraba taciturno y preocupado...
La religiosa no le dejó concluir:
-No, inspector. Aun aceptando que rompiera ese hábito, cosa que dudo, ¿cómo explicar que olvidara igualmente sus otras costumbres?
El rostro del jefe de Homicidios fue endureciéndose.
-Cada mañana, antes de vestirse, tomaba su ducha, se afeitaba y aseaba sus dientes...
La monja tomó aire.
-Usted y sus hombres pueden verificarlo. El baño y las toallas están secos. No han sido utilizados. Y tampoco la brocha y la cuchilla de afeitar... Una vez rasurado, Su Santidad tiraba siempre la hoja...
El tic puso en movimiento las cejas del capitán.
-En cuanto al cepillo de dientes -su tono ascendió hacia la agresividad-, tan seco como todo lo demás... ¿Cree usted que es normal?

07 horas 34 minutos

Constante Rossi dejó que el teniente terminara la inspección del doble cuerpo que daba altura al atril de hierro. Ante el revelado positivo, uno de los expertos -pincel en mano- se afanó en peinar las huellas aparecidas en el negro metal. Una vez reconstruidas, otro de los policías procedió a marcarlas con un testigo métrico, fotografiándolas.
Gasparetto, satisfecho, palmeó cordial la espalda del fotógrafo. Y, reparando en la acuciante mirada de su jefe, se apresuró a complacer la silenciosa llamada.

En presencia de sor Juana -sin tapujos- le sintetizó lo que acababa de conocer por boca de la religiosa.
-Echa una ojeada...
Y, dirigiéndose a la superiora, le rogó que acompañara a su ayudante, mostrándole las habitaciones privadas.
La hermana accedió complacida.
-Por cierto -anunció Rossi, al tiempo que, astutamente, forzaba a la monja a tomar el camino de la puerta secreta-, recuérdeme que le pregunte sobre esa vela...
Ugo supo que se refería al cirio encendido. Y sor Juana, intrigada, se detuvo. Era la segunda persona que insistía en el dichoso y enigmático asunto. E, incapaz de adormilar la curiosidad, optó por cancelarlo sin más demoras.
-Como le manifesté a su eminencia, yo respondo por las hermanas...
En esta ocasión, Rossi fue sincero.
-No le comprendo.
-Quiero decir que es imposible que se olvidaran. Esa noche, al cerrar la doble puerta, las seis velas se hallaban apagadas.
Constante le desafió:
-¿Cómo puede estar tan segura?
La polaca le apuñaló con la mirada.
-Usted parece un hombre riguroso en su trabajo...
-Lo procuro...
-Yo también, inspector. El policía encajó el justo reproche.
-¿Qué sugiere entonces?
Y directa le soltó a quemarropa.
-Que el Santo Padre no fue el único que visitó la capilla durante la madrugada...
Rossi y Gasparetto intercambiaron su perplejidad.
-Y por favor -apuntilló-, no recurra usted al fácil argumento del prelado. El Papa no se ocupaba de las velas...
El inspector los vio alejarse y desaparecer por detrás del altar. Y no tuvo más remedio que reconocerlo. Aquella mujer hubiera sido una sagaz policía...
Y, abriendo su modesto bloc de notas, escribió reposadamente:
Ingreso de la brigada en la capilla a las 6.52. Vela consumida en varios centímetros. Consultar a laboratorio.

Y siguiendo la consigna del capitán, uno de los funcionarios paso a ocuparse del rastreo de posibles huellas en el robusto cirio.
Y Rossi, seleccionando cuidadosamente dos palmos de alfombra, fue a arrodillarse lo más cerca posible del rostro del Pontífice. Primero lo observó con detenimiento. Después, extremando el respeto, alargó la mano izquierda. Y las yemas de los dedos acariciaron el mentón, recorriéndolo desde la barbilla hasta el labio inferior.
Inspiró a fondo y, necesitando una confirmación, repitió el gesto sobre la mejilla izquierda. Y, al igual que en el caso anterior, de abajo arriba.
La madre superiora estaba en lo cierto. El cadáver presentaba una barba rubia, rasposa y con un crecimiento que el inspector estimó por encima de las veinte horas. Muy a su pesar, el caso se enrarecía a medida que avanzaban en la investigación.
Y, de pronto, sus escrutadores ojos se entornaron ligeramente, procurando un enfoque más exacto. Y, conteniendo la respiración, se inclinó hacia el gran coágulo de la frente. Su vista no le había traicionado. Retrocedió.
Se acomodó sobre los talones y el dedo índice izquierdo sofocó el súbito picor de las cejas.
¡Qué extraño! No parece sangre…
Y, alzándose, caminó despacio hasta las maletas. Tomó una lupa y, retornando junto al cuerpo, examinó la herida con el favor de los nueve aumentos.
Rossi -se amonestó-, eres un estúpido de solemnidad… Ahora sí has entrado en el túnel.
Revolvió por segunda vez en los maletones y, de regreso, siguió conversando consigo mismo.
Si es lo que imagino, tendré que replantearme algunas preguntas. Y, aproximando la gruesa lente, localizó el diminuto indicio. Y con pulcritud y delicadeza, ayudado por unas pinzas metálicas, lo fue desencolando de los coágulos. Y la enrojecida fibra fue a parar al fondo de un estrecho tubo de cristal.
Y, con su sereno pulso de cazador, extrajo de la herida de la frente un segundo y un tercer filamentos.

07 horas 42 minutos

La Comisión judicial irrumpió en tromba. Y la brigada interrumpió las pesquisas. Rodano y Chíniv encabezaban el grupo. Y el inspector jefe experimentó un cierto alivio. Al menos se habían dado prisa.
Y tras un protocolario apretón de manos, el juez tomó las riendas. Evidentemente parecían aleccionados por el secretario de Estado.
Rossi y sus hombres hablaron con la mirada. La comisión no era de las peores. El juez -aunque quisquilloso y distante- gozaba de una honesta reputación entre el cuerpo policial. Sabía llevar un sumario y, lo que era más importante, dejar hacer a los investigadores.
Al oficial encargado de levantar acta apenas le conocían.
En cuanto a los médicos asignados al caso, ningún problema. Capitán y teniente habían trabajado con ambos. En especial con Zarakal, director del Instituto de Medicina Legal de Roma; un organismo ajeno a la Administración del Estado y al que recurría la justicia cuando precisaba los servicios de un forense.
Rossi estimaba a Rafael Zarakal: un italiano de origen ruso, de carrera meteórica, profesor de universidad, bragado en más de tres mil autopsias y de una perspicacia e integridad profesionales que le habían valido el respeto y la envidia de sus colegas, casi a partes iguales. Pero aquel cuarentón -tan largo en estatura como en humanidad- sobresalía también por su innata sencillez y por un sentido del humor que terminaba iluminando a cuantos le rodeaban. Algo aparentemente incompatible con su dura profesión.
Los forenses inspeccionaron el cadáver. Y lo hicieron con unas desacostumbradas prisas. El inspector no se equivocó. Todos habían sido alertados respecto a las especialísimas circunstancias que confluían en aquel cuerpo, en aquel lugar y en aquellas gentes. Y rememoró la acertada advertencia del jefe de Seguridad. Zarakal, finalmente, certificó el óbito.
Angelo Rodano consultó la hora. E, inclinándose hacia Camilo Chíniv, le susurró unas ininteligibles palabras. El comandante no respondió. Y, rodeando a los atareados miembros de la Comisión, se unió al capitán.

-El prelado desea saber si han concluido.
El inspector le miró incrédulo. Fue suficiente.
-No se alarme -añadió Chíniv-. Nos hacemos cargo. Pero la autopsia tiene prioridad. Usted lo comprende...
Rossi resopló incómodo.
-Si lo estima conveniente, están autorizados a proseguir después del levantamiento del cadáver.
Los funcionarios, con los pinceles y los frascos de reactivos en las manos, aguardaron instrucciones. Y el capitán, habituado a estos virajes, abordó al juez, solicitando permiso para dos rápidas operaciones.
-Adelante -aceptó el magistrado-. Pero sólo dispone de dos minutos.
Y Rossi, reclamando a sus hombres, se precipitó sobre el cuerpo.
-El aspirador... Primero las ropas...
Y, bajo la atenta vigilancia del juez, el inspector tomó la muñeca izquierda del Pontífice, soltando la correa del reloj.
El oficial anotó el hecho. Y un segundo funcionario ofreció a Rossi una bolsa transparente.
El capitán examinó la esfera. Ugo llevaba razón: la reseca sangre ocultaba las agujas. Y una vez fotografiado, mientras lo dejaba caer en el plástico, ordenó contundente:
-Que analicen la sangre. Tomen huellas y verifiquen el mecanismo.
Zarakal, solícito, ayudó al responsable del pequeño aspirador a pilas. Levantó y tensó esclavina y sotana, favoreciendo el apresurado ir y venir del zumbante recogedor.
Rossi agradeció con un guiño la espontánea ayuda. Y el jefe de los forenses sonrió con complicidad.
-Bien. Procedamos al levantamiento...
El juez alertó al comandante. Instantes después, cuatro hombres de azul ingresaban en el templo. Rodano, Rossi y los funcionarios se echaron a un lado. Y dos de los agentes de Seguridad descargaron una camilla junto al reclinatorio.
El presidente de la Comisión dio una escueta orden.
-Cuando quieran...
Y los médicos, auxiliados por Itenozzu, tomaron posiciones sobre el cadáver.

Los flashes y el arrastre de la película no restaron dramatismo a la escena.
El prelado se santiguó. Y el inspector -visitado por una inesperada tensión- percibió cómo sus cejas cabalgaban de nuevo.
A horcajadas entre las piernas del Pontífice, Zarakal deslizó las poderosas pinzas de sus dedos por debajo de las rodillas, mientras sus compañeros hacían presa en hombros y brazos. Intercambiaron una mirada y, sincronizadamente, dirigidos por el director del instituto, lo levantaron al primer intento, depositándolo sobre la lona. Con un par de sencillas maniobras, el cuerpo fue volteado, quedando listo para la siguiente inspección.
El oficial secretario siguió garrapateando en sus papeles.
Y de pronto, la atención general se centró en la porción de alfombra sobre la que había reposado el tórax del Santo Padre. Y los ánimos duplicaron su voltaje.
Intuitivo, el inspector advirtió por señas al de la cámara. Y otra serie de fogonazos deslumbró a los atónitos testigos.
Nadie se movió.
Rossi fue derecho a los ojos del juez. Y éste, traduciendo el meridiano lenguaje, asintió con la cabeza.
Rodano, lívido por la sorpresa, no reaccionó a tiempo.
Chíniv sí adivinó las intenciones del capitán. Pero, consecuente con su rango, aguardó instrucciones del prelado.
Itenozzu, rebasado por los acontecimientos, se mantuvo al margen.
Y Zarakal, leyendo en los crispados semblantes, se deslizó hábil, interponiéndose entre el jefe de Seguridad y la alfombra.
La sibilina cooperación del forense fue innecesaria. Rossi, curvándose como una ola, tomó la delantera, apoderándose del hallazgo.
-Capitán, ocúpese...
La seca voz del juez arruinó cualquier hipotética nueva intervención.
-Inspecciónelo. Más tarde me dará cuenta.

07 horas 52 minutos

Rossi se hizo con una segunda bolsa de plástico. E impartió algunas órdenes.
-Raspen en el reposabrazos y en el bronce. Necesitamos completar las muestras de sangre.
Y, dirigiéndose al del aspirador, marcó los siguientes objetivos:
-Alfombra... Sillón y reclinatorio... Después, los manteles del altar. Cuando hayan concluido -les animó- guarden la vela, terminen las mediciones y prepárense para volver a jefatura.
Y el silencio -rizado por el siseo de los tres hombres y el moscardoneo del aspirador- pasó a gobernar la capilla.
Y el capitán, sin la embarazosa presencia de Rodano y su gente, se entregó al examen del misterioso objeto aparecido bajo el cuerpo del Papa.
Lo volteó desconcertado. En principio no parecía un ejemplar común y corriente. Y dejó sus pensamientos en libertad.
¿Qué relación podía guardar con la madrugadora visita del Pontífice al pequeño templo? ¿Por qué se hallaba justamente bajo su cuerpo? ¿Qué contenía? ¿Encerraba quizá el secreto para interpretar su desacostumbrado comportamiento? ¿Por qué su premonitorio tic se había presentado segundos antes del levantamiento del cadáver?
Acarició las recias tapas de cartón. Pero su mente analítica, vacunada contra la adivinación, no pudo ir más allá del rojo cardenalicio de las cubiertas.
No presentaban rastros de sangre ni leyenda alguna.
Y guardando el plástico en el que debía ser protegido hasta su posterior análisis en el laboratorio, lo abrió con avidez.
En un repaso superficial comprobó que las páginas de aquel libro aparecían manuscritas. El texto -armado con una letra endeble y comprimida- se hallaba en impecable italiano. Casi en su totalidad, en tinta azul. Sólo de vez en cuando, la escritura se veía cuidadosamente salpicada por párrafos en rojo.
Eligió un par de hojas al azar. Justamente hacia la mitad. Pero la lectura le descolocó.
El estilo, los detalles y descripciones eran propios de alguien que, arropándose en una fórmula muy personal, intentara

transmitir algo que, para el confuso inspector, no parecía tener vinculación con la muerte del Papa.
Sí, ésa es la definición -aceptó complacido-. Un diario.
E, incapaz de sujetarlas, soltó el primer tropel de preguntas.
¿Qué hacía el Santo Padre a altas horas de la madrugada leyendo aquella suerte de diario? ¿o no estaba leyendo? ¿Quién era el autor? ¿Qué tenía que ver el asalto a un superacelerador de partículas en Ginebra con todo aquello? Porque eso, ni más ni menos, era lo que acababa de leer...
Y, dispuesto a medir su paciencia, tomó asiento junto a las maletas metálicas, abriendo el manuscrito por la primera página.

08 horas 07 minutos

Gasparetto tuvo que repetir la pregunta. Pocas veces le había visto tan abstraído.
-¿Y el cadáver?
Rossi, al fin, despegó la vista del libro. Paseó la mirada por su ayudante y la superiora, pero -en opinión del primero- ni vio ni escuchó.
-¿Te encuentras bien?
Rossi lanzó un Sí tan lejano y desfigurado que el teniente supuso lo peor.
-¿Qué ha ocurrido?
Y, señalando el reclinatorio, dio por abortada la investigación.
-¿Nos vamos a casa?
El capitán reaccionó. Y, descendiendo a la realidad, musitó:
-Sí, claro... Mejor dicho, no.
Ugo, enredado en tan anormales respuestas, disimuló delante de sor Juana.
-¿Ha llegado la comisión?
-En efecto. Están con la autopsia...
La monja se estremeció. Y Rossi, recuperado el control, interrogó al pelirrojo acerca de su visita a las habitaciones privadas.
Gasparetto, desconfiado, replicó en clave:
-Demasiado café..., para tan poca taza.

-Bien -ordenó el inspector cambiando el tercio-, ocúpate de los interrogatorios. Tienes la lista. Que la hermana te acompañe.
-¿No vas a presenciar la autopsia?
Rossi se excusó.
-Zarakal la dirige. No hay problema...
El teniente comprendió. No había alternativa. E intuyó que su amigo trabajaba en algo de especial interés. Y durante unos segundos, sus ojos se deslizaron sobre la cubierta carmesí de aquel libro que sostenía el jefe de Homicidios.
Y al abrir la doble puerta, aguijoneado por el instinto, dedicó una cautelosa mirada a Constante Rossi.
El capitán, en efecto, había vuelto a sentarse, enfrascándose en una absorbente lectura.
Y el supersticioso pelirrojo tanteó la hoja, tocando madera...

08 horas 20 minutos

Rossi cerró el diario de un manotazo. Y sus hombres le observaron alarmados. Los ojos, sin brillo, fueron a perderse en el azul del techo. El perfil -hormigonado- denotaba una intensa contrariedad. Y su corazón, traspasando el Cristo resucitado de la vidriera, se acomodó a miles de kilómetros: en la vieja ciudad portuguesa de Coimbra. Y así permaneció varios minutos, inmerso en una fuga propiciada por el manuscrito.
Finalmente, aflojando el nudo de la corbata, retornó a la capilla.
E implacable se dijo a sí mismo:
Rossi, apenas llevas veinte minutos de lectura y ya desvarías... Esto sólo lo ha podido escribir un loco. Mejor será que hagas balance.
La brigada se tranquilizó. La color había vuelto al rostro del capitán.
¿Qué tenemos realmente?
Escéptico, metió las manos en la memoria.
Un Papa muerto.
A pesar de su caparazón, no pudo reprimir un escalofrío.
Muerto entre las doce y las cinco menos diez.
Los cálculos fueron aderezados con un repaso al lugar de autos.

Muerto, según todos los indicios, como consecuencia de una caída.
Pero las objeciones no tardaron en levantarse.
Una capilla cerrada con llave.
Un horario extrañamente alterado.
Un Pontífice sin afeitar, que olvida su aseo matinal y, sin embargo, se viste como de costumbre.
Una vela que nadie ha encendido.
Un despertador que suena a las cinco.
Unos inexplicables hilos enganchados en la herida de la frente.
Gotas de sangre en el terciopelo del reposabrazos.
Una religiosa descalza.
Insinuaciones sobre una posible lucha intestina en el Vaticano.
Y, desalentado, clavó los ojos en el desconcertante diario.
Y para colmo, esta locura oculta bajo el cadáver.
Pero, disciplinado, recordando las palabras del juez, se desnudó de todo prejuicio. Su misión era informar a Su Señoría.
Empecemos de nuevo...
Y, abriendo el manuscrito, volvió a sumergirse en el aparentemente fantástico texto. Una revelación que modificaría el curso de las investigaciones y que aparecía encabezada con el siguiente lema:

Gloria olivae

(La gloria del olivo)

El capitán Constante Rossi sabía reconocer sus limitaciones. Su huraña memoria era una de ellas. Pero, con el discurrir de los años, había aprendido a equilibrarla a golpe de tenacidad. No importaba, pues, que no acertara a recordar dónde o en qué circunstancias pudo haber tropezado con el título que coronaba el libro rojo. Tarde o temprano terminaría descerrajando aquel cabalístico Gloria Olivae.
En cuanto a los párrafos iniciales -en tinta encarnada-, al igual que otros, diseminados por el texto, era evidente que constituían un añadido. Una especie de anexo de última hora, nítidamente aclaratorio y, a diferencia de lo escrito en

caracteres azules, dirigido a alguien en particular: el Santo Padre.
El inspector interpretó aquellas primeras líneas como una cadena de advertencias. Algunas, sutiles. Otras, demoledoras. Unos avisos, en fin, que no supo descifrar y que, no obstante, envararon su instinto policial.
Decía así:
Es mi ferviente deseo que Su Santidad se asome con urgencia a cuanto aquí se relata. Y a no tardar, conforme avance en la lectura, comprenderá el porqué de dicha premura.
No puedo permitirme el lujo del rodeo y de los preámbulos. No hay tiempo. Su vida corre gravísimo riesgo.
Por el momento debo conservar el anonimato. Sé que esto le decepcionará. Pero mi verdadera identidad tampoco le diría nada. Por razones de seguridad -que usted irá entendiendo- no estoy autorizado a desvelar la genuina filiación de los hombres y mujeres que, directa o indirectamente, han participado en la que fue bautizada como operación Gloria Olivae. Y también sé que, conforme penetre en la trama de este proyecto, las sospechas de Su Santidad respecto a la paternidad del texto que tiene en su poder se harán tan intensas como insoportables. Espero que esos lógicos sentimientos no le impidan encarar el angustioso problema que le amenaza.
Dicho esto permítame que salga al encuentro de los pensamientos que, sin duda, se estará formulando. ¿Por qué le hago entrega de este informe confidencial?
Ya ha sido expuesto. Hemos detectado que su vida corre peligro de muerte.
Y acepto que dude. Está en su derecho. Lo natural es que la presente relación le parezca la obra de una mente febril o trastornada. Espero que, en breve, cambie de idea.
Su Santidad -como irá comprobando- ya fue informado de algunos de esos acontecimientos. Pero lo que usted conoce es sólo la punta del iceberg. Confío en que esta revelación le ayude a calibrar el plan en sus auténticas proporciones. Y sobre todo -disculpe la insistencia- le ruego adopte las medidas para evitar lo que parece inevitable.
No soy un traidor. No se precipite en sus juicios. Y aunque ello carezca de relevancia en los actuales y críticos momentos, le

adelanto que cuento con el beneplácito de la organización a la que pertenezco. Le informo y prevengo en su nombre.
Obviamente, dicha organización secreta -denominada Los Tres Círculos, y de la que le hablaré más adelante- ha adoptado toda suerte de precauciones.
Pues bien, dado que la situación ha escapado a nuestro control, se ha estimado justo y necesario hacerle llegar este manuscrito. No trabajamos el asesinato.
Entiéndalo bien. Que hayamos descubierto una seria amenaza contra su persona no significa que la vida de Su Santidad nos importe. No somos salvadores de nadie. Las metas de la organización -como observará sin dificultad a lo largo de estas páginas- son otras. Lo que no aceptamos es que Los Tres Círculos se vea involucrada en algo en lo que no hemos tomado parte y que rechazamos por principio. Como le digo, el derramamiento de sangre nos repugna. ¿Paradójico? Es posible. Usted, mejor que nadie, sabe que la oscuridad también tiene sus reglas.
Por supuesto -admitiendo la dudosa posibilidad de que aún disponga de tiempo-, puede intentar verificar cuanto aquí se expone. No se alarme ante los resultados. Gloria Olivae ha sido planificada y ejecutada tan minuciosa y diabólicamente que, merced a una de sus últimas fases, el proyecto ha quedado a salvo..., de cara a la justicia.
No se impaciente. Pronto lo comprenderá.
Y le diré más. La policía italiana y determinados servicios de inteligencia fueron oportunamente informados acerca de varias de nuestras actividades. La información -convenientemente manipulada- procedía, claro está, de Los Tres Círculos.
Rossi, perplejo, no terminaba de dar crédito a tan osadas y categóricas afirmaciones.
...Y concluyo con una llamada a su intuición. Es un condenado a muerte quien le escribe. En mi añorada Eslovaquia -como usted debe saber- disponemos para estos casos de una máxima que no requiere desenredo: Pravda vzdy rozväzuje jazyk unierajúcemu. (La verdad siempre desata la lengua del moribundo.)
Contrariado, el inspector interrumpió de nuevo la lectura. Las veladas insinuaciones, la recortada información y, en especial,

la seguridad que destilaba el texto le sumieron en una anormal irritación.
Grave peligro de muerte.
Sea corno fuere, había acertado. Pero ¿cómo podía saberlo? ¿Existía algún vínculo con lo apuntado por Camilo Chíniv al prefetto?
Y en su mente empezó a fraguar el cemento de una conjura.
Los Tres Círculos.
Una organización desconocida. Al menos para él ¿Por qué el prefetto dejó caer el término terroristas?
No trabajamos el asesinato.
Curioso. ¿A qué otras metas se refería? Y Rossi rememoró el desliz del jefe de Seguridad: un robo y unos explosivos.
La policía advertida e intoxicada.
¿Cómo era posible que no se hubiera filtrado la información? Roma era un patio de vecinos...
La punta de un iceberg.
Cierto. Aquel galimatías había hipotecado su inteligencia.
Pero lo que no sabía el autor del manuscrito es que lo peor que le podía acontecer al jefe de Homicidios es que le desafiaran...
Y el capitán se abrió paso entre los caracteres azules.
Cumpliendo órdenes, me dispongo a poner por escrito los informes que han llegado a mi poder, así como mis propias vivencias. Todo ello constituye lo más notable de lo acaecido en el transcurso de la llamada operación Gloria Olivae. El último proyecto en el que he tenido el honor de participar y cuyo final -honradamente- escapa, por ahora, a mi conocimiento y quién sabe si a mi competencia.
En él han colaborado destacados especialistas del segundo y tercer círculos. Y debo consignar que los trabajos -en general- se han desarrollado con la precisión y brillantez acostumbradas. Si los sucesos de última hora han venido a modificar los planes iniciales, ello no es imputable a nuestros agentes. En todo caso, a los insondables vientos del destino.
En la actualidad, Gloria Olivae continúa bajo la dirección del coronel Frank Hoffmann.
Pero me remontaré al nacimiento de dicha operación.

ESTOCOLMO

Octubre de 1986.
Restaurante Den Gyldene Freden.
El camarero sirvió a nuestros invitados. Salmón escabechado al estilo sueco, con salsa de mostaza, pan y mantequilla. El segundo norteamericano se decidió por los caracoles a la mantequilla de ajo. El tercero, siguiendo los consejos de la casa, optó por el pato salvaje con salsa de nata.
Aquella primera reunión fue breve. Los solicitantes lanzaron su propuesta y nosotros, tras un elemental sondeo, nos limitamos a transmitirla al primer círculo.
De acuerdo con las normas, los tres representantes de la organización -perteneciente al segundo círculo y entre los que me encontraba- adoptaron identidad y profesión falsas. Se presentaron como Nils Nystrom, profesor de astrofísica en la Universidad de Uppsala; Lis Möllberg, ejecutiva del grupo Ericsson, y un servidor, Gunnar Svensson, investigador del Laboratorio para Estudios del Mar Báltico, en Askn.
Al otro lado de la mesa, los recién llegados: tres norteamericanos de mediana edad, cultos, algo temerosos, de modales irreprochables y, como nosotros, asumiendo nombres supuestos. El que llevaba la voz cantante dijo llamarse Arthur McGovern. Los restantes se identificaron como F. Carney y K. Rahner.
Sin duda fue una ingenuidad por su parte. Terciado el almuerzo, Lis ya se había hecho una idea sobre la naturaleza de tales seudónimos. Y aquella pista resultaría determinante a la hora de desenmascarar a los patrocinadores del proyecto.
Y nuestros amigos fueron derechos al asunto que los había traído a la capital sueca.
-De acuerdo con los contactos que han propiciado este secreto encuentro, la organización a la que ustedes pertenecen es especialista -digámoslo así- en misiones de alto riesgo. ¿Nos equivocamos?
Nils le observó divertido. Y aceptó la definición de McGovern.
-Digámoslo así...
-¿Qué clase de misiones?
Mi compañero le cortó en seco.

-Señor McGovern, las preguntas las hacemos nosotros...
El norteamericano retrocedió.
-Entiendo...
-No, estimado amigo -le censuró Nils-. Usted no puede entender. Ni yo voy a explicarle en qué consiste Los Tres Círculos. Será mejor que nos diga qué tienen entre manos.
-Algo aparentemente inabordable: ¿puede su organización materializar la renuncia del Papa?
Los nervios delataron al portavoz de los norteamericanos. Y fue a refugiarse en el salmón.
Nils me dirigió una mirada, invitándome a participar. Durante algunos segundos alimenté el silencio, limitándome a examinar a nuestros invitados. Por el momento ignorábamos a quién representaban y cuáles podían ser sus auténticas intenciones. Pero esos detalles carecían de importancia. Tiempo habría de despejarlos.
-Dígame -intervine, extendiendo la pregunta a los tres-, ¿qué significa para ustedes la palabra renuncia?
El tal McGovern adivinó el fondo de la cuestión:
-No nos malinterpreten, por favor. Sabemos que su organización detesta el derramamiento de sangre. Pueden estar tranquilos. No se trata de eliminar a nadie. Y mucho menos a un Pontífice... El término utilizado debe ser tomado tal cual: conseguir la renuncia a la Silla de San Pedro.
Lis se arriesgó:
-¿Y quién o quiénes pretenden esa renuncia?
Los norteamericanos, que aguardaban la demanda desde el principio, nos pagaron con la misma moneda.
-El trato, si es que se consolida, no contempla ese tipo de aclaraciones. Si aceptan, percibirán lo estipulado. Y no habrá preguntas por ninguna de las dos partes.
Nils, aprovechando la insinuación, replicó oportuno:
-Supongo que no necesitarán que les recuerde que, en el caso de llegar a un acuerdo, una operación tan ambiciosa exigirá un alto coste.
McGovern, echando por delante las patas de la proverbial arrogancia norteamericana, respondió sin vacilación:
-Sólo tienen que fijar la suma... ¿Cuánto?

Lis y el supuesto astrofísico descargaron su prepotencia con sendas sonrisas, a cuál más indulgente. Y, descolocado, McGovern trató de afianzar su posición:
-Representamos a una fuerza poderosa, imparable y con un gran futuro. ¿Qué dicen?
-Nada, mi impulsivo amigo -le tranquilizó Nils-. Como ustedes comprenderán, no somos nosotros quienes decidimos. Además, un trabajo de semejante envergadura requiere un reposado estudio. Una larga y minuciosa planificación. Ustedes no buscan el derrocamiento de un gobierno común y corriente...
F. Carney, jugueteando nerviosamente con los caracoles, le interrumpió:
-Y eso, ¿cuánto tiempo significa? Mis compañeros me dejaron cerrar la entrevista:
-Señores..., procuren incorporar a su memoria uno de los lemas de Los Tres Círculos: El tiempo puede tener partos laboriosos, pero no aborta jamás. No se consuman en el inútil gasto de la impaciencia. Se les avisará oportunamente.
Rossi, por pura intuición, asoció aquel plan con las recientes declaraciones de Chíniv y sor Juana:
En las últimas semanas han ocurrido demasiadas cosas. Demasiadas y a cuál más grave... El Papa se mostraba huidizo y preocupado.
Y el inspector siguió trepando por la lectura:
Un mes más tarde -según lo convenido-, y de acuerdo con las instrucciones emanadas del primer círculo, marqué el número telefónico del Grand Hotel de Estocolmo. Nils, a mi lado, me pasó la hoja de papel, con los requisitos exigidos.
22.10.21
McGovern descolgó al primer toque.
-Preste atención -le comuniqué sin preámbulos-. La operación ha sido aprobada.
El norteamericano se felicitó.
-Éstas son las condiciones: el pago (cien millones de dólares USA) deberá efectuarse en Ginebra. Tome nota, por favor... Banca Nacional de París, en la rue Mont Blanc... Número de cuenta: 031.728/51.
-¿Nombre del titular...?
No pude reprimir una benevolente sonrisa.

-No sea ingenuo, mi estimado amigo. Se trata de una cuenta numerada. Atienda. La mitad deberá ser ingresada antes del diez de enero próximo. El resto, una vez culminado el trabajo.
-Pero ¿cómo sabremos...?
No le dejé terminar.
-Sencillamente, lo sabrán. Ustedes contratan nuestros servicios para lograr la renuncia del Papa. No se preocupen. Cumplan su parte. Nosotros haremos el resto. Y escuche. El quince de enero recibirán noticias. En la habitual sección de esquelas del diario milanés Corriere della Sera se insertará un aviso mortuorio bajo el nombre de Santino Vaccara. Deberán interpretarlo como el arranque de la operación. Y recuerde: en principio no habrá más comunicaciones... Por cierto -le advertí con un énfasis que no dejaba lugar a dudas-, si su gente cambia de actitud y deciden la suspensión del proyecto, no podrán reclamar la primera parte del pago.
Mi interlocutor se mostró conforme.
-¿Alguna pregunta?
-Sólo una...
Pareció dudar.
-Suponemos que es difícil afinar, pero ¿han pensado en la fecha en que podría producirse...?
Molesto por lo estúpido de la solapada cuestión, repliqué con la misma ambigüedad:
-Ustedes piden que desactivemos la bomba W. Primero tendremos que llegar a ella...
-¿Meses?
Una carcajada puso las cosas en su lugar.
-¿Años?
-¿Quién sabe?...
McGovern suspiró resignado. Y cometió una imperdonable torpeza.
-Nos gustaría que la Sede se hallara vacante antes del verano del año dos mil.
La respuesta le hizo comprender su error. Pero era demasiado tarde. Nosotros, además, ya estábamos al tanto...
-Confíen en la Providencia. Es lo suyo...

Desde el inicial repaso del manuscrito, Rossi también se había percatado de la posible identidad de los contratantes. Pero quiso cerciorarse.
Nada más registrarse el primer contacto en Estocolmo, varios de nuestros agentes -conforme a lo establecido por Los Tres Círculos cada vez que se gesta un trabajo estrecharon el cerco en torno a los tres norteamericanos. Sus inmediatas visitas a Roma, Chicago y Nicaragua nos proporcionaron unas pistas que serían ratificadas días más tarde.
Al mismo tiempo, hombres del primero y del segundo círculos se reunían en París para estudiar la propuesta. Una propuesta que -dadas las dificultades- estuvo a punto de ser rechazada. Sólo la audacia del coronel Hoffmann hizo prosperar el proyecto.
La advertencia de Lis, nuestra compañera en Estocolmo, fue decisiva. Los nombres esgrimidos por los tres norteamericanos -McGovern, Carney y Rahner- correspondían, casualmente, a otros tantos jesuitas, muy notables por cierto, en la guerra contra el papado y el capitalismo.
Arthur F. McGovern, autor del célebre libro El marxismo: perspectiva cristiana nortearnericana, veía a Jesús como un revolucionario social.
James Francis Carney, nacido en Chicago, aunque nacionalizado en Honduras, fue un guerrillero y fiel defensor de los principios de la teología de la liberación.
El último -Karl Rahner-, teólogo brillante, se distinguió por sus afiladas críticas al papado. En La unidad de las Iglesias: una posibilidad real, libro escrito poco antes de su muerte, en 1984, propugnaba -como medio para lograr la ansiada unidad de los cristianos- el rechazo a la infalibilidad del Papa y a las doctrinas defendidas por el catolicismo romano.
Los tres seudónimos -todo un símbolo- nos conducirían, en definitiva, a la poderosa e imparable fuerza a la que había hecho alusión el falso McGovern: alrededor de cinco mil jesuitas, militantes de la referida teología de la liberación y de lo que han dado en llamar la nueva Iglesia del pueblo o de los pobres. Todo un ejército, en constante crecimiento, duramente castigado y humillado por el Vaticano y que, en la actualidad, ha echado unas muy firmes raíces en buena parte del Tercer Mundo. Cinco mil jesuitas a los que -según nuestros agentes- había que

sumar cientos de religiosos y religiosas de las más variadas órdenes y un sinfín de laicos. Sólo en América Latina, esa relativamente joven corriente sociorreligiosa tenía a su alcance una arcilla integrada por trescientos cincuenta millones de católicos: Una arcilla fácil de moldear, dada la extrema pobreza y el insultante grado de injusticia reinantes en muchos de esos países.

No fue difícil, por tanto, el establecimiento de la verdadera identidad de nuestros patrocinadores y el cálculo de su potencial financiero. He aquí un ejemplo: el líder libio Muammar Gadafi había contribuido a la causa de estos marxistas descafeinados con una donación de cien millones de dólares. El dinero fue transferido -vía Suiza- al Banco Central de Nicaragua.

Sabíamos, pues, el quién. En cuanto al porqué de la insólita propuesta -aunque el primer círculo lo sospechó en parte-, fue igualmente investigado por nuestros expertos.

Los informes no mencionaban la palabra odio. Pero no es menos cierto que dicho sentimiento latía en todas las conclusiones de los especialistas de Los Tres Círculos, infiltrados en los centros de decisión de la Cía. de Jesús.

Los términos empleados por nuestros hombres pueden resumirse así:

Hastío. Imperiosa necesidad de un cambio de ciento ochenta grados en las líneas maestras de la Iglesia católica. Guerra generalizada y sin cuartel a la mafia polaca instalada en el trono de San Pedro.

De acuerdo con nuestras prospecciones, la idea de apoderarse del timón del Vaticano -en beneficio de los oprimidos de la Tierra- no surgió precisamente en los míseros suburbios o en las olvidadas campiñas. La necesidad de un retorno a la pobreza evangélica sirvió, en todo caso, para justificar el proyecto, camuflando los auténticos propósitos de sus creadores: incontenibles ansias de poder, oscuros intereses y venganza.

Por supuesto, de los 25 382 miembros que integraban la Compañía en 1986, sólo una quinta parte se mostraba beligerante y rabiosamente partidaria de la desobediencia a

Roma. Pero esa facción se hallaba respaldada por muy altos y capacitados jerarcas de dentro y fuera de la Compañía.
En vista de la situación, como medida precautoria, dos de nuestros especialistas del tercer círculo -sacerdotes jesuitas, por más señas- fueron introducidos a finales de octubre en el cuartel general de la Cía. en la Ciudad Eterna: el celebérrimo Gesú, en el número cinco del Borgo Santo Spirito. Sus comunicados resultaron de gran utilidad para clarificar las últimas dudas de la organización.
El detonante que activó el plan para procurar el derrocamiento del Pontífice se presentó el domingo, 7 de septiembre de ese año de 1986. A raíz del atentado sufrido por el general Augusto Pinochet, cuando marchaba desde su residencia de descanso El Melocotón hacia Santiago, la cólera del Papa hacia los jesuitas experimentó unas cotas nunca imaginadas.
Pocas horas después del atentado, la policía política chilena (CNI) y los servicios de información de la Nunciatura Vaticana en Santiago confirmaron lo que era un secreto a voces: respaldando a los activistas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) -responsable del ametrallamiento del coche en el que viajaban el general y uno de sus nietos- figuraba un nutrido grupo de jesuitas y religiosos que, en mayor o menor grado, aplaudían el hecho. Todos ellos comulgaban con la referida teología de la liberación, desarrollando sus actividades en los barrios marginales de la capital chilena. En especial, en el de La Victoria, uno de los más conflictivos.
Entre los cientos de detenidos se hallaban tres sacerdotes franceses -Pierre Dubois, Daniel Caruette y Jaime Lancelot- que, en cierto modo, fueron elegidos como chivos expiatorios y arrojados del país el jueves, 11 de septiembre. Éstas y las siguientes expulsiones de otros dos sacerdotes norteamericanos, presuntamente implicados en la lucha contra Pinochet, elevaron peligrosamente la ya aguda tensión existente entre la Iglesia chilena y el régimen del general.
Fueron días febriles, Los teletipos de la Nunciatura Apostólica en Chile no cesaron de rebotar información confidencial. Y el Papa -según nuestros informantes- logró sus secretos objetivos. En clave, como es habitual, la Secretaria de Estado recibió cumplida cuenta de los sacerdotes y religiosos, sospechosos de

actividades subversivas. La lista de los jesuitas igualmente implicados -treinta y siete en total- llegó al Vaticano por valija diplomática.
El viaje de Su Santidad al país más largo y angosto del mundo, previsto para abril de 1987, se vio seriamente amenazado. El estado de sitio, decretado como consecuencia de los sucesos del 7 de septiembre, constituía un obstáculo moral que desaconsejaba la visita.
Y el Pontífice, más irritado por la espina marxista que sus propios religiosos y sacerdotes le habían clavado en lo más íntimo que por la dictadura chilena, desenterró el hacha de guerra. Desempolvó el viejo dossier reunido en vida de Pablo VI sobre la levantisca Compañía de Jesús, así como el inédito discurso de reprobación elaborado por su antecesor, Juan Pablo I. Un duro discurso que ya había estremecido los muros del Gesú en noviembre de 1978.
Y se dispuso a cauterizar -de una vez por todas- la irritante herida.
El Papa abrió la caja de los truenos, pasando revista a los manoseados cargos que pesaban sobre los jesuitas:
Rebeldía. Desacato a la autoridad del papado. Lamentables limitaciones. Falta de ortodoxia doctrinal. Inclinación y práctica del marxismo, Participación en el poder temporal. Colaboración y aliento a la guerrilla. Subversión. Manipulación de los Evangelios. Defensa del aborto, del divorcio y de la homosexualidad. Exigencias de un sacerdocio no célibe. Ataques a la Inmaculada Concepción. Reticencias en tomo al diablo y al infierno. Desafío a la rígida política vaticana sobre la natalidad. Desprecio a los Sagrados Tribunales Eclesiásticos. E intento -por no alargar tan penoso expediente- de creación de una Iglesia paralela con mujeres sacerdotes y un Cristo rebajado al rango de comandante en jefe de la revolución marxista-leninista.
Con toda probabilidad, fue uno de los momentos más delicados en la ya azarosa existencia de los llamados soldados del Papa.
Y el Pontífice barajó las posibilidades a su alcance. Podía modificar el status de la Compañía, convirtiéndola en una inofensiva congregación diocesana, bajo el bastón de los

obispos. Ello hubiera significado la pérdida de muchos de sus privilegios.
Cortar el miembro gangrenado, suprimiendo la Cía. con carácter temporal.
Y podía también sofocar el incendio que amenazaba buena parte de la Iglesia, borrándoles de un plumazo y para siempre.
Pero el airado polaco tuvo que beberse la cólera. Al menos por el momento.
Con gran tacto, los diplomáticos vaticanos le hicieron ver lo improcedente de una decisión tan cruda. Y no porque la Compañía de Jesús les importara gran cosa, sino para salvar los acuerdos y las subterráneas negociaciones políticas iniciadas dos décadas antes con los países del Este. Condenar a los jesuitas por sus ideas marxistas o por sus actividades en la guerrilla y en los gobiernos comunistas equivalía a desautorizar a los regímenes soviético y de la Europa Oriental. El pacto de Metz debía ser respetado a toda costa.
El impulsivo Pontífice había estado a punto de cometer el mismo error de 1981, cuando -por idénticas razones- trató de meter en cintura a los descarados jesuitas.
Que nadie se llame a engaño. La amenaza sigue en pie. La bomba de relojería está conectada. Si el comunismo cae -y este Papa trabaja horas extraordinarias en su acoso y derribo-, la Compañía de Jesús puede ser
demolida por el rodillo vaticano, en una moderna y casi cinematográfica versión de los lamentables hechos acaecidos en 1773, cuando Clemente XIV -también por razones políticas- firmó la disolución de los 22 589 miembros que integraban la venerable institución.
Entre tanto, el polaco parece contentarse con la táctica de la amonestación periódica.
Naturalmente ese barril de pólvora sobre el que se sienta hoy la familia jesuítica resultaría neutralizado si, por ejemplo, el actual Vicario de Cristo desaparece o es forzado a renunciar a su cargo. Los tiempos han cambiado y obligan a estrategias diferentes a las adoptadas en el siglo XVIII. La célebre respuesta de los jesuitas desposeídos por Clemente XIV -Sint ut sunt, aut non sint (que sean como son, o que no sean)- no ha lugar en la era de las computadoras y de las comunicaciones vía satélite. Y

aquí entró en juego el plan propugnado por nuestros patrocinadores. Un plan destinado a salvaguardar la filosofía, los bienes y, como fue dicho, el futuro de la Compañía. Para que nos hagamos una idea de la gravedad del problema, basta con recordar el capítulo de la docencia. Si la Santa Sede decide algún día la incineración de la Cía., más de seis mil jesuitas, sesenta y tres mil profesores laicos y un millón y medio de alumnos se verían obligados a buscar nuevos horizontes. A este desastre habría que sumar el incierto porvenir de más de seiscientas cincuenta instituciones educativas, facultades filosóficas y teológicas, escuelas profesionales e institutos de toda índole.

La Compañía de Jesús, en definitiva, no estaba dispuesta a cruzarse de brazos y a esperar -con beatífica resignación- un segundo Dominus ac Redemptor.

Horas después de la secreta y tormentosa reunión en el Palacio Apostólico, uno de los espías de los jesuitas en la segunda sección de la Secretaría de Estado cruzaba la plaza de San Pedro, entrando en la Casa Generalicia del Borgo Santo Spirito.

Las alarmantes noticias fueron recibidas con escepticismo. Estaban curados de espantos. Sin embargo, a espaldas del padre Peter H. Kolvenbach -general de la Compañía desde 1983-, una poderosa rama de la jerarquía jesuítica puso en movimiento el brazo armado, destinado a conjurar el problema.

A los pocos días se celebraba la ya mencionada entrevista de Estocolmo.

Pero lo que tampoco saben nuestros contratantes es que Los Tres Círculos ha llegado al fondo de sus verdaderas intenciones.

La propuesta de estos jesuitas radicales -tal y como he referido- fue clara y concreta: materializar la renuncia del Papa. Pero no dijeron toda la verdad. El plan era más sibilino y ambicioso. Nuestros hombres en el

Gesú lo interceptaron en una de las clandestinas conversaciones preparatorias. En síntesis, pretendían y pretenden lo siguiente:

Una vez derrocado el polaco, la Compañía -aunando fuerzas- batallaría en todos los frentes, con el objetivo de sentar en la Silla de Pedro a uno de los suyos: el prestigioso cardenal -

jesuita desde los diecisiete años- Carlo María Martini, en la actualidad en la sede de Milán.
Este erudito y brillante escriturista, que en el pontificado de Pablo VI llegó a predicar al actual Papa en el retiro anual del Vaticano, reúne hoy los méritos suficientes para salir elegido en un futuro cónclave.
Martini, extraordinariamente popular, ha sabido ganarse a la juventud. Disfruta de una edad apropiada (nacido el 15 de febrero de 1927) y, para sosiego del Colegio Cardenalicio, es italiano.
Como buen jesuita, es abierto, tolerante, culto y astuto. Tiene una dilatada experiencia en política vaticana, siendo miembro del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia, de la Congregación para la Doctrina de la Fe, de los Obispos, de los Sacramentos, de los Religiosos, del Instituto Secular, de la Evangelización de los Pueblos y de la Educación Católica.
En los sondeos efectuados por nuestra organización, el turinés, en efecto, aparece como papabile.
Si Martini alcanza el Pontificado -el momento y la coyuntura son propicios-, la Compañía de Jesús, triunfante y atrincherada en su trono papal, se apresuraría a poner en marcha, entre otros revolucionarios proyectos, la inmediata desinfección de la cúpula vaticana. El Opus Dei sería arrojado al mar. Se relanzaría el anestesiado Concilio Vaticano II, frenando la preocupante involución de la Iglesia. Y el mundo católico -muy probablemente- asistiría a cambios espectaculares, tanto en las formas como en el fondo del diario quehacer de la Santa Sede.
Pero los inspiradores de este plan ignoran que Los Tres Círculos también ha trazado sus propios objetivos. Y toda la organización trabaja ya en esa dirección. Pero de este secreto asunto me ocuparé a su debido tiempo...
El 29 de diciembre la operación Gloria Olivae estuvo a punto de ser cancelada. Una llamada telefónica desde Lyon alertó al coronel Hoffmann. El coordinador había acertado al insistir en el seguimiento de los principales hombres de la trama jesuítica. La desconfianza de Frank estaba justificada.
Agentes del tercer círculo, desplazados a la referida ciudad francesa con la misión de controlar a vahos de los

patrocinadores implicados, grabaron una conversación preocupante.
Esa noche, en el Centro de Espiritualidad de Chatelard, cuatro de los ciento cuarenta jesuitas reunidos para discutir el tema de la Opción preferencial por los pobres perfilaron el cómo, dónde y cuándo hacerse con los cien millones de dólares, importe de la operación. Pero, confiados, cometieron una grave indiscreción. En el transcurso de la charla -al referirse al segundo pago- aludieron a algo que nos alertó.
El coronel detectó la argucia. Y fue suficiente un rápido contacto con William Webster -a la sazón, jefe del FBI- para malograr sus torcidos propósitos.
Desde hacía meses, con el consentimiento del entonces presidente Reagan, la mencionada Oficina Federal de investigación, en estrecha colaboración con la CIA, había ideado un maquiavélico sistema para satisfacer los posibles chantajes y rescates solicitados por los grupos terroristas: unos billetes de banco, impresos con una sustancia que entraba en un irreversible proceso de degradación a tiempo fijo. Según las necesidades, estos billetes químicos podían ser programados para una total autodestrucción -en horas o días- o, sencillamente, para que permanecieran marcados, facilitando así el posterior seguimiento de las autoridades.
La maniobra era casi perfecta. Los últimos cincuenta millones de dólares -en papel químico- serían ingresados en Ginebra una vez derrocado el Pontífice. Ellos se ahorrarían la mitad del pago y, al mismo tiempo, se
desembarazarían de la organización que había propiciado la renuncia y que, incluso, les estaba brindando el acceso al Papado.
Los planes -comentaron- no podían fallar.
Con los dólares convenientemente marcados y una oportuna denuncia a la Interpol, nuestra sentencia de muerte estaba asegurada.
Dos días después, un mensajero anónimo llamaba a la puerta del Borgo Santo Spirito. Y los cabecillas del plan recibieron una copia de la cinta magnetofónica de Lyon, con una elocuente advertencia: Un nuevo error y la documentación reunida hasta

este momento irá a parar a manos del Pontífice, del padre general y de la Prensa mundial.
Nuestros patrocinadores, obviamente, entendieron la peligrosidad de su doble juego y olvidaron -por el momento- las negociaciones con los agentes de la CIA que debían suministrarles el dinero. Y he dicho bien: lo olvidaron..., por el momento.
Rossi tuvo que admitirlo. La información que acababa de leer era correcta. Al menos, la referente a los dólares químicos. Por aquellos años -1986 o 1987-, su departamento recibió, vía DIGOS (la inquieta y eficaz policía antiterrorista italiana), un comunicado altamente reservado, procedente de Estados Unidos, en el que se especificaban algunos pormenores al respecto.
E intrigado entró de lleno en la siguiente narración. Un texto en tinta roja y, en consecuencia expresamente dirigido al Pontífice.
Y ahora, Santidad, con el exclusivo propósito de centrar la aguja de sus pensamientos, permítame que le ofrezca unas pinceladas en torno a la naturaleza y el funcionamiento de la organización en la que me muevo y en la que desempeño la función de especialista del segundo círculo.
No le hablaré de su origen. Su cristalizada mente no lo entendería. Y lo que es peor: correría el riesgo de asociarla a una peligrosa escuela iniciática.
Sí estoy autorizado a notificarle que Los Tres Círculos tiene siglos de antigüedad. Y que hoy la integran hombres y mujeres de todo el mundo. Ciudadanos que en su vida particular desempeñan las más variadas y honorables profesiones. Personas de todas las razas que, de vez en cuando, son reclamadas para planificar y ejecutar lo que podríamos calificar como empresas de alto riesgo o extrema dificultad.
El carácter secreto de la misma los protege. Más aún: el organigrama -sabiamente renovado a través de los tiempos- impide que los agentes de los círculos exteriores tengan acceso a la identidad de sus hermanos de los círculos interiores.
El primero de estos círculos -el central- está formado por los cerebros de la organización. A ellos compete la toma de decisiones. Nadie los conoce. Pero le aseguro que son los auténticos ángeles guardianes y controladores del planeta. Su

Santidad, con todo derecho, puede pensar en eminentes científicos, poderosos banqueros Y empresarios, prestigiosos humanistas y, en suma, hombres amantes de la paz y del progreso.
El segundo círculo lo constituyen los ejecutores. En otras palabras: aquellos que por sus especiales dotes se encuentran capacitados para dirigir, coordinar y ejecutar los proyectos.
En cuanto al tercer y último círculo -el más numeroso-, aparece como un magnífico cuerpo de elite, integrado por especialistas que materializan los proyectos. Se distinguen por un anillo -diferente para cada hombre- y que, en cierto modo, resume su personalidad y las cualidades que le hacen digno de pertenecer a la organización. Son los mejores en su trabajo. Y puedo asegurarle que, hasta el día de hoy, rara ha sido la ocasión en la que han fracasado. Conforme profundice en el presente relato deberá reconocer conmigo que no exagero...
Y vayamos con la filosofía de Los Tres Círculos. ¿Cuál es el lema que la sostiene? Muy simple: Aptam a te reditam pacem habebis. (Tendrás paz si tú la prodigas.)
Sólo actuamos cuando -de esas operaciones- se deriva un beneficio para la mayoría. No entendemos de patrias ni credos políticos o religiosos. Nuestra doctrina es otra: caminar hacia un progreso solidario.
Jamás recurrimos al derramamiento de sangre. Vamos desarmados. Pero somos realistas y nos vemos empujados a aceptar que -en determinadas misiones- resulta difícil respetar la legalidad. Digamos que es la cara humana de la organización. Aunque suene a justificación, lo cierto es que siempre tiene un carácter transitorio. Y tarde o temprano restituimos cuanto haya sido objeto de manipulación ilegal. Asumimos esa parte de culpa. Pero, insisto, dadas las circunstancias, no hay alternativa. Nosotros no hemos hecho el mundo; sólo intentamos cambiarlo.
¿En qué proyectos nos hemos visto envueltos?
La Humanidad quedaría perpleja si tuviera conocimiento de lo que atesoran nuestros archivos. Pero tampoco pretendemos el reconocimiento o la vanagloria.
No obstante, le citaré algunos ejemplos:
Descubrimiento de América

Fue la comunidad judía quien solicitó nuestra ayuda para propiciar el gran viaje, aliviando así el injusto castigo propugnado por la Iglesia y materializado por los Reyes Católicos contra este pueblo. Y los horizontes de la Historia se ensancharon.
Aviación.
Los hermanos Orville y Wilbar Wright -miembros del tercer círculo- ensayaron y perfeccionaron a principios de siglo lo que otros adelantados habían imaginado y planificado. Su audacia y valor contribuyeron decisivamente al avance colectivo.
Einstein.
¿Cree Su Santidad que trabajó en solitario?
La carrera espacial
¿Imagina quién estaba detrás de la constitución de NASA? ¿Quién suministró desde el principio el aliento, los conocimientos y los medios para tan ambiciosos y fructíferos viajes? ¿Quién inspiró al presidente Kennedy la conquista de la Luna? Hombres del segundo y del tercer círculos han tripulado las naves Apolo. Y otros se preparan para la exploración del planeta Marte...
Y le mencionaré igualmente varios de los planes en los que nos hallamos comprometidos en la actualidad:
Localización de la mítica isla-continente -la Atlántida- desaparecida hace once mil años.
¿Cree Su Santidad que los soviéticos la buscan por deporte?
Localización del cadáver -presumiblemente congelado- de Hitler.
¿De verdad considera que se suicidó?
Rescate de un centenar de manuscritos -identificados como los Rollos del mar Muerto- cuyo delicado contenido, de hacerse público, pondría en situación comprometida a tres grandes corrientes religiosas. Esos pergaminos se hallan secuestrados en Israel desde los años cincuenta.
Su Santidad sabe muy bien a qué me refiero...
Proyecto, Caballo de Troya.
Parte del mismo ha salido ya a la luz pública.
Creación de un Gobierno planetario.
¿Estima el Santo Padre que el primer paso -la Comunidad Económica Europea- es fruto de la casualidad?

El mundo está condenado a ser feliz. Marchamos hacia esa todavía aparente utopía. Estamos en ello. Y le aseguro que lo conseguiremos, desterrando así, y para siempre, las grandes guerras. Somos una organización optimista. Por eso, Santidad, logramos cuanto nos proponemos. Goldsmith, el poeta inglés y miembro también de Los Tres Círculos, resumió nuestro espíritu con las siguientes palabras: Replicamos a la maldad con la imaginación.
Y ahora proseguiré con lo que importa: la operación Gloría Olivae.

ROMA

Ocho de enero de 1987 jueves. Diez horas. Los primeros cincuenta millones de dólares -como sospechábamos- fueron transferidos desde Managua, vía Panamá.
El plazo expiraba dos días más tarde. Una semana después -respetuosos con lo acordado en Estocolmo-, el nombre de Santino Vaccara aparecía impreso en las páginas del periódico italiano Corriere della Sera.
Nuestros patrocinadores -eso creemos- no se percataron de un detalle que, de haberlo detectado, los hubiera hecho reflexionar. La esquela en cuestión, anunciando el tercer aniversario del fallecimiento de este honorable ciudadano, habría visto la luz de cualquiera de las maneras. Me explico: el señor Vaccara nada tenía que ver con la presente historia. Una elemental comprobación les hubiera puesto en alerta. Si el referido aviso mortuorio había sido publicado en los dos años precedentes, lo normal es que también fuera insertado en 1987. Es decir, aunque los jesuitas no hubieran depositado el dinero en Ginebra, el nombre de Vaccara habría estado allí, puntual a la cita. La explicación era sencilla. La contraseña -anunciando el arranque de las operaciones- iba fundamentalmente dirigida a nuestros hombres en Roma. Más claro aún: antes de consolidar el acuerdo, la organización había hecho suyo el plan para derrocar al Pontífice..., al margen de los solicitantes.
Una vez estudiado, los cerebros del primer círculo estimaron que con o sin financiadores, un giro en la deriva de la Iglesia

Católica beneficiaria a la mayoría, preparando a la Humanidad para el decisivo tercer milenio.
Y los jesuitas mordieron el cebo.
El nombre de la operación Gloria Olivae -(La Gloria del Olivo)- tampoco obedeció a un capricho. Fue inspirado por uno de nuestros agentes en Dublín.
Cómo materializar la renuncia del Papa sin derramamiento de sangre.
Ésta era la cuestión. Y durante semanas, especialistas del segundo y tercer círculos en Derecho canónico expurgaron en Roma, París, Oxford y Colonia el pasado y presente de los códigos, leyes y constituciones eclesiásticos, a la búsqueda de datos.
Los resultados de la minuciosa investigación -aunque escuálidos y difusos- terminaron abriendo una posible vía. Un camino que fue sometido al criterio del primer círculo.
Ante nuestra sorpresa, la historia del papado sólo conoce un único caso de renuncia. El de Celestino V, el 13 de diciembre de 1294. Tres años después, su sucesor -Bonifacio VIII- publicaba la primera norma en relación a tan inusual circunstancia. (Libro III de las Decretales.)
Pero esa renuncia del hoy san Celestino V no servía. Las razones aducidas -falta de sabiduría, rechazo del pueblo llano y precaria salud- se hallaban dentro de la ortodoxia. Contemplada a la luz del actual Código de Derecho canónico (Art. 1. Del Romano Pontífice, 332.2), la marcha de Pedro Angeleri de Morone podría ser calificada de libre y voluntaria. Para que el Papa renuncie a su oficio -reza el citado pasaje de la legislación canónica en vigor- se requiere para la validez que la renuncia sea libre y se manifieste formalmente, pero no que sea aceptada por nadie. Es decir, si así lo desea, el Pontífice puede abandonar su cargo cuando lo considere oportuno. Y nadie está jurídicamente capacitado para obligarle a desistir.
Obviamente, esta clase de renuncia -la única legal- no cuadraba en nuestros planes. La misión de Los Tres Círculos no consistía en sentarse y esperar un milagro. El actual Pontífice no parece dispuesto a retirarse en vida.

Y los expertos de la Organización trazaron las posibles soluciones. Todas fueron sometidas a juicio implacable. Pero sólo una alcanzaría el visto bueno.
¿Podía ser obligado a renunciar ante La evidencia de compraventa de cosas de naturaleza espiritual (simonía)?
¿Podía ser acusado de hereje?
¿Qué ocurriría si entraba en un irreversible estado de demencia? ¿Continuaría en su puesto si se viera súbitamente sorprendido por una parálisis total?
¿Y si quedara mudo?
¿Qué acontecería si, por razones inexplicables, tratara de adoptar medidas que pusieran en peligro la estabilidad del mundo?
Curiosamente, la legislación eclesiástica no contempla ninguna de esas hipotéticas pero verosímiles posibilidades. Al menos, con suficiente claridad.
Según los más preclaros comentaristas de Derecho canónico, situaciones como la simonía, la herejía notoria o la demencia deben excluirse tajantemente..., por la providencia particular de Cristo para con su Iglesia. (Padre Cappello en Suma de Derecho canónico, vol. I)
Con todos nuestros respetos para este canonista -uno de los más prestigiosos del mundo-, su confianza en la divina Providencia resulta tan pueril como peligrosa...
Tampoco nos pareció una argumentación ecuánime la manifestada por el cardenal Lega en sus Comentarios sobre Derecho procesal eclesiástico (vol. III). La primera Sede -dice Lega- por nadie puede ser juzgada. El Pontífice juzga a todos los pontífices de todas las Iglesias, pero nunca hemos leído que él pueda ser juzgado.
La tesis, muy discutible, parece referirse a asuntos de gran tonelaje: doctrinales o de fe.
Pero no era éste el caso que manejábamos. Intentar que el Papa polaco entrara en colisión con las facciones conservadoras de la Iglesia católica en materia de ortodoxia era una solemne pérdida de tiempo. La renuncia debía orquestarse desde planos inferiores. Menos ambiciosos pero eficaces y que terminaran colocándole en el filo de la navaja. En una situación límite, bien definida y que -como contempla el Enchiridion Vaticanum (vol.

V)- forzase al Colegio Cardenalicio a redactar su destitución, en el supuesto de que el Pontífice se mantuviera en sus trece.
Finalmente, la organización perfiló su proyecto en base a los juiciosos razonamientos de otro acreditado canonista. Según Alonso Lobo en Comentarios al Derecho canónico (vol. I), la pérdida de razón en un Papa puede ser considerada como una auténtica muerte física. En consecuencia -si esto ocurriera-, el Pontífice se vería obligado a la renuncia involuntaria.
Éste, en suma, fue el objetivo: propiciar un claro estado de locura que desencadenara su derrocamiento.
El cómo conseguirlo -tarea nada fácil- fue obra del audaz e imaginativo coronel Frank Hoffmann. Y a primeros de noviembre, el plan recibió la necesaria luz verde. Y el inicio de la operación Gloria Olivae -en su fase preparatoria- fue dispuesto para el 16 de enero de 1987.
Un día antes, coincidiendo casualmente con el ochenta aniversario del que había sido general de la Compañía de Jesús, padre Arrupe, los instigadores se personaron en la enfermería del Borgo Santo Spirito. Llevaban un ejemplar del Corriere della Sera. Una vez celebrada la misa, tras entonar un devoto motete a Nuestra Señora, le mostraron el aviso. Y el ilustre enfermo guardó silencio, al tiempo que unas fugaces lágrimas corrían por sus mejillas. Pero la mayoría de los presentes interpretó aquella emoción como lógica consecuencia del cariñoso y oportuno motete, entonado en su idioma natal: el euskera.

COIMBRA

Dieciséis de enero de 198Z Viernes.
08 horas.
Joáo Lucas marcó el número telefónico convenido.
717844.
Y aguardó impasible. Las luces de la apacible villa lusitana habían ido cediendo ante la gris y rezagada claridad del nuevo día. Al otro lado de la avenida Emidio Navarro, el río Mondego desfilaba ocre y aburrido, ajeno a los planes del coordinador de la operación Gloria Olivae en Portugal.

Tras una corta espera, la madre María del Carmen del Santísimo Sacramento atendió la llamada de nuestro hombre del segundo círculo.

No nos equivocamos. La priora del convento de Santa Teresa, de las Carmelitas Descalzas de la mencionada ciudad de Coimbra, se mostró feliz ante las palabras de aquel desconocido. Y la cita fue concertada para las diez de esa misma mañana.

Y Lucas -nombre supuesto- volvió a repasar las órdenes del coronel Hoffmann. Aquel primer paso era crucial. No podía fallar. Semanas antes, en los estudios preliminares, cinco agentes de Los Tres Círculos -con Joáo a la cabeza- habían procedido a un minucioso examen de los planos del Carmelo, ubicado en la rua de Santa Teresa. También los edificios colindantes fueron sometidos a un riguroso y detallado análisis. Con el paso de los últimos 243 años, las edificaciones han ido acorralando el recinto de clausura, asomándose incluso a la intimidad de sus jardines. Una de aquellas construcciones, situada en la confluencia de la rua Miguel Torga con la avenida M. Sousa, podía favorecer el desarrollo de la fase inicial del plan portugués. El bloque de apartamentos -bautizado con el nombre de Penedo-, con sus ocho plantas, nos brindaba un excelente punto de observación de buena parte del patio interior del monasterio. Para una situación de emergencia, nuestros hombres habían dispuesto una segunda base de apoyo: la villa número cincuenta y dos de la referida avenida Sousa, limítrofe con el muro posterior del convento. Tanto el chalet -hoy ocupado por la Asociación Nacional de Municipios Portugueses-, como uno de los pisos del edificio Penedo, fueron alquilados por terceras personas, sin relación alguna con la organización.

Como ocurre con frecuencia, el capítulo más laborioso de nuestro trabajo en Coimbra fue de naturaleza burocrática. Me refiero, en concreto, a la obtención de los planos originales del monasterio. Pero la sagacidad de Lucas dio sus frutos. Y los especialistas, finalmente, se hicieron con una copia del proyecto del arquitecto carmelita fray Pedro de la Encarnación, que lo diseñó en 1714.

En cuanto al régimen de vida, costumbres y contadas salidas al exterior de la veintena de hermanas que habitaba el convento, la información obtenida, aunque exacta, fue insuficiente.

Nuestros hombres recurrieron a todos los medios a su alcance: sucesivos capellanes -incluido el obispo coadjutor de Coimbra, doctor Antúnez-, médicos, familiares y, por supuesto, al doctor Brito Cardoso y al fotógrafo V. Pécurto, autores de un pequeño libro editado con motivo del cincuenta aniversario de la restauración de dicho Carmelo. La organización era consciente de que esta documentación previa no era vital para el desarrollo del plan. Pero ése es nuestro estilo: disponer de un máximo de datos. Naturalmente, otros agentes fueron movilizados en Europa, a la búsqueda de información. Pero tropezaron con un grave inconveniente. Cada convento carmelita disfruta de autonomía propia, con unas características peculiares, en consonancia con la región donde se alza y de acuerdo también con los criterios de sus respectivas superioras. En este sentido, por tanto, el acopio de material tenía que propiciarse desde el interior. Y Joáo Lucas, como digo, actuó sin dilación y con la sangre fría que le caracteriza.
Y a las nueve y media de esa mañana abandonaba el discreto hotel Astoria, rumbo a la pequeña colina sobre la que se asienta el Carmelo de Santa Teresa.
La espera en la penumbra del espacioso y espartano locutorio fue breve. En aquellos primeros segundos -y me limito a transcribir el cuidadoso informe remitido desde Portugal- su atención quedó prendida en la curiosa leyenda existente en la puerta de la inmaculada estancia: Hermano, repara bien: o no entrar, o hablar de Dios; que en la Casa de Teresa esta ciencia se profesa.
La escéptica sonrisa de Joáo fue bruscamente borrada por el cálido saludo de la madre priora.
La organización -prudente e intuitiva- había desplegado un singular interés a la hora de reconstruir la personalidad de esta mujer. La delicada misión encomendada a nuestros hombres así lo demandaba. Los posteriores acontecimientos nos darían la razón. La carmelita María del Carmen no ocupaba aquel puesto por casualidad. A pesar de sus cercanos sesenta años, gozaba de una inteligencia rápida y sutil. Había ingresado en la Orden a los diecisiete años, permaneciendo por espacio de cuarenta en el Carmelo de Coimbra. Y a pesar de ese dilatado aislamiento, su conocimiento de la realidad del mundo era envidiable. Como

iríamos verificando, la priora practicaba con exquisito celo el principio evangélico de la paloma y la serpiente. Sabía de la candidez de la primera y de la desconfianza de la segunda. Y estaba en su derecho. Más aún: esta actitud era casi obligada en la monja. La explicación había que buscarla en una de las inquilinas del convento: una anciana carmelita, mundialmente famosa. Un objetivo, en suma, extraordinariamente apetecible para todos los reporteros y creyentes del orbe católico. En definitiva, nuestro objetivo...

Joáo Lucas fue derecho al asunto. Y la superiora escuchó con avidez, respondiendo sin rodeos a las estudiadas preguntas del visitante.

Una hora después, el coordinador de la operación se despedía con la promesa de retornar en la mañana del lunes siguiente. Pero esta vez no lo haría en solitario. Ese 19 de enero le acompañaría un supuesto familiar. Una mujer de veintisiete años -especialista del tercer círculo- que desempeñaría un papel esencial en la primera fase del proyecto.

Como acabo de mencionar, el objetivo de Los Tres Círculos en Coimbra era una de sus ciudadanas: María del Corazón Inmaculado. Una anciana monja de clausura, más conocida por sor Lucía. La única sobreviviente de las misteriosas apariciones marianas de 1917 en la región de Cova de Iría.

Pero el acceso a esta carmelita descalza -que en 1987 contaba ochenta años de edad- resultaba casi impracticable, al menos desde el exterior y para la inmensa mayoría de los mortales. La razón es obvia: según la Iglesia católica, esta venerable hermana es la depositaria de una especie de revelación, otorgada al mundo el 13 de julio del referido año de 1917, por boca del singular personaje -con apariencia de hermosa niña- que protagonizó algunos de estos sucesos. El mensaje -popularmente denominado como el tercer secreto de Fátima- jamás ha sido revelado. Lucía de Jesús Santos lo puso por escrito entre el 22 de diciembre de 1943 y el 9 de enero de 1944. Posteriormente fue enviado a Roma en un sobre lacrado. Y hasta el día de hoy, haciendo caso omiso a las reiteradas solicitudes de los creyentes, los pontífices y cardenales que han logrado leerlo han optado por el silencio, fomentando así -quizá

involuntariamente- todo un río de especulaciones, a cuál más peregrina.
Y antes de proseguir debo aclarar -en nombre de Los Tres Círculos y en el mío propio- que jamás hemos concedido un excesivo valor al citado tercer secreto. Es un hecho patente y repetido hasta el aburrimiento que la propia Iglesia de Roma ha restado importancia a su contenido, negándose a incluirlo entre los argumentos de fe. La dudosa fiabilidad de los igualmente llamados primero y segundo secretos de Fátima invalida peligrosamente al tercero. Pero nuestra misión no consistía en juzgar la bondad de dicho mensaje sino en apoderarnos de él.
Por una serie de razones que beneficiaban a la operación Gloria Olivae, y que detallaré en su momento, la organización estimó necesario el rescate de semejante revelación.
Naturalmente, dado su carácter reservado, llegar hasta él presentaba serias dificultades. Y durante un tiempo, el segundo círculo estudió las diferentes posibilidades para hacerse con el codiciado texto. Un comunicado que, según nuestros confidentes, no supera las quince líneas.
Dos de nuestros agentes en Roma confirmaron las iniciales sospechas: la célebre y sencilla hoja manuscrita por sor Lucía se hallaba depositada en una de las cámaras acorazadas del edificio del Archivo Secreto, en el corazón de la Ciudad del Vaticano. Una copia permanece en el pequeño cofre de 30 por 25 cm, en madera esmaltada, reservado a los muy delicados secretos del Santo Oficio. Un cofre que sólo puede ser abierto con el concurso de tres llaves y que se guarda en la caja fuerte existente en una de las estancias próximas al gabinete privado de Su Santidad, en el Palacio Apostólico.
En un primer momento se concibió la idea de acceder al mensaje mediante un ingenioso y bien trazado plan, que consistía en el ingreso, y posterior ocultación en el refugio antiatómico practicado en los sótanos del Archivo Secreto, de tres especialistas del tercer círculo. De acuerdo con nuestros cálculos, en el espacio de dos horas, la cámara acorazada quedaría abierta y, su contenido, a disposición de los infiltrados. En dicha bóveda, además del referido secreto de Fátima, se custodian -entre otros valiosos documentos- la última carta de María, la reina católica de Escocia, dirigida al

Papa poco antes de ser decapitada por Isabel I de Inglaterra; la petición de setenta y cinco lores ingleses, suplicando al Pontífice la anulación del matrimonio de Enrique VIII y Catalina de Aragón; las misivas de amor de este rey a Ana Bolena; los sellos de oro -de un kilo cada uno- de los monarcas españoles Felipe II y Felipe III; los rollos intercambiados en 1146 entre los emperadores bizantinos y los papas, solicitando protección para los cruzados; el dogma de la Inmaculada Concepción, encuadernado en rico terciopelo azul y la carta -confeccionada en seda bordada- de una emperatriz de la dinastía Ming, escrita en 1655, reclamando al Papa la ayuda necesaria para la cristianización de China.
Lamentablemente, el asalto al tentador Archivo Secreto Vaticano tuvo que ser anulado. Y no por falta de valor. Nuestros hombres -ya lo expresé- son los mejores. La operación Gloria Olivae contemplaba una segunda y no menos arriesgada intervención en las kilométricas galerías de dicho centro. De haber procedido a la manipulación de la bóveda acorazada y al microfilmado del mensaje, la posterior entrada de los siguientes especialistas se habría visto comprometida. Aunque la apertura de la caja fuerte fue planificada de forma que no fuera detectada por la Seguridad, el segundo círculo prefirió no tentar la suerte.
En cuanto a la posibilidad de abrir el cofre que guarda la copia, la organización desestimó el arriesgado plan del coronel Hoffmann. Demasiado peligroso y, sobre todo, excesivamente laborioso.
Y se optó por el proyecto portugués. Aunque no exento de riesgos, presentaba una razonable viabilidad, siendo susceptible de ejecución en un plazo de tiempo prudencial:
El objetivo -como fue mencionado- no era otro que la vidente de los sucesos de Fátima. A pesar de la casi infranqueable muralla que la separa del mundo y que -no nos engañemos- la ha reducido a una prisionera del Vaticano, los informes recibidos a fines de 1986 sobre su progresiva pérdida de visión nos hicieron concebir esperanzas. Había una posibilidad. Y los hombres de Lucas supieron aprovecharla. Pero, para garantizar el éxito de la misión, era necesaria una previa aproximación al mundo en el que se desenvuelve esta monja de clausura.

En suma: debíamos infiltrarnos en la comunidad carmelita de Coimbra. Sólo así -controlando los movimientos de sor Lucía desde el interior- estaríamos en disposición de atacar la segunda y última fase del trabajo con rapidez y eficacia.
Y el lunes, 19 de enero, Joáo se personaba de nuevo en el convento. La priora y María Gracia, la hermana portera, acogieron a la joven y supuesta sobrina con ternura y diligencia. A las once, tras una fingida y conmovedora despedida, la señorita Lara Malos cruzaba el sólido portón existente a la derecha del tradicional torno, iniciando el periodo de prueba como postulanta.
Nuestras previsiones se cumplieron. La oportuna y sustanciosa dote -diez mil dólares-, ofrecida por el acaudalado financiero lisboeta, junto con la documentación requerida en estos casos, contribuyó a disipar las posibles suspicacias de la comunidad en general y de la superiora en particular.
La preocupante escasez de vocaciones también jugó en nuestro favor. En aquellas fechas, el Carmelo de Santa Teresa reunía a un total de veintitrés hermanas. De éstas, sólo tres lucían el velo blanco de novicias.
Como es fácil imaginar, ante la muy probable circunstancia de una comprobación de identidad por parte de las autoridades eclesiásticas o civiles de Coimbra, los certificados y la documentación exigidos por el monasterio -bautismo, confirmación, médico-psiquiátrico y personal- fueron hábilmente falsificados, utilizando datos reales, pertenecientes a otro de los miembros de la organización con residencia en Oporto.
Y la médico y psiquiatra Lara Malos -mujer de escasas palabras y ánimo de acero, conocida en Los Tres Círculos como la nevera- se dispuso a cumplir como aspirante a carmelita descalza.
Sesenta y cinco días después -coronada la operación-, ante la lógica desolación de las hermanas, abandonada el convento, convencida de su falta de vocación religiosa.
Y el plan fue activado. Esa misma mañana del lunes, en uno de los apartamentos de la zona superior del número 353 del edificio Penado (B) se acometía la estrecha vigilancia de los

jardines interiores del Carmelo. A partir de esos momentos, todo dependía de Lara.
El coronel Hoffman había autorizado varios sistemas de comunicación entre la postulanta y nuestros hombres. El más importante se basaba en un doble emisor, alojados en los extremos superiores de la montura de las gafas utilizadas por la especialista del tercer círculo. Tanto las baterías como los mecanismos de apertura y cierre -convenientemente miniaturizados- fueron dispuestos en el interior del material plástico de la referida montura y de las patillas. Al pulsarlos, una red de imperceptibles capilares que cruzaba el interior de cada uno de los cristales se activaba automáticamente, emitiendo una radiación superior a las 0.8 micras. Esta luz -perteneciente al espectro infrarrojo (de una
longitud de onda, como digo, superior a los 8 000 amstrong)- es invisible al ojo humano y, en consecuencia, indetectable por las hermanas que pudieran acompañar o rodear al agente infiltrado. Las pulsaciones podían practicarse por separado, desde cualquiera de las lentes o, en forma conjunta, accionando ambas pilas a la vez.. Los mensajes -siempre en una clave secreta- eran recibidos por el enlace en el exterior mediante unas sencillas lentes de visión igualmente infrarroja.
La argucia, sin embargo, se hallaba limitada por un inconveniente. Las características del invento sólo hacían viable este tipo de comunicación desde el patio o los jardines interiores. Y puesto que ignorábamos cuáles podían ser los movimientos de nuestro agente durante su estancia en el Carmelo -al menos en los primeros días o semanas-, el equipo se vio en la obligación de establecer un férreo y continuado servicio de vigilancia.
Se contempló también la posibilidad de dotarle de un microtransmisor de radio que, con toda certeza, habría simplificado la operación. Pero, a la vista de la desconfiada priora, la idea fue desestimada.
El trabajo de la joven agente -según los planes de la organización- debía centrarse en el suministro de información sobre todo lo concerniente a la hermana Lucía. Cualquier detalle, por insignificante que pudiera parecer, debía ser procesado por Joáo Lucas y sus hombres. Pero la clave se

hallaba en la transmisión de datos respecto a tres asuntos concretos: estado de salud de la vidente, características psicológicas de la misma y, por encima de todo, detección -lo más anticipada posible- del hospital, médicos y fechas previstos para la inaplazable operación de cataratas. Esta noticia confidencial había sido obtenida meses atrás a través de un familiar muy próximo al doctor Balara, médico personal de la anciana carmelita.

A sus ochenta años, la monja sufría una catarata degenerativa, con la correspondiente pérdida gradual de transparencia de los cristalinos de ambos ojos. El mal, consecuencia de una degeneración senil, no pudo ser atajado con el concurso de las sucesivas y cada vez más potentes gafas de aumento.

Y para hacer posible este rastreo, la falsa postulanta -de acuerdo con el entrenamiento recibido- debía moverse con singular cautela. Sus aproximaciones a la persona de Lucía tenían que resultar y parecer naturales, extremando el tacto y evitando, por todos los medios, los recelos de las restantes hermanas y, en especial, los de la superiora.

Durante un tiempo -eso estaba claro-, la madre María del Carmen y la hermana maestra, asignada para ayudarla y educarla en las reglas y costumbres de la Orden, permanecerían atentas a su conducta. Cualquier sospecha podría malograr el proyecto.

Y durante cuatro largas jornadas, la vigilancia exterior aguardó inútilmente. Fueron momentos críticos y de aguda zozobra. Hubiéramos podido recurrir a la comunicación telefónica. Pero Joáo confiaba ciegamente en la experta y gélida psiquiatra. Por otra parte, el uso del teléfono constituía un riesgo. Tratándose de una recién llegada y del Carmelo de Coimbra, la posibilidad de que las conversaciones fueran controladas no debía ser descartada.

Finalmente, el viernes, 23, a las 13.30, se recibía la primera y ansiada señal. La transmisión luminosa llegó nítida y precisa. A través de prismáticos, siguiendo las indicaciones del agente receptor, la postulanta fue localizada por Lucas en las proximidades de la pequeña ermita denominada Getsemaní, en los jardines y a poco más de cien metros de nuestro punto de observación. Lara se encontraba sola. Sentada apaciblemente al

pie de un árbol y con un libro abierto sobre las rodillas. Parte de la comunidad paseaba, rezaba o conversaba por los alrededores. Aquella comunicación -que se prolongaría durante siete minutos- vino a aliviar la tensión del inquieto equipo, instruyéndole acerca de los momentos y lugares en los que, presumiblemente, deberían efectuarse las futuras conexiones.

Utilizando uno solo de los emisores, Lara Malos envió la siguiente información:

Confirmo y amplío horario habitual de la comunidad. Conviene ajustar la vigilancia a dicha programación.

Repito: ajustar vigilancia.

05 horas y 30 minutos: inicio de jornada. Utilizo celda próxima al patio del pozo. Sin compañía.

Rezo de laudes. Oficio divino. Tercia.

Imposible acceder al jardín.

08 horas y 15 minutos: misa.

Remota posibilidad de comunicación con la iglesia a través del enrejado. Repito: muy remota.

09 horas: desayuno.

09 horas y 30 minutos: trabajo.

Como médico he sido asignada a la enfermería. Excelente posibilidad para revisión periódica del objetivo.

Deberé rotar en las ocupaciones: cocina, limpieza, ropero, fabricación de obleas para la diócesis, labores de costura, carpintería y trabajo en el huerto.

Durante la permanencia en la enfermería, imposibilidad de acceso al patio y jardines interiores.

12 horas: ángelus. Oficio divino.

12 horas y 30 minutos: comida.

13 horas y 30 minutos: recreación.

¡Atención!: alta posibilidad de comunicación. Tiempo máximo: una hora. Todo dependerá de la climatología. En días soleados: paseos y conversación en los jardines.

Repito: ajustar vigilancia a recreación.

15 horas: recogimiento. Oficio divino.

De nuevo en el interior.

16 horas: lectura espiritual.

A continuación, trabajo.

17 horas y 45 minutos: oficio divino. Oración mental.

Sigue imposibilidad acceso al exterior.
19 horas: cena.
20 horas, aproximadamente: segunda recreación.
En invierno, siempre en el interior.
Dudosa posibilidad de paseo por los jardines.
21 horas: oficio divino.
Los periodos de oración suman siete.
Silencio riguroso.
22 horas: oficio divino.
23 horas: reclusión en celdas. Periodo de descanso hasta las 05 horas y 30 minutos.
El acceso a los cuartos de las restantes hermanas, rigurosamente prohibido. Nuestro objetivo descansa muy cerca de la priora. Percibo estrecha y sutil vigilancia. Demasiadas preguntas.
Hasta hoy, esporádicos y muy superficiales contactos con el objetivo. Hace vida de comunidad, con las limitaciones propias de su edad y, en especial, de su deficiente visión. Por riguroso turno, las hermanas le asisten y acompañan. Como postulanta, no participo en dicho privilegio. Rara es la ocasión en que permanece sola. Llama la atención el celo de la priora a la hora de procurar su bienestar y de controlar sus conversaciones.
No es difícil adivinar algún tipo de consigna eclesiástica. El objetivo jamás habla de sus experiencias en Cova de Iría. Al menos durante las recreaciones.
Curioso. Nada más ingresar, tras una larga conversación con la superiora, fui debidamente advertida: sor Lucía es una más en el convento.
El pacto de silencio es sagrado. La curiosidad, en ese sentido, se castiga con dureza. 'No hay duda: la madre priora ha sido convenientemente aleccionada para salvaguardar el secreto.
Cualquier incidencia es trasladada puntualmente a la Nunciatura.
Sin embargo, nadie me ha prohibido hablar con el objetivo. Y eso es lo preocupante. Puede tratarse de una trampa.
Es preciso multiplicar el sigilo.
Por lo demás, todo funciona según lo programado.
Fin de la transmisión.

A partir de este informe, los hombres de Lucas permanecieron atentos a los horarios, lugares designados y a la meteorología.
Y al día siguiente, los agentes se turnaron igualmente -desde las 8.15 a las 8.45 de la mañana- en la vigilancia del enrejado existente en la parte alta del muro posterior de la iglesia. El acceso al templo -único lugar público del Carmelo- fue relativamente simple. Las monjas tenían la costumbre de asistir a la misa diaria, reunidas al otro lado del referido enrejado y permitiendo a las novicias y postulantas que ocuparan los puestos más próximos a la celosía de hierro forjado.
Afortunadamente, la comunicación en la capilla no fue necesaria. A pesar de los problemas surgidos en los últimos momentos, Lara Malos supo ingeniárselas para trasvasar la información desde los jardines, evitando la comprometida manipulación de las gafas desde la clausura y en presencia de la comunidad.
En beneficio de todos, su fugaz paso por el monasterio se produjo sin excesivos sobresaltos. Lara, una vez más, hizo suyo el principio de Eurípides: El verdadero secreto de los audaces es una estudiada prudencia.
Aun así, nuestro agente se vería sometido a ciertas servidumbres. Una de ellas -acaecida a los diez días de su ingreso- obligó a redoblar las precauciones.
Esa noche, al retirarse a descansar, comprobó cómo los pequeños hilos -cuidadosamente adheridos cada mañana sobre los cierres de su maleta- habían saltado como consecuencia de la apertura de la misma. El registro fue practicado con singular perfección. Y la priora, sin duda, tuvo puntual conocimiento de los escasos enseres conservados por la postulanta. Lo que nunca supo la madre María del Carmen es que, en previsión de un hecho semejante, la organización tuvo la sibilina idea de incluir entre las ropas, libros y retratos familiares una falsa carta, de puño y letra del Pontífice, en la que -amparándose en una supuesta amistad con la familia de la señorita Malos-, le animaba a seguir sus íntimos impulsos y a profesar en el Carmelo.
El cebo surtió efecto. Y a partir de aquellos instantes, las consideraciones hacia la ejemplar aspirante y su libertad de movimientos recibieron un aparente impulso. Astuta, la priora

no se manifestó jamás sobre la misiva de tan ilustre amigo de la inexistente familia Malos. Y tenía sus razones.
Los siguientes informes -a lo largo del mes de enero- tuvieron un carácter rutinario.
A mediados de febrero, en cambio, la psiquiatra nos proporcionaba un material de indudable interés: un análisis psicológico de la hermana Lucía. Las apreciaciones coincidieron en buena medida con los estudios grafopsicológicos efectuados por nuestros expertos sobre numerosos textos manuscritos: 250 páginas escritas entre 1922 y 1970 y otra colección de cartas más recientes. Estos datos nos ayudarían a afinar en el tipo de tratamiento a que debería ser sometida la monja escasas semanas más tarde.
En síntesis, la personalidad de la célebre carmelita ofrecía el siguiente perfil: Extraordinaria memoria, algo mermada por la lógica degeneración senil...
Un elemento decisivo en nuestro proyecto.
Notable conocedora de las personas. Difícilmente se le borra una cara o una voz...
Esta virtud -muy especialmente su capacidad para reconocer voces- nos obligada a introducir ciertas Modificaciones en el plan original. Vanidosa en extremo, a pesar de sus años de clausura y de sus innegables esfuerzos por corregirse...
También sería de utilidad para los propósitos de la organización. Meticulosa. Siempre se ha distinguido por su fidelidad hacia lo que constituya norma, deber o imposición.
Los hombres de Joáo no lo olvidaron. Excelente equilibrio mental, aunque amenazado por la demencia senil...
La nada hipotética posibilidad nos preocupó. Habíamos llegado en el momento justo.
Brillante claridad de espíritu y anormal capacidad de discernimiento interior, que se remonta, incluso, a su lejana infancia.
Siente una visceral repugnancia -aunque sabe contenerse- hacia las personas sucias e inmorales...
El dato constituyó una importante advertencia.
Atenta a todo y a todos. Adaptable a situaciones extremas. Más por disciplina que por deseo. De tendencias altruistas, resultado de la simbiosis amor a los demás y necesidad de ser querida y

protegida. En su subconsciente flota la figura de su madre. Disfruta de un alto sentido de lo real. Rehuye sistemáticamente los rodeos y adornos lingüísticos...

Los especialistas del tercer círculo lo tuvieron muy presente a la hora de planificar el interrogatorio.

Fuerte represión de sus tendencias inconscientes. Progresivo dominio de la introversión. Los recuerdos son inherentes a su persona. Vive de ellos y para ellos. Sin embargo, a pesar de su carácter vitalista, expansivo y dinámico, se percibe la mano de alguien que la controla, dirige y mediatiza humana y espiritualmente. En este aspecto, la hermana Lucía puede considerarse un ser esclavizado, enteramente utilizado y manipulado por intereses ajenos a su íntima personalidad. Su mente ha sido programada hábil y progresivamente. Tanto las prioras como sus confesores han constituido, y constituyen, los brazos ejecutores en semejante y lamentable control de su libre albedrío. Ha renunciado a sus ideas personales, como consecuencia de la oportuna y astuta reclusión a que fue sometida y en la que ha sido ininterrumpidamente trabajada, en nombre y en razón de unas supuestas altas metas. A pesar de ello, en lo más profundo se sabe engañada. Pero nunca se rebelará. Sesenta y dos años de férrea disciplina conventual la han marcado para siempre...

Este implacable lavado de cerebro nos desalentó en parte. ¿Seríamos capaces de desbloquear su subconsciente?

A sus ochenta años despliega un aceptable ritmo de trabajo, recuperando con soltura las energías. A ello contribuye su razonable buen estado físico...

Días más tarde, los médicos confirmarían este delicado capítulo.

De nuevo conviene insistir sobre su privilegiada memoria. En realidad es la que le sustenta y proporciona mayores satisfacciones interiores. Con el paso de los años ha terminado convirtiéndose en su inexpugnable castillo interior, al que nadie -ni siquiera la priora- ha tenido auténtico acceso. Cabe la posibilidad de que las traumatizantes experiencias vividas en 1917, cuando contaba diez años de edad, no hayan sido reveladas en su totalidad..., ni lo sean jamás. Algunos de esos sucesos, incluso, han podido ser desbloqueados en su mente en

estos últimos tiempos. Pero la insólita naturaleza de los mismos la obliga a silenciarlos...

La tesis de la doctora Malos era acertada. Los círculos espiritualistas portugueses lo saben bien...

Nos encontramos, pues, ante una mujer de viva inteligencia natural que ha suplido su prácticamente nula formación académica a fuerza de voluntad y de esos destellos mentales que la caracterizan. No se trata, por tanto, de una pobre pueblerina ignorante. Sus reflejos intelectuales -agudos, penetrantes, irónicos y hasta festivos- la distinguen como un ser de rica personalidad.

Lamentablemente, su conciencia ha prosperado en un ambiente y bajo unas coordenadas donde la Verdad es una y la Moral, anclada en unos principios inalterables, imposible de revisión.

Un punto a considerar es su contenida ansiedad y sus aprisionados deseos de comunicación, virtual y exteriormente castrados. Durante todos estos años, aunque ella no es consciente, tan dramática situación ha perturbado el ritmo de su subconsciente. Bastaría una adecuada conducción para hacer saltar esas barreras. Pero, atención, la esfera instintiva de la vidente aparece tan sólidamente reglada por la disciplina monástica que el tratamiento podría fracasar...

Estábamos de acuerdo. A la hora de trabajar a niveles de inconsciente, el riesgo de error es alto. Pero teníamos que intentarlo.

Y a finales de ese mes de febrero, nuestras sospechas empezaron a tomar cuerpo. El médico personal de Lucía -acompañado de otros dos facultativos- llevó a cabo una inesperada visita al convento, sometiendo a la anciana monja a una cuidadosa revisión. Sólo la madre priora fue testigo del chequeo. Pero las noticias en este tipo de comunidades -quizá como una sabia compensación de la naturaleza humana- no tardan en propagarse.

Y la inmediata comunicación de Lara nos colocó en máxima alerta.

Uno de los doctores -el prestigioso oftalmólogo y cirujano de Coimbra Antonio Pires- se había mostrado conforme con intervenir a la hermana a la mayor brevedad posible. Sus excelentes condiciones físicas y anímicas auguraban un buen

resultado. Pero, a pesar de los esfuerzos desplegados por la nevera, el lugar y la fecha previstos para la intervención quirúrgica se mantuvieron en riguroso secreto. Ni la propia Lucía recibió información al respecto.
El problema, sin embargo, fue solventado en cuarenta y ocho horas. La sugerencia de Hoffmann resultó determinante.
La sustitución del empleado de Correos -responsable de la entrega y recogida de correspondencia en el Carmelo- por uno de los hombres de Lucas nos facilitó la información clave. Dos días después de la visita de los médicos, la priora -cumpliendo órdenes- daba cuenta de los hechos a la Nunciatura Apostólica. En la misiva se adelantaba el nombre de la clínica en la que tendría lugar la operación -Casa de Saúde de Coimbra, en la rua Sofía, 158-, así como la identidad del cirujano y la fecha aproximada: alrededor del 20 de marzo.
El final de la comunicación era elocuente:
...aguardo instrucciones de su eminencia.
Una semana más tarde, Joáo interceptaba la respuesta de los representantes del Vaticano en Portugal. Roma daba su aprobación, haciendo responsable a la superiora de la seguridad de sor Lucía. Y añadían en tono imperativo:
El traslado deberá efectuarse de forma y manera que no llame la atención. Preferiblemente, ya anochecido o de madrugada. Recurra a los servicios de ese obispado. Con fecha de hoy hemos establecido contacto con los responsables de la diócesis, a fin de facilitar los medios oportunos.
Y recuerde que su presencia junto a la hermana es obligada. Incluso durante la intervención y el delicado periodo de la anestesia. En los próximos días, para tranquilidad de todos, un enviado de la Nunciatura procederá a entrevistarse con el cirujano para explicar el porqué de esta medida.
Comuníqueme sin demora -a ser posible por vía telefónica- el resultado de la operación. En ese momento recibirá las instrucciones para el traslado al Carmelo.
Contábamos, pues, con dos semanas para ultimar los detalles. Y cuatro nuevos agentes, procedentes de Lisboa, se incorporaron a la misión. Tres de ellos -Aida Moura, Ema Cunha y Lino Lobo-, enfermeros altamente especializados, se

recluyeron en el hotel Astoria. Y aguardaron las inminentes órdenes de Lucas, el coordinador.
Y la mencionada Casa de Saúde o de Salud -un vetusto edificio de tres plantas en la parte vieja de Coimbra- se convirtió en el objetivo prioritario.
A las pocas horas de su llegada, Aida y Ema eran contratadas como enfermeras en la referida clínica privada, ante la súbita indisposición de dos de las titulares.
Por su parte, el cirujano, señor Pires, y su equipo habitual -incluidos los instrumentistas- fueron sometidos a un discreto e implacable seguimiento. Y el 7 de marzo, a raíz de esta vigilancia, surgió algo que nos confundió. En una conversación telefónica -obviamente intervenida-, el médico personal de la vidente cometió la indiscreción de comentar con el oftalmólogo el cambio de fecha en la operación. Siguiendo la recomendación de la jerarquía eclesiástica, debía adelantarse al siguiente fin de semana.
Y aunque los sucesivos mensajes de Lara no aportaron información al respecto, nuestros hombres se prepararon para actuar en los días apuntados por el doctor Batara.
En un primer momento desconfiamos. Pero, convencidos de que la Nunciatura y el Carmelo no disponían de pruebas para sospechar de nuestras actividades, olvidamos el asunto, atribuyéndolo a conveniencias de carácter doméstico.
Craso error. Debemos reconocer que subestimamos a la priora. Y poco faltó para que la misión fuera abortada. De no haber concurrido una serie de acontecimientos fortuitos, que ralentizaron la investigación iniciada por la mencionada Nunciatura Apostólica en Portugal, la postulanta y el plan podrían haber corrido una ingrata suerte. Pero el blindaje en torno a la falsa identidad de Lucas y Lara Malos nos favoreció, concediéndonos un tiempo precioso.
Y el 11 de marzo, miércoles, en una de sus últimas comunicaciones, la nevera confirmaba el sábado, 14, como el día previsto para la operación de cataratas.
Y añadió alarmada:
...La carta del Papa fue sustraída de mi maleta ayer, martes. Activo el plan B.
Repito: plan B en marcha.

Desafortunadamente necesitamos algunos días para confirmar que ambos sucesos -el cambio de fechas en la intervención quirúrgica y el hurto de la falsa misiva papal- guardaban una alarmante relación.
Era obvio que, nada más tener conocimiento de la existencia de dicha carta, la priora se había apresurado a comunicarlo a sus superiores. Y la Nunciatura, amén de abrir la correspondiente indagación, solicitó una copia de la misma. (Dos días después de la apropiación, el original era devuelto -con idéntico sigilo- a la celda de la postulanta.)
Pero el texto -ante la desesperación de Lucas- no salió del convento por el procedimiento habitual: el Correo. Hoy tenemos fundadas sospechas de que fue entregado en mano a los servicios de información de la Nunciatura en la noche del viernes, 13 de marzo, aprovechando la secreta salida de sor Lucía del Carmelo.
Así y todo, este retraso de tres días y la casualidad nos beneficiaron.
Según nuestros confidentes, la copia fue enviada a Roma por valija diplomática, ingresando en la Secretaría de Estado en la mañana del lunes, 16. Pero la comprometida situación por la que atravesaba entonces la Iglesia católica en Chile desvió en cierta medida la atención sobre el asunto Coimbra. El 13 de ese mes de marzo, como se recordará, el nuncio apostólico en Santiago, monseñor Sodano, fue convocado por el Gobierno, a raíz de unas declaraciones del obispo Carlos Marcio Camas contra el general Pinochet.
La respuesta de la Santa Sede entró en la Nunciatura de Portugal una semana después: el 23. En ella se hacía constar la extrañeza de Su Santidad, que no recordaba mantener amistad, ni haber escrito a ninguna familia Malos.
E igualmente en clave se recomendaba proseguir la discreta investigación, evitando -a cualquier precio- que el problema se filtrara a los medios informativos.
Para cuando las autoridades civiles y eclesiásticas tuvieron constancia de la oscura maquinación desarrollada en el Carmelo, la postulanta -de acuerdo con el plan B- se hallaba fuera de la Orden y a buen recaudo.

Y ese viernes, 13 de marzo de 1987, amparadas en la oscuridad de la noche, la madre superiora y la hermana Lucía descendían del vehículo proporcionado por el obispado, siendo recibidas en el solitario hall de la Casa de Saúde por la solícita hermana María Elvira de Jesús, enfermera jefe de la Orden de las Franciscanas Hospitaleras de la Inmaculada Concepción: las magníficas y caritativas monjitas que prestan sus servicios en dicha clínica.
Y con prisas, evitando la curiosidad del celador de turno y de la telefonista que montaba guardia tras las cristaleras del departamento de información, las religiosas cubrieron los nueve metros que las separaban del ascensor. Veinte segundos después, la sonriente y fornida hermana Elvira se abría paso por uno de los corredores de la última planta, conduciendo a las carmelitas por un intrincado laberinto de pasillos, turbiamente iluminados por los rasantes pilotos de emergencia.
Cuarenta segundos más tarde, la priora abandonaba el brazo de sor Lucía, penetrando en la habitación 810. Una segunda monja y enfermera -la hermana Isabel de Silva Santos- se unió al grupo, esperando instrucciones.
Tras una meticulosa inspección de las dos camas, del cuarto de aseo contiguo, de las paredes, del teléfono número 188, estratégicamente situado entre los lechos y del recóndito patio interior que podía contemplarse desde la única ventana, la desconfiada superiora dio el visto bueno, permitiendo el ingreso de la vidente y de sus acompañantes.
Y de acuerdo a lo establecido, sor Lucía recibió la primera medicación, acostándose.
Como es lógico, la identidad de la persona que nos mantuvo puntualmente informados sobre los movimientos de las carmelitas durante su estancia en la Casa de Salud no puede ser desvelada. Tan sólo he sido autorizado a manifestar que dicho informante creyó estar, en todo momento, al servicio de la Nunciatura Apostólica...
Y esa mañana del viernes -siguiendo el plan-, otra de las agentes -una turista, ocasionalmente de vacaciones en la ciudad- ingresaba en la tercera planta (habitación 407) de la referida Casa de Saúde, aquejada de unos insoportables dolores en la región lumbar, vientre y pierna derecha. Le acompañaban

dos familiares: Lino Lobo, su esposo, y Paulo Bacelar, su también supuesto hermano.
Varios días antes, cumpliendo lo establecido por la organización, esta valiente especialista del tercer círculo se había sometido a la inoculación de una dosis mínima de Escherichia coli, el germen responsable -en un ochenta y cinco por ciento de los casos- de la patología no complicada conocida como nefritis tubulointersticial infecciosa aguda o pielonefritis bacteriana aguda.
Los síntomas y signos observados por los médicos de la clínica -escalofríos, fiebre, dolor en el flanco, náuseas y vómitos- no dejaron lugar a dudas y la enferma fue hospitalizada de inmediato. Y con ella, como acompañantes, penetraron también los ya referidos agentes. En principio -según nuestros cálculos-, la provocada infección renal piógena aguda, en este caso unilateral, exigiría -en primer lugar- toda una batería de análisis (incluyendo la tinción de Gram de la orina sin centrifugar) para detectar el elemento causante de la infección. Con suerte, y teniendo en cuenta la probada pericia del cuadro de facultativos de dicha Casa de Saúde, el diagnóstico estaría a punto en un plazo de veinticuatro a cuarenta y ocho horas. En cuanto al tratamiento antimicrobiano -quizá la fase más comprometida para la agente-, debería prolongarse, en clínica, durante un mínimo de cinco a siete días.
Para entonces, si todo funcionaba con la acostumbrada precisión, el tercer secreto de Fátima estaría ya en nuestro poder. En realidad, la maniobra clave -y más peligrosa- sería ejecutada treinta y seis horas después de finalizada la intervención quirúrgica.
Y durante la noche de ese viernes, una aparente calma dominó el pequeño hospital. Los únicos que no acertaron a conciliar el sueño -consecuencia de la preocupación y de los intensos dolores- fueron las inquilinas de la habitación 810 y la agitada turista y su vigilante marido, en la 407.
Sábado, 14 de marzo.
A las 08 horas, la enfermera Aida Moura acudía puntual a su trabajo, ascendiendo los dieciocho peldaños de mármol, alfombrados de plástico azul, que conducen desde el flanco derecho del hall hasta la primera planta de la Casa de Saúde.

Media hora después, tras consultar las intervenciones previstas para esa jornada, abandonaba el despacho acondicionado en la habitación 513, cruzando las puertas de la sala de operaciones, ubicada en ese mismo tercer piso.
A las 08 horas y 40 minutos, una sonriente hermana Lucía y una inquieta priora hacían acto de presencia en el quirófano.
Tres minutos más tarde, el equipo médico se disponía a operar. Al frente del mismo -tranquilo y silencioso como siempre-, el doctor Pires, auxiliado por otro eminente oftalmólogo de Coimbra: Tamares Craso. Y como instrumentistas dos hijos del cirujano jefe.
Fiel a lo ordenado, la superiora permaneció vigilante a corta distancia de la mesa de operaciones.
Y a las 09 horas, la pequeña y aparentemente frágil carmelita era anestesiada. Y el cirujano intervino el primero de los ojos.
Tres horas después, concluida la intervención en el segundo cristalino, Aida procedía al cuidadoso vendaje de los ojos de la monja.
Y a las doce horas y diez minutos, los auxiliares -seguidos en todo momento por la madre María del Carmen y la jefa de enfermeras- trasladaban a la inconsciente sor Lucía hasta su habitación.
Había empezado la cuenta atrás.
12 horas y 30 minutos.
La priora descuelga el teléfono y solicita una conferencia con Lisboa.
Amablemente rechaza la comida que le proporciona el hospital.
Dos minutos más tarde, el secretario del nuncio recibe la buena nueva: la doble operación de cataratas ha finalizado. Según los médicos, sin problemas.
13 horas.
Tras la breve y alentadora llamada de la superiora, la comunidad del Carmelo se reúne frente al enrejado de la iglesia, dando gracias por el favor recibido.
13 horas y 30 minutos.
Lara transmite la misma noticia. Gran contento en el monasterio.
15 horas.

Sor Lucía empieza a despertar de la anestesia. Se muestra inquieta. La atienden Aida y la hermana Isabel, administrándole un calmante en la botella de suero (un glucosado Braun al cinco por ciento).
Previamente, la priora solicita el fármaco. Lo examina y, ante la atónita mirada de la franciscana, escribe el nombre del específico en una pequeña libreta negra.
Las enfermeras se retiran y las carmelitas permanecen solas hasta las 18 horas. En ese momento, el cirujano y el médico personal de Lucía efectúan una breve visita a la ilustre anciana.
La hermana Isabel cambia de nuevo el frasco de suero y controla el goteo.
19 horas y 30 minutos.
La priora recibe la cena. Ensalada y pescado. Esta vez, la sorprendida es la enfermera jefe. Deseosa de servir y complacer a su hermana en religión, y sabiendo que no ha probado el almuerzo, ella misma se brinda a ofrecerle la bandeja. La dulce y paciente María Elvira de Jesús no entiende las recelosas preguntas en torno a la comida, a la identidad de las personas que la han cocinado y al método empleado.
Finalmente, con una burlona sonrisa, accede a probarla en primer lugar.
Esa noche no se habla de otra cosa en la clínica. La extravagancia de la priora corre de boca en boca. Pero nadie repara en la auténtica razón.
20 horas.
Última cura, a cargo de Aida e Isabel de Silva. Al retirar la cena, nuestra agente comprueba que apenas ha comido. Cuando la información llega a la habitación 407, Lobo y Bacelar se muestran preocupados. Es vital que la fiel guardiana de la vidente ingiera un mínimo de alimentos en la noche del domingo...
Cuando Isabel cierra la puerta, sor Lucía descansa plácidamente. Sus constantes son correctas.
24 horas.
La enfermera Moura -portando una nueva carga de suero- empuja la puerta de la 810. Desconcertada, comprueba que ha sido atrancada por dentro. Aquello va contra las normas y,

prudentemente, pone el hecho en conocimiento de la hermana Isabel.

A los pocos minutos, Silva Santos -sin poder disimular el nerviosismo- golpea la hoja con los nudillos, reclamando la atención de la priora. Tras unos segundos de embarazoso silencio, la recia voz de María del Carmen las interpela, exigiéndoles que se identifiquen. La franciscana tiene que hacer acopio de toda su habilidad para convencer a la testaruda monja de lo improcedente de su acción.

La puerta se abre al fin y Aida comprueba que la han apuntalado con una silla. La carmelita viste aún su hábito marrón y negro y la cama, por supuesto, continúa intacta. Y la priora, refunfuñando, regresa junto al asiento en el que -a todas luces- ha permanecido y, muy probablemente, seguirá velando toda la noche.

El frasco de 100 ml es sustituido por otro de 500, y el goteo, ajustado por la especialista del tercer círculo para que el suero resista hasta las seis de la mañana.

La amonestación, recordándole que no debe bloquear la entrada, no parece causar efecto en la contumaz religiosa. Y nuestros hombres se mentalizan: con esta mujer todo es posible...

Domingo, 15 de marzo.

06 horas.

La clínica apura sus últimos momentos de descanso. Lino Lobo, en la 407, se afeita impasible. Espera noticias de la 810. Su compañero Bacelar se halla reunido con Lucas y el resto del equipo. Se encuentran a dieciocho horas de la culminación del plan.

Por el momento, excepción hecha de las maniobras de la Nunciatura, todo sigue bajo control.

Aida, ante la habitación de las carmelitas, vuelve a enfrentarse al enojoso asunto de la puerta atrancada. Esta vez interviene la jefa de enfermeras.

La madre María del Carmen las ignora. Y Aida se pregunta si será capaz de resistir una segunda noche sin dormir. Su celo es admirable.

08 horas.

Ema Cunha sustituye a la enfermera Moura. Ésta abandona la clínica temporalmente.
Sor Lucía recibe la medicación. Su estado es excelente. A pesar del vendaje y de las naturales molestias, se muestra jovial y sumisa.
08 horas y 30 minutos.
La anciana da un corto paseo por la habitación. El rostro de la priora acusa el cansancio provocado por la tensión y la noche de vigilia.
09 horas.
Nuestros hombres en el exterior interceptan y graban una comunicación telefónica con la 810. Se trata de una llamada -a larga distancia- desde la Ciudad del Vaticano. El primer secretario particular del Pontífice se
interesa por la hermana Lucía. Responde la priora y, emocionada, agradece la deferencia.
...Pronto recibirá noticias del Santo Padre, concluye el polaco en un pésimo portugués.
Y la superiora se apresura a trasladar a Lucía el gentil y cariñoso gesto de Roma.
La circunstancia sería hábilmente aprovechada por los agentes responsables del Interrogatorio.
09 horas y 45 minutos.
Segunda llamada a la extensión 188. La hermana maestra de Lara Malos pone al corriente a la priora de la marcha del convento. En el transcurso de la conversación, las carmelitas cometen una imperdonable indiscreción. María del Carmen recuerda a la sustituta la imperiosa necesidad de simular naturalidad ante la nueva postulanta. Al menos hasta que lleguen instrucciones de la Nunciatura. La maestra la tranquiliza. Y añade: Tanto la celda de la hermana Lucía como la de la reverenda madre continúan cerradas.
10 horas.
Rutinaria visita de los médicos. Pulso y temperatura, normales. El postoperatorio prosigue satisfactoriamente. Sor Lucía se muestra agradecida con el cirujano.
10 horas y 10 minutos.
Ya en la puerta, la superiora hace un aparte con el oftalmólogo.

El médico parece sorprendido. Cuchichean. Y se despide con un escueto Lo consultaré.
Una vez a solas, la carmelita -ingenua a pesar de todo- cae en la imprudencia de susurrar a su compañera la petición formulada al doctor Pires.
He solicitado el cambio de habitación...
La vidente se muestra tan perpleja como nuestros hombres. Aquello no estaba previsto. Y tanto los agentes infiltrados en la Casa de Saúde como los que operan en el exterior se movilizan para conjurar la peligrosa posibilidad.
La priora, una vez más, nos pone en jaque.
11 horas.
La telefonista anuncia a la 810 la presencia en el hall de tres personas que desean visitar a la hermana Lucía. Una de ellas -que viste el alzacuellos de sacerdote- toma el, teléfono, identificándose y tranquilizando a la priora. Esta accede.
El señor obispo, el capellán del Carmelo y un enviado especial de la Nunciatura irrumpen en la habitación.
11 horas y 10 minutos.
Con la excusa de reemplazar el agotado suero, Ema se arriesga a penetrar en la 810.
La conversación discurre por cauces enteramente normales. El prelado pregunta alternativamente a la enferma y a la superiora, interesándose por la salud de Lucía y por el desarrollo de la operación.
El instinto de la agente, sin embargo, la advierte del peligro. Al abrir la puerta -por espacio de segundos- ha tenido ocasión de presenciar algo que no encaja en lo que, se supone, debe ser una visita de cortesía. Mientras el obispo y el capellán permanecen de pie, uno a cada lado de la cama de la vidente, el más joven, arrodillado, parece concentrado en el examen del somier del lecho contiguo. Al descubrir por debajo de la cama los blancos zapatos de la enfermera, se apresura a recomponer la figura. Y su rostro se acalora súbitamente.
No hay duda. El espía de la Nunciatura trata de localizar posibles micrófonos ocultos...
La visita se prolonga hasta el mediodía. La recepción en la 407 sigue siendo nítida. Cinco por cinco.
12 horas y 30 minutos.

Una auxiliar deja la bandeja del almuerzo sobre la pequeña mesa y observa a la priora con curiosidad.
13 horas.
La enfermera jefe transmite a la superiora la decisión de la gerencia: Se procederá al cambio. Pero deberán aguardar el oportuno desalojo de una de las habitaciones.
La carmelita parece complacida. La hermana Elvira retira la bandeja. Y sonríe para sus adentros. La religiosa ha devorado la comida.
Sor Lucía duerme.
El resto de la tarde transcurre sin incidencias.
18 horas.
Ema entrega unas flores a la madre María del Carmen. Las monjas, sorprendidas, agradecen el detalle del personal de la Casa de Saúde. Lucía, feliz y parlanchina, manifiesta su deseo de hacer trampas y arrancarse el vendaje. La priora la reprende cariñosamente. Y nuestro agente acaricia la mano derecha de la anciana, animándola a conservar la calma. Pero, el gesto de la enfermera obedece a algo más. Simulando una rutinaria revisión del tubo de plástico por el que afluye el suero comprueba si el diminuto transmisor, camuflado en el interior de la roja canícula que conecta con la vena, continúa en su lugar.
Ningún problema.
20 horas.
Nuestros hombres, en máxima alerta. Se sirve la cena. Sopa de legumbres y tortilla.
20 horas y 30 minutos.
La hermana María Elvira y Ema entran de nuevo en la habitación. Los ojos de la agente se clavan en la bandeja. Ni rastro de los alimentos. Respira aliviada.
Paulo Bacelar, que ha sustituido a Lobo junto a la doliente turista, recibe la noticia con satisfacción. Y consulta su reloj. El hipnótico -no barbitúrico- disuelto en la cena deberá hacer efecto en unos cuarenta y cinco minutos. La organización estimó que dos miligramos de Noctamid -convenientemente pulverizados- eran suficientes para propiciar un dilatado y profundo sueño en la acompañante de sor Lucía. En caso de sospechas, la analítica resultaría negativa. Tuvimos suerte. La

circunstancia de que la desconfiada carmelita llevara más de veinticuatro horas sin dormir contribuyó a aparentar que su descanso era del todo lógico. Ella misma, a pesar del dolor de cabeza que experimentó a la mañana siguiente, encontró normal que se hubiera quedado dormida en la silla que acostumbraba utilizar en dichas vigilias.
21 horas.
Las franciscanas Elvira de Jesús e Isabel de Silva reciben otros dos comprimidos de Noctamid cada una.
El plan -eso creemos- funciona matemáticamente.
21 horas y 30 minutos.
Ema, descompuesta, descubre que la monja ha tenido tiempo de apuntalar de nuevo la puerta.
Se actúa con rapidez y cautela. Bacelar comunica los hechos a Joáo Lucas. Hay que arriesgarse.
22 horas.
Ema Cunha según lo acordado, se desliza sigilosa hasta una de las entradas de servicio, en la zona trasera de la clínica, en la rua de Aveiro.
22 horas y 5 minutos.
De la oscuridad surgen los tradicionales hábitos de una carmelita descalza. La enfermera franquea el paso a la religiosa.
22 horas y 10 minutos.
Las mujeres se refugian en la 407.
Aida -la falsa monja de clausura- muestra a sus compañeros dos cajas de supuestos antibióticos. Una contiene ampollas de 0,5 y 1 gramo. La otra, media docena de cápsulas de 2,5 y 5 gramos.
22 horas y 30 minutos.
Momento acordado por Lucas y Bacelar. Ema se encamina nuevamente a la última planta.
Al enfrentarse a la 810, lanza una mirada a derecha e izquierda. El corredor duerme. Pega el oído a la hoja y espera.
Instantes después percibe unos suaves ruidos. Los hombres del exterior han cumplido. Uno de ellos, trepando por el solitario patio interior, ha logrado ascender hasta el terrado existente a tres metros escasos del estrecho ventanal de la habitación. Desde allí, el asalto a la 810 es fácil.

La silla es retirada y la negra silueta del agente desaparece en la noche.
Ema cierra la ventana e inspecciona la tranquila cámara. Sor Lucía duerme. Y también la priora.
Se aproxima al jarrón situado junto al teléfono e, inclinándose hacia las flores -obsequio del personal-, susurra la consigna convenida:
Portugal liberado.
En la 407, las palabras de la enfermera son recibidas con emoción. El tercer micrófono, oculto entre los cerrados pétalos de una de las rosas de invernadero, transmite cinco por cinco.
23 horas y 45 minutos.
Bacelar se enfunda la sotana. Y sale de la habitación en compañía de Aida, la carmelita.
Ema, por su parte, tras verificar que el hipnótico ha hecho efecto en las franciscanas, desciende al hall. Y aparentemente aburrida, se reúne con el celador y la telefonista del turno de noche, en el acogedor y acristalado servicio de información. La guardia -comentan- se presenta tranquila.
Y hábil e informada de los gustos y costumbres de sus compañeros, se apresura a desenroscar el termo de café que le acompaña y a mostrar un tentador mazo de naipes. El juego -en el que la enfermera deberá perder varios miles de escudos- se prolongará hasta las 12.20.
24 horas.
Los religiosos penetran en la 810. Aida comprueba la reposada respiración de la vidente. Y sin titubeos descuelga el frasco del suero, reemplazándolo por otro glucosado similar, pero de 100 ml. Vacía en él una de las ampollas y lo conecta al tubo, pinchándolo.
De acuerdo con los estudios realizados, teniendo en cuenta el peso de sor Lucía, con 80 ml es suficiente.
Y el Thiopentone Sodium (BANM) (Add-A-Med-kit) -principio activo del pentotal sódico, más conocido como suero de la verdad- se disuelve con rapidez.
Aida y el sacerdote sincronizan los cronómetros de sus relojes. Y la primera ajusta el ritmo del gotero: una gota por segundo. Los agentes disponen de 1920 segundos. El sodio de Thiopentone deberá hacer efecto en un máximo de nueve a diez minutos. El

resto del tiempo disponible -alrededor de veintidós minutos-será consumido en el interrogatorio.
La organización desestimó las vías intravenosa e intrarterial, evidentemente más rápidas. Los riesgos de tromboflebitis en el primer procedimiento y los agudos dolores y el peligro de gangrena en el segundo nos inclinaron por la disolución en suero. Una administración intravenosa habría alcanzado una concentración efectiva en cerebro en treinta segundos, con una disolución y recuperación igualmente veloces. Pero, como digo, se trataba de actuar con un máximo de eficacia y un mínimo de riesgo para la anciana.
Lunes, 16 de marzo.
00 horas y 9 minutos.
Aparecen los primeros síntomas. Ligera inconsciencia. Algunos estornudos.
Sor Lucía responde a las suaves preguntas de la enfermera con inestabilidad. Sensación de borrachera.
Por fortuna, ninguna de las contraindicaciones del sodio de Thiopentone -obstrucción respiratoria, asma aguda, fuerte shock, distrofia miotónica, porfiria, deshidratación, anemia grave, hipercaliemia, trastornos hepáticos y cardiovasculares, insuficiencia adrenocortical o fuerte presión intracraneal-habían sido detectadas en el organismo de la octogenaria.
Aun así, Aida permaneció atenta al control de su potencia cardiaca y de la presión sanguínea. En los veintidós minutos siguientes se mantuvieron en los límites.
00 horas y 11 minutos.
Bacelar pone en marcha uno de los magnetófonos. Empieza a grabar. La droga sigue trabajando. El nivel de hipnosis es aceptable. El agente toma la mano de Lucía y, sin estridencias ni prisas, entabla un primer diálogo.
Hermana, ¿quién eres?
Con la mente y la voz doblegadas por el barbitúrico, Lucía se identifica con su nombre de carmelita: María del Corazón Inmaculado.
Las siguientes preguntas obtienen respuestas igualmente coherentes.
Soy una servidora del Carmelo.
Mis padres no viven.

El veintidós de marzo cumpliré ochenta años.
Recuerdo a la Señora.
Francisco murió el cuatro de abril de mil novecientos diecinueve.
Profesé como carmelita descalza el treinta y uno de mayo de mil novecientos cuarenta y nueve.
Bacelar, satisfecho ante la excelente memoria, dirige el interrogatorio hacia el primer secreto.
La anciana responde lentamente, pero con precisión.
Segundo secreto.
El texto fluye cansino. El amodorramiento se intensifica.
00 horas y 24 minutos.
El suero ha descendido a poco menos de un tercio. Aida y Paulo intercambian una mirada de preocupación. Apenas restan siete minutos.
Bacelar se arriesga:
Háblanos ahora del tercer mensaje de la Señora.
Le cuesta arrancar. Su respiración se agita. Balbucea palabras inconexas.
¿Quién lo pregunta? -replica en un intento de resistencia.
Bacelar comprende. Tal y como habían imaginado, el subconsciente de la monja corre peligro de bloquearse. Y activa el segundo magnetófono. Y la familiar voz del Papa -minuciosamente manipulada por la organización- responde a la inquieta carmelita, animándola a contestar con franqueza.
Santo Padre...
Y el secreto es recitado en voz baja.
00 horas y 31 minutos.
Los restos de la dextrosa y del Thiopentone descienden ya por los últimos tramos del tubo. La presión sanguínea se altera momentáneamente.
Aida retira el frasco vacío y restituye la anterior carga de suero de 500 ml.
La borrachera alcanza el clímax.
Bacelar tranquiliza a la enferma. Le aconseja que duerma.
00 horas y 45 minutos.
Lucía recupera el tono cardiaco. Entra en un benéfico sueño-Los efectos del suero de la verdad se prolongarán, al menos, durante diez horas, Nuestros hombres continúan atentos.

Cuando el sacerdote y la carmelita salen de la 810, la priora ronca.
Ema, que ha permanecido en el pasillo, vigilante, les acompaña hasta la 407.
01 horas.
Sin problemas, Aida abandona la Casa de Salud.
02 horas. La grabación -con el mensaje de Fátima- parte por carretera, rumbo al aeropuerto de Lisboa.
El coronel Hoffmann lo recibirá en París ese mismo lunes.
06 horas.
Ema procede al cambio de suero. Y retira la flor que contiene el tercer micrófono. Las carmelitas descansan sin novedad.
08 horas.
La agente efectúa la obligada cura. Parte del vendaje de Lucía es retirado. Y con él, el segundo micrófono.
La priora despierta. Se muestra relajada y algo confusa. No entiende cómo han podido desatrancar la puerta. Y feliz, agradece el cambio de habitación, anunciado para ese mediodía.
10 horas.
La vidente vuelve en sí. No recuerda nada. No se registran vómitos, aunque sí dolor de cabeza y somnolencia. La droga empieza a metabolizar en el hígado.
Poco a poco recupera su proverbial buen humor.
Después de cuatro días de estancia en la Casa de Saúde, igualmente amparadas en la oscuridad de la noche, las hermanas retornan al Carmelo. La visión ha mejorado.
El 19 de julio de ese año, definitivamente recuperada, la hermana Lucía abandona de nuevo el convento de la rua de Santa Teresa -esta vez a la luz del día-, con el fin de ejercer su derecho al voto. Hay elecciones en Portugal. En el Liceo de Coimbra, donde depositó la papeleta, conversó brevemente con los periodistas, siendo fotografiada en compañía de su médico personal. Ni ella ni el doctor Batara han sido conscientes jamás de esta poco creíble historia...
Cuando el segundo círculo escuchó el célebre tercer secreto de Fátima, sinceramente, quedó decepcionado. Y comprendimos las razones que asisten al Vaticano para silenciarlo. Más aún: entonces y ahora dudamos de su fiabilidad.

Al analizar en profundidad el escueto contenido, su construcción, y compararlo con los dos primeros mensajes, los expertos se vieron asaltados por una mortificante duda: ¿aquel texto era el mismo que fue anunciado en julio de 1917? Una extraña circunstancia, acaecida en
1943 en la ciudad española de Tuy, parecía corroborar nuestras sospechas. En julio y agosto de dicho año, sor Lucía cayó enferma como consecuencia de unas inyecciones infectadas. Y fue trasladada a Pontevedra, siendo atendida por el doctor Marescot. De vuelta a Tuy, temerosos de que la vidente pudiera fallecer sin revelar su tercer secreto, las autoridades eclesiásticas le ordenan que lo escriba. Y sucede algo desconcertante. La monja es incapaz de recordarlo. Y necesita siete meses y una aparición extra de la Virgen para que el mensaje vuelva a su memoria.
Naturalmente -aunque jamás lo reconocerán oficialmente-, la mayor parte de los especialistas vaticanos en esta clase de fenómenos desconfía de la autenticidad de una profecía que ha exigido una segunda manifestación sobrenatural (?) y a veintiséis años de distancia de la primera. ¿Quién puede estar seguro de la bondad del nuevo contenido?
Pero eso poco importa. El tercer secreto era nuestro y estábamos dispuestos a utilizarlo en su momento.
Y la operación Gloria olivae siguió su curso...
Por más que lo intentó, el confuso inspector Constante Rossi no logró adivinar el porqué de la enrevesada operación portuguesa.
¿Qué misteriosa relación podía guardar la obtención del mensaje de Fátima con el objetivo final de la organización: el derrocamiento del Papa? o, mejor dicho, con el criminal propósito de hacerle enloquecer...
Y aturdido, prosiguió la lectura del libro rojo.

ROMA

A lo largo de esa primavera de 1987 -siempre bajo la supervisión del coronel Hoffmann- nuestros especialistas trabajaron, digámoslo así, en dos frentes. Uno, sobre todo, de capital importancia.

De los resultados dependía la definitiva coronación del proyecto.
Y simultáneamente, estos dos equipos -instalados en la Ciudad Eterna- procuraron las siguientes informaciones:
En primer lugar, un exhaustivo inventario de los tesoros del Vaticano, incluidas las medidas de seguridad -de todo tipo- que los protegen. Aunque el segundo círculo había establecido sus preferencias en este sentido, Hoffmann, con buen criterio, quiso asegurarse.
Las pesquisas -como imaginábamos- revelaron una situación lamentable. La mayoría de esas piezas, de incalculable valor histórico-artístico, se hallaba deficientemente custodiada, con sistemas desfasados y de fácil acceso.
Varias semanas después de iniciada la investigación, el informe de los agentes nos inclinó a actuar sobre el llamado Tesoro de san Pedro, en las proximidades de la sacristía de la basílica. Aunque muchas de las obras maestras exhibidas en las salas de los Museos Vaticanos resultaban infinitamente más tentadoras, la organización eligió las vitrinas de dicho tesoro. La ubicación, a un centenar de metros de la capilla de La Piedad, su escasa vigilancia y las vulnerables alarmas lo convertían en un instrumento interesante para el proyecto. Cualquier intento de robo en sus instalaciones hubiera resultado, además, enteramente justificable. A pesar de la merma sufrida por este magnífico cúmulo de riquezas bajo el pontificado de Pío VI, para satisfacer las pretensiones de Napoleón, el volumen de oro ha sido estimado en unos tres mil kilos. A esto había que sumar otros tantos de plata y un sinfín de grabados, esmaltes, piedras preciosas de toda índole, cincelados, marfiles, anillos, códices, casullas, tiaras de rica pedrería y en la última de las urnas, la corona de doce estrellas -de oro y brillantes- donada por el mundo católico a Pío X. Cada estrella, cuyos brazos alcanzan los diez centímetros de longitud, aparece cuajada de brillantes. En total, los seis brazos de cada una de las estrellas suman 252 diamantes de alta pureza, que unidos a los 22 centrales elevaban el valor total a más de dos millones de dólares por pieza. El asalto, por tanto, se hallaba justificado.
Un segundo grupo de especialistas del tercer círculo llevó a cabo la delicada y trascendental misión de informar sobre la vida, costumbres y personalidad de los cardenales que gozaban de la

máxima confianza del Pontífice. El trabajo -a decir verdad- resultó relativamente sencillo. De los doce nombres seleccionados en un primer momento, al cabo de un mes, nuestros hombres -perplejos- descubrieron que los auténticamente leales al Papa podían contarse con los dedos de una mano.
Dos meses más tarde, el segundo círculo -por unanimidad- designaba al eslovaco Jozef Lomko como el gran objetivo. El pasado, la trayectoria eclesiástica, el considerable prestigio, los rasgos físico-psíquicos, el idioma natal y la inquebrantable fidelidad de este cardenal por el también eslavo Santo Padre no dejaban lugar a dudas. Aquél era nuestro hombre. Y a partir de ese verano, la organización activó un minucioso plan, bautizado por Hoffmann como Roca abierta (traducción de la palabra eslovaca Lomko). Una fase, insisto, de vital importancia en el conjunto de la operación Gloria Olivae. Por supuesto, como ya anuncié con anterioridad, en la selección de este prelado, nacido el 11 de marzo de 1924 en Udavské (Checoslovaquia), intervino otra poderosa razón que no puedo revelar y que afecta a la segunda y secreta parte del proyecto.
Dadas las especiales características del personaje, y del papel que debía jugar en el conjunto, el coronel asignó un total de diez agentes a la mencionada operación Roca abierta. Dos fueron infiltrados en la sede de la antigua Propaganda Fide (hoy Congregación para la Evangelización de los Pueblos), de la que Lomko es prefecto.
Un tercer especialista entró al servicio de la casa donde reside habitualmente el cardenal, en un apartado Y florido rincón de la Universidad Urbaniana, también en Roma.
El resto desempeñó su misión, a caballo entre Checoslovaquia e Italia.
Y durante algún tiempo, el principal trabajo de estos hombres y mujeres del tercer círculo consistió en enriquecer el ya abultado dossier sobre la figura, actividades, pensamientos y anhelos del también llamado papa rojo.
Y al final del otoño, nuestra agente en la residencia del cardenal Lomko puso en marcha el mecanismo para conducir al prelado a la primera de las trampas establecida en el plan.

En uno de los desayunos, mezclado con la miel, le fue administrado medio gramo de talio, un elemento metálico blando, de color blanco azulado, cuyas sales resultan altamente tóxicas. (La dosis letal se halla establecida en 1 g.)
A las cuarenta y ocho horas surgieron las primeras manifestaciones del envenenamiento: ataxia o descoordinación en las palabras, dolores y parestesias en las extremidades, pérdida del cabello, fiebre, conjuntivitis, náuseas, dolor abdominal, vómitos, sensación de letargo y caída de los párpados.
Y el cardenal se vio obligado a reclamar a su médico de cabecera. Pero, ante la complejidad de los síntomas, no tuvo más remedio que seguir las recomendaciones del doctor, sometiéndose a una exploración más profunda. Tal y como estaba previsto, el rodenticida, en estado puro, continuó mermando sus fuerzas, al menos durante diez días.
En principio -para nuestra tranquilidad-, el malestar de Lomko fue atribuido a una intoxicación alimentaría. Posiblemente, a una carne o huevos en mal estado.
Y fueron fijados el día y la clínica en los que se le debía practicar el chequeo.
Como es obvio, la información en cuestión -esencial para las fases posteriores- cayó en nuestro poder a las pocas horas. Y el confiado cardenal acudió a la cita, sin imaginar que los internistas que se disponían a ayudarle -solícitos y perfectamente cualificados- buscaban algo más que un diagnóstico...
Y durante cuatro largas horas, el hermético y paciente prelado soportó con estoicismo y buen humor las exhaustivas mediciones de sus constantes vitales, una completa batería de análisis, los registros cardiovasculares, encefalogramas, radiografías de toda índole -incluyendo las de color sobre las partes blandas, las de la cabeza: posteroanteriores, laterales y occipitomentonianas, entre otras, y dentales-, así como las correspondientes cubetas, necesarias para obtener los negativos de su dentadura.
No fue descuidado un solo detalle, excepción hecha de las huellas dactilares y de la imprescindible mascarilla en escayola de su rostro. Ambos capítulos -ante la lógica imposibilidad de

consumarlos durante el chequeo- fueron pospuestos para un futuro inmediato. La minuciosa revisión -de la que el cardenal salió entusiasmado- quedó redondeada con un largo test en el que participaron los tres facultativos responsables del caso.
A los pocos días, el informe confidencial de la clínica era revisado por el médico de Lomko. Astutamente, el veredicto vino a coincidir con las sospechas iniciales: intoxicación menos grave, de origen alimentario. El problema quedó definitivamente cancelado con la administración de una prudencial dosis de azul de Prusia (hexacianoferrato férrico potásico, II).
Y este nuevo arsenal informativo fue almacenado en las computadoras de la organización. Y una parte del mismo -una vez procesado- ingresó secretamente en el Hospital Universitario de Berna, a disposición de otro prestigioso miembro de Los Tres Círculos: el cirujano israelí Jor Savel, una de las máximas figuras mundiales en reparaciones cráneomaxilofaciales.
Estas fases preparatorias en Roma culminaron con la recogida de nombres y apellidos en el cementerio teutónico existente en la Ciudad del Vaticano y la posterior falsificación de los pasaportes y de la documentación requerida para las siguientes operaciones. En total fueron usurpadas veinte identidades, correspondientes a ciudadanos alemanes e italianos fallecidos en el siglo XIX y principios del XX. Algunos de estos nombres -dada su antigüedad y escasa utilización en los tiempos actuales- tuvieron que ser modificados. Pero tanto los apellidos como los lugares de nacimiento -en previsión de posibles indagaciones policiales- se respetaron escrupulosamente.
Y durante algunas horas, el interés del coronel Hoffmann se trasladó al sur del Reino Unido.

BRIGHTON

El Destino, como las tempestades, anuncia siempre su llegada. Pero sólo los muy observadores aciertan a captar las señales que preceden al cambio...
Y esa mañana, al descolgar el teléfono en la habitación de mi hotel, el Princes, el instinto me salió al encuentro, advirtiéndome. Sin embargo -torpe de mí-, a los pocos minutos

había bajado la guardia. La llamada y la inminente cita, concertada para las once, encajaban en lo que podríamos definir como contactos habituales. Yo pertenecía al segundo círculo y había tomado parte activa en la operación Gloria Olivae desde su gestación. ¿Por qué preocuparse entonces ante el inesperado arribo a la ciudad inglesa de Brighton del coronel Hoffmann?
Aun así, la gruesa voz de Frank, recién aterrizado en Heathrow, me hundió en la duda. ¿Qué podía haber fallado?
Nada más cruzar Kings Road, la blanca gabardina del coronel apareció ondulante, destacando sobre un plomizo y embravecido mar invernal. El molesto viento de la costa amenazaba con levantarse con su acostumbrada fuerza.
Y al verme se apresuró a separarse de la negra barandilla, caminando con lentitud y tanteando las losas de la explanada con su inseparable bastón forrado en cuero.
No voy a ocultarlo. Mi admiración por aquel solitario, cuya audacia era comparable a su imaginación, se remontaba a los años de la segunda guerra mundial. Su acusada cojera, consecuencia de las actividades en la resistencia francesa, no le había restado un gramo de coraje. Desde hacía veinte años se ocupaba de las misiones más arriesgadas y comprometidas.
Y tomándome por el brazo, según su costumbre, me invitó a pasear hacia el Palace Pier.
Sus primeras palabras -congratulándose ante los prometedores resultados de la operación- consiguieron el efecto contrario. Y el tambor del instinto redobló amenazante.
Algo borboteaba en sus ojos claros. Le conocía bien. Algo frágil, que debía manejar con prudencia. Y me dejé conducir.
E irónico, al alcanzar el Palace of Fun, el Destino -como si de una broma se tratase- vino a manifestarse sin rodeos. Frank, su instrumento, abandonando las barricadas interiores, expresó y transmitió la preocupación del primer círculo, y la suya propia, ante el delicado capítulo que nos disponíamos a emprender: la suplantación del cardenal Lomko.
Supuse que el problema radicaba en la localización del hombre idóneo. Y por un instante traté de recomponer los planes inmediatos. Según mis informaciones, el adiestramiento de este doble -cuya identidad no había trascendido- estaba a punto de

comenzar. Algún tiempo después -en una fecha que sólo Hoffmann conocía-, este importantísimo personaje tendría que someterse a una compleja intervención quirúrgica, entrando así en la postrera fase del proyecto.
E imaginé que, a pesar de los medios y del poder de la organización, la búsqueda del falso Lomko estaba acarreando más de un quebradero de cabeza. Y no sólo por los requisitos físicos y psíquicos que debían adornar al nuevo papa rojo. Esa parte -aun siendo vital- no constituía un escollo insalvable. Para muchos de los miembros del segundo círculo, participantes en esta misión, la sangrante y principal duda era de naturaleza diferente. El hombre que se hiciera cargo finalmente del papel de cardenal eslovaco hipotecaría vida y familia por un dilatado periodo de tiempo. Quién sabe si para siempre...
La cuestión, por tanto, era tan simple como enojosa: ¿sería capaz de soportar la pesada carga?
Pero, procurando pisar sobre seguro, dejé que Frank tomara la iniciativa.
-Como sabes -merodeó el coronel-, conviene actuar con tacto. Ese hombre tiene que decidir libre y voluntariamente.
Asentí.
-Y después de no pocas discusiones, análisis y comprobaciones, los cerebros se han inclinado por alguien... Como diría...
Adiviné el término.
-¿Excepcional?
Hoffmann sonrió. Pero su cara de niño se ensombreció al punto, arrojando la sonrisa al mar.
-Afirmativo.
-Entonces -repliqué desconcertado-, si el primer círculo ya se ha pronunciado, ¿cuál es el problema?
-Ese alguien -musitó con amargura- es un condenado a muerte.
La perplejidad fue más intensa que el redoble del instinto. Y no percibí la sutileza.
-¿Qué pretenden? ¿Es que se han vuelto locos?
El coronel, maniobrando alrededor de mi despiste, empezó a puntualizar:
-Hablo de un condenado muy particular, de un enfermo, prácticamente desahuciado.
-Entiendo...

Frank quiso verificarlo. Y su mirada, como un ariete, me partió en dos. De pronto, en décimas de segundo, mientras los pensamientos del coronel retrocedían fracasados, me hice con la verdad. Y comprendí la razón de su visita. Y alzándome a duras penas sobre las ruinas de mi propio corazón sólo acerté a balbucear:
-Y él..., ¿lo sabe?
Hoffmann dio media vuelta, buscando el refugio del mar. La situación me sorprendió. Era la primera vez que le veía humillado por la tristeza. E, incomprensiblemente -intercambiando los papeles- fui yo quien se esforzó en animarle.
-Está bien, ahora lo sabe...
Y dejando caer el peso de su cuerpo sobre la empuñadura de asta de reno agradeció mi supuesta entereza.
-Y dime, ¿desde cuándo lo sabéis?
La pregunta, conociendo como conocía la forma de trabajar de Los Tres Círculos, no tenía sentido. Pero Hoffmann que parecía esperarla, se mostró condescendiente. Extrajo la billetera y me tendió un papel, meticulosamente plegado. Al abrirlo y leer la firma estampada al pie -de mi buen amigo el doctor Ian Weller, del Hospital Middlesex-, tuve cumplida respuesta a la estúpida interrogante.
Frank se encargó del resto.
-Tuvimos conocimiento de tu irreversible enfermedad en enero de mil novecientos ochenta y seis. Y sabemos también que el antígeno VIH seropositivo te fue transmitido por tu ex esposa en el otoño de mil novecientos ochenta y cinco.
El coronel peleó con la negra luz que trenzaba su voluntad. E intentó enviarme un rayo de esperanza. Inútil, lo sé, pero esperanza a fin de cuentas.
-Es posible que lo sepas. Desde que el virus de la inmunodeficiencia humana fue detectado en mil novecientos ochenta y uno, nuestros hombres en la Organización Mundial de la Salud y en los centros de Vigilancia de Enfermedades Transmisibles y de Control de Enfermedades, en Gran Bretaña y Atlanta, respectivamente, luchan sin descanso para conjurar el mal y ofrecer el adecuado remedio.
Y, evitando todo asomo de impertinencia, repliqué con serenidad.

-Mi querido amigo, también debes saber que estoy preparado, No me asusta la muerte. Sé lo que me aguar da al otro lado. Conozco bien el plazo concedido. Si la fortuna continúa a mi lado, es posible que apure esos seis años de prórroga. En otras palabras, las infecciones oportunistas acabarán conmigo antes de mil novecientos noventa y dos.
-Tu realismo y sangre fria son bien conocidos -terció el del bastón, recuperando su frialdad-. Pero no conviertas las estadísticas en el becerro de oro. Recuerda las palabras de Dumas padre: La esperanza es el mejor médico que conozco.
Una risa hueca me traicionó. Quizá mi pretendida seguridad interior era sólo puro andamiaje.
-Frank, tampoco olvides a Lytton. Los castillos en el aire -sentenció- cuestan mucho de mantener.
El coronel renunció a la estéril escaramuza dialéctica. como yo, aceptaba que el esfuerzo es hijo de la esperanza. Y este condenado a muerte seguía practicándolo. A veces, incluso, inconscientemente.
Y, enderezando la conversación, pasó por encima de mi maltrecha realidad.
-Está bien. Ya conoces el plan. Y también sus riesgos. Ahora quiero una respuesta...
Y, empujándome hasta el filo de mí mismo, remachó sin miedos ni diplomacia algunos:
-¿Estás dispuesto a sacrificar tu vida?
-¿Es una orden?
Negó con la cabeza. E, incómodo ante la nueva frivolidad optó por dialogar con el turbulento mar.
-Dicen que el peor y más antiguo pecado de la Humanidad es la envidia. Otros apuestan por la mentira. Escucha bien: para mí lo es la pérdida de tiempo.
Fue suficiente. Encajé el reproche. Yo era uno de ellos. Y conocía el estilo de Los Tres Círculos. jamás imponen decisiones de esta naturaleza.
Me excusé.
-Olvídalo.
Y de regreso al Princes, asfixiado por los anillos de la indecisión, sólo acerté a exclamar:
-¿De qué tiempo dispongo?

Hoffmann buscó de nuevo en el interior de la gabardina. Y, entregándome un pasaje de avión, anunció como lo más natural del mundo:
-El vuelo a París sale esta noche. Si no lo tomas lo comprenderemos...
Y, explorando en mis atónitos ojos, remachó:
-En caso contrario sabes dónde encontrarme.

HUMENNÉ

En la salud alimenta la esperanza. En la enfermedad vive de ella.
Este último consejo de Frank ha sido mi único equipaje. Y con él peregrino por la vida.
A las pocas semanas -aceptado mi Destino y tras recibir un primer e intenso adiestramiento- me unía a los agentes que operaban ya en Checoslovaquia.
La ciudad de Humenné, al oriente de la hermosa región de Eslovaquia, fue nuestro cuartel general. Desde allí, durante doce largos meses, nos entregamos al casi milagroso proceso de identificación con otro ser humano: el cardenal Jozef Lomko, hijo de la modesta aldea de Udavské, de algo más de ochocientos vecinos y asentada a 186 metros sobre el nivel del mar, a cosa de una docena de kilómetros de la referida Humenné.
Los primeros momentos de la investigación -como imaginamos- resultaron laboriosos, Aquellos recios montañeses y campesinos de la Zupa Zemplínska se mostraron distantes y recelosos. Ése es su carácter. Pero, a diferencia de sus paisanos, los checos -más retorcido,, dos meses, cuando comprendieron que no pretendíamos lastimarlos, nos abrieron las puertas de sus 103 casas y, lo que era más importante, las de sus recuerdos. Y hospitalarios, ingenuos y primitivos, los eslovacos se mostraron felices al hablar de su más ilustre compatriota. En cierto modo, mi condición de hombre nacido en Devín, muy cerca de Bratislava, suavizó y aceleró dicha integración. Y mi dominio del hutorit, el dialecto del este de Eslovaquia, terminó limando las últimas asperezas. Y todos aquellos que habían tenido -y siguen

teniendo- algún vínculo con el prestigioso cardenal fueron materialmente vaciados por nuestros especialistas. Y la personalidad, entorno familiar, amigos, hábitos y costumbres de este hombre de hierro -ordenado sacerdote al día siguiente de su veinticinco cumpleaños- quedaron desmontados pieza a pieza.
Nadie desconfió de aquel equipo de reporteros -al servicio de una multinacional con sede en la República Federal Alemana- y de la singular y esperanzadora misión, que los había desplazado a la remota y casi anónima Udavské- Muchos de nuestros informantes lo presentían. En el pueblo -desde que Lomko fuera designado cardenal el 25 de mayo de 1985- no se hablaba de otra cosa. Su familia y los numerosos y humildes vecinos que ostentan ese mismo apellido cruzaban apuestas sobre el futuro de tan preclaro hijo.
¿Por qué extrañarse entonces que un grupo de periodistas invirtiera tiempo y dinero en peinar la región, con el propósito de reconstruir la infancia y la juventud del que podía ser el futuro Papa?
En honor a la verdad, los eslovacos no soñaban. Las informaciones, diestra y astutamente manejadas por nuestros agentes y por mí mismo, tenían una base sólida. A los tres años de su ascenso al cardenalato, el incondicional amigo del Pontífice polaco había hecho méritos suficientes para figurar en los primeros puestos de la inevitable lista de papabiles.
Y hoy -a la vista del curso de los acontecimientos-, esas posibilidades se han incrementado..., desgraciadamente para mí.
Las pesquisas en Checoslovaquia se extendieron también a Michalovce, donde cursó los estudios de grado medio, y a la Facultad de Teología de Bratislava, en la que permaneció dos años.
En 1989, rematado el trabajo en Eslovaquia, la organización nos desplazó a Roma. Allí, a lo largo de nueve meses, esta vez bajo la falsa identidad de un sacerdote al servicio del Instituto de San Cirilo y Melodio -un centro espiritual para hijos de emigrantes eslovacos-, tuve la oportunidad de redondear y enriquecer los conocimientos en torno a las actividades del incansable Lomko. Ese tiempo de preparación fue interrumpido

por sendas estancias en las vecinas diócesis de Porto y Santa Rufina, en las que nuestro hombre desempeñó el cargo de obispo (once años), administrando la Confirmación y desplegando una febril actividad pastoral.
Y conforme a lo planeado, los tres últimos meses de ese año de 1989, el supuesto sacerdote fue temporalmente contratado por la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y asignado -como bibliotecario- al importante archivo de la vieja Propaganda Fide.
Y mi delicada salud agradeció aquel respiro. El reposado trabajo -a la sombra de los doce mil documentos que constituyen la apasionante historia de las misiones en el mundo- me permitiría alcanzar un doble y no menos interesante objetivo: un conocimiento directo de los funcionarios, de sus métodos y de la estructura física de la mencionada sede.
A esto había que sumar otro nada fácil propósito: establecer unos mínimos lazos de amistad con el prefecto de la congregación. Y ese momento llegó cuando, en una de las rutinarias y frías giras de inspección por el edificio, el cardenal Lomko irrumpió una mañana de noviembre en una de las salas del Instituto de Restauración, íntimamente ligado al archivo. Allí, mientras colaboraba con las hermanas Lidia y María Cándida -Franciscanas Misioneras de María- en la limpieza y reparación del primer mapa conocido de Australia, obra del dominico Victor Riccius y confeccionado en Filipinas en 1676, el papa rojo reparó en mi acento. Al averiguar que era eslovaco se sintió complacido.
A partir de ese día tuve el privilegio de compartir su mesa en diferentes oportunidades, deslumbrándole con mis conocimientos sobre la fascinante acción misional de la Iglesia desde 1622, fecha de expedición del documento más antiguo, actualmente depositado en el archivo de la congregación. Pero -distante y refractario- nuestra amistad se mantuvo siempre en una discreta tierra de nadie.
Y a principios de 1990 -animada y subvencionada por aquel equipo de reporteros alemanes que habían conocido en 1988-, una no menos supuesta delegación de vecinos de Udavské transmitía a Jozef Lomko el deseo de la comunidad de alzar un pequeño busto del querido cardenal en los jardines de la iglesia

de la Trinidad, en la mencionada población. A pesar de la inicial y protocolaria resistencia, la indudable buena voluntad y también la comprensible y muy humana vanidad del eslovaco se impusieron. El resto -igualmente orquestado por Hoffmann- fue sencillo.

Lomko -dócil y divertido- se sometió a la inofensiva operación de estampar su cara en un molde de escayola. Y otro tanto ocurrió con las manos.

Ni la mascarilla ni los otros negativos llegaron jamás a Eslovaquia. Su destino fue Suiza.

Y en la primavera fui reclamado desde París.

En presencia del coronel y del segundo círculo recibí la orden de partir hacia Berna. Había llegado el momento.

Frank, al despedirse, me estrechó emocionado. Aquélla -ambos lo sabíamos- era la última vez que contemplaba mí verdadero rostro. A partir del ingreso en el Hospital Universitario, aquel condenado a muerte tendría que olvidar su auténtica personalidad para convertirse en un alto purpurado de la Iglesia católica.

No lo ocultaré. Fue un proceso increíblemente amargo. Casi sobrehumano. Pero Gloria Olivae dependía de mi capacidad de asimilación de la compleja identidad de Lomko.

Y fiel a las instrucciones de los psiquiatras de Los Tres Círculos, esa mañana del 17 de mayo, al embarcar en la compañía Swissair, quien realmente voló a la capital de la Confederación Helvética no fui yo. Su eminencia Jozef Lomko entró en acción...

Pero ¿quién era este hombre?

Después de casi tres años de espionaje, sus más destacados rasgos -aquellos que, lógicamente, estoy autorizado a revelar- pueden sintetizarse en el siguiente cuadro: Ninguna dolencia preocupante. Constitución robusta. 1,80 metros.

Vehemente, aunque muy pocos han sido testigos de sus estallidos de cólera.

Ojos grises. Escrutadores.

Sabe transmitir paz o firmeza, de acuerdo con las circunstancias.

Jamás elude la mirada. Excepcional dominio de sí mismo.

Facciones proporcionadas. Algo alargadas. Frente alta.

Analítico. Cociente de inteligencia: 180. Gran capacidad de estrangulamiento de lo emocional.
Pies de barro en asuntos que la Iglesia estima como no pecaminosos.
Cabellos grises, escasos y estudiadamente peinados. Barba generosa y cerrada. Aspecto pulcro. Impecable. Propio de un príncipe.
Domina la teoría y la práctica. Conoce el mundo. Siente gran satisfacción de sí mismo. Diplomático nato. Habla lo imprescindible. Escucha mucho. No opina nunca antes que los demás. Nadie está en condiciones de adivinar sus pensamientos. Matiza lo que recibe y lo que da. Asequible mientras no se intente abordar su intimidad. Sentimientos enfermizamente controlados. Intuitivo. Zorro. Tolerante.
Cejas espesas y arqueadas. Nariz avanzada.
Madera de líder. Frío y distante con los subordinados. La mayoría le teme por desconocimiento. Voluntad de acero, muy propia de los eslavos. Difícilmente se le ve dudar. Esa seguridad tiene su origen en un permanente y laborioso proceso de análisis. Su cerebro es una computadora.
Labios finos. Le cuesta sonreír.
Escasos amigos. No se permite un solo desliz. Quiere a pocas personas. Perfecta compenetración con el Papa. Las persecuciones y sufrimientos experimentados por sus respectivos pueblos han fortalecido los lazos entre ambos.
Ducha fría y una hora de meditación cada mañana. La celebración de la misa, vital para calentar motores.
Templado en las comidas. No bebe ni fuma. Recto control de los instintos. Sus confesores son siempre curas de pueblo.
Manos cortas. Recias y castigadas por el trabajo.
Su innata y poderosa sexualidad es canalizada y sublimada a través del esfuerzo diario. Ignora la palabra aburrimiento. Objetivos claros y bien polarizados. Consigue cuanto se propone. Trabajo: por encima de las catorce horas diarias. Dilatado aprendizaje en el laberíntico organigrama eclesiástico.
Amante de la lectura, de la música y de las montañas. Por este orden.

Piensa en eslavo, su lengua natal. Habla inglés, francés, alemán, italiano, checo y tiene conocimientos de polaco, español y portugués.
De caminar seguro.
Le repugnan las situaciones confusas. A pesar de su peregrinaje por la Jungla vaticana, ama la Verdad. Al contrario de otros altos dignatarios de la Iglesia, no ha perdido la fe en Dios. Cada mañana se pone en sus manos. Confía ciegamente en la Providencia, aunque -como suele repetir con su proverbial zorrería- procura ayudarla con el trabajo, cuando intuye que Dios ha hecho las maletas.
Voz cálida. Armónica con el halo de misterio que le envuelve. Un aire enigmático que -vanidoso- se encarga de alimentar con distancias y silencios. Una suerte de carisma que emana de un profundo y bien guardado misticismo. Una fuerza, en definitiva, que le hace peligrosamente audaz cuando están en juego sus más íntimas convicciones. Sólo así -movido por esa fe- se explica que a sus sesenta y seis años, sin la palanca del arribismo, brille con luz propia en la cúpula de la Iglesia. Su curriculum, en este sentido, es esclarecedor: Tras cursar estudios de Teología en Bratislava, pasa a Roma, obteniendo los doctorados en Teología, Derecho Canónico y Ciencias Sociales. Apenas contaba veintisiete años.
En 1956 enseña en la Universidad Internacional ProDeo. Después impartiría cursos de Derecho Canónico en la Gregoriana. Fue vicerrector del Pontificio Colegio Nepomuceno. Ordenado obispo a los cincuenta y cinco años. Desde 1974 ostentaría el cargo de subsecretario de la Congregación de Obispos. En 1979 es nombrado secretario general de dicho sínodo y arzobispo titular de Doclea. En 1980 organiza el Sínodo Especial de Obispos de Holanda, preparando el extraordinario del otoño de 1985. En mayo de ese año es designado prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Ya es papa rojo. A partir de entonces, su actividad se multiplica. Recorre el planeta, potenciando las misiones. Su información sobre la Iglesia es envidiable. Y esa información le hace poderoso.
Publica libros en inglés, alemán, italiano y eslovaco sobre temas que van desde la Teología a la Ley, pasando por la Historia.

Ha presidido la delegación de la Santa Sede en la reunión de ministros europeos para asuntos de familia, tomando parte igualmente en el Consejo Superior de las Sociedades Pontificias de las Misiones, de Vida Religiosa, de justicia y Paz y del Laicado.
En la actualidad es miembro de once congregaciones, consejos y comisiones pontificios. Su lema cardenalicio -UT ECCLESIA AEDIFICETUR (Para edificar la Iglesia: encierra todo un programa y toda una advertencia..., en el supuesto de que sucediera al actual Pontífice en la Silla de Pedro.
Por cierto, he estado a punto de olvidarlo. Y a pesar de las reticencias de la organización, entiendo que goza de un cierto interés. Al menos como curiosidad y fuente de inspiración.
Llegó a las manos de Hoffmann durante los estudios preliminares. Procedía de Dublín. Al solicitar datos sobre los cardenales que en aquellos momentos disfrutaban de un mínimo de posibilidades para convertirse en papas, uno de los especialistas del tercer círculo -muy introducido en los ambientes esotéricos de Irlanda- confeccionó un insólito informe, fundamentado en cálculos numéricos Y en la Profecía de san Malaquías. Esta sucesión de lemas supuestamente proféticos -que Los Tres Círculos juzga con escepticismo- fue publicada por primera vez en 1595, en la obra Lignum Vitae, del benedictino Amoldo de Wion. En la introducción, el monje hace alusión expresa al que pudiera haber sido autor de la profecía: el arzobispo de Ardinac y fraile de Bencor, san Malaquías, fallecido el 2 de noviembre de 1148. Pero, al margen de la vieja polémica existente entre los expertos acerca de la paternidad de estos 113 lemas, lo cierto es que el texto ha cautivado a los amantes de los enigmas. En la actualidad se conoce un centenar de volúmenes -algunos de gran erudición- que, desde el mismísimo siglo XVI, pretende racionalizar la curiosa lista. Una relación -escrita originalmente en latín- que anuncia y sintetiza, en tono profético, las más relevantes características de los sucesivos papados, partiendo de Celestino II en 1143.
Pues bien, dicho informe -ante la sorpresa general- señalaba al cardenal eslovaco como el posible sucesor del actual Pontífice. Y menciono la palabra sorpresa porque, como ya he referido, cuando nuestros agentes concluyeron las exhaustivas

pesquisas, el resultado fue similar al aportado por Dublín: Lomko se destacaba en la carrera hacia la Silla de Pedro.
¿Casualidad?
Lo cierto es que, de aquel maremágnum de cifras, equivalencias y asociaciones numéricas, el coronel sólo prestó atención, en un primer momento, al lema que, según la profecía, deberá corresponder al sucesor del Polaco: Gloria Olivae.
Así nació el nombre de la operación. Sin embargo -paradojas del Destino- aquel extravagante estudio terminaría provocando un sustancial cambio en los objetivos finales del primer círculo. Y, como dije, la organización planificó una segunda y secreta parte, al margen de los jesuitas.
En cuanto al informe propiamente dicho, señalaré algunas de las curiosidades más llamativas.
Partiendo de un casi infantil proceso de conversión de letras en números -según el alfabeto universal-, el meticuloso y esforzado irlandés fue descubriendo toda una cadena de coincidencias, tan extrañas como sugerentes. Por ejemplo:
La suma final de los dígitos correspondientes a las letras que integran el lema Gloria del olivo arrojaba un 3.(GLORIA = 7 + 3 + 6 + 9 + 9 + 1. DEL = 4 + 5 + 3. OLIVO = 6 + 3 + 9 + 4 + 6. Total: 35 + 12 + 28 = 8 + 3 + 10 = 21 = 2 + 1 = 3).
Y lo mismo sucedía con la fecha de nacimiento del cardenal (2-3-1924): 3. Y también con el título Romanus Pontifex (3), con san Malaquías (3), con el número de orden del mencionado lema (111) y con la unión de la inicial del nombre (J) y el apellido del prelado (3).
Por su parte, Gloria Olivae -que suma 5- aparecía estrecha y misteriosamente ligada a Eslovaquia (5), Malaquías (5) y a Profecía de san Malaquías (5).
Y nuestro hombre en Dublín -con lógico entusiasmo- nos hacía ver que el término sláva -en el idioma natal de Lomko- viene a significar, justa y curiosamente, gloria. Y añadía, sin disimular su perplejidad:
Sláva olivy -traducción de Gloria del olivo al eslovaco- proporciona también el familiar 3.
Respecto al 2 y al 6, los equilibrios esotéricos resultaban igualmente premonitorios, utilizando las expresiones del autor.

El apellido del papa rojo, equivalente a 2, era igual a Udavské (su pueblo natal) (2), a Olivy (2), a Romano Pontífice (2), a Checoslovaquia (2) y a Profecía (2), entre otros.
Asimismo, la suma de Gloria Olivae y del nombre y apellido del eslovaco daba 6. Y otro tanto ocurría con la inicial del nombre y el apellido del cardenal cuando son sumados a Sláva olivy. Y el intrigante 6 volvía a surgir en la unión de Romanus Pontifex con la fecha completa del nacimiento de Lomko. Y también s.Malaquías suma 6.
Y en el colmo de la casualidad (¿), la conversión a dígitos de Romano Pontífice, Gloría del Olivo y del nombre y apellido del purpurado hacía aparecer de nuevo el 6.
E insatisfecho con esta mareante exposición, el especialista extendía sus cábalas al actual Papa.
El lema que, según los entendidos, le corresponde en la Profecía de san Malaquías -De labore solis o De la fatiga (desfallecimiento) del sol-, una vez traducido a números, equivale a 1.
Exacta y misteriosamente igual que Polonia (1) y que la suma de su nombre y apellido...
Dicho queda.
El tiempo -juez imparcial o implacable- tiene ahora la última palabra...
Rossi deslizó los finos dedos sobre la aceitosa calva. Y, convencido, asintió con la cabeza. Parecía hablar solo. Sus hombres, inquietos, le observaron de soslayo.
El capitán de Homicidios estaba seguro. Ahora sabía cuándo y en qué circunstancias había tenido conocimiento de aquel título: Gloria olivae.
Fue en el pasado invierno. Una serie de coletazos del caso Ali Agca obligó a la policía a desenterrar el turbio asunto del atentado del 13 de mayo de 1981 en la plaza de San Pedro. El KGB -instigador del intento de asesinato del Papa-, acorralado por los hallazgos de los servicios de Inteligencia occidentales, se apresuró a intoxicar el sumario, vinculando al turco con Lefebvre y con toda una colección de delirios proféticos (incluidos Fátima y Malaquías). En las investigaciones subsiguientes se comprobó que tales pistas no eran otra cosa que una cortina de humo.

Y alarmado ante el arranque del siguiente capítulo, Constante Rossi volvió a perderse en el manuscrito.

GINEBRA

El pabellón número nueve. Lo conocía bien. El asalto, en principio, era factible. Sobre el papel, el plan del coronel parecía infalible. Pero tenían que afilar la prudencia. Entre los cuatro mil científicos y trabajadores fijos que integran habitualmente el CERN (Organización Europea para la Investigación Nuclear), el espionaje se había abierto paso como una segunda y bien remunerada actividad.

Hoffmann lo sabía. Y tranquilizó a Carla Mutter. La especialista del tercer círculo en Ginebra no preguntó. Se limitó a escuchar. Después, recogiendo el dossier se despidió de Frank. Así son los agentes de Los Tres Círculos. Sencillamente ejecutan las órdenes. Conocen las costumbres y, en consecuencia, si no son informados del porqué de una operación, se mantienen al margen, desterrando cualquier atisbo de curiosidad.

Y el 18 de mayo -cumpliendo las instrucciones-, la ingeniero y físico cuántico, Carla Mutter se presentó en el Puerto Negro, en la orilla sur del lago Léman. La primavera ginebrina -fila y ventosa- vino a favorecer aquel secreto encuentro. La ribera derecha, azotada por el viento del norte, aparecía desierta, moteada aquí y allá por el aburrido navegar de los patos colvert y la agresiva vigilancia de los blancos cisnes tuberculé.

Carla consultó el reloj. Faltaban cinco minutos.

Y gratamente sorprendida se dispuso a cruzar el Quai Gustave-Ador. Después de tantos años en aquella ciudad acababa de descubrir que los mástiles de los veleros también componen música...

Y a las trece horas -según lo convenido- se adentro en la Rosaleda. El parque dormitaba en silencio, precariamente caldeado por un sol todavía juvenil y distraído.

Y a las 13 horas y 5 minutos se detuvo frente al monumento a la Melancolía.

Inspeccionó los alrededores. Los jardines, tumbados en un verde luminoso, seguían vacíos. Hipnotizados por los diecisiete surtidores del estanque central.
E impaciente recorrió los bellos, pulidos y tostados perfiles de la mujer desnuda. Y, misteriosamente, el mármol le devolvió la mirada, serenándola.
A las 13.10, un solitario paseante se destacó entre los frondosos árboles del flanco sur.
Caminaba despacio. Con un libro abierto en las manos.
Carla Mutter trató de identificarle. De vez en cuando, en su reposado avance hacia la Melancolía, optaba por detenerse, absorto en la lectura.
Cinco minutos después, sin alzar la vista de las páginas, terminó situándose a doce metros de la estatua, frente a un macizo de flores ubicado a la derecha de la talla.
Carla se rindió. A pesar de su diario quehacer en el Laboratorio Europeo para la Física de Partículas, el individuo le resultó desconocido. Pero, confiando en la acostumbrada eficacia de Hoffmann, decidió probar fortuna. Y se reunió con él.
El enjuto anciano no la miró. Y nuestra agente, inclinándose hacia el pequeño letrero que presidía la alineación de las prometedoras rosas, procedió a leerlo. Y lo hizo en voz alta. Con exagerada lentitud.
Hybride de the Baronne Edmond de Rothschild. Meilland. 1968.
No hubo respuesta. El hombre cerró el volumen y, dando media vuelta, se retiró hacia el monumento.
Carla aguardó. Y el enigmático personaje caminó hasta un segundo seto, a siete metros a la izquierda de la Melancolía.
Comprendiendo, la ingeniero lanzó una nueva y escrupulosa ojeada al parque.
Perfecto.
Y se felicitó ante la ausencia de curiosos. Y, siguiendo los pasos del hombrecillo, se colocó a su altura. En esta ocasión fue el recién llegado quien se encorvó sobre el cartel. Y en voz baja leyó el tipo de rosa.
Hybride de the Queen Fabiola. 1961.
Y depositando el libro en el césped, al pie del rosal, se alejó hacia La Granja, en el interior del jardín.

Carla tomó el ejemplar -Quarterly Reviem, de J. Russel- y, sin prisas, regresó al embarcadero de Quai Fleuri Un minuto más tarde, un segundo agente ponía proa al Este, surcando las encrespadas y verdiazules aguas del lago de Ginebra, rumbo al castillo de Bellerive, propiedad del príncipe Saddrudin Aga Khan.
La secuencia numérica -vital para el acceso al pabellón -nueve- se hallaba en nuestro poder.
Según el reloj del jardín Inglés faltaban diez minutos para las catorce horas.
Justo en esos instantes -de acuerdo con lo establecido-, en el distrito de Laufen, un enclave de Berna entre los cantones de jura, Solothurn y Basilea, el cirujano Jor Savel me proporcionaba las últimas instrucciones. La intervención quirúrgica había sido programada para el día siguiente, sábado.
Una vez apurada la suculenta raclette -cocinada a base de queso fundido y patatas-, el judío, sincero por naturaleza, desvió la conversación hacia el asunto que le inquietaba.
Mostró algunas de las ampliaciones fotográficas del rostro y cabeza del cardenal Lomko, comentando con una punta de pesimismo.
-Fíjese en la cara. No voy a ocultarle que la operación entraña dificultad...
Conocía las facciones de memoria. Pero no adiviné el alcance de sus palabras. Y le dejé hablar:
-Las cejas son densas. Muy arqueadas. Nacen prácticamente de la nariz. Eso le otorga una notable fuerza expresiva.
Asentí. Y, señalando los ojos del prelado, añadió:
-Y ahora preste atención. Esa bleparochalasis, o caída de los párpados, constituye otro serio inconveniente.
Y movió la cabeza con cierto desaliento.
-Pero hay más. Observe la prominente mandíbula. Ese desplome del tercio medio termina de complicar las cosas...
-Le comprendo.
El médico guardó las imágenes. Y subrayó:
-¡Ojalá! Y me alegraría que entendiera también que, aun contando con su aceptable parecido físico, los problemas para consumar la intervención satisfactoriamente son preocupantes.

Guardé silencio. Esas dificultades -inevitables- ya habían sido contempladas y valoradas por la organización.
-El coronel lo sabe, por supuesto -replicó curándose en salud.
-Y bien...
Dudó.
-No me malinterprete, por favor. El trabajo puede hacerse. Y se hará. Pero, compréndalo, usted deberá asumir unos riesgos... inevitables.
Estaba al corriente. Aun así, encarnando la personalidad del prelado, fingí no entender.
-¿Por ejemplo?
-El parecido no será al ciento por ciento...
-También lo sabemos. Y, adivinando algo más en su fluctuante tono, presioné.
-¿Qué le preocupa?
-Es curioso. Algo que puede delatarle y para lo que no hay solución. Al menos desde mi especialidad. Me refiero a su voz. Son muy diferentes...
-Está previsto.
-Tenga en cuenta que, aunque no quedarán cicatrices externas, sí las habrá en el interior de la nariz y boca. Su voz quedará distorsionada, alejándose aún más de la del cardenal.
Mi sonrisa le confundió. Y me apresuré a tranquilizarle:
-Mi querido amigo, pierda cuidado. Está en lo cierto. Pero esa fase ha sido minuciosamente planificada. Limítese a reformar mi rostro. Haga de mí un Jozef Lomko. El resto es cosa nuestra.
Viernes, 18 de mayo
21 horas.
Un Mercedes azul metalizado, con placas falsas (GE-780), frenó dócilmente ante la barrera de la entrada B. Una tardía borrasca -como un cómplice inesperado- seguía lavando los rojos tejados de Meyrin, a ocho kilómetros de Ginebra, y los 604 pabellones del CERN. La lluvia, sumándose a la operación, había hecho un buen trabajo. Las calles del gigantesco complejo fueron despejadas antes de lo previsto.
Desde el acristalado control, uno de los policías de servicio desvió la mirada hacia el parabrisas. Y Carla Mutter, al volante, simuló serenidad.

Fue una rutinaria y fugaz comprobación. Algo cotidiano. Y al detectar bajo los goterones el adhesivo circular blancoazulado, con el 6 impreso en el centro, accionó el sistema automático, franqueándole el paso.
Carla guardó la carta de acceso. Una pequeña V en el extremo inferior izquierdo del documento le autorizaba a conducir vehículos propiedad del CERN. Pero, tal y como había imaginado, esta segunda credencial fue innecesaria.
Y su acompañante -Albert von Rhoden- suspiró aliviado. Estaban dentro.
Y despacio -respetuosa con el límite de velocidad exigido en la inmensa Ciudad de los científicos- enfiló la route Pauli, a la búsqueda del objetivo.
El día y la hora, obviamente, no habían sido elegidos al azar. Hoffmann -no sé si lo he dicho- practica una máxima que jamás falla: La mejor improvisación es la que se prepara.
Los fines de semana, como es natural, la actividad en el Laboratorio Europeo para la Física de las Partículas, ubicado, como digo, en la pequeña localidad de Meyrin, decrece sensiblemente. Pero nuestros hombres no podían confiarse. De los 3273 técnicos, ingenieros y profesores que integraban el staff en aquellas fechas, un buen puñado olvidaba con frecuencia el significado de la palabra descanso.
En los seiscientos metros que separan la puerta B del pabellón nueve, en la route Faraday, los ocupantes del Mercedes tuvieron ocasión de comprobar cómo muchas de las ventanas de los despachos permanecían iluminadas. Mala señal. Esos sabios excéntricos, despistados y sin noción del tiempo eran, justamente, los que más nos preocupaban. El resto del CERN no ofrecía mayores problemas. La vigilancia, casi nula, quedaba reducida a los puestos de control en las entradas A, B y C y en el túnel que hace de frontera con Francia.
A medio camino, sin embargo, en un cruce con la route Newton, von Rhoden llamó la atención de la conductora. El Mercedes se detuvo. Procedente de la zona del Hotel, en efecto, llegaba un insólito sonido, impropio de un lugar tan serio y barbudo.
Albert interrogó a su compañera. Pero Carla, sonriendo, aceleró.
-No te alarmes -comentó, aflojando la tensión del especialista en cajas fuertes-. Son los escoceses. Cada viernes, ese grupo de

científicos recorre las calles del CERN, alegrando este mundo de locos con sus gaitas.
21 horas y 5 minutos.
Los faros iluminaron el objetivo. Y Carla, al ver las dos bicicletas estacionadas junto a la acera, a corta distancia de la modesta puerta metálica del pabellón nueve, exclamó satisfecha:
-Perfecto. Instantes después, el vehículo quedaba aparcado en el oscuro patio formado por los edificios 9, 10 y 101.
Rhoden descargó el material y, silencioso, se unió a Carla Mutter. Las siglas de las bicicletas eran correctas: CERN-EP4. Y la agente, comprendiendo que el resto del equipo se hallaba en el interior, examinó la fachada. Las tres plantas del cuartel general del LEP -la división que gobierna el colisionador de electrones- aparecían desiertas. En tinieblas. Oficialmente cerradas hasta el lunes.
Una vez en el hall, atenta a las escrupulosas instrucciones del coronel, dedicó unos segundos a los pasillos que se abren a derecha e izquierda. La cadena de despachos -conforme a lo previsto- se hallaba clausurada.
Al ganar el segundo piso inspeccionó uno de los monitores de televisión, encargado de advertir al personal acerca del funcionamiento de los superaceleradores. En caso de avería, el retorno de los técnicos y científicos a sus oficinas podía complicar el plan.
Lectura positiva. Todo discurría con normalidad.
Y, dirigiendo el haz de luz de la linterna hacia el corredor de la derecha, lo apagó y prendió tres veces. Al punto, desde el fondo, Carla obtuvo otras tantas señales.
Y von Rhoden siguió los pasos de la responsable de la operación, reuniéndose con Fritz Metz y Ute Breimann, los especialistas asignados por Hoffmann. El primero vestía el uniforme habitual de la policía que custodia el CERN.
Ute, menos experta en esta clase de trabajos, balbuceó unas nerviosas palabras:
-Conviene darse prisa...
Carla no respondió. Y aproximándose al despacho del jefe de la división preguntó, al tiempo que señalaba con el dedo el rótulo con el nombre del prestigioso profesor:
-¿Sigue en la universidad de Frascati?

Fritz se adelantó a la señorita Breimann. Aunque se le había ordenado que interpretara durante unas horas el papel de vigilante, en su calidad de físico nuclear y colaborador en el revolucionario proyecto del doctor Baldacchini estaba al tanto de sus movimientos.
-Afirmativo. Acabo de telefonearle. Tanto él como Goodirian, Kompa, Walther y los demás continúan en Italia. Están felices como niños...
Fritz amarró el anuncio con una irónica sonrisa. Y puntualizó:
-El prototipo ha funcionado.
Carla, por toda respuesta, dejó caer su inseparable bordón:
-Perfecto.
Y con la muletilla puso manos a la obra. Se encaró al panel metálico empotrado en la jamba izquierda de la puerta, memorizando la secuencia proporcionada por el anciano del jardín de las Rosas. Y, decidida, fue pulsando los números que integraban la clave y que debían desbloquear el acceso al despacho del mencionado profesor Baldacchini.
5 - 4 - 1- 9 - 9 - 2.
La hoja blindada cedió, retrocediendo unos centímetros.
Ute no pudo evitarlo.
Como científico y miembro también del LEP, sentía una innata fascinación por los dígitos. Y al leer los seis cuadraditos luminosos que daban forma a la combinación se formuló una incómoda interrogante:
¿Por qué un hombre como Baldacchini -que vivía por y para la investigación láser- había escogido una secuencia numérica como aquélla?
La intuición le condujo de inmediato, y sin poder explicárselo, a una fecha: 5 de abril de 1992.
Pero, desbordada por la tensión del momento, guardó silencio. Algunos días después pondría el hecho en conocimiento de la organización.
Y los tres agentes, a excepción de Fritz, penetraron en la sala. Carla, desde el umbral, se volvió hacia el policía, susurrándole:
-Recuerda las órdenes. Ahora eres responsable de nuestra seguridad.
El alemán asintió, tranquilizándola. Acto seguido se perdía en las tinieblas del corredor.

Albert von Rhoden se plantó en mitad de aquella boca de lobo. Era su turno. Y trató de identificar el objetivo. Pero las linternas de sus compañeras le confundieron. Así que, depositando la caja de acero sobre el piso, esperó instrucciones.
La inspección fue breve. Carla y Ute conocían el despacho y el desorden que lo presidía. La mesa, como siempre, asfixiada bajo cuarenta centímetros de papeles, la mayoría de índole burocrática. Las estanterías, trepando por las cuatro paredes, abarrotadas de libros, documentos y cartuchos con planos. En un rincón, una cortadora de césped, a la espera de una reparación que, probablemente, no llegaría jamás. Detrás del simulacro de mesa, una pizarra verde, de colegial, con fórmulas, conceptos matemáticos y la lista del supermercado. Y en un ángulo, junto al único ventanal, coronado por vasos de plástico, el objetivo del coronel Frank Hoffmann: una caja fuerte de 1,80 metros de altura por 1,18 de profundidad.
Y Carla, poniendo a cero su cronómetro de pulsera, reclamó a von Rhoden.
-Cuando quieras. Es toda tuya...
El especialista del tercer círculo -oficialmente al servicio de la prestigiosa firma alemana Bode-Panzert una de las más renombradas en el arte de construir arcas blindadas- inauguró sus movimientos con parsimonia. Abrió la caja de herramientas. Tomó un foco a baterías y repasó el pulcro y ordenado instrumental.
Después, durante un par de minutos, paseó la luz sobre los dos mil kilos de acero y hormigón.
Concluida la inspección, dirigiéndose a Carla, dio su parecer:
-La información era correcta..., hasta cierto punto.
Y antes de que la agente -desconcertada- lograra replicar, puntualizó:
-Se trata de una chubb, en efecto. Un modelo inglés de alta seguridad, algo anticuado. No dispone de llave. Tampoco de mecanismo de relojería. Eso facilita las cosas. Tendremos que trabajar sobre la cerradura de combinación...
Y cargando el énfasis en la palabra sólo, vino a simplificar el arduo problema.
-Esta caja, con sus cuatro discos, sólo tiene capacidad para cien millones de combinaciones.

Las mujeres temblaron.
-Nos enfrentamos, además, a una novedad que Hoffmann no ha calculado.
Y, acariciando la dorada puerta, resumió.
-El modelo ha sido reforzado al estilo de los técnicos de la Bauer. Estos suizos saben lo que hacen.
Fíjense en la película de color oro que esmalta la puerta. Es nitruro de titanio: un recubrimiento durisimo, antibrocas. Su espesor es de unas micras. Sin embargo, para taladrarlo, se precisa un filo adiamantado. De haberse tratado de las habituales chapas de acero s.m., habría caído sin mayores dificultades.
Carla, intranquila, fue directa:
-¿Qué sugieres?
Albert, que disfrutaba burlándose de cuantas mujeres se ponían a su alcance, echó leña al fuego:
-Eso depende del tiempo de que dispongamos...
Carla y Ute, nerviosas, no terminaban de entender. Y von Rhoden, divertido, se creció.
-Sabes bien cuál es el margen -le reprochó la ingeniero-. Hoffmnann quiere la información por la mañana...
El especialista simuló no haber oído.
-Utilizando diamantes perderemos algunas horas...
-¡Maldita sea! -estalló Carla-. ¡Tú eres el experto!
Albert se dio por satisfecho. Su enfermizo ego se hallaba en disposición de alzarse por encima de lo que él juzgaba como sexo inferior. Y, triunfante, se inclinó sobre el instrumental, tomando una botella de vidrio. La mostró y dio por concluido el estúpido rodeo.
-Ácido nítrico, mezclado en caliente con clorhídrico...
Carla Mutter comprendió. Y tuvo que dominarse para no arrojarlo a patadas del despacho.
-El nitruro -explicó el alemán con odiosa autosuficiencia- quedará degradado en segundos.
-Está bien -cortó Carla, amenazante-, basta de palabras. Abre la caja...
Von Rhoden -un tímido, a fin de cuentas-, cedió. Iluminó el botón de combinación, permaneciendo pensativo durante un largo minuto. Finalmente, con el auxilio de un rotulador, dibujó

un cuadrado en negro, de 14 centímetros de lado, alrededor de la rueda.
Los relojes marcaban las 21 horas y 40 minutos.
Los ácidos, inyectados en el ángulo superior derecho de dicho cuadrado, disolvieron el nitruro en 90 segundos.
Rhoden consultó un pequeño bloc.
Ute siguió colaborando con la lámpara.
Carla pensó en Fritz. En veinte minutos debía establecer la primera comunicación.
Y el especialista trasladó un compás sobre la dorada pátina de la puerta. Y, tomando como referencia el botón de combinación, estableció la ubicación de los tornillos de sujeción de la caja que albergaba los mecanismos de la cerradura. Una caja enterrada a 115 milímetros de profundidad. Y delicada y minuciosamente fue pintando en negro dicha posición.
Albert, concluida la operación, comenzó a pensar en voz alta:
Primero los diez milímetros de acero s.m.
Regresó a la caja de herramientas y seleccionó una broca de tres milímetros.
Instantes después, una silenciosa taladradora eléctrica -modelo Accu- se abría camino sobre uno de los puntos negros. A pesar de la impregnación en diamante, la temperatura no tardó en elevarse.
Y Carla acudió en ayuda de la broca, refrigerándola con gas criogénico a 196 grados centígrados bajo cero.
22 horas.
Carla solicitó silencio. Fritz, desde el hall del edificio, acababa de activar su transmisor, emitiendo en 27-185 megaciclos.
Rhoden, sudoroso, aprovechó para retirar la tercera barrena. Iluminó el angosto orificio y se dio por satisfecho.
-Zurich. Aquí Berna... ¿Me recibes? Cambio.
Mutter intervino sin dilación:
-Berna. Aquí Zurich... Cambio.
-El circo sigue cerrado... ¿Y los trapecistas? Cambio.
-Ensayando... ¿Alguna novedad? Cambio.
-Agua, oscuridad y paz. Tío Sam duerme. Cambio.
-Perfecto. Cambio y cierro.
A una señal de la ingeniero, Rhoden prosiguió.

Ute, a pesar de las tranquilizadoras noticias del policía, percibió que se ahogaba.
El circo (el cuartel general del LEP) se hallaba bajo control. Cierto. También los superaceleradores (Tío Sam) funcionaban (dormían con normalidad. Pero ¿y las rondas policiales? Fritz no las había mencionado. Podían presentarse en el lugar en cualquier momento. En ese caso, ¿qué debían hacer los trapecistas?
Ahí está el refractario -musitó Albert-. ¡Cien milímetros de hormigón! Toda una pared de gran poder abrasivo, armada con pletinas retorcidas y fibras de acero. Carga de rotura: quinientos kilos por centímetro cuadrado... ¡La madre que la parió!
Y, absorto en el monólogo, se replicó a sí mismo:
Tranquilo. Por un instante temí que la hubieran rellenado con níquel y cobalto. Veamos. Broca de vidia. Si falla, filo adiamantado.
La perforación del grueso de la puerta se prolongaría durante cuatro angustiosas horas.
Pero Rhoden -transformado en una segunda máquina- había convertido el taladro en una prolongación de su inagotable coraje.
02 horas.
La quinta comunicación de Fritz rompió los frágiles y castigados nervios de Ute. Tío Sam acababa de despertar.
Breimann interpeló a Carla.
La súbita avería en uno de los superaceleradores sorprendió a los trapecistas en mitad del ensayo. Si no era reparada a tiempo, los científicos abandonarían el túnel toroidal. Y a pesar de lo avanzado e intempestivo de la noche, siempre cabía la posibilidad de que alguno tratara de ingresar en el LEP.
La ingeniero, imponiéndose, ordenó a Rhoden que continuara.
Ute, desencajada, se hizo cargo del foco. Y horrorizada percibió que su vejiga no resistiría mucho tiempo.
Acero al manganeso. La chapa de dos milímetros, parapetada tras el hormigón refractario, fue abierta con rapidez.
Cambio de broca.
02 horas y 9 minutos.
Carla solicitó nueva información.

Sin novedad en el circo. El monitor de televisión instalado en el hall seguía advirtiendo de la inactividad del superacelerador.
Última lámina. Tres milímetros de acero s. m. Rhoden estaba a punto de conquistar la cerradura.
02 horas y 23 minutos.
La barrena se detiene. El técnico inspecciona el orificio y verifica las medidas de la broca.
115 milímetros. Ya estamos...
Rhoden cambia de broca por enésima vez. Se limpia el sudor. Pide a Ute que ilumine sus manos. El pulso es bueno. Y con la precisión de un cirujano introduce la boca cónica por el capilar practicado en la puerta de la caja fuerte. Ni Ute ni Carla son conscientes de la gravedad del momento. Si los cálculos, a la hora de localizar los tornillos de sujeción, han sido erróneos, la operación se vendrá abajo. La taladradora tiene que incidir exactamente sobre el tornillo elegido. De lo contrario, el sistema de bloqueo de los discos saltará automáticamente, anulando la posibilidad de reconstrucción de la clave.
02 horas y 25 minutos.
La barrena penetra. Zumba como una abeja. El sudor refrigera el rostro de Rhoden. Sus ojos vigilan la escala de la broca. La mandíbula se hace piedra. Los labios, entreabiertos, enseñan bayonetas.
Diez milímetros.
Rhoden detiene la perforación. Vuelve a respirar. Acierto pleno.
02 horas y 40 minutos.
Treinta milímetros. El tornillo ha sido desintegrado. El camino está abierto.
El especialista sustituye la taladradora por una gruesa jeringuilla. Comprueba la fluidez del líquido e introduce un chicle en su boca. Lo mastica con prisas.
02 horas y 42 minutos.
Rhoden inyecta el gel en la caja de combinación, rellenando los espacios vacíos que separan los discos. El aire queda neutralizado. Y lentamente, sin dejar de presionar el émbolo, procede a su retirada. Un par de viscosas gotas se derraman desde el orificio. Y Albert se apresura a taponarlo con la pastilla de chicle.
Vamos allá...

Pero el comentario naufraga. Fritz reclama a Carla:
-Aquí Berna... ¡Atención!
La comunicación se interrumpe. La ingeniero acude a la llamada. Silencio. Fritz ha enmudecido.
Ute apaga el foco. Sus manos tiemblan.
-Aquí Berna. -Los trapecistas contienen el aliento. Fritz se muestra nervioso-. Un coche patrulla está maniobrando frente al circo...
Ute no puede remediarlo. La orina ha escapado de su vejiga.
-Berna. Aquí Zurich. Te recibo con dificultad... Cambio.
-QRV... (Un momento.)
Rhoden, impasible, presiona el chicle, asegurando el cierre.
-Aquí Berna. Uno de los guardias desciende del coche... Se acerca al Mercedes...
Carla pega el walkie a los labios e interviene sin titubeos:
-Berna. Desbloquea la puerta... Rápido. Retírate a punto A. Cambio.
-Zurich... QRV. El policía regresa al vehículo... QRV.
Carla se mantiene a la espera.
-Zurich. La patrulla se retira del patio... Se aleja en dirección al centro de Cálculo... Puede que el incidente carezca de importancia. Cambio.
-QSL. (Está bien.) -replica la ingeniero, recuperando el tono-. No tardaremos en averiguarlo. El trapecista se dispone a dar el triple salto mortal... Cambio.
-Suerte, Zurich. Cambio y cierro.
Ninguno de los trapecistas necesitó explicaciones complementarias. Había que actuar con celeridad.
Rhoden se hizo con el palpador ultrasónico. Se ajustó el chaleco amarillo portaequipos, distribuyendo el instrumental. La batería de alimentación a la espalda y el USM-2 sobre el vientre. Comprobó el palpador angular de 45° y fijó la profundidad de exploración de los ultrasonidos entre 115 y 145 milímetros..
El ingenio electrónico -fabricado por Krautkramer-, a pesar de sus menguadas dimensiones (250 X 145 X 350 mm), se halla dotado de un eficaz sistema de penetración en acero, que abarca desde diez milímetros a cinco metros. El secreto consiste, justamente, en los mencionados ultrasonidos, capaces de detectar toda suerte de fisuras y defectos. Un ejemplo: el

modelo USM-2, trabajando en una frecuencia de 4 MHz, dispone de una sensibilidad equivalente a Sg = 140 dB. En otras palabras: con un palpador de Q4S es posible localizar y ver en el monitor un defecto circular de 1 milímetro de 0 y a una profundidad de 1000 mm, aceptando que la atenuación dentro de la pieza sea insignificante.
Y Rhoden, sin más demoras, retiró el chicle, ajustando el palpador sobre el capilar. Carla reemplazó a Ute en el manejo del foco y Breimann, pegándose a Albert, se dispuso a supervisar y anotar las lecturas del osciloscopio.
La labor -aunque relativamente sencilla- exigía un profundo conocimiento de la anatomía de la caja de combinación y de sus cuatro discos. El viaje de los ultrasonidos por el interior del acero se refleja instantáneamente en la pantalla cuadriculada del aparato, tanto en sentido horizontal (lectura de las distancias) como vertical (evaluación de la altura de los ecos). Estos picos -simplificando- proporcionan las características de la región sometida a análisis.
El especialista, más exactamente, debía interpretar, las señales procedentes de los vacíos. De esta forma se hallaría en situación de reconstruir las respectivas posiciones de los discos y, consecuentemente, los números seleccionados por el responsable de la combinación.
Una técnica no descubierta aún por los profesionales del robo.
03 horas.
Rhoden activa el equipo.
Ute comprueba y da por buena la linealidad.
El gel hace de puente y los ultrasonidos navegan con docilidad.
Albert corrige la posición del palpador. El poder resolutivo mejora.
Se dibuja la primera sucesión de ecos múltiples.
Rhoden traduce.
Primer disco. Uno...
Ute confirma la posición.
Continúa el rastreo.
Un momento...
La minúscula pastilla, guiada por los dedos de Albert, busca a derecha e izquierda.
Lo tengo. Segundo disco. Posición nueve.

Carla ralentiza la respiración. Disponen de dos números.
03 horas y 6 minutos.
Algo falla.
El osciloscopio no responde. No hay imagen.
Rhoden examina la boca del orificio y comprende. Reclama una dosis de pasta de acoplamiento. El ZG, a base de engrudo con aditivos anticorrosivos y deslizantes, termina de expulsar el aire que ha ido filtrándose entre el cabezal y el capilar.
Prosigue la exploración.
Tercer disco -canta Rhoden-. Dos.
Ute lo ratifica.
03 horas y 11 minutos.
El técnico de la Bode-Panzer toma aire. Sigue sudando copiosamente. Y antes de lanzar el último haz acaricia la carcasa del USM-2.
Vamos, pequeño. Tú puedes.
-Zurich. Aquí Berna. .. Cambio.
¡Maldición!
Rhoden lamenta la interrupción. Pero Carla le indica que prosiga.
-Berna, te recibo... Cambio.
-Problemas -anuncia Fritz-. Dos payasos se aproximan al circo. Cambio.
-¡Mierda!... ¿Los identificas? Cambio.
Silencio.
-¡Vamos Berna!...
-Zurich... ¡Imposible! Está muy oscuro. Cambio.
-Está bien -interviene Carla, dando por hecho que los individuos se dirigen al edificio-. Abre la puerta. Retírate. Procura identificarlos. Cambio y cierro.
03 horas y 15 minutos.
Ahí está. ¿Lo ves?
Ute responde mecánicamente, aunque es incapaz de verificar la imagen del osciloscopio. El miedo le ha desertizado.
Cuarto disco. Posición siete.
Carla se desborda.
-1 - 9 - 2 - 7. Perfecto. ¿Cuánto necesitas?
-Sólo segundos -replica Rhoden desembarazándose del USM-2.
Ute, aterrorizada, sostiene el foco. Siente deseos de gritar.

Rhoden levanta las manos a la altura del rostro y hace bailar los dedos. Se vuelca sobre el botón de combinación y lo acaricia con ternura.

Cuatro vueltas a la izquierda...

Fritz llama a los trapecistas.

-Te recibo, Berna... ¿Dónde estás? Cambio.

-En punto A. Los payasos permanecen en el hall. Son ayudantes de Enea Barbini... Dudo que encuentren el despacho de su jefe. Han bebido como cosacos... ¿Intervengo? Cambio.

Tres vueltas a la derecha...

Ute y la ingeniero se miran estupefactas. Y ambas piensan en los escoceses.

-Negativo -responde Carla con decisión-. Limítate a controlarlos... El ensayo está listo. ¿Has comprendido? Cambio.

-QSL... Cambio y cierro. Dos a la izquierda.

03 horas y 17 minutos.

Los últimos giros de la rueda activan el martillo de arrastre, llevando a los discos a la posición correcta de apertura.

Las húmedas facciones de von Rhoden se relajan. Y la pesada puerta acorazada de la chubb -con sus 148 milímetros de espesor- se abre de par en par.

El corazón de Carla se revoluciona. El especialista retrocede. Contempla la obra con orgullo y consulta el reloj.

Cinco horas y treinta y siete minutos.

El siguiente pensamiento deja las cosas en su sitio.

Debo estar perdiendo facultades.

La responsable de la operación en Ginebra examina el interior de la caja fuerte. Percibe un insólito aroma.

Parece queso.

Trastea entre las estanterías. Localiza un cuaderno. Lo hojea. Se detiene en una de las páginas. Lee las notas y se las muestra a su impaciente compañera. Ute revisa las fórmulas y anotaciones. Asiente con la cabeza y lo guarda,

La ingeniero prosigue la búsqueda. Dietarios. Documentos confidenciales. Un pequeño ordenador Toshiba. Planos. Una botella de whisky Crown Royal a medio consumir. El grueso dossier con el último proyecto láser. Una caja con queso parmesano...

Decepcionada se vuelve hacia Ute.

-No aparece...
La intuitiva Breimann aparta a Carla. Extiende las manos y toma la caja circular que descansa en la parte inferior de la chubb. Parece medio vacía. El sello, en la cubierta, pone de manifiesto la afición del sabio profesor por los quesos italianos.
Consorzio Parinigiano-Reggiano.
Al abrirla, oculto bajo una porción de suculento parmesano, descubre un sobre cerrado. Se lo entrega a la ingeniero.
-Astuto...
Y, agradecida, lee el contenido:
-NZ-1779. Clave para el acceso a TRAY.
-Misión cumplida -remata Ute.
Un minuto después, notas y numeración eran microfilmadas y devueltas al arca.
Von Rhoden se hallaba dispuesto.
03 horas y 30 minutos.
Con un razonable retraso sobre lo previsto por Hoffmann, los trapecistas abandonaban el sanctasanctórum del doctor Baldacchini, refugiándose en la tercera planta del LEP. Fritz lo haría poco después.
Y en el despacho de Carla Mutter, Ute tecleó sobre la terminal, interrogando a la gran computadora del pabellón 513. CRAY, fiel a las normas, exigió un código, vital para acceder al banco de datos del profesor. La combinación funcionó. El prototipo secreto del láser de electrones libres era nuestro.
A las cinco de la madrugada, el Mercedes se detenía ante los adormilados policías del túnel fronterizo. Ni siquiera se movieron de la cabina de control. La lluvia, aburrida, esperaba también el relevo del amanecer.
La conductora señaló el cartel que colgaba del espejo retrovisor.
Nada que declarar.
Y los guardias respondieron con un cansino saludo, invitándola a reanudar la marcha. París recibiría a Carla Mutter con especial agrado. Gloria Olivae le debe mucho...
El resto de aquel año (1990) discurrió en calma. En un alarde de benevolencia, el coronel lo definió como un compás de espera. Algo así como la bonanza que precede a la tempestad. Y parte de los agentes involucrados en Gloria Olivae descansó. Aunque, como escribía Thomson, el poeta inglés autor de The

Castle of Indolence, los mejores hombres -justamente por ser los mejores- han sido dotados para todo, excepto para el descanso.

Hoffmann concedió prioridad a cuatro frentes, en los que se trabajó de forma simultánea. A saber:

Uno.

La exhaustiva revisión de los sistemas de seguridad de la basílica de San Pedro y, muy especialmente, de aquellos que protegen la magnífica obra de juventud de Miguel Ángel: La Piedad, ubicada en una de las capillas laterales.

El cristal antibalas que la separa del público recibió un tratamiento aparte.

Dos.

La fabricación de un prototipo miniaturizado de láser de electrones libres, de acuerdo con los planos e informaciones sustraídos en Ginebra. Los ensayos tuvieron por escenario una secreta aldea, al sur de Alemania.

Tres.

El encargo, en Roma, de una copia del referido grupo escultórico del genial Buonarroti. Una Piedad que debía incluir los añadidos y las reparaciones efectuadas sobre la cabeza, rostro y mano izquierda de la Virgen, consecuencia del salvaje atentado de 1972.

Cuatro.

La infiltración en el Archivo Secreto Vaticano de tres especialistas de la organización. Misión oficial: colaborar en el proyecto de automatización de todos los medios de consulta. Nuestros hombres se hicieron pasar por expertos de la Universidad de Michigan, bajo el patrocinio del Getty Grant Program de Santa Mónica. Misión secreta: la colocación de explosivos en las galerías de dicho archivo.

Por mi parte, una vez consumada la operación de cirugía estética, tras un periodo de convalecencia en Berna, fui trasladado a la Ciudad Eterna, fijando mi cuartel general en una discreta casa de reposo, en el Viale Marconi. Desde allí ultimé mi preparación, aguardando el gran momento.

PARÍS

Había otras razones, naturalmente. Pero Frank Hoffmann siente debilidad por los aventureros. Por eso le eligió. Sinuhé -que en egipcio significa el que es solitario- es el nombre, en clave, del especialista del tercer círculo que protagonizó la fase que me dispongo a narrar.

Se trata de un veterano agente -de nacionalidad española- que ha prestado una docena de interesantes servicios. Y lo ha hecho en misiones que exigían tanta audacia como sangre fría. Ama el riesgo. No teme a la muerte. Le fascinan los desafíos. Cuanto más comprometidos mejor.

Oficialmente, de cara a la opinión pública y a cuantos le conocen, desempeña un honorable trabajo como periodista y escritor. Ingresó en Los Tres Círculos en 1974. En 1985, a raíz de una serie de delicadas y peligrosas intervenciones en Israel, alcanzó el grado de coronel. Ninguno de nuestros agentes -a excepción de su editor, miembro también de la organización, y de los superiores jerárquicos- fue informado de la nueva misión asignada a Sinuhé. La naturaleza de la misma así lo aconsejaba.

Y a fines de enero de 1991, Hoffmann solicitó su presencia en París.

Como en el caso de otros especialistas, partícipes activos en Gloria Olivae, me limitaré a transcribir su informe, enriqueciéndolo con aquellos datos que, obviamente, estoy autorizado a consignar y que sólo eran conocidos por los círculos interiores.

El telegrama, expedido en la Ciudad del Vaticano, llegó a mis manos el 31 de enero. Decía textualmente:

Llamada a tercer círculo. París alimenta a sus hombres. Segundo círculo azul.

Dos días después, a las 12 horas y 19 minutos, el comandante Carnicero (IB.676) aterrizaba sin novedad en el aeropuerto de Orly. París me recibió frío y brumoso. Pero los cuatro grados centígrados bajo cero no lograron disipar de mi vientre el familiar cosquilleo que, indefectiblemente, preludia toda nueva aventura.

En esta ocasión, el aviso -firmado por el segundo círculo- se me antojó especialmente hermético. Ni una sola pista. Ni un indicio. Nada. Me hallaba en blanco, La organización me reclamaba con urgencia. Ahí nacía y moría mi información.
A las trece y cinco, un chino que dijo llamarse Paúl me salía al paso a las puertas de la terminal, invitándome a seguirle. Comprendí.
Segundos más tarde, el taxi -un Mercedes, matricula 43681,M-92- arrancaba a toda velocidad.
Empezaba a divertirme. Aquél era el estilo de Hoffmann...
Cuarenta y cinco minutos después, el silencioso chofer detenía el vehículo en el 20 de la rue Jean Rey. Al despedirse estrechó mi mano con solidez, indicándome que disponía de una reserva en el Suffren, el hotel que se alzaba ante mis ojos.
Una vez en la habitación -a salvo de posibles miradas indiscretas- procedí a leer la nota, trasvasada por el chino en el cálido apretón de manos.
El texto era escueto:
Salón Internacional Prét-á-porter Femenino. Festival Fur. Kaija Wiik. Sábado.
A las 16 horas, como un visitante más, me encaminaba por la bulliciosa Feria de la Moda, a la búsqueda del stand 234-A. junto a la nota, la organización había incluido la correspondiente invitación, con la numeración B.10365628K.
Y durante algunos minutos me entretuve en la contemplación de las magníficas pieles exhibidas por la mencionada firma, la Festival Fur Ltd., de origen finlandés.
La espera fue corta. Una de las bellas empleadas, modelo profesional, me salió al encuentro, sugiriéndome que le siguiera. ¿Cómo no hacerlo, a la vista de aquella interminable anatomía?
La convincente nórdica me mostró un deslumbrante abrigo, armado con bisones blancos. La dejé hacer.
Me invitó a probármelo, elogiando la exquisita tersura de los lomos.
E inmediatamente, mostrando la etiqueta que colgaba de una de las mangas, susurró:
-El precio parece marcado para usted...
Al reparar en él comprobé que se trataba de una larga procesión de números. Estaba claro. Otra vez Hoffmann...

Y al despedirme, el contacto del coronel me hizo entrega de la etiqueta, guiñando uno de sus luminosos océanos azules. Le correspondí con la mejor de las sonrisas. Siempre lo he dicho. Las mujeres constituyen una raza aparte. Sólo ellas son capaces de combinar fuego y hielo en un mismo pensamiento.
La secuencia numérica, en clave, encerraba una nueva cita. 43156.453.864295.33551.10.8. Museo del Hombre. Lunes. 10 h.
A Frank -lo sé- le encantan estos juegos. Y a mí también.
Y ese cuatro de febrero, puntual, inicié un pausado recorrido por las salas del referido museo.
Prehistoria. África...
Traté de identificar a los escasos visitantes. Desistí. Conociendo al coronel, lo mejor era mantenerse abierto y en guardia.
Y en la vitrina 425, dedicada a la isla de Pascua, mientras examinaba las copias de las dos tablillas rongo-rongo que se conservan actualmente en el Museo de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón de Picpus, en Roma, alguien tiró de mi pantalón.
El encuentro, en este caso con un niño, se prolongó cinco segundos. Se limitó a sonreír, entregándome un libro. No volví a verle.
El regalo consistía en un catálogo del Gran Louvre. Lo hojeé impaciente. Pero, al concluir el apresurado repaso, ninguna de las ochenta y cuatro magníficas páginas a todo color me dijo nada. Y, extrañado, abandoné los palacios de Chaillot.
¿Qué pretendía el amigo Hoffmann? ¿A qué obedecía aquella críptica búsqueda del tesoro?
Casi lo olvidé. La organización no desperdicia una sola oportunidad. Todas las ocasiones son buenas para poner a prueba la destreza, paciencia y valor de sus hombres.
Algo sí estaba claro. La misión que tenía reservada -aceptando que se tratara de un nuevo trabajo- debía ser muy diferente a las anteriores. Tantas Precauciones y rodeos no eran habituales...
Y acepté el reto con deportividad.
Dejándome conquistar por la gélida mañana -absorto en estos pensamientos-, fui a parar a los pies de una torre Eiffel, encapuchada por la bruma. Y en los Campos de Marte, como un

ocioso turista, me entregué a un segundo examen del lujoso catálogo.
¡Necio! Tenía que haberlo imaginado...
Frank estaba al tanto de mi vieja pasión por la vida y obra de Miguel Ángel. Pero malgasté dos horas antes de asomarme a las páginas treinta y ocho y treinta y nueve. Las únicas que incluían sendas imágenes de una misma obra del genial florentino: El esclavo agonizante.
Conforme al método utilizado hasta ese momento, revisé los pies de fotos (seis en total) y las ilustraciones (cuatro) que dan rostro a las mencionadas páginas.
En una primera lectura pasó inadvertido. En la siguiente, sin embargo, me obligó a retroceder. El texto explicativo de dos de las fotografías, impresas en la treinta y ocho, rezaba textualmente:

Cristo del
Descendimiento
de la Cruz, llamado
Cristo Courajod,
segundo cuarto del
siglo XII, madera
policroma.
Michelangelo
Buonarotti, llamado
Miguel Ángel (19.2.4-
1.5.6.4). Esclavo,
llamado Esclavo
agonizante, hacia
1513, mármol.
(Ref. 1641,1642,
1643,1644 y 1645).

Y, sospechando que pudiera tratarse de un error tipográfico, me arrojé de nuevo sobre el libro, en una ávida y meteórica lectura.
Estaba y no estaba equivocado. Me explico. Evidentemente, aquello era una errata. Pero altamente sospechosa y, para colmo de males, la única en las 3431 líneas de que consta el referido catálogo.
Y confuso y excitado, retorné a la treinta y ocho.

¿Cómo era posible que una publicación tan cuidada -destinada a la venta- hubiera pasado por alto un lapsus semejante?
Conociendo la meticulosidad del Louvre, el error era inconcebible. Miguel Ángel -como figuraba en el pie- no nació en 1924, obviamente, sino en 1475.
Por otra parte, ¿por qué los dígitos de ambas fechas -nacimiento y muerte- aparecían separados entre sí?
No hacía falta ser muy despierto para adivinar la mano del coronel en aquel galimatías. Y, persuadido de que las erratas encerraban alguna clave, me introduje en la primera de las simas.
19.2.4.
Al desmembrarla surgió -fácil y pueril- un dato significativo. Bastaba cambiar el orden de los dos primeros números para obtener una familiar fecha: cuatro de febrero de 1991. justa y curiosamente, el día de la cita en el Museo del Hombre.
Y, siguiendo el juego, me centré en el análisis del segundo error.
15.6.4.
Tampoco fue difícil. La suma de los dígitos -16- me condujo a una elemental conclusión: ¿las 16 horas?
A pesar de lo enrevesado del procedimiento, la solución no podía ser más transparente: Museo del Louvre. Esa misma tarde y en la sala donde se expone El esclavo agonizante.
Poco faltó para que guardara el maldito catálogo y abandonara los jardines de Marte. Sin embargo, aquellos cinco números, cerrando el texto informativo, me retuvieron. ¿Reflejaban en verdad otras tantas referencias? ¿De qué tipo?
Consulté los pies de las 115 ilustraciones. Ni uno solo incluía referencia alguna. Era extraño. Y recordé una de las enseñanzas de Hoffmann: una buena clave debe contener una llave extra, que reafirme la solución.
Fui un estúpido de solemnidad. Estaba prácticamente a la vista y lo dejé pasar, empecinado en fórmulas, a cuál más estéril.
Y a las tres de la tarde, rendido y mareado, al revisar las páginas de nuevo, descubrí algo que yo mismo había escrito en el plomizo y laborioso cómputo de las líneas del catálogo. Al final de la treinta y siete, en un texto de julio Velasco dedicado a la escultura, aparecía el número 1596.
Y la luz, al fin, se hizo en mi inválida inteligencia...

Reanudé la cuenta en las líneas impresas en la treinta y ocho y, al llegar al pie que contenía las erratas, sonreí para mis adentros, aceptando con resignación mi condición de tonto cum laude...
El renglón formado por Miguel Ángel (19.2.4.- hacía, justamente, el número 1641.
Los siguientes, como es natural, encajaban con las cuatro cifras restantes.
Ahí estaba la llave que, de acuerdo con el estilo de Frank, confirmaba la bondad de lo obtenido anteriormente.
Y a las 15 horas y 30 minutos, maldiciendo la calenturienta imaginación del coronel, perdía de vista a la burlona Eiffel, ahora bajo un cielo azul y vestida de metal.
Sofocado y, lo que era peor, con retraso, irrumpí en la sala de los Esclavos con una compostura impropia del lugar.
Una aburrida vigilante me recibió con la vista, desconcertada ante la agitada respiración de aquel visitante. Pero cinco millones de curiosos al año la habían curado de espantos. E indiferente bajó los ojos, ocupándose del libro que descansaba sobre los negros pantalones.
Segundos después, reducido el galope cardiaco, relativamente tranquilo ante la, soledad del recinto, me afané en lo único que podía hacer por el momento: en la contemplación de los mármoles esculpidos por el divino para la tumba de Julio II.
Rodeé la primera talla -la del Agonizante-, imaginando qué nueva sorpresa me deparaba la organización. Y despacio, midiendo cada paso, impaciente, sintiendo cómo los segundos se derramaban juntamente con el sudor de las palmas de las manos, fui a plantarme en el centro de la estancia, junto al Esclavo rebelde.
Los cinco minutos siguientes fueron intrincados. Inmisericordes. Dolorosamente largos. Y, alarmado ante la ausencia de acontecimientos, llegué a cuestionarme la situación. ¿Había acertado?
Estudié de soslayo a la agente de seguridad. Permanecía embebida en la lectura. ¿Se trataba del esperado contacto? Rechacé la idea. Pero entonces...
Y de pronto, al separarme de la estatua en dirección a la puerta de salida, vi moverse algo por mi derecha. Apareció en una de

las esquinas, cerca del taburete sobre el que se sentaba la policía. Un pequeño tabique me obstaculizaba la visión de aquel ángulo. Y al punto reconocí el extremo del bastón. Un familiar bastón forrado en cuero.
Al avanzar, de espaldas y ligeramente inclinado hacia el busto en bronce de Miguel Angel, obra de Daniele de Volterra, descubrí la inconfundible gabardina de Hoffmann.
Una pícara sonrisa -no exenta de satisfacción- fue su primer y elocuente saludo.
-Dos minutos de retraso -me reprendió cariñosamente-. No está mal...
Caminamos sin rumbo. Y durante media hora, Frank sólo habló de mi vida, de mi familia y de los proyectos que hervían en mi voluntad. Su información, como siempre, era certera. Temible. Conocía al detalle mi secreto deseo de abandonar este planeta lo antes posible. No estaba de acuerdo, sin embargo, con que dicha partida pudiera ocurrir en un futuro cercano. A pesar de ello, sabedor de que mis intuiciones raras veces erraban, insinuó la posibilidad de que uno de mis hijos empezara a ser adiestrado por Los Tres Círculos.
Finalmente, mientras recorríamos la animada galería Médicis, se decidió a abordar el asunto por el que me había reclamado.
La misión me dejó perplejo.
Durante poco más de sesenta minutos, en un lento peregrinaje al pie de los diecinueve gigantescos cuadros de Rubens, fue desgranando detalles y pormenores.
En una de las paradas, frente al Desembarco de María Médicis en Marsella, solicitó mi parecer.
Dejé rodar un corto silencio.
-Puede hacerse...
-No has preguntado el porqué de este trabajo.
Sonreí maliciosamente.
-¿Recuerdas las palabras de Cicerón? La primera ley de la amistad consiste en pedir siempre cosas honestas.
-Pero...
-Por favor -le interrumpí-, respeta también la segunda ley: nunca preguntes a un amigo.
Agradeció mi franqueza y lealtad.
-Sabes que estarás solo...

Concluida la entrevista, le vi alejarse, arrastrando la pierna con dificultad. Y durante un tiempo permanecí sentado en los rojos bancos, confundido entre la veintena de artistas que copiaban la Historia de la Médicis. El instinto estaba en lo cierto. Aquélla, en efecto, era una misión increíble. Y al día siguiente, martes, a bordo del vuelo IB.677, de regreso a España, tracé un primer borrador de lo que, sin duda, llegaría a ser una de las más dramáticas y arriesgadas aventuras en las que me he visto envuelto.

ROMA

Aeropuerto de Fiumichino. 25 de febrero. Lunes. El vuelo de Alitalia (367) tomó tierra a las 15 horas, 35 minutos y 32 segundos. Habían transcurrido veinte días desde mi contacto con el coronel Hoffmann.
Y rumbo al hotel Atlante Star, en vía Vitelleschi, sentí miedo. Puede que me esté haciendo viejo. Y ya se sabe: los defectos del espíritu, como los del rostro, aumentan con los años...
Aquel sentimiento -no sé si de pánico o de indefensión- se hallaba más que justificado.
Habitación 108. Discreta. Repasé de nuevo el plan de trabajo y me lancé a las calles de Roma. Tenía que amortiguar tanta excitación.
17 horas.
El crepúsculo recorta y endurece la cúpula de San Pedro. Hubiera necesitado unas migajas de calor humano. De simple conversación. Pero, una vez más, batallaba en solitario. Los que envidian mi siempre relativo éxito profesional no saben de estos críticos momentos, encarcelado en mí mismo y forzado a aplastar la lógica y muy natural tentación de huir de mi Destino.
Y durante un par de horas deambulé por los alrededores de la Ciudad del Vaticano, tomando unas iniciales notas.
De acuerdo con las instrucciones de Frank, aquellas primeras jornadas debían transcurrir sin incidentes. Era vital que administrara el tiempo, con el fin de reunir un Máximo de información, dejando constancia física de mi estancia en la

Ciudad Eterna. Ambos capítulos, como se verá, resultaban decisivos para cubrir el objetivo final y, de paso, salvaguardar mi integridad.
Prudentemente, al paso por los aledaños del palacio del Santo Oficio y la Puerta de Santa Ana, guardé el pequeño bloc de cubierta naranja. Y me limité a observar las dotaciones policiales y los coches patrullas que montaban guardia en las referidas entradas al Vaticano. Un turismo y dos hombres uniformados, provistos de metralletas, junto a la barrera de acceso al mencionado Santo Oficio. Una furgoneta -también azul-, con otros dos agentes, igualmente dotados de armas automáticas frente a Santa Ana, en la vía de Porta Angélica. Todos, naturalmente, pertenecientes a la policía italiana.
Podía servir. Y lo fijé en la memoria. Pero, como digo, no había llegado el momento.
El plan de Hoffmann no era complicado, aunque sí peligroso. Peligroso para mí, claro.
En primer lugar, durante varios días, debía llenar mí cuaderno de notas -ésas fueron sus palabras textuales-, con toda suerte de datos, directamente relacionados con los movimientos del cardenal Lomko. Ello incluía mapas del edificio de Propaganda Fide, en la plaza de España. Tanto del interior como de las calles adyacentes, de los recorridos habituales en automóvil y de su residencia en la Universidad Urbaniana. Esa exhaustiva información tenía que ser enriquecida con un minucioso registro de placas y características de las unidades policiales que custodian habitualmente los alrededores del Vaticano. Y por supuesto, en las hojas de ese bloc -elemento clave en la misión- convenía reseñar un máximo de nombres propios, relacionados con el referido papa rojo, con la seguridad del Pontífice y con mi propio trabajo como escritor y periodista.
Oficialmente -así constaría en todo momento-, mi presencia en Roma obedecía a un único y exclusivo fin: recopilar los materiales necesarios para la elaboración de una futura novela. Ello justificaría las entrevistas, consultas, anotaciones y cuantas actividades estimara oportunas.
A primera vista el coronel llevaba razón. El plan parecía fácil, sobrado de lógica y transparente. Pero el Destino -como

predicaba Swinburne- es un mar sin riberas. Y el ser humano -iluso- cree conocer de antemano su puerto de destino...

No he mencionado aún la segunda y secreta parte de semejante parafernalia. Un objetivo al que me había comprometido y que, a buen seguro, constituía un eslabón más en una maquinación de mayores proporciones y de la que ni sabía, ni quería saber...

Reunir la mencionada documentación era cosa fácil. Al menos para un profesional del periodismo con más de veinticinco años de brega. Las verdaderas entrañas de la misión eran otras.

Ese cúmulo de datos se hallaba destinado a servir como detonante. Pero antes era menester infiltrarse en la boca del lobo. He ahí el problema. La boca del lobo en cuestión era la policía de Roma. Servidor tenía que ingeniárselas para provocar su propia detención.

¿Cómo conseguirlo?

Por expresa recomendación del coronel, mediante una fórmula lo suficientemente seria como para que mi conducción a las dependencias policiales resultara inevitable y, al mismo tiempo, arropada por una coartada que no hiciera peligrar mi físico y que me permitiera recuperar la libertad en un plazo de tiempo razonable.

En otras palabras: un trabajo de artesanía...

En este sentido, las órdenes fueron terminantes: Consumada la detención, las autoridades policiales deben tener constancia -clara y precisa- de que un escritor se encuentra embarcado en la elaboración de una novela de ficción, en la que uno de los personajes termina usurpando la personalidad del cardenal Lomko.

Éste, ni más ni menos, era el gran objetivo.

Y aceptando que fuera capaz de idear y poner en práctica dicha fórmula, ¿qué ocurriría después? ¿Cómo reaccionaría la policía ante los comprometedores informes existentes en mi poder? ¿Aceptarían mi condición de novelista? ¿Y si me confundían con un terrorista? Pero había aceptado. Y la misión, aunque arriesgada, se me antojaba excitante. Y haciendo mía la máxima de Jenofonte, procuré canalizar el valor por los diques de la prudencia.

Y a la mañana siguiente, 26 de febrero de 1991, martes, me lancé sobre Roma, ansioso por fabricar la tela de araña en la que yo mismo debía quedar prendido.
Cosa de locos, lo sé.
En síntesis, a lo largo de aquellas febriles y agotadoras jornadas, colmé mis propias expectativas, almacenando una información notablemente superior a la requerida. Lo que nunca supo Hoffmann es que el argumento concebido para la supuesta novela terminaría por arraigar en mi ánimo. A partir de ese instante, las pesquisas dejaron de ser teatro. Y fui más allá de lo exigido. Pero ésta es otra historia...
No hubo respiro ni concesión. Entrevistas personales. Consultas en hemerotecas. Revisión de archivos. Inspecciones sobre el terreno. Todo fue fructificando lenta pero inexorablemente.
Frecuenté la Sala Stampa (Oficina de Prensa de la Santa Sede), solicitando, incluso, la oportuna credencial. Una credencial -91037-G- que, obviamente, no fue utilizada.
De acuerdo con el plan, sólo importaba dejar constancia de mi presencia. La buena de sor Giovanna, una de las religiosas que atienden la citada Sala Stampa, trabajó lo suyo, recopilando un centenar largo de biografías de los más preclaros cardenales.
Dialogué en repetidas oportunidades con un grupo de periodistas que, gentiles, me proporcionaron toda clase de datos en torno a Lomko, al actual Pontífice y a los servicios de seguridad del Vaticano. Aquellos contactos con los corresponsales -minuciosamente planificados- jugarían un papel decisivo a la hora de mi liberación. Hombres como Domenico del Río, Gian María Vian, mi entrañable amiga Paloma Gómez Borrero, Federico Mandilo, Ángel Agea, Malgeri, Horacio Petrosilgio y Arcangelo Pallalunga, entre otros, pueden dar fe.
Otro tanto ocurrió en el interior de los muros del Vaticano. La relación de citas e indagaciones -más o menos confesables- resultaría tan extensa como aburrida. Llegué hasta donde pude..., y algo más. Museos Vaticanos, con su director, Pietrángeli, a la cabeza. Restauradores. Arqueólogos. Fábrica de San Pedro, con Silvan, su arquitecto. Governatorato. Biblioteca. Archivo Secreto, donde el propio prefecto -el padre Metzler- se

brindó a acompañarme como guía de lujo. Guardia Suiza. L´Osservatore Romano. Radio Vaticana...
En muchos de estos organismos e instituciones -cumpliendo el plan-, mi nombre y apellidos quedaron estampados en los obligados registros de entrada. Y a decir verdad, salvo contadas excepciones, mis investigaciones sólo recibieron facilidades.
Respecto a mi trabajo en Propaganda Fide, cuartel general del papa rojo, la fortuna se mostró benevolente con este reportero. Merced a la inestimable ayuda de dos sacerdotes al servicio de dicho dicasterio, y cuya identidad no debo revelar, tuve la oportunidad de introducirme y recorrer sus dependencias, recabando un completo dossier sobre las actividades, horarios y desplazamientos del prelado. Todo, incluyendo croquis de su despacho, de los diferentes accesos, de las rutas habituales seguidas por su automóvil desde la Universidad Urbaniana a la plaza de España y al Vaticano, quedó minuciosamente registrado en el cuaderno naranja.
Y en el colmo de la felicidad, después de no pocas gestiones, una de aquellas mañanas era recibido por el cardenal eslovaco en persona. La entrevista, aunque breve, vino a consolidar el plan. Lomko y su secretario tuvieron cumplida noticia de mi existencia y de algunos de mis propósitos. En el transcurso de la amigable charla, mientras el purpurado accedía a estampar su firma en dos fotografías, me arriesgué a contarle un extraño sueño. Algo que, efectivamente, se había producido y que siempre he achacado a la influencia de los comentarios de los periodistas italianos con los que había conversado. ¿o quizá no?
En el sueño veía a Lomko como el futuro Papa.
Ignoro qué grado de credibilidad pudo otorgar a una ensoñación semejante. De lo que sí estoy seguro es de que mi relato no lo olvidará con facilidad.
Sibilinamente me las ingenié para obtener una imagen de aquel momento. La fotografía -con la fecha impresa en el ángulo inferior derecho-, amén de su valor intrínseco, podía suavizar mi situación frente a la Policía.
El viernes, 1 de marzo, sesenta y una de las sesenta y ocho hojas de que consta el célebre bloc naranja, aparecían preñadas de matrículas de coches-patrulla, características y número de dotaciones policiales, mapas, concienzudas descripciones de la

sede de Propaganda Fide y sus alrededores, de la residencia de Lomko, de los turnos de guardia en los diferentes accesos al Vaticano, de los tiempos invertidos en el verde y rojo de los semáforos que rodean el Estado Vaticano y, en fin, todo un maremágnum de nombres, comentarios, croquis y anotaciones altamente sospechosas, que habrían hecho las delicias de los expertos en la lucha antiterrorista.

Sin embargo, si he de ser fiel a lo vivido en aquellos días, confieso que no todo discurrió según lo previsto. Por razones estratégicas -Hoffmann lo dejó muy claro-, mí detención debía tener lugar lo más cerca posible de los muros de la Ciudad del Vaticano. Nunca en el interior, pero sí en alguna de las zonas colindantes. La razón era simple. La policía romana tenía que asociar mi presencia y la documentación escrita con el seguimiento a una alta dignidad eclesiástica. Obviamente, con Lomko.

Pues bien, concluidas las comprobaciones, las oportunidades quedaron reducidas a media docena de puntos: el acceso a la estación de ferrocarril; la entrada sur, en las proximidades de la vía Aurelia; la barrera, en la explanada del Santo Oficio; la plaza de San Pedro; el Portón del Bronce; la Puerta de Santa Ana y el arco de ingreso a los Museos, en el viale Vaticano, al norte.

El jueves, 28 de febrero, así como el 1 de marzo, ensayé una primera e inocente fórmula, a lo largo de varios de los emplazamientos. Tanto en el Santo Oficio, como en la estación de ferrocarril y en la propia plaza de San Pedro, las aproximaciones a los patrulleros y las correspondientes tomas fotográficas no surtieron efecto.

Los agentes, sencillamente, me ignoraron. Y empecé a inquietarme. ¿Qué hacer para conseguir mí detención? No se trataba, por supuesto, de abofetear a la autoridad. Tampoco de faltarles al respeto o de pasearse en cueros ante sus narices. La idea era otra.

Recuerdo que en uno de esos vanos intentos, al arrodillarme frente al furgón de turno -en este caso a la sombra de la columnata de Bernini-, los policías italianos, lejos de trincar al osado, se vocearon unos a otros, posando orgullosos y sonrientes ante la cámara.

-Porca miseria!

Aquello no era de recibo.
Y el 2 de marzo me incliné por una fórmula más expeditiva.
Objetivo: la populosa Puerta de Santa Ana, guardada por los helvéticos y la consabida patrulla romana.
Hora: las 15 y 30.
Tratándose de un sábado, la vía de Porta Angélica era una gruesa corriente de paseantes. Ello adobada mis propósitos.
Dejé atrás la vía Crescenzio, emparejándome con el muro que corre hacia la referida Puerta de Santa Ana. El tráfico rodado era igualmente denso.
A cosa de veinte metros del mencionado acceso a la Ciudad del Vaticano me detuve. Al otro lado de la calzada, frente al número setenta y tres -muy cerca del cruce con Borgo Pío-, se hallaba estacionada la familiar furgoneta azul de todos los días. Conocía la placa de memoria: 53110-Roma. Pero, en esta ocasión, la acompañaba un segundo vehículo: un Alfa-Romeo blanco. Sin duda, un coche policial camuflado. Y un par de calambrazos en el estómago me previno.
Despacio, con la cámara al hombro y el bloc naranja en la mano, crucé el plomizo adoquinado, situándome a cosa de seis metros del Alfa-Romeo, al amparo del semáforo que regula la circulación en la desembocadura de Borgo Pío con la citada vía de Porta Angélica. Calma -me dije-. Examinemos la situación.
Por la acera, consumiendo nicotina y aburrimiento, paseaban dos agentes uniformados. Cuero negro. Pantalón azul azafata. Correaje embetunado, gorra de plato, sendas metralletas y, en el caso del más viejo, un rostro macizo y sospechosamente grana.
Un tercer agente -una mujer joven- permanecía en el interior de la furgoneta.
Al otro lado de la calle, junto al enrejado de Santa Ana -casi frente por frente a mi posición-, conversaban en círculo otros cuatro policías de uniforme.
Y al pie del Alfa-Romeo, dos individuos de paisano. Dialogaban gesticulando. El inspector de más edad, moreno, de estatura media y ademanes nerviosos, terminó abriendo la puerta delantera derecha, tomando el destelleante violeta y depositándolo en el techo del vehículo. Por un momento temí

que fueran a partir. La presencia de los dos secretas podía beneficiarme. Tenía que actuar con rapidez y precisión.
Verde.
El semáforo me invitó a cruzar. Pero algo me retuvo. ¿Miedo? Seguramente.
Decidí probar con la cámara. Me llevé la Nikon a los ojos y disparé hacia el portón de Santa Ana. Demasiados nervios. Demasiado lejos de los policías.
Y ocurrió lo inevitable. El incesante flujo de viandantes terminó por empujarme, obligándome a pasar al otro lado.
Bien. Sólo tenía dos opciones. o continuar la marcha o intentarlo. Y como un autómata, apretando las mandíbulas, me incliné hacia el Alfa-Romeo, fotografiándolo por su parte posterior. La estrechez de la acera me obligó a situarme a poco más de cincuenta centímetros del turismo. A mi espalda, la gente desfilaba sin cesar o se detenía curiosa ante los escaparates de un comercio de recuerdos y cambio de moneda. Sin saberlo, el dueño de dicho establecimiento jugaría un papel decisivo en los dos minutos siguientes.
Recuperé la verticalidad. Bajé la cámara y con la vista aparentemente perdida en el siena de los muros vaticanos, esperé alguna reacción. Nada.
La adrenalina se encrespó.
Retrocedí hasta la pared y encarcelé los vehículos en el cómodo objetivo. El 24 me regaló una comprometedora imagen.
Uno de los uniformados -el cara de rubí- reparó en mí. Nos miramos.
Tranquilo, me ordené.
Mi rostro, sombreado por un miedo que empezaba a galopar, debió de confundirle.
Dudé. ¿Disparaba por tercera vez?
Los inspectores, de perfil y recostados en el flanco derecho del coche, no se percataron de la proximidad de aquel extraño turista, empeñado en fotografiar algo tan absurdo y sospechoso como unos coches-patrulla.
¡Mierda!
El del mapa vinícola en el rostro se desentendió, dándome la espalda.

No me dejaron otra alternativa. Olvidé la cámara y abrí el bloc. Y con una frialdad que aún me asusta procedí a anotar las placas, modelos, colores de los coches, número de agentes y características de sus armas. Todo ello con un subrayado especial y una nota marginal con la hora, el día y el lugar.

Percibí mi propia palidez. Las piernas me temblaban. Pero, rizando el rizo, cerré el cuaderno, alejándome dos o tres pasos, hasta situarme a la altura de la furgoneta. Allí, inmóvil, de espaldas a los policías, imaginé una voz, una mano en mi hombro, el cañón de un arma en los riñones… Nada.

¿Será posible?

Y la rabia atropelló al miedo. Di media vuelta. El cara de grana se había desplazado hasta la puerta de la casa de cambio. Conversaba plácidamente con un individuo enjuto, de grotesco postizo pelirrojo y facciones macilentas y afiladas. Parecían conocerse.

Planté el pie derecho en el parachoques trasero de la furgoneta y, apoyando el bloc en la rodilla, volví a garrapatear sobre el papel. La verdad es que no supe qué escribir. Simulé un especial interés por el interior del vehículo. Cada tres o cuatro segundos alzaba la vista. Observaba los asientos y el atractivo perfil de la mujer policía y retornaba al cuaderno, apuntando.

La arriesgada maniobra se prolongó un minuto, aproximadamente.

Nada.

Desalentado, di carpetazo a la provocación, encaminándome hacia la Ciudad Leonina.

Confuso, traté de ordenar las ideas.

¿Qué estaba pasando?

Tres días de fracasos me obligaba a replantear la situación. Era preciso…

Las atormentadas reflexiones fueron canceladas bruscamente.

A treinta metros de los coches policiales, alguien tocó mi brazo izquierdo.

Al volverme, la estampa que se dibujó ante mis ojos duplicó mi confusión.

El joven inspector, alto, rubio, con la americana abierta y el dedo pulgar derecho enganchado en el cinto, me mostraba una billetera abierta. Fijé la mirada en las liras, sin comprender. Era

absurdo, lo sé, pero, en un primer momento, imaginé que deseaba cambiar dólares. La estúpida ocurrencia se desvaneció al punto. El inexperto detective se apresuró a corregir el fallo. Y, recurriendo a la mano derecha, extrajo su credencial de entre los billetes. Una pequeña tarjeta verde plastificada.
Acompáñeme, por favor.
Y un fuego voraz prendió en mis entrañas.
¡Al fin!
Pero lo peor estaba por llegar. De acuerdo con lo planeado, a partir de esos instantes, tenía que hacer acopio de toda mi sangre fría. Era vital que fuera conducido a las dependencias policiales y sometido a interrogatorio. El esfuerzo no podía quedar reducido a una reprimenda.
Atendí gustoso la sugerencia. E, increíble y misteriosamente, el árbol de los nervios dejó de agitarse.
Discretos, sin perder la compostura, la pareja de inspectores inició un rápido sondeo:
¿Qué ha apuntado usted en el bloc?
La mujer policía salió de la furgoneta, uniéndose al cara de rubí y al tercer agente. Y me rodearon, encajonándome entre los dos vehículos.
Con una farisea extrañeza pintada en los ojos fui respondiendo a las preguntas. Ahora me asombra mi propio desparpajo. ¿o debería calificarlo de cinismo?
Lo cierto es que el asunto del bloc me interesaba sobremanera. Ése era el camino. Y comprendí igualmente que la información sólo podía provenir de alguien ajeno al grupo policial. Si cualquiera de los detectives me hubiera sorprendido escribiendo, la intervención habría sido fulminante. Y en mi cerebro cuadró la escena de la conversación entre el cara de grana y el cara de rata. Tenía gracia. Al final, mi detención había sido propiciada por un confidente.
Documentación.
Los secretas empezaron a pisarse las preguntas.
Bien. La táctica de responder con la verdad -o con mi verdad-dio resultado: no me creyeron.
¿Periodista? ¿Una novela?
Observé de reojo al más viejo de los uniformados. Retrocedió y examinó mis ropas. Afortunadamente iba de corbata...

En la puerta del comercio de souvenirs, el individuo del peluquín asistía a la escena con malsano regocijo. Obviamente no podía imaginar hasta qué extremo le estaba agradecido. Algunos transeúntes, perplejos, miraban y hacían cábalas.
Pasaporte.
Al verificar que las serenas explicaciones coincidían con lo reseñado en los documentos, los inspectores, desconfiados, exigieron el bloc.
Me felicité. Mi radiante sonrisa, sin embargo, no gustó. Me hice cargo. Tanta presencia de ánimo no resultaba aconsejable. Convenía practicar la astucia y contribuir -aunque fuera mínimamente- a fraguar sus lógicas dudas. Se imponía cometer algún error. Permanecí atento.
El más veterano de los detectives hojeó el cuaderno. Sentí un escalofrío. La trampa estaba servida.
La agente, siguiendo instrucciones, se encerró en la furgoneta, solicitando confirmación -supongo- sobre la identidad de aquel extranjero.
Y el resto de los policías -dominado por un progresivo y lamentable aturullamiento- continuó con el fuego graneado de las preguntas. Ante mi propia perplejidad tuve que solicitar un poco de orden, a fin de replicar adecuadamente.
Tal y como esperaba, el detective no tardó en localizar un sinfín de anotaciones que le hicieron palidecer. Y me preparé.
Le vi aproximarse a la radio del Alfa-Romeo y hablar -imagino- con la central o con sus superiores. De vez en cuando bajaba la vista hacia el bloc naranja, leyendo el contenido de algunas de las hojas. A pesar del hosco tono que empezaba a teñir el improvisado interrogatorio, en una de las transmisiones acerté a escuchar los números de una de las placas. El inspector solicitó información. Y la obtuvo, naturalmente. La matrícula en cuestión pertenecía a uno de los furgones, habitualmente estacionado en la plaza de España, a escasos metros de la embajada de mi país: Polizia. A2279.
La capacidad de asombro del detective se desbordó. Y no le quito razón.
Un minuto después, tras aflojarse el nudo de la corbata, reclamó a su lado al de la billetera. No fue difícil adivinar el tema de conversación.

Al retornar, las manos del veterano temblaban ligeramente. La mirada del rubio se endureció. Y las preguntas se agriaron.
El cebo funcionó.
¿Por qué ha escrito estas placas policiales?
¿Qué significan los croquis?
¿Le interesa el armamento de la policía?
¿De verdad es usted novelista?
¿No sabe que está prohibido anotar las matriculas de los coches-patrulla?...
Imposible controlar aquella avenida de interrogantes. Agentes e inspectores se disputaban las preguntas, despreciando las respuestas. En el fondo, poco importaba. Mi suerte estaba decidida. Un tercer vehículo policial se hallaba en camino.
¿Español? ¿Dónde vive? ¿Cuál es su paradero en Roma?
Vi abierto el cielo. Cabía la posibilidad de que captaran el fallo. Y al dar el nombre del hotel, equivoqué la dirección. El inspector de más edad cruzó una significativa mirada con el cara de rubí. Y éste, buen conocedor de la zona, le respondió con un guiño. Pensaron que mentía.
Abra la chaqueta. Saque sus pertenencias...
El intencionado error puso las cosas en su sitio. Es decir, donde yo deseaba.
Y el cara de grana -ante los atónitos viandantes- procedió a cachearme.
Nada -musitó decepcionado.
La agente se unió al grupo. Hizo un aparte con el detective que controlaba el bloc y le susurró algo al oído.
La cámara, por favor.
Dócil, entregué la Nikon. La mujer se hizo cargo de ella y siguió observándome con curiosidad. Sostuve su mirada.
¿Qué ha fotografiado usted?
Sonreí divertido. Y, señalando a la joven -de muy buen ver, por cierto-, cometí la imprudencia de soltar una frivolidad.
Monumentos.
Los detectives se revolvieron nerviosos. Uno de ellos, por lo bajo, tuvo un recuerdo para mi santa madre.
Lomko...
El que consultaba el cuaderno me exigió que aclarara el porqué de los planos de Propaganda Fide y de la casa del cardenal.

¿Un qué...?
Había entendido, pero se lo repetí encantado.
¿Un secuestro?
Me encogí de hombros. Y aticé la hoguera.
No pienso explicárselo de nuevo.
Para los policías, a pesar de la lógica de mis argumentos, todo encajaba. Y ante la sola idea de haber pescado a un terrorista, su celo alcanzó niveles muy meritorios. Es justo reconocerlo. Eran buenos profesionales. Nadie puede culparlos. ¿A qué clase de loco se le podía ocurrir una maquinación como aquélla?
La palabra secuestro, como digo, los rebasó. Y durante cuatro o cinco minutos, el interrogatorio se transformó en un manicomio. A excepción de la joven agente -que continuó muda-, el resto se enzarzó en un tiroteo de preguntas a las que, hábilmente, me negué a responder. Temí que me esposaran. Allí mandaban todos. Y conforme al más puro estilo italiano, los cuatro se arrugaban el derecho a opinar y a sacar conclusiones, saltando por encima de las voces y los criterios del prójimo.
El arribo de un tercer vehículo policial terminó privándolos del animado festejo. Y, aprovechando el súbito enmudecimiento de sus colegas, la bella policía dejó caer un comentario que agradecí y repudié a partes iguales.
Estamos exagerando. Como escritor, tiene derecho a reunir la documentación que estime conveniente...
Ninguno de los presentes secundó la tímida defensa. Y al tiempo que entraba en la parte posterior del patrullero, le hice un guiño, reconociendo su ayuda. La mujer, que se sentaría a mí lado, acompañándome durante toda la aventura, se convertirla en una tenaz partidaria de mi inocencia. De no haber sido por el uniforme le hubiera estampado un par de besos...
16 horas y 30 minutos.
El viaje hasta la comisaría del Borgo, en la plaza de Cavour, fue breve y silencioso. Ninguno de los tres agentes uniformados que me custodiaban abrió la boca. La policía, curiosa, se dedicó a repasar los documentos que le habían sido encomendados: pasaporte, carnet de Prensa, el cuerpo del delito -es decir, el bloc naranja-, una oportunísima carta de la embajada de España cerca de la Santa Sede, firmada en la mañana del día anterior (1 de marzo) por el -consejero, José Eugenio Salarich y

que debía servirme de carta de presentación ante el doctor Pietrángeli, director de los Museos Vaticanos y la credencial de la Sala Stampa.

A las 16 horas y 40 minutos, el plan entraba en su recta final. El objetivo estaba prácticamente consumado.

A partir de mi irrupción en las dependencias policiales, todo dependía de la suerte, de mis reflejos y capacidad de resistencia. Era consciente del grave riesgo que corría. Si mi versión no prosperaba -posibilidad perfectamente verosímil-, las consecuencias podían resultar harto desagradables. Los que conocen el mundo policial entenderán hasta qué punto tengo razón... No conviene olvidar que en aquellas fechas la situación internacional -con la guerra del Golfo- y la muy particular del Vaticano, con las amenazas hacia la persona del Papa, mantenían en estado de alerta a los servicios antiterroristas italianos y de media Europa.

La presión ejercida por los cinco inspectores que me interrogaron durante tres interminables horas se hallaba justificada. E insisto: no los culpo. Cumplieron con su deber Y en líneas generales lo hicieron con respeto y sin malas maneras... afortunadamente para mí.

Y aunque el cuasi tercer grado -no puedo negarlo- me hizo tambalear en más de uno y de dos momentos, al menos discurrió con orden y concierto. El caso fue dirigido por una inspectora. Y el cuaderno naranja, naturalmente, volvió a circular de mano en mano, siendo escrutado con lupa. Las trampas funcionaron como un reloj. Los nombres de los periodistas, astutamente deslizados entre la documentación, actuaron como cargas de profundidad, resquebrajando las iniciales hipótesis de la policía.

En mi presencia -y a mis espaldas-, los funcionarios llevaron a cabo las oportunas llamadas telefónicas. Que yo sepa, las consultas se centraron en Doménico del Río, Gian María Vian, Paloma Gómez Borrero, embajada española, mi editorial en España y, naturalmente, los respectivos archivos policiales italianos y españoles.

El hueso más duro de roer fue el jefe de turno. En sus constantes apariciones en la sala en la que fui interrogado, el comisario no cesó de recriminarme, reprochando, incluso, a sus

hombres la excesiva benevolencia desplegada hacia aquel sospechoso. El agrio talante y los amenazadores gestos no gustaron a nadie. Y a pesar de la impecable oposición de la inspectora -abrumada por las pruebas y testimonios de los consultados-, llegué a temer lo peor. Aquel individuo -quizá desairado ante mi imperturbable seguridad- parecía empeñado en

encerrarme o, lo que era más preocupante, en recluirme en un centro psiquiátrico. Su principal argumento -repetido hasta el aburrimiento- no admitía réplica ni negociación:

Un escritor no necesita datos reales para construir una novela.

Después de dos horas de martirio, harto de gritos y estupideces, opté por plantarle cara. Me levanté de la silla y, arriesgándome, le increpé a un palmo de la congestionada cara:

¿Es usted escritor?

Desconcertado, no reaccionó a tiempo. Y antes de que acertara a contraatacar remaché sin vacilación:

Entonces, por favor, no juzgue a la ligera. Usted es policía. Limítese a las pruebas. Puede que tenga razón en una cosa: quizá he cometido una ligereza al escribir las placas de los vehículos policiales. Táchelas. Pero antes, dígame: ¿qué ley prohibe tomar nota de unas matrículas públicas?.

¿Y qué me dice del armamento? ¿También es necesario para su novela?

Para un enfermo del dato, como yo, por supuesto.

Alguien le ofreció un cigarrillo, buscando la distensión. Los dedos temblaron. Y la úlcera de estómago se asomó a las cetrinas facciones, retorciendo la sonrisa.

¿Un enfermo? Usted es un descarado...

Acertó.

Lo que usted quiera -admití-. Pero nunca un terrorista.

Eso está por ver -clamó amenazador.

Eso está visto -me apresuré a corregirle-. ¿Cree que si lo fuera habría sido tan torpe como para echarme encima de la policía?

Los inspectores intervinieron, apuntándose a mi tesis. Y el pertinaz comisario, abandonado, se replegó momentáneamente. Y sin la menor caridad disparé a la línea de flotación.

Piense bien lo que va a hacer. Ya veo los titulares de los periódicos: Escritor detenido en Roma. La policía le confunde con un terrorista.
Sus ojos detectaron el peligro. Sabía que hablaba con razón. Mis colegas -alertados por los inspectores- estaban en el asunto.
¿Desea ver su nombre mezclado en tan enojosa equivocación?
La andanada le desencuadernó. Y los funcionarios, con una mal disimulada bellaquería en los semblantes, aguardaron. Acarició nervioso la culata del revólver que colgaba del cinto e, inteligentemente, se retiró, dejando una estela de imprecaciones.
El espinoso pero necesario lance abrevió el calvario.
Hacia las seis, por puro formulismo, fui conducido al coche-patrulla y trasladado al hotel. Y en mi habitación, en presencia de los agentes, tuve que recabar nuevas pruebas de mi inocencia: la agenda, con un sinfín de nombres que podían avalarme, libros, documentos...
De regreso a la comisaría, uno de los policías -convencido de mi condición de escritor- se atrevió a bromear:
¿Piensa incluirnos en su próximo libro?
La batalla tocaba a su fin.
Y tras redactar un parte al que no tuve acceso, fotocopiar mis documentos -incluida la carta de la embajada- y censurar con tinta azul cuantos apuntes creyeron convenientes, decidieron ponerme en libertad. Al despedirme sentenciaron: ¡Atento! Y dé gracias a que esto le haya ocurrido en Italia...
Sí -repliqué para mis adentros, sin descuidar una fingida sonrisa de agradecimiento-, esto sólo es posible en Italia...
En la puerta, al entregarme la cámara, la hermosa agente uniformada me devolvió el guiño.
Y a las 19 horas y 30 minutos -exhausto- me perdía en la oscuridad de la noche romana, a la búsqueda de un whisky doble.
Hoffmann podía darse por satisfecho. En cuanto a mí, espero y deseo no tener que repetir la experiencia.
Como era previsible, el resto de la estancia en Roma fue estrechamente controlado por los servicios de Información. No me inquietó. Al contrario. Este tipo de juego me fascina.

A la mañana siguiente, domingo, mientras deambulaba por una soleada y concurrida plaza de San Pedro, dos individuos jóvenes -excesivamente ingenuos- se convirtieron en mi sombra. Hubiera sido fácil despistarlos. Pero no tenía objeto. De acuerdo con lo planeado, con el fin de no levantar sospechas innecesarias, servidor debía reanudar sus investigaciones, prolongándolas un tiempo prudencial. Ello calmaría los ánimos de la policía, convenciéndola de mis honestas pretensiones.
Y me alegré de haber adoptado precauciones al abandonar el hotel. Esa misma noche, al retirarme a descansar, comprobaría que el seguimiento se estaba desarrollando en todos los frentes posibles. Y me pareció lógico y natural.
Fue suficiente una inocente y vieja estratagema para poner al descubierto la verdadera misión de aquellos dos supuestos turistas.
Recostado en el obelisco egipcio que puja por minimizar a Bernini, seleccioné la víctima.
Oleadas de peregrinos eran liberadas desde los autocares, provocando el corto vuelo de las palomas y el voraz zigzagueo de los vendedores y fotógrafos ambulantes.
Sombrero blanco. De ala ancha. Chaleco rojo. Algo más de sesenta años. Viejo zorro, sin duda. Aquél era el hombre.
Y, abordándole, le rogué que me retratara. Y el tal Savelio, cumplido el ceremonial de la adulación al cliente, hizo su trabajo, inmortalizándome con la basílica y el Palacio Apostólico como fondo. Aboné las 48 000 liras sin discusión, fijando la entrega para el miércoles. Y sorteando monjas y japoneses, fui a confundirme entre el gentío, a la espera de acontecimientos.
A los dos minutos, el fotógrafo era interceptado por los turistas. Dialogan. El del sombrero se resiste. Pero, más sabio por viejo que por diablo, cede. Entrega la película y se aleja. Se detiene. Gira sobre los talones. Dibuja un círculo. Lógicamente no me localiza. Y, encogiéndose de hombros, reanuda la caza del incauto visitante.
Mi ficha policial está completa.
Y al atardecer, al penetrar en la 108, las pueriles medidas tomadas al abandonar la habitación confirman lo ya sabido. El registro, aunque cuidadoso, ha dejado un rastro...

Cuarto de baño. La papelera ha sido inspeccionada. Las colillas y la ración de ceniza, cuidadosamente depositadas en la cima de una bolsa de plástico que llena el recipiente, aparecen en el fondo.
La montaña de libros, papeles y periódicos -único paisaje del modesto dormitorio- también presenta signos de trasteo. Una de las señales es abrumadora. Una pequeña hoja, con teléfonos, previamente escondida entre las páginas 100 y 101 del Lázaro de Morris West, se ha escurrido al zarandear el libro. Cuando el individuo terminó de anotar los números no supo dónde restituir el papel. Y lo hizo al azar, entre la 286 y 287.
Maletas, ropas y zapatos no se libraron tampoco del acoso. La trampa, dispuesta en el bolsillo superior de una de las camisas, habla por sí sola. El cebo: un plano del metro de Roma, plagado de inútiles anotaciones marginales. Los dientes del cepo: el botón de dicho bolsillo. Una vez abrochado, se procede a soltar el hilo que lo sujeta a la tela, dejándolo prácticamente al aire. Cuando el intruso registra la prenda, el botón se desprende, rodando por el piso.
Pero la diversión terminaría cinco días después. Rematada la misión, un Boeing 727 me arrancaba de Fiumichino. A las 12 horas, 46 minutos y 15 segundos de aquel 8 de marzo, el comandante Jáudenes -viejo amigo- hacía volar el Aragón, rumbo a la ciudad de Barcelona. Sólo entonces me sentí a salvo. Relativamente a salvo...
El capitán de Homicidios cerró el manuscrito. Aquello sí era comprobable. Bastaba con revisar los archivos de la comisaría del Borgo, en la plaza de Cavour, para despejar la incógnita. ¿Había existido el tal Sinuhé? ¿En verdad se produjo la detención? Nombres, fechas y documentación parecían confirmarlo.
Y retornando al texto prestó atención al siguiente párrafo, escrito en rojo:
Permítame un inciso. Tras la lectura de este informe quizá Su Santidad comprenda por qué las autoridades italianas desestimaron la secreta petición de la Santa Sede, para que se abriera una investigación que aclarara la hipotética suplantación de uno de sus más prestigiosos y queridos cardenales.

Cuando se comprobó que la fantástica historia figuraba en los anales policiales de Roma como una lamentable confusión, protagonizada en su día por un escritor extranjero, el asunto fue relegado, recibiendo el calificativo de excentricidad papal.
Rossi, aturdido, no entendió el significado de la misteriosa aclaración.
¿Suplantación de un cardenal? De acuerdo con lo narrado en el libro rojo, sólo podía tratarse de Jozef Lomko. Pero ¿cómo lo habían logrado?
E, impaciente, avanzó por el nuevo capítulo.
Hoffmann aguardó. Cuando la noticia de la detención de Sinuhé vio la luz en los medios informativos, sólo entonces puso en marcha el arriesgado final de Gloria Olivae. Un final aparente...
Veamos lo acaecido a partir de aquel lunes, 1 de abril.
Un total de once agentes -alemanes e italianos-, los mejores en su especialidad, se responsabilizaron de las tres operaciones, casi consecutivas, que debían propiciar el gran objetivo: la renuncia del Papa.
Excepcionalmente, el coronel se trasladó a Roma, dirigiendo personalmente los trabajos.
La primera de las acciones se centró en Lomko.
17 horas y 45 minutos.
El cardenal, al volante de un Kadet-135 blanco -SCV118-, es saludado por la Guardia Suiza, a su paso por la Puerta de Santa Ana. Viaja solo. Hacia las seis despachará con el Pontífice, en una de sus habituales reuniones como prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. La entrevista -si discurre con normalidad- se prolongará entre veinte y treinta minutos.
18 horas y 15 minutos.
Una ambulancia blanca -Fiat Ducato (Roma-50072R)se estaciona en el aparcamiento reservado a las embajadas de Ecuador y Polonia cerca de la Santa Sede, frente al 16 del Borgo Santo Spirito, a cincuenta metros del cruce con la calle Santo Uffizio.
Oscurece con rapidez.
Los dos ocupantes descienden de la cabina. Uno comprueba la dirección. El otro dirige una mirada a la calzada. A su derecha, a veinte metros, pegado al muro y pisando las bandas del paso

cebra que cubren los ocho metros de pavimento, se encuentra aparcado un camión de mudanzas, de mediano porte. Sobre el amarillo y azul de la caja destacan unas letras: Fiasco-Quondam-Carlo. Tiene las luces apagadas.
A su izquierda, al final de la acera, recortándose contra el exterior de la solemne columnata de Bernini, un anciano conversa animadamente con un policía uniformado. El viejo sujeta a un tranquilo pastor alemán. Durante unos segundos, el enfermero calibra el tráfico rodado que fluye por el Santo Uffizio, procedente de Ciudad Leonina y de la vía de la Conciliazione.
Intenso. Roma en pleno parece huir con la caída de la tarde.
A esa misma hora, una segunda ambulancia -PIC-064-, también blanca, con una franja amarilla que la abraza a media altura, frena cautelosamente en el lateral izquierdo de la mencionada vía de la Conciliazione, a la altura del hotel Columbus. Permanece con el motor en marcha. Desde el interior, chofer y acompañante inspeccionan los alrededores, prestando especial atención a una pareja de policías que pasea bajo los arcos del edificio de la Sala Stampa, muy cerca de la plaza de Pío XII. Todo parece tranquilo. Al fondo, la imponente silueta de la basílica vaticana cede ante el crepúsculo y se adorna en negro. Una grúa, con la firma Mariani (SNC), se sitúa detrás de la ambulancia.
Los ocupantes abren sendos periódicos y disimulan, matando una espera que, en principio, promete ser corta.
18 horas y 17 minutos.
Conductor y ayudante de la Fiat Ducato consultan sus relojes. Es el momento. Y decididos penetran en el edificio, sede de las referidas embajadas.
¿Un enfermo?
El funcionario polaco no acierta a comprender. Los servidores de la ambulancia muestran el aviso.
¿Hospital del Niño Jesús?
La confusión crece. Nadie sabe nada. Nadie ha telefoneado solicitando dicho servicio. Los enfermeros simulan un lógico y justificado disgusto. Se impacientan. Consulta al responsable de la embajada. Los polacos tratan de mantener el orden. La presencia del funcionario jefe sólo contribuye a caldear los

ánimos. Los de la ambulancia protestan. Deciden telefonear al hospital.
18 horas y 20 minutos.
Un coche-patrulla azul -Roma-8090-, procedente de la plaza del Risorgimento, conecta los intermitentes derechos y, suavemente, se monta sobre la acera de la vía de Porta Angélica, a cuatro metros de la gran cancela de la Puerta de Santa Ana. La Guardia Helvética da por hecho que se trata de uno de los acostumbrados patrulleros que vigilan el perímetro vaticano.
Al otro lado de la calzada, junto a la habitual furgoneta policial estacionada frente a la tienda del rata, tres policías fuman sin cesar, más atentos a sus pensamientos que a lo que les rodea. Uno de ellos -el cara de grana- observa aburrido la maniobra del coche-patrulla. La oscuridad le impide identificar a los compañeros. Y prudentemente -en previsión de que alguno de los recién llegados pudiera pertenecer a la oficialidad- decide acercarse.
Los policías le ven llegar. Cuentan con ello. El conductor baja el cristal. Se saludan. Y el cara de rubí, advirtiendo la graduación del segundo uniformado, se cuadra al instante, dando las nulas novedades. Aturdido ante la inesperada presencia del oficial, retorna a su puesto, sacudiéndosela molicie.
18 horas y 21 minutos.
La embajada polaca cerca de la Santa Sede confirma el aviso.
Desconcertados, sólo aciertan a pedir disculpas. Obviamente se trata de un error o de una broma de mal gusto. Los conductores de la ambulancia abandonan las dependencias, visiblemente malhumorados. Al despedirse solicitan permiso para permanecer aparcados en la zona reservada a las embajadas.
Será cuestión de minutos. Quizá el aviso proceda de la embajada de Ecuador...
No hay problema.
Uno de los enfermeros se introduce en la ambulancia. El otro pulsa el timbre de la sede ecuatoriana. La embajada -lo sabe muy bien- se halla cerrada. Pero insiste, ganando algunos segundos.
18 horas y 24 minutos.

Alguien pide paso en el walkie que sostiene el chofer del patrullero recién aparcado junto a la Puerta de Santa Ana.
-Olivo uno. Aquí Olivo cero. ¿Me recibes? Cambio.
-Afirmativo. Aquí Olivo uno. Cambio.
-Papa rojo se mueve. Rueda ya por Belvedere. Cambio.
-Recibido. Cambio y cierro.
El conductor entrega el transmisor al superior. Pone en marcha el motor y retrocede con prudencia, situando el vehículo sobre el adoquinado, en paralelo con la acera y al filo del portón vaticano. El cara de rubí respira aliviado.
El oficial abre la comunicación.
-Olivo dos. Aquí Olivo uno. Cambio.
Los ocupantes de las ambulancias escuchan la voz, en alemán, del comandante de la policía. Guardan silencio. Y otro tanto sucede en la cabina del camión de mudanzas y en la grúa.
-Olivo uno. Te recibo. Aquí Olivo dos. Cambio.
El tronar de los motores en el primer tramo de la calle Santo Uffizio dificulta la recepción procedente del coche-patrulla. Y el agente que charla con el anciano del perro pega el walkie a la oreja.
-Olivo uno... Adelante. Cambio.
-Aquí Olivo uno. Papa rojo se mueve... Cambio.
-QSL... Recibido. El olivar tranquilo... y dispuesto. Cambio y cierro.
Y el uniformado echa mano a la gorra, alzándola sobre la cabeza.
La señal.
El conductor de la Fiat Ducato, recién incorporado a la ambulancia, arranca el vehículo. Y permanece atento al guardia y al anciano.
En la cabina del camión, dos individuos con monos azules se preparan. El motor ruge. Los faros iluminan los treinta últimos metros del Borgo Santo Spirito y la esquina en la que siguen parlamentando el viejo y el destocado agente.
La doble corriente de automóviles -que rueda desde Conciliazione y Ciudad Leonina- se remansa a disgusto en la boca de Santo Uffizio. Velocidad media: alrededor de 60 kilómetros.
18 horas y 26 minutos.

El oficial del patrullero desciende del vehículo. Camina cinco pasos y se detiene en el centro del umbral de la Puerta de Santa Ana. El joven suizo de gorra y capote azul oscuro está a punto de saludar. Pero la proximidad de un automóvil, a su espalda, le hace dudar. Se vuelve hacia la luz del Kadet y, al percatarse de la matrícula -SVC-, retrocede, cediéndole el paso. Se cuadra y el prelado le corresponde con una sonrisa. Lomko viaja solo.
El centinela se extraña. El comandante de la policía italiana ha desaparecido.
El cardenal, extremando la prudencia, frena al borde de la calzada. El semáforo de Borgo Pio -frente por frente- acaba de abrirse. Y un furioso tropel de romanos irrumpe en Porta Angélica, dividiéndose veloces a derecha e izquierda. El papa rojo no tiene prisa. Regresa a su domicilio, en los jardines de la Universidad Urbaniana. Prefiere esperar.
Lomko mira a su izquierda. Un coche-patrulla, a dos metros, le resta visión. Se ajusta el solideo y, mecánicamente, levanta la vista hacia el espejo retrovisor. Un par de focos se aproxima por la vía de Belvedere.
-Atención. Olivo uno llamando a Olivo tres. Cambio.
El chofer del camión de mudanzas responde al patrullero.
-Aquí Olivo tres. Te recibo. Cambio.
-Papa rojo inmóvil. Papa rojo vacío... Cambio.
-De acuerdo. Repito. QSL. Seguimos a la escucha. Cambio y cierro.
Cincuenta y dos segundos. El semáforo cambia a rojo.
18 horas y 27 minutos.
Lomko acelera. Pero duda ante la cercanía del coche policial. Frena. El chofer del patrullero reacciona. Le envía un par de ráfagas luminosas y el eslovaco comprende y agradece la deferencia. El Kadet enfila los ochenta metros que le separan del arco de vía Angélica.
El oficial suelta una imprecación. El coche-patrulla se clava en el pavimento. El vehículo que seguía a Lomko, procedente también del Vaticano, se cruza en su camino.
El uniformado pisa a fondo y adelanta al inoportuno sacerdote que no ha respetado el paso. Maniobra hábilmente y alcanza al cardenal. El cura, temeroso, reduce la velocidad y se distancia del patrullero.

El semáforo del arco está abierto. El prelado aprieta la marcha. Sabe que ese disco es breve. El coche-patrulla -a tres metros del Kadet- mantiene el gas. Conocen la duración del verde mejor que el prelado: treinta y cuatro segundos.
-Aquí Olivo uno. Entrando en Ciudad Leonina. Atención a todo el olivar. Velocidad: sesenta. A doce segundos para reunión. Atención Olivo dos. Cambio.
-Recibido. Aquí Olivo dos Preparados. Cambio y cierro.
18 horas, 27 minutos y 15 segundos.
El Kadet inicia la curva de la columnata de Bernini. Se dispone a rodear la plaza de San Pedro. Lomko desvía la mirada hacia la izquierda. El tráfico que fluye desde Conciliazione le obliga a aminorar.
-¡Atención!...
La voz del oficial da vida al walkie del policía. El brazo izquierdo continúa desmayado a lo largo del cuerpo. La gorra se agita nerviosa contra el muslo.
-Aquí Olivo uno. A ocho segundos para reunión. Dejo atrás a papa rojo. Prevenidos. Cambio y cierro.
El patrullero se abre. Acelera y adelanta a Lomko. El comandante toma el destelleante violeta y el imán lo fija al techo del automóvil. La intensa luz gira, asustando al cardenal. Frena instintivamente. Pero el coche policial se mantiene a idéntica distancia.
18 horas, 27 minutos y 23 segundos.
El anciano, al divisar el piloto policial, tira de la correa. El pastor alemán obedece. Y lentamente se aventuran por el paso de peatones señalizado en Santo Uffizio, a la altura del 28 del Borgo Santo Spirito. Tratan de ganar la negra y solitaria columnata de Bernini. En total: veinte metros.
Olivo dos también ha visto el destelleante. Se aproxima entre una compacta masa de vehículos. Distancia: alrededor de cincuenta metros.
El policía, con la gorra en la mano, sigue los pasos del viejo.
Destelleante a treinta metros.
El anciano se detiene. Apenas ha conquistado un tercio del paso cebra. Los automovilistas le ignoran. Velocidad media: sesenta.
Destelleante a diez metros.

Olivo dos se empareja con el anciano. Y vuelve a cubrirse con la gorra.
El camión de mudanzas comienza a desplazarse. En tres segundos ocupa el centro de la calzada, inmovilizándose sobre las ocho franjas blancas del cebra. El chofer sujeta el volante con decisión. Y obliga al motor, haciéndole runrunear.
Olivo dos toma al viejo por el brazo. Con la mano derecha ordena a los conductores que prosigan.
El patrullero frena en el límite del paso de peatones. Y anciano y policía saludan a los gentiles ocupantes, reanudando la marcha hacia la columnata.
El Kadet del cardenal se ha detenido a cincuenta centímetros del coche-patrulla.
18 horas, 27 minutos y 30 segundos.
El pesado transporte amarillo y azul suelta el embrague y se lanza por la suave pendiente que remata la calle del Borgo Santo Spirito. En la treintena de metros que le separan del Kadet no rebasa los treinta kilómetros por hora. Es suficiente.
Cinco segundos después impacto con estruendo contra la puerta posterior izquierda del coche de Lomko. Y el turismo es desplazado y emparedado entre el camión y los cuatro escalones de acceso a la columnata. Los cristales estallan.
18 horas, 27 minutos y 33 segundos.
Aparente confusión. Anciano y perro desaparecen en las tinieblas de la plaza de San Pedro. Olivo dos se precipita hacia el cardenal.
La ambulancia estacionada frente a las embajadas dispara la sirena y el también destelleante morado. Y acude al lugar del siniestro, emparejándose con el patrullero.
El conductor del camión salta de la cabina y ayuda a olivo dos. La puerta de Lomko se ha desencajado. Al segundo tirón se abre. El prelado, atónito, no ha tenido tiempo de reaccionar. El hombre del mono azul lo saca sin contemplaciones. El comandante y su chofer se sitúan al otro lado del transporte de mudanzas, impidiendo que los desconcertados automovilistas se aproximen y curioseen. Piden calma.
Olivo dos colabora en el vertiginoso rescate de Lomko. Y en el caos derrama una ampolla con sangre sobre la cabeza del

aturdido cardenal. El líquido corre por rostro y ropas. Lomko no se percata de la argucia y palidece.
18 horas, 27 minutos y 43 segundos.
Los enfermeros introducen al prelado en la ambulancia. No hay resistencia.
El camión retrocede. Olivo dos sube a la cabina. Y el chofer del mono azul esquiva el coche-patrulla, alejándose por la solitaria Santo Uffizio.
La ululante ambulancia vuela ya por la plaza del mismo nombre.
El patrullero se arrima a la columnata. Los vehículos, lenta y morbosamente, van desfilando ante el arrugado Kadet. El policía de menor graduación se hace cargo, dirigiendo el tráfico y conminando a los romanos para que no se detengan.
18 horas, 27 minutos y 50 segundos.
El oficial reclama la grúa y la segunda ambulancia.
-Aquí Olivo uno... Papa rojo duerme. Olivo cinco y Olivo seis. Vuestro turno. Cambio.
-Aquí Olivo cinco. Recibido. Soltamos al pájaro. Cambio y cierro.
Los mecánicos de la grúa esperan a que la segunda ambulancia concluya la comunicación.
-Aquí Olivo seis. En marcha hacia la jaula. Cambio y cierro.
18 horas y 28 minutos.
La grúa se estaciona delante del Kadet Los operarios descienden. Examinan los daños y enganchan el turismo.
El chofer del patrullero continúa desviando el tráfico. Un coche policial desfila por el lugar. Al comprobar la presencia de los compañeros se desentiende.
18 horas y 31 minutos.
El Kadet es arrastrado sin novedad. Y el policía uniformado retorna al coche-patrulla.
A los cinco segundos, la PIC-064 se detiene a espaldas de Olivo uno. Sólo un charco de vidrios pulverizados delata el siniestro. Y el patrullero, con el auxilio de la sirena y el faro violeta, despeja el camino, haciendo más cómoda la carrera de la segunda ambulancia.
Al abordar la plaza del Santo Uffizio, el comandante consulta el reloj luminoso colgado sobre el anuncio de Euroclero, en la acera izquierda. Acto seguido inspecciona su cronómetro. Y

tomando el walkie establece contacto con el camión de mudanzas.
-Aquí Olivo uno. ¿Me recibes, Frank? Cambio.
-Aquí Olivo tres. Afirmativo. Cambio.
-Primera fase culminada. Total: cuatro minutos. Nos disponemos a soltar al pájaro. Cambio.
-Felicidades, Olivo uno. Regresamos a base. Cambio y cierro.
Al alcanzar el semáforo que regula la circulación entre la referida plaza Santo Uffizio y el túnel Príncipe Amedeo Savoia-Aosta, el oficial imagina la cara de satisfacción del ayudante del camión de mudanzas. El mérito, en realidad, es suyo: del meticuloso coronel Frank Hoffmann...
Los doscientos metros existentes entre el escenario del accidente y el disco plantado en el límite de dicha plaza Uffizio son salvados en veinte segundos.
Semáforo en rojo. Patrullero y ambulancia optan por no abusar de la suerte. El tráfico en este nudo vial es masivo y rápido. Las sirenas enmudecen. Y esperan a que se consuman los setenta y un segundos en los que la luz permanece alambrada.
El comandante -según lo planeado- establece contacto con los enfermeros que han secuestrado a Lomko.
-Olivo cuatro... Aquí Olivo uno. ¿Me recibes? Cambio.
-Aquí Olivo cuatro en retirada hacia el Niño Jesús. Papa rojo camino de la base. Papa rojo duerme. Cambio.
-¿Problemas? Cambio.
-Negativo. Bea ti amo despejado. Cambio.
-¿Tiempo?... Cambio.
-Tres minutos. Cambio.
-QSL... Olivo uno y Olivo cinco a cuatrocientos metros del Cuarto de Socorro. Nos disponemos a soltar el pájaro. Cambio y cierro.
La primera de las ambulancias -Olivo cuatro-, siguiendo el plan de Hoffmann, había cruzado la vía Cavalleggeri, girando a la izquierda y ascendiendo por la solitaria ruta que se abre al pie de la muralla Aurelia.
A setecientos metros del nacimiento de dicha rampa, la Fiat Ducato frena en la oscuridad de una zona muerta, en una de las curvas a la izquierda. Aparcado al filo del jardincillo en el que prosperan dos cipreses adolescentes aguarda un Mercedes

negro, con las luces apagadas. En el muro destaca un grafitti de grandes proporciones: Bea ti amo.
Los enfermeros, sin pérdida de tiempo, obligan a descender al cardenal. Jozef Lomko, perplejo, interroga a los hombres de bata blanca. Nadie responde. Alguien le ata las manos a la espalda. No hay violencia. Le cubren los ojos y, resignado, es introducido en el asiento posterior del vehículo. Se le inyecta un somnífero.
Segundos después, Mercedes y ambulancia coronan la muralla. En la rotonda de Garibaldi toman rumbos opuestos.
18 horas y 33 minutos.
El falso patrullero y la PIC-064 giran a la izquierda, penetrando en el túnel de Amadeo Savoia-Aosta. Las sirenas ahogan el trueno del tráfico. Los vehículos se orillan.
Doscientos cincuenta metros más adelante tuercen de nuevo a la izquierda y se adentran en la vía Penitenzieri. Aminoran la marcha. Las sirenas languidecen y mueren.
El ingreso en el Hospital del Santo Spirito se hace discretamente.
Las puertas posteriores de la ambulancia se abren. El personal de urgencias acude presuroso. Y ante la atenta mirada de los policías, conductor y ayudante de la PIC simulan auxiliar a un maltrecho cardenal. El rostro presenta algunas magulladuras. De la sien izquierda brota un hilo de sangre.
Camina sin dificultad. Ha perdido el solideo. En la mano izquierda sostiene un portafolios negro.
El personal sanitario se sorprende:
-¡Un prelado!
Los policías explican el accidente.
Uno de los facultativos le explora. La brecha no parece muy profunda. Con unas pinzas retira algunos minúsculos cristales. Limpia la herida y la cubre. Examina los hematomas en nariz y mentón. Nada importante. La mano derecha, en cambio, aparece dislocada. Radiografías. No hay fracturas. Un vendaje a base de escayola húmeda la inmoviliza.
Las curas se prolongan durante tres cuartos de hora.
Ante la posibilidad de una lesión craneal, el médico sugiere veinticuatro horas de observación. El cardenal se niega. Insiste en que se encuentra perfectamente y agradece las atenciones.

Se instruye el obligado parte y, ante la tozudez del herido, el doctor se encoge de hombros.
El oficial del coche-patrulla se brinda a trasladarle a su residencia. Accede encantado.
Y al abandonar el hospital, el accidentado se vuelve hacia el equipo médico y suplica:
-Por favor, eviten la publicidad. Sonríen comprensivos.
19 horas y 25 minutos.
El patrullero se detiene con suavidad. El sendero de grava cruje. A su izquierda se alza una casa de dos plantas con fachada de ladrillo. Los faros iluminan una pequeña imagen de la Virgen, entronizada bajo un seto semicircular. Nueve palmeras recién podadas, a la derecha, y un airoso pino mediterráneo de quince metros, a espaldas de la Inmaculada de piedra gris, custodian la casa del cardenal en un sereno extremo de la Universidad Urbaniana.
El agente infiltrado en el hogar de Lomka espera en el portal. Otros servidores -alarmados- salen al encuentro del prelado. Los policías le acompañan al hall. La escena reviste un especial interés. Al pie del Cristo que preside el lugar, las religiosas le marean con sus lógicas preguntas. Ninguna advierte el cambio.
Comandante y papa rojo intercambien una significativa mirada.
Nuestro agente intercede en favor del herido:
-Basta de charla. Su eminencia necesita descanso.
El patrullero abandona la Urbaniana y comunica a Hoffmann el final de la operación.
Había llegado mi turno. ¿Sabría responder al entrenamiento recibido?
Y en la soledad de la habitación me apresuré a cumplir lo establecido para el final de aquella intensa jornada.
En primer lugar, la afonía.
La voz del nuevo Lomko poco o nada tenía que ver con la del verdadero. Era preciso distorsionarla, al menos durante el tiempo que durara mi representación.
Y fue elegido un sistema rápido, seguro y que, en principio, no tenía por qué levantar suspicacias: una prosaica laringitis. Para estimular la inflamación de la laringe -en especial de la mucosa- se recurrió a un spray, previamente adulterado con amoniaco. El broncodilatador debería ser utilizado periódicamente. En dos

días, la ronquera me permitió una mayor libertad de movimientos.

En segundo término, las huellas dactilares.

Aunque no era probable que la policía detectara la usurpación del eslovaco, la organización prefirió no correr riesgos.

Me desnudé y, siguiendo las indicaciones de los especialistas, deposité en la espalda una dosis de DNCB (dinitroclorobenceno) al 2 por ciento. Protegido con un esparadrapo, el líquido en cuestión tenía la misión de sensibilizarme, provocando la correspondiente alergia. Entre ocho y diez días después un molesto y antiestético eczema aparecería en las palmas de las manos, borrando las papilas de los dedos y, consecuentemente, las huellas dactilares. Con el fin de mantener los dolorosos y húmedos pozos eczemáticos, cada tres o cuatro noches me vería en la obligación de pincelar las zonas afectadas con el referido DNCB, diluido en acetona al 0,01 por ciento. Naturalmente, en un gesto de consideración hacia los que me rodeaban, tuve que usar guantes de tela.

La grave dolencia que me aqueja hizo innecesaria la ingestión de cimetidina. En condiciones normales, estas pastillas -un comprimido de 400 ing. por día- habrían tenido la misión de contrarrestar la tolerancia inmunológica provocada por el dinitroclorobenceno. Pero, como

fue dicho, lamentablemente, mis linfocitos T8 escaseaban. En cuanto al peligro de contraer un cáncer de sangre, ¿qué podía importarme?

Todo se hallaba a punto para el debut oficial. Una escenificación cuyo clímax dependía del éxito de las operaciones que estaban en curso y a las que me referiré de inmediato.

A la mañana siguiente, una llamada al padre Mínimo, mi secretario particular en Propaganda Fide, informándole de lo ocurrido, inauguraba las actividades del nuevo Lomko.

Dos días de reposo fueron suficientes para cubrir las apariencias. Esa misma tarde-noche del lunes, 1 de abril, el Kadet entraba en un taller de reparaciones, a las afueras de Roma. Veinticuatro horas después -meticulosamente rehabilitado- era estacionado en el camino de guijo, frente a la Inmaculada de piedra. Por expreso deseo de Hoffmann, la cruz gamada que afeaba la carrocería -obra de algún funcionario del

dicasterio que detestaba al rudo eslovaco- fue igualmente suprimida.
Por último, cerrando esta fase de la operación, en la madrugada del lunes al martes, dos agentes al servicio de Gloria Olivae penetraban en la consulta del dentista del papa rojo. Y las radiografías e historial del verdadero Jozef Lomko eran reemplazados por los del que acababa de suplantarle. Dado el voluminoso archivo -casi cuatro mil fichas-, resultaba improbable que el estomatólogo, en caso de requerimiento policial, pudiera memorizar las ausencias, restauraciones y peculiaridades originales, descubriendo la sustitución,
Durante este inicial y obligado encierro en el hogar de la Universidad Urbaniana tuve ocasión de probarme a mí mismo. El duro y dilatado adiestramiento dio sus frutos. Y también la minuciosa y magnífica operación de cirugía plástica. Mi comportamiento, costumbres y escasa comunicabilidad no levantaron sospechas. Hablé poco. Lo justo. Y cuando la ansiada laringitis hizo acto de presencia, todo se simplificó, brindándome, incluso, la excusa ideal para esquivar las múltiples llamadas de aquellos que -enterados del percance- se interesaban por mi salud.
Una de esas llamadas telefónicas, sin embargo, fue ineludible. Tuvo lugar en la tarde del miércoles. Procedía del Palacio Apostólico. Su Santidad, en persona, me interrogó sobre lo sucedido, congratulándose de que todo hubiera quedado en un susto. La ronquera fue una eficaz aliada. Pero no debía confiarme...
Como buen policía, con la mente programada para dudar de sus propias dudas, Rossi rechazó aquel último capítulo. No podía creerlo. Sin embargo, en lo más íntimo, reconoció que el secuestro -aunque sólo fuera como ejercicio literario- había sido ejecutado con maestría. Casi con rigor cinematográfico. Investigarlo hubiera supuesto un apasionante desafío.
E imaginando qué nueva locura le deparaba el misterioso manuscrito abordó las postreras páginas del libro rojo.
... Y Gloria Olivae siguió su curso.
Hoffmann, al recibir los informes, se sintió complacido. El falso Lomko -seguro, frío y calculador- no tardó en controlar la

situación. Y una vez conquistada y afianzada esta vital y estratégica plaza, el coronel autorizó el segundo paso.
Escenario: la basílica de San Pedro.
Este trabajo -de enorme trascendencia en el conjunto de la operación- perseguía un solo objetivo: provocar.
Los responsables del Vaticano tenían que morder el cebo. Un cebo con la suficiente ponzoña como para desequilibrarlos, obligándolos a actuar en la dirección que nosotros deseábamos. Si todo funcionaba según lo planeado, la posterior labor de los agentes infiltrados en la Santa Sede resultaría más cómoda y eficaz. Si fallábamos, Gloria Olivae sufriría un grave quebranto.
Domingo. 14 de abril.
Un total de nueve especialistas del tercer círculo entró en acción. Seis lo habían hecho en la misión precedente: el secuestro de Lomko.
Frank quiso compartir el riesgo, uniéndose de nuevo al equipo.
Como en la mayoría de las fases, el factor tiempo y la estrecha -casi matemática- coordinación eran prioritarios.
Todo empezó a las siete de la mañana...
Un sacerdote cruza los trece metros y medio del noble y fastuoso atrio de la basílica de San Pedro. Rechaza la puerta del Bien y del Mal y elige la Mediana, también llamada de Filarete. Las monumentales hojas de bronce acaban de ser abiertas. Un adormilado vigilante, perezosamente recostado en los paneles, corresponde a la protocolaria inclinación de cabeza. Y de inmediato retorna a la escrupulosa inspección de su atuendo. Palmotea sobre los hombros, eliminando la caspa que blanquea el azul oscuro del impecable abrigo. Las solapas, en rojo sangre, son igualmente adecentadas con unos nerviosos y económicos toques de los dedos.
Y el madrugador sacerdote se suma a la penumbra. La basílica está dispuesta. Miles de peregrinos y curiosos desfilarán durante las próximas once horas por sus 15 160 metros cuadrados. Ahora, sin embargo, la cruz latina se halla prácticamente desierta. El baldaquino de Bernini, la Cátedra de San Pedro, las naves menores y las paredes perimetrales del transepto y del ábside empiezan a dibujar oro y mármol, animados por los cirios y las luces indirectas. Y la vida va tomando posesión, casi de puntillas.

Los sampietrini recorren los cuarenta y seis altares. Lanzan cansinas miradas a los veinticinco monumentos y arrastran la rutina de un nuevo día por las once capillas. Suelos encerados. Exquisita limpieza y un silencio que llueve obstinado desde las once cúpulas, formando parte del sagrado paisaje.

Media docena de esquivas y negras siluetas reclaman de vez en cuando la atención de los vigilantes. Son los sacerdotes que tienen asignado el primer turno de confesiones. Dos se instalan en los rojizos, vetustos, chirriantes y hoscos confesonarios que se alinean en el brazo derecho del transepto. Otros cuatro deberán hacerlo en el ala opuesta. Hasta las nueve y media o diez, los veintiún confesonarios restantes permanecerán vacíos.

El sacerdote camina unos metros. Se detiene sobre el gran disco de pórfido rojo en el que fueron coronados más de veinte emperadores. A su derecha, en la primera capilla, a cuarenta y un pasos, se alza la balaustrada que separa al público del cristal blindado que protege el grupo escultórico de Miguel Ángel: La Piedad.

La observación es breve. Los focos que bañan a la Señora y al Cristo, más que desvelar, sugieren. Perfiles blancos, dulces, relajados y relajantes del Hijo sin vida en el regazo de la Madre. El hombre de la sotana raída se estremece. Bien sabe Dios que sería incapaz de lastimar la portentosa obra de juventud del Divino...

El lugar no tardará en animarse con toda suerte de forasteros y devotos.

Y lentamente reemprende la marcha por la nave Central. De su mano izquierda cuelga una cartera de regulares proporciones, de piel negra, lustrosa y arada por el tiempo. El renco caminar es equilibrado por un bastón forrado en cuero.

Pasa ante el altar de la Transfiguración. Gira a la derecha y se dispone a ganar el tramo final del lateral izquierdo. Al rebasar el ara de la Mentira, una malévola y provisional sonrisa rompe su cara de niño.

Cruza el solitario transepto y, sin titubeos, abre la puerta del confesionario situado a cuatro metros del monumento a Alejandro VII. La doble y robusta hoja superior gime. Deposita la cartera en el interior y, desconfiado, escruta las cuadrillas de vigilantes que inspeccionan los alrededores del altar papal, en el

centro del baldaquino de Lorenzo Bernini. Nadie repara en su presencia. Y con un pie en el confesionario dirige una postrera mirada al conjunto sepulcral que enmarca el acceso a la capilla de Santa Marta. El dorado esqueleto, levantando un paño de diaspro de Sicilia, se le antojo premonitorio.
07 horas y 03 minutos.
El sacerdote se acomoda en la espartana tabla que hace de asiento. Enciende la lamparilla y cierra el angosto cubículo. Huele a madera barnizada. Abre el breviario y espera. Sabe que su presencia en el confesionario es casi puro formulismo. En los últimos dos meses, el reverendo Nedjelja-Nedelja no ha recibido un solo penitente que deseara confesar sus pecados. Pero, fiel a sus obligaciones, aguarda pacientemente. Su turno concluye a las diez. Por la tarde, desde las quince a las diecisiete horas, deberá regresar y seguir practicando el virtuoso ejercicio de la paciencia. Y así cada domingo, durante los próximos cuatro meses.
En el exterior, un cartel anuncia a los fieles los idiomas en que pueden confesarse -hruatski, slovenski e italiano-, los nombres de los clérigos y los respectivos días y horas:
Ponedjeljak Donedelj (lunes: 09.30 a 12.30 y de 16 a 18 horas). Vtorak Torek (martes: 09.30 a 12.30 y de 16 a 18). Srijeda Sreda (miércoles: a las mismas horas que los anteriores). Cetvrtak Cetrtek (jueves:-). Petak Petek (viernes: 09.30 a 12.30). Subota Subota (sábado: 07 a 10 horas).
07 horas y 15 minutos.
El sacerdote cierra el breviario. Observa por las rejillas laterales. La basílica es un apacible claroscuro. Los sampietrini van tomando posiciones. Algunos junto a las puertas. Otros deambulan entre las columnas. Conversan con un estudiado hilo de voz. Parecen ajenos a todo y, sin embargo, han sido adiestrados para no perder detalle. Aunque oficialmente son los responsables del mantenimiento de la basílica, la mayoría ejerce también como celosos vigilantes. Controlan a las multitudes. Mantienen el orden y velan por el debido decoro. Y junto a estos fieles servidores, un puñado de agentes al servicio de la Seguridad Vaticana, dirigidos por un inspector. Traje azul oscuro. Pistola. Modales impecables. Se mezclan y confunden con el gentío. Escuchan las conversaciones. Miran directamente

a los ojos. Velan por la integridad de las personas y de los tesoros allí reunidos.
Tanto unos como otros constituían nuestra gran preocupación. No era fácil engañarlos.
El confesor abre la cartera que sostiene entre las piernas. Y extrae cuatro cilindros oscuros, metálicos, de diez centímetros de longitud por cinco de base. Los inspecciona con detenimiento y sonríe maliciosamente. Cada cartucho presenta un minúsculo rótulo, con tres palabras:
Berger al hexacloretano.
Se inclina de nuevo y rescata tres pequeñas piezas: un detonador, un temporizador y la correspondiente pila.
Los emplaza en la boca de uno de los botes y programa la hora: 12.02.
Contempla el artefacto y, satisfecho, lo oculta bajo el asiento. La operación se repite con cada uno de los cilindros.
12.03 para el segundo.
Y el sacerdote lo amarra a la cruz del techo.
12.04 para el tercero.
El bote es introducido en el hueco que forma el escalón sobre el que se arrodillan las mujeres, en el flanco derecho del confesionario.
12.05 para el último.
Éste queda escondido en el peldaño gemelo, al pie de la rejilla izquierda.
Concluida la maniobra, cierra la cartera. Toma el breviario y deja correr el tiempo.
09 horas y 55 minutos.
El supuesto Nedjelja inspecciona a través del enrejado. Grupos de peregrinos y turistas invaden ya San Pedro. El silencio ha claudicado. Guías de diferentes razas y confesiones, siempre en tono menor, hablan de lo humano y lo divino, provocando susurros, flashes y mecánicos y colectivos movimientos de cabezas. El gentío, dócil, es arrastrado con prisas. Algunos fieles rezan en las capillas. Otros curiosean atónitos. Abrumados. Emocionados. Frente al baldaquino, una discreta hilera de convencidos espera turno para besar el desgastado pie de bronce de la estatua del Pescador, obra, al parecer, de

Arnolfo di Cambio. Cerca del pilar de san Longinos, una tropa de inevitables japoneses trata de descender a las criptas.
Faltan poco más de dos horas para la culminación del trabajo.
El sacerdote toma la cartera. Empuja la portezuela del confesionario y apaga la lamparilla. Una vez en el exterior vigila a derecha e izquierda. Y lo hace con sigilo. Ahora, entre la riada de visitantes, distinguir a la Seguridad se complica notablemente. Conviene medir cada movimiento.
Cierra. Consulta el reloj y, relajado, se retira. Busca el brazo izquierdo del crucero. Sobre el altar de san José, una de las vidrieras cañonea la luz matutina contra los mármoles del piso. Una decena de mujeres reza o curiosea desde los nueve bancos que amueblan dicho lateral. Los ocho confesionarios que montan guardia en el perímetro se hallan vacíos, a excepción del situado junto al ara de la crucifixión de san Pedro. El correspondiente cartel especifica que se confiesa en inglés, italiano, francés y maltés. Ese domingo, de siete a diez, el sacerdote responde al nombre de Il-Hadd.
El hombre del bastón se arrodilla. Las hojas superiores se abren y, aparentemente, Nedjelja solicita confesión. Algunas mujeres, morbosas, espían la escena. Un sacerdote confesando a otro sacerdote...
Il-Hadd le atiende. Dialogan. El confesor, cariñosamente, toma las manos del penitente. Y éste, cubriéndose con su propio cuerpo, desliza un reducido envoltorio hasta las piernas de su hermano de religión.
10 horas y 20 minutos.
El coronel Frank Hoffmann abandona la basílica. La afluencia de peregrinos va en aumento.
En la puerta central, dos sampietrini conversan animadamente con uno de los hombres de azul. Ninguno repara en aquel sacerdote de sotana raída, negra cartera y un bastón forrado en cuero.
11 horas y 20 minutos.
La solemne misa cantada, al amparo de la Cátedra de Pedro, está finalizando. En el ábside se concentra medio millar de fieles. El magnífico coro dirigido por el prestigioso Pablo Colino, maestro de la Capilla Sixtina, hace las delicias de propios y extraños. Las voces escalan los 132 metros de la inconclusa

cúpula diseñada por Miguel Ángel, derramándose sublimadas por el crucero. Los espíritus vibran. Y la atmósfera se carga de paz. En breve, concluida la ceremonia, la mayoría regresará a la plaza de San Pedro, dispuesta a ver y escuchar al Santo Padre en la tradicional alocución que sigue al ángelus.
De acuerdo con nuestras observaciones, entre las doce y doce y quince, la basílica experimentará un acusado descenso en el número de visitantes. Será el momento.
11 horas y 25 minutos.
Al pie de la fachada de San Pedro, en la estrecha plataforma que precede al atrio de Mademo, los turistas se detienen intrigados. Un individuo alto y afilado como un bambú, de barba algodonosa y cabellera rubia y desaliñada, se ha encarado al edificio. Sus brazos se abren en cruz. Las palmas miran al borrascoso cielo. La cabeza se dobla hacia atrás con teatralidad. Cierra los ojos y espera. La gente cuchichea. Algunos disparan sus cámaras. El círculo en torno al harapiento y singular personaje engorda por segundos.
11 horas y 26 minutos.
El mendigo abre los ojos y, ante la sorpresa general, sin descomponer la lámina, clama a las alturas con gran voz. Pide el retorno de Jesucristo. Los curiosos se hacen lenguas. Sonríen divertidos. Nuevos turistas se unen a la perplejidad general.
El loco arrecia gritos y demandas, añadiendo un imaginativo surtido de improperios contra la Curia y los purpurados que gobiernan aquel nido de víboras.
La vigilancia no tarda en aparecer. Se abren paso a empujones y, durante unos instantes, se limitan a observar. Dudan. No se atreven a intervenir. No parece peligroso. En sus rostros se adivina el hastío.
Otro iluminado...
Varios de los sampietrini regresan a la basílica. Dos permanecen en primera fila, expectantes. El público se divide. Unos asienten, haciendo suya la proclama de] contestatario. La mayoría disiente.
Un agente de la Seguridad aparece con los sampietrini. Intentan dialogar. El iluminado, al contacto con los recién llegados, se resiste, implorando una lluvia de fuego y azufre. Los turistas, prudentemente, retroceden. Ante la imposibilidad de

negociación, le sujetan por los brazos y educada e inexorablemente le fuerzan a caminar hacia las escalinatas de la izquierda, menos concurridas. El público se disuelve. Y el loco sin dejar de gesticular, obedece las recomendaciones de los vigilantes. Un minuto después es historia. La Seguridad le ve desaparecer entre la multitud que se agita en la plaza de San Pedro, pendiente de las ventanas del Palacio Apostólico.
La argucia ha funcionado. En la confusión, tres nuevos agentes se cuelan por la puerta de Manzú.
El más alto -Max Hefner, comandante del coche-patrulla en la anterior aventura- carga una anticuada cámara de vídeo: una HUC-20OOP, con las correspondientes antorcha y batería. A su lado, Helga Winterberg, experta en tiro con arco y ballesta. De su brazo derecho cuelga un paraguas automático, enfundado primorosamente. El tercer hombre -Victor Greder-, conductor del camión de mudanzas, viste un temo azul, similar a los utilizados por la Seguridad del Vaticano.
11 horas y 30 minutos.
La misa ha finalizado. Los fieles dan la espalda a la Glorificación de la Cátedra de San Pedro y a la refulgente Paloma pentecostal, desalojando el ábside lenta y ordenadamente. Una veintena decide continuar en los bancos. El resto avanza por la nave mayor y los laterales, rumbo a la salida.
Max y sus compañeros, inmóviles sobre el disco de las coronaciones, ven aproximarse a la gente. La marea humana los envuelve. En esos momentos deciden caminar por el eje central de la basílica, al encuentro del reclinatorio que se alza a 140 pasos, frente a la barandilla que circunda la supuesta tumba de Simón Pedro.
11 horas y 35 minutos.
Respiran aliviados. De los cuatrocientos o quinientos fieles que llenaban el lugar, sólo un centenar ha quedado rezagado. No les interesa el ángelus ni la breve plática del Papa.
Helga se arrodilla en la mitad izquierda del reclinatorio. Humilla la cabeza. Entorna los ojos y mueve los labios, musitando una oración. Hefner y Greder siguen a su espalda, atentos a los sampietrini y a cuantos merodean alrededor del baldaquino.
11 horas y 37 minutos.

Un anciano toca el brillante pie derecho del Pescador. Observa el severo rostro y hace sus propias cábalas, Según una dudosa leyenda, la estatua en cuestión fue elaborada con el bronce de Júpiter Capitolino, en agradecimiento por haber frenado a los ejércitos de Atila. Bien -se dice a sí mismo-. De eso se trata: de alejar al nuevo Atila...

Y, dando media vuelta, recorre los doce metros que le separan de Helga. Echa de menos a su noble pastor alemán.

Se arrodilla con dificultad. Apoya los codos en la ingrata y ennegrecida madera y entrelaza los dedos en actitud orante.

Todo dispuesto...

La agente le mira de soslayo. Y asiente con la cabeza. No hay más palabras. Un minuto después, la mujer se retira.

11 horas y 40 minutos.

El viejo busca en el bolsillo derecho de la americana. Toma un delgado fajo de liras, cuidadosamente sujeto con una goma, y lo introduce en el cepillo acondicionado en el interior del reclinatorio. Un rótulo, en cuatro idiomas, aclara que las limosnas van destinadas al Óbolo de San Pedro. Sonríe con escepticismo y abandona el lugar.

11 horas y 50 minutos.

Max, frente al león dormido que yace a los pies del monumento a Clemente XIII, sigue filmando la portentosa arquitectura vaticana. La sony, con tubo triniton y un magnetoscopio SW-3000, parece funcionar a la perfección. Sólo ellos están en el secreto: la totalidad de las placas interiores han sido retiradas y sustituidas por otros elementos con una función muy diferente. Pero deben simular que graban. Victor sostiene el flash y Hefner hace las tomas.

A una señal de Max, Helga se distancia hacía el fondo del lateral en el que se encuentran. Tuerce a la izquierda y curiosea el altar de Tabita. A diez pasos, en los bancos del ábside, entre los fieles que permanecen en meditación, se halla una mujer joven. Viste de blanco. Sus cabellos aparecen cubiertos por un velo nacarado, a la antigua usanza. Está arrodillada. A su izquierda, sentado, un hombre de mediana edad, vestido de oscuro, contempla ensimismado el triunfo barroco que envuelve el Trono de madera y marfil atribuido a Pedro.

Helga y la joven se miran. Luisa Vespasiani se ajusta la mantilla de seda.
Winterberg toma el paraguas y lo cambia de brazo.
11 horas y 55 minutos.
El individuo rubio que acompaña a Luisa se levanta. Y se aleja en dirección al flanco izquierdo de la basílica. Debajo del banco queda olvidada una mochila de regulares proporciones. Cruza ante el altar del Paralítico y desciende sin prisas por el brazo del transepto. A la altura de la capilla Clementina gira bruscamente a la derecha y penetra en la galería que conduce a las sacristías. Segundos después, sin disimular el fuerte acento alemán, solicita una entrada para el Museo Histórico, también conocido popularmente como el Tesoro de San Pedro.
Y Günter Rosemald, conductor de ambulancia en el episodio precedente, se adentra en el oscuro laberinto. Guarda el billete rosa y, lenta y despreocupadamente, como un turista más, recorre los primeros pasadizos. No ha observado vigilancia alguna en las proximidades del Tesoro. Raras veces la hay. En principio, las medidas de seguridad, aunque bastante primitivas, son estimadas como suficientes por los responsables de la fábrica vaticana.
Los interesados por las valiosas piezas allí expuestas pueden contarse con los dedos de una mano. Günter se alegra. Eso le favorece.
Desemboca en la sala que muestra la magnífica copia de La Piedad de Buonarroti, obra de Francesco Mercatali y gracias a la cual fue posible restaurar el grupo escultórico original tras el atentado de mayo de 1972. El recinto está desierto. Controla el reloj y se entretiene tomando algunas fotografías.
11 horas y 58 minutos.
Helga se ha unido a sus compañeros. Y en silencio, aparentemente relajados, se encaminan hacia el objetivo. La operación ha sido ensayada hasta la saciedad. No puede fallar.
Desfilan ante el monumento a Gregorio XIV. Algunos turistas, muy pocos, contemplan respetuosos la capilla del Sacramento.
Monumento a Cristina de Suecia. El estrecho lateral derecho se halla poco concurrido.
Victor examina el cronómetro que cuelga de su cuello. Max le interroga con la mirada. Noventa segundos para las doce...

Greder no destila nerviosismo. Y el comandante agradece su templanza.
Capilla de La Piedad.
Los agentes se detienen. Se miran consternados. Aquello no estaba previsto. Helga solicita calina. Hay tiempo.
Un grupo de paralíticos en sillas de ruedas se arremolina frente a la balaustrada de mármol. Son italianos. Los hombres y mujeres que los auxilian se complacen en desplazarlos de un extremo a otro, compartiendo su admiración y fotografiándolos sin cesar.
Max trata de deslizarse entre los enfervorizados parapléjicos. Pero dos de los carros ocupan materialmente el centro del antepecho.
12 horas.
La voz del Papa truena en la plaza. Entona el ángelus. La multitud escucha emocionada.
Max está a punto de estallar. Victor no pierde de vista el cronómetro. Helga se ha vuelto hacia la nave mayor. El flujo de visitantes, según lo previsto, ha descendido notablemente. Calcula alrededor de doscientos. En las tres puertas centrales de acceso a la basílica no se observa un solo sampietrini. Tampoco hombres de azul. La mayoría de los vigilantes, a la vista de la muchedumbre que llena la explanada de San Pedro, permanece atenta en el atrio y en las escalinatas próximas. La aparición del Santo Padre en la ventana del tercer piso es siempre motivo de preocupación para la Seguridad. Mientras permanezca de cara al público, los policías, obviamente, olvidarán el interior del templo. Sólo unos pocos continúan entre
las naves.
Alguien aletria a los paralíticos.
El Papa...
Crece la excitación. Las sillas chocan entre sí. Finalmente desaparecen.
La balaustrada está despejada.
12 horas y 01 minuto.
Max se planta frente a la cancela de madera que divide los balaustres. Inspira ambiciosamente.

Victor, a su derecha, sostiene la antorcha. Con la mano izquierda controla el crono.
La mujer les da la espalda. Se separa un par de metros y permanece vigilante.
La megafonía proporciona alas a las palabras del Pontífice. Suenan tímidos y esporádicos aplausos.
El comandante alza la cámara de vídeo. Entierra el ojo en el visor y selecciona un invisible punto en el cristal blindado que salvaguarda la capilla. Altura: dos metros. Espera.
Las investigaciones previas fueron concluyentes. No había otro procedimiento.
El gigantesco apantallamiento que protege la genial obra de Miguel Ángel, emplazado a dos metros y medio de la referida balaustrada, había sido fabricado entre 1972 y 1973, conforme a las más modernas técnicas en vigor en aquel tiempo. Consta de doce módulos, engarzados merced a una armadura metálica relativamente liviana y anclada a las columnas laterales y al arco superior.
El 26 de marzo de 1973, el ingeniero Francesco Vacchini, director del Oficio Técnico de la Fábrica de San Pedro, hizo públicas algunas de las características del cristal antibalas. Parte de la información, como es comprensible, fue intencionadamente falseada. Nos enfrentábamos, en suma, a una estructura de vidrio de múltiples capas, con un espesor de treinta y seis milímetros y una altura máxima de 9,7 metros. El peso total supera los 1.200 kilos.
Esta casi inviolable pared -preparada para resistir el impacto de todo tipo de armas cortas, incluidas las de alta potencia, ráfagas de metralleta y cetme- tenía, sin embargo, un punto débil. Nuestros expertos en cristales especiales lo detectaron de inmediato.
No me refiero, claro está, a la utilización de lanzamisiles, único método seguro para quebrar el cristal. Amén de que la introducción de uno de estos artefactos en la basílica habría constituido un problema más que comprometido, los efectos de la carga -desastrosos- nada tenían que ver con los objetivos de Gloria Olivae. No pretendíamos lastimar la hermosa Piedad. Como ya he mencionado, sólo buscábamos provocar a los responsables del Vaticano.

Las peculiaridades del vidrio blindado y el fin perseguido por Los Tres Círculos obligaban a otra clase de maquinación, más limpia, sutil y demoledora.
Los análisis de los especialistas presentaron un panorama inequívoco. Los 36 mm se hallaban integrados por seis láminas, separadas entre sí por las correspondientes resinas o intercalarios especiales CPUB o butiral de polivinilo) de 0,76 a 1,52 milímetros (siempre múltiplos de 0,38), perfectamente preparadas para soportar las inevitables dilataciones.
La primera capa -la más próxima al público- consistía en un vidrio templado (un temperit). Estos cinco milímetros disfrutan de una notable resistencia a los choques térmico y mecánico, así como a la flexión, sin oscurecer por ello las cualidades ópticas. Para perforarlo mediante el uso de calor eran necesarios del orden de 240 grados centígrados. En cuanto a su carga unitaria de rotura a la compresión, oscilaba entre los 8.000 y l0.000 kgf/cm2. No admite el corte. El ácido o el chorro de arena a presión sólo hubieran sido efectivos si la profundidad fuera inferior a 0,3 milímetros.
Tras esta fortísima lámina aparecían otras tres, de 5 mm cada una, confeccionadas a base de policarbonatos y diestramente intercaladas entre otras dos de vidrio, de 4 milímetros. Los policarbonatos se burlan de los ácidos y son capaces de soportar temperaturas que oscilan entre los 170 y 200 grados.
Los vidrios, por su parte, del tipo lamiglas antibalas especiales, están hechos a prueba de parabellum (9 mm), magnum (357 y 44), escopetas de caza (cartucho 12/68 de quince postas) y nato (7,62 por 51). Su fusión está fijada en 1500 grados.
Semejante barrera había sido reforzada con un sistema de alarma acústica y un barrido de rayos infrarrojos.
El primero, instalado en las puertas metálicas existentes a uno y otro lado del cristal blindado. Sólo mediante la previa desconexión de dichas alertas era posible la apertura de las pesadas cancelas. En la actualidad, la única que se utiliza es la ubicada en el costado derecho.
Por último, la tela de araña, que vela por la seguridad de La Piedad, dispone de una doble frontera infrarroja, armada entre el cristal y la referida balaustrada de mármol. El primer transceptor (aunque no se trata exactamente de este sistema),

alojado en las bases de las columnas que flanquean el vidrio blindado y a un metro del antepecho, barre algo más de 5 m -siempre en horizontal- y a 40 cm del suelo. El segundo detector, igualmente dispuesto en los basamentos, trabaja a 2 m de los balaustres y a 50 cm. del pavimento. La luz, invisible al ojo humano, cubre la longitud total del apantallamiento de cristal: 5 metros.

Estos infrarrojos pasivos miden la energía IR, radiada por todo lo que se encuentra en su área de visión, detectando los cambios de niveles de dicha radiación. si un visitante, por ejemplo, salta la balaustrada y trata de aproximarse al antibalas, el doble haz quedaría interrumpido por el cuerpo del intruso, provocando la alarma en el centro de control de la Seguridad Vaticana. En realidad, el supuesto loco nada podría hacer, dadas las poderosas características del blindaje.

Resumiendo. Para coronar nuestro objetivo -la apertura del vidrio protector de La Piedad- sólo cabía una posibilidad. Un método que podía satisfacer las pretensiones de Hoffmann. Un sistema silencioso. Invisible a la vigilancia vaticana. Rápido. Con un potencial energético, regulable a voluntad, infinitamente superior al índice de resistencia del antibalas y susceptible de ser camuflado en el interior de una simple y modesta cámara de vídeo. Este tipo de filmadoras, como los equipos fotográficos, son habituales en la basílica. No despiertan recelos entre los sampietrini.

Una herramienta, en fin, basada en la información y en los planos sustraídos en la ciudad de los científicos, en Ginebra...

Constante Rossi comprendió. El robo de la caja fuerte del CERN empezaba a tener sentido.

Pero este nuevo trabajo -rezaba el manuscrito- no debía ejecutarse directamente. Hubiera resultado peligroso. Para que los especialistas del tercer círculo alcanzaran a perforar el cristal y a rematar la misión era menester orquestar una maniobra de distracción, prácticamente simultánea.

12 horas y 02 minutos.

Se cumplen los cálculos del coronel. El ángelus concluye.

Miles de peregrinos y entusiastas del Papa gritan y aplauden con pasión, sepultando los naturales sonidos de la abarrotada plaza de San Pedro y sus inmediaciones.

Uno de esos ruidos -en el interior- queda parcialmente amortiguado. Los fieles que rezan en el ábside se miran extrañados. Ha sonado como un disparo. Seco. Relativamente nítido.
Victor pone a cero el crono. Enciende la antorcha y dirige el deslumbrador flash hacia el paño que ocupa el centro del mosaico blindado. El vidrio elegido tiene 3,7 m de altura por 1,66 de base.
Max activa la cámara. El pulso es excelente. Y al momento, sobre la primera capa de cristal, surge una minúscula incandescencia roja-amarillenta. El láser de electrones libres ha entrado en acción.
El comandante pide a Greder que verifique el límite de perforación.
Dos metros, cincuenta centímetros y treinta y seis milímetros. Posición correcta.
12 horas, 02 minutos y 10 segundos.
La feligresía se pone en pie. Algunos, alarmados, se despegan de las quince filas de bancos del ábside. Retroceden hacia el monumento de Alejandro VIII. Se asoman al brazo izquierdo del transepto. Los rostros se crispan. Surgen las primeras voces. Pero el clamor de la plaza las ahoga.
Un humo blanco-grisáceo, denso e incontenible, se propaga entre el esqueleto de Bernini y el altar del Sagrado Corazón de Jesús. La mezcla fumígena ha funcionado con precisión. Y sucesivas oleadas de un humo irritante brotan por las rendijas, enrejados y techo del confesionario ubicado a cuatro metros del monumento a Alejandro VII.
En cinco segundos, buena parte del lateral izquierdo de la basílica queda sumida en una humareda que gana terreno silenciosamente.
La gente corre. Grita. Tropieza.
Los sampietrini de vigilancia en San Pedro, atónitos, acuden desde todos los ángulos. Confusión. La barrera grisácea irrita gargantas y ojos. No terminan de comprender. Alguien solicita extintores. Pero ¿dónde está el fuego? El confesionario del falso Nedjelja ha desaparecido, envuelto en la imparable combustión del berger al hexacloretano. El temporizador digital del primer

bote ha cumplido. La expulsión del humo se prolongará durante tres minutos.
Los hombres de azul no se han percatado aún del problema. Siguen en el exterior. Varios sampietrini, pañuelos en la boca, se aventuran valientes en la humareda. Chocan entre sí. Buscan a tientas en la puerta de la capilla de Santa Marta y en la de la Columna. Ni rastro de llamas. Uno de ellos topa con el confesionario que esconde las cuatro cargas. Los borbotones de humo le obligan a retroceder.
12 horas, 02 minutos y 30 segundos.
El invisible haz del láser prosigue el corte del vidrio blindado.
Victor, imperturbable, canta los tiempos y centímetros conquistados.
Max suda. Sujeta la cámara con firmeza. Su ojo derecho vigila el rodar de la chispa, único signo visible de la perforación.
Helga, atenta a la escena que se desarrolla en el extremo izquierdo del templo, a 190 pasos del lugar donde se encuentran, ve cruzar a los primeros y atemorizados turistas que huyen del supuesto incendio. Sólo unos pocos corren.
A la altura del disco de las coronaciones, a quince metros de la puerta principal, la mayoría se detiene. Observan desconcertados la lechosa cortina que va ocultando la zona noble de la basílica. Gesticulan. Piden ayuda en media docena de idiomas. No saben qué hacer.
Uno de los sampietrini se abre paso por la nave mayor. Y a la carrera abandona el templo. Helga adivina su destino: los hombres de la Seguridad.
...Treinta segundos y cincuenta centímetros.
El prototipo de electrones libres quema según lo previsto. Las pruebas y ensayos han sido exhaustivos. Sólo la intervención de los vigilantes podría dar al traste con la operación. El FEL (láser free-electron) debe perforar una circunferencia de 3,14 m. El centro de la misma ha sido establecido a dos metros del suelo.
La supuesta batería que cuelga del hombro de Max -de 40 por 20 por 20 cm- aloja los delicados mecanismos que generan a esta familia de ondas viajeras (TWTs). La cámara, en realidad, sólo actúa como un emisor codificado, cuya radiación -en el infrarrojo- no es detectable. Un tubo de rayos catódicos miniaturizado acelera los electrones, merced a una red de

campos magnéticos. El enfoque se logra con una fibra óptica de alta potencia (para corta longitud de onda), elaborada con microlentes especiales que proporcionan una notable coherencia espacial en la radiación láser. El otro extremo de la fibra es dirigido por un sensor. Al enfocar se pulsa un botón, emitiendo una radiación que es detectada por el sensor. Esta operación permite la orientación del haz hacia el lugar deseado.
La potencia fue elevada a diez megavatios (MW) por centímetro cuadrado, con una anchura de corte de 2 mm. Con este grosor se evitaba el lógico proceso de soldadura de las láminas, sometidas al poder calórico del FEL. Una fuerza -como saben los entendidos- extraordinariamente superior a la de los láseres convencionales. Un ejemplo ilustrará mis pobres palabras: con un láser de 20.000 vatios es posible cortar una plancha de vidrio de 9,5 mm, de espesor a razón de 1,5 m/min.
En este caso, la velocidad de corte -de acuerdo al grosor del antibalas- fue programada en 100 cm cada 60 segundos.
12 horas y 03 minutos.
Segunda explosión. El bote de ocultación colgado en el techo del confesionario dispara su inofensiva pero aparatosa carga. La humareda adquiere proporciones alarmantes. La atmósfera se vuelve irrespirable. Los sampietrini retroceden. Se miran con desesperación. Los extintores no llegan. Tampoco sus compañeros de Seguridad. Decenas de fieles y visitantes emergen entre la sofocante niebla. Tosen. Gimen. Y a trompicones tratan de orientarse hacia la salida.
... Sesenta segundos y cien centímetros.
Helga ve aparecer a tres hombres de azul. Retrocede. Advierte a Victor. Éste apaga la antorcha. Max prosigue.
La Seguridad, consternada, contempla desde las puertas la opaca humareda que se propaga en todas direcciones. Empujones. Gritos. Los policías de paisano tienen que esquivar al gentío. No reparan en la capilla de La Piedad. Es lógico. Su atención la ocupa el fondo de la basílica. Tras unos segundos de duda corren hacia el baldaquino. Los chorros de humo escalan ya la dorada barandilla de la tumba del Pescador.
12 horas, 03 minutos y 30 segundos.
Bajo el banco, las quince cargas ocultas en la mochila se activan simultáneamente, sin detonación.

Es el turno de la mujer de blanco.
Protegiéndose el rostro con la mantilla, medio oculta entre la tormenta de humo que empieza a difuminar el ábside, se aleja de los bancos. Entra en el lateral derecho. Se refugia entre los confesonarios próximos al altar de los santos Proceso y Martiniano y, aprovechando el caos, vuelca uno de los dos bolsos que sostiene en bandolera. Un segundo después se une a los rezagados que escapan por dicho flanco. Ni los sampietrini ni los hombres de la Seguridad que se debaten al otro lado de las columnas de Bernini observan el gesto de Luisa Vespasiani. Pero, a pesar del tumulto, perciben un extraño sonido. Enmudecen. Se miran atónitos. El repiqueteo sobre los mármoles del piso se hace más claro. Giran hacia el lugar del que procede el enigmático tableteo. La humareda, en vuelo rasante, dificulta la identificación. Uno de los de azul se hace cargo. El resto se encara de nuevo a la muralla de humo, tratando en vano de localizar el origen de semejante desaguisado. Los sampietrini -reclamando orden, extintores y tranquilidad- se anulan y tapan entre ellos, añadiendo confusión a la confusión.
El agente que se ha desgajado del grupo rodea el sepulcro de Pedro y se lanza hacia el fondo del crucero. Cuando está a punto de pisar el transepto frena en seco. indaga entre los girones de humo. Le lloran los ojos. Afina el oído. El ruido casi ha desaparecido. Camina un par de pasos. Tropieza con un zapato de mujer. Se detiene. Algunos fieles, despavoridos, están a punto de arrollarle. Instintivamente echa mano de la pistola. Pero, al punto, comprendiendo el riesgo, la entierra en su cintura. Sigue caminando. Palmotea con ambas manos, apartando el humo. De pronto, esparcidas por el piso, descubre un puñado de bolas que ruedan anárquicamente. Atrapa una. La examina y, perplejo, comprende que se trata de una pelota de ping-pong. Las hay a decenas. Su cerebro renuncia. No entiende nada.
12 horas y 04 minutos.
La basílica se estremece. Dos nuevas detonaciones, casi simultáneas, le obligan a girar la cabeza. Han sonado en el lateral izquierdo. Al parecer, en el interior de la espesa niebla. Y

la densa y blanca pared alimentada por otros dos torrentes de humo, se precipita sobre los vigilantes, devorándolos.
No tiene tiempo de reaccionar. La bola que sostiene en la mano escupe una fugaz pero intensa llamarada. Aterrado la deja caer. La esfera bota una y otra vez, arrojando una fina columna de humo rojo.
Los sanguinolentos y llorosos ojos del hombre de azul quieren salirse de las órbitas. No puede dar crédito a lo que está viendo. El resto de las pelotas acaba de estallar. De cada una se eleva un cimbreante hilo de humo. Los hay verdes, amarillos, naranjas, negros...
Y la humareda propiciada por las botes de ocultación se ilumina dramáticamente.
...Dos minutos. Dos metros.
Max sujeta los nervios. Sabe que las nuevas explosiones van a triplicar la niebla, convirtiendo el templo en un túnel blanco. Se anima mentalmente.
Sólo un tercio. Sólo un minuto...
Un tropel de curiosos permanece frente a las puertas. Gimen. Vociferan. Se lamentan. No hay sampietrini entre los morbosos.
Luisa Vespasiani arroja el segundo bolso sobre el enrejado existente a los pies del monumento a Longinos. Corre por la nave principal y, al llegar a la fuente de agua bendita, deja caer un último mazo de cinco cilindros por detrás de los ángeles de Cornacchini.
Helga se prepara. Retira la funda del paraguas y sigue vigilante.
El tercer bote de humo, programado para las doce y cuatro minutos, ha sido activado al mismo tiempo que las dos cargas depositadas en el confesionario del falso Il-Hadd, al pie del altar de la crucifixión de San Pedro. Los cañonazos terminan quebrando el temple de los vigilantes. No saben qué ocurre.
El inspector de guardia se une al desmoralizado grupo. En la plaza, el Pontífice habla a la muchedumbre de la creciente paganización de la sociedad y del humo del egoísmo, que ciega al capitalismo.
Helga y Victor intercambian una divertida mirada. El agente que ha descubierto las pelotas de ping-pong da cuenta a su superior. Rubini se precipita hacia el costado donde humean las esferas. Recoge una. La examina. Calcula el peso. Comprende.

El plástico ha sido rellenado con unos gramos de mezcla fumígena y programado para la ignición. Aparentemente, nada peligroso.
Pero ¿qué demonios es todo aquello?
Su mente, entrenada para las emergencias, le advierte. Algo está sucediendo. Humo. Inofensivas esferas...
Piensa a gran velocidad.
Llegan los extintores. ¿Qué hacer con ellos? ¿Dónde está el fuego? Uno de los sampietrini se interna en la humareda. Al poco reaparece. Tose y maldice. La botella no funciona. Discuten. Manipulan nerviosamente el extintor. Las espirales de humo han conquistado la mitad del templo. Seguridad y sampietrini se ven obligados a retroceder hasta el reclinatorio del Óbolo de san Pedro.
12 horas, 04 minutos y 30 segundos.
La discusión queda zanjada. El inspector, a través del walkie, recibe una noticia que pudiera aclarar aquel pandemónium.
Reclama a sus hombres y, a la carrera, se dirigen a la galería que desemboca en las sacristías.
Los diez botes almacenados en el segundo bolso de Luisa desencadenan otra erupción. Y el colosal Longinos es devorado por la humareda.
...Dos minutos y medio. Atención. Faltan cincuenta centímetros.
Victor suelta el cronómetro. Observa a Helga. La mujer se coloca a la izquierda de Max y, hábil, despliega los dos flexores de un arco de acero, previamente montados a lo largo del cuerpo del supuesto paraguas. Comprueba la cuerda. La tensa y la deja armada sobre la nuez del tablero. La ballesta está dispuesta. Se hace con una de las viras engarzadas en la parte inferior del arma e introduce la afilada cabeza de la saeta en el cuello de una ventosa de quince centímetros.
Greder disfruta trabajando con esta mujer. Es superior a la mayoría de los hombres que conoce. No tiene sangre en las venas. En todo caso hielo.
La especialista echa mano al bolsillo del pantalón. Extrae un ovillo de cuerda trenzada con dyneema. Toma la argolleta embutida en uno de los extremos del cabo y la fija en el orificio practicado en el final de la vira metálica. Deposita cuidadosamente el lance en la ranura longitudinal del tablero y

alza la vista hacia el cristal antibalas. Localiza el centro de la circunferencia que está a punto de ser consumada y calcula distancia e inclinación de la ballesta. Acto seguido mira a Victor Greder. Y Helga, con un enérgico movimiento de cabeza, le da a entender que está lista.

12 horas, 04 minutos y 45 segundos.

Inspector y hombres de azul irrumpen en el Tesoro de San Pedro. No saben qué dirección tomar. El laberinto aparece desierto.

El plan de Hoffmann discurre sin contratiempos. Con la acostumbrada precisión.

Rubini ha sido advertido desde el centro de control. Una de las alarmas ha saltado. La computadora señala el Museo Histórico. Alguien ha forzado alguna de las urnas. Pero, lamentablemente, los servicios de Seguridad Vaticana no son lo suficientemente perfectos como para adelantar de qué vitrina se trata. Los policías tendrán que recorrer la totalidad de las salas, inspeccionando los tesoros e intentando detener al ladrón o ladrones.

Fiel a lo planeado, Günter Rosewald, a las 12 horas, 04 minutos y 15 segundos, violenta la urna que contiene las estrellas de oro y brillantes donadas a Pío X, ubicada muy cerca de la salida. Y dispone de tiempo para abandonar el lugar.

Ha sido suficiente con un simple y pequeño destornillador. Günter lo clava entre las paredes de vidrio que confluyen en una de las esquinas superiores de la vitrina. Al separar las láminas, tres de los cinco detectores piezoeléctricos de que consta la caja -uno por cristal- se disparan, alertando al referido centro de control. La diferencia de presión en el volumen protegido -lógica consecuencia de la apertura- hace el resto. Un sensor camuflado bajo la tela que cubre el suelo de la urna viene a confirmar el primer aviso.

La Seguridad muerde el anzuelo. El inspector Rubini y sus hombres se alejan del templo, atribuyendo aquella parafernalia a una maniobra de distracción que permita a los saqueadores la consecución de algo mucho más apetitoso. Y no erraron en sus deducciones. únicamente equivocaron el objetivo...

La búsqueda prosigue. Pero, increíble y misteriosamente, las valiosas piezas continúan en los lugares de costumbre.

12 horas, 04 minutos y 50 segundos.
Victor enciende el flash. El humo no tardará en alcanzarlos. Y la antorcha ilumina el antibalas. Consulta el crono. Y advierte.
...Diez segundos.
La milimétrica candela avanza. El círculo está casi completo.
Helga levanta la ballesta. Humedece la ventosa con la lengua. Asienta los pies. Verifica la alineación de la cuerda. Inspira profundamente. Retiene el aire en los pulmones. Aumenta la concentración. La chispa está a punto de cerrar la circunferencia.
...Tres segundos.
Dispara. La vira silba. Hace blanco en el centro del círculo. Las 125 libras de carga han sido suficientes. La antorcha se apaga. Helga sujeta la cuerda. La mantiene tensa.
12 horas y 05 minutos.
La cuarta y última carga, escondida en el confesionario de Nedjelja, estalla puntual. La humareda, de acuerdo a las previsiones, se incrementa. Se alza hacia la cúpula y avanza inexorable, ganando las pilas de agua bendita, a treinta metros escasos de las puertas de la basílica. Los curiosos, aterrados, huyen definitivamente. El Papa adoctrina al gentío.
...Tres minutos -sentencia Victor con satisfacción-. Tres metros y catorce centímetros.
Max desconecta el vídeo. Toma la antorcha y se echa hacia atrás. El corte se ha consumado. Pero, como era de suponer, el círculo no cae. En el último tramo de la perforación, la lámina se ha ido asentando por gravedad. Su verticalidad, aunque precaria, exige el uso de la fuerza. Es el tumo del corpulento conductor del camión de mudanzas.
Helga carga la ballesta. Nueva secta y nueva ventosa. Esta vez no hay amarre.
Victor agarra la cuerda. Prueba la tensión. La ventosa resiste. Espera.
12 horas, 05 minutos y 10 segundos.
Greder, incrédulo, examina el cronómetro. Los tres agentes se miran sin comprender. Algo falla.
Max pide calma. Se distancia hacia la nave mayor. Imposible distinguir nada. El humo empieza a colarse por el lateral derecho, desdibujando la capilla del Crucifijo. En cuestión de

segundos los sepultará irremisiblemente. Ni rastro de los sampietrini ni de los hombres de azul. Los imagina en el teatro de las explosiones y en el Museo Histórico. Pero no pueden confiarse. Hay que actuar.
12 horas, 05 minutos y 15 segundos.
Evidentemente el último dispositivo ha fallado, Max retorna y da la orden.
Victor tira de la cuerda. El vidrio oscila. No termina de desprenderse.
Segundo intento.
El cristal cruje. La incandescencia se ha extinguido. El arco superior se separa del módulo. A pesar de las dimensiones del láser, algunas fibras del antibalas han quedado soldadas.
Greder enrosca el cabo entre las manos y, dejándose caer hacia atrás, propina un tercer y desesperado tirón. El círculo -de un metro de diámetro- se desprende, precipitándose con estrépito sobre el suelo de mármol. La primera barrera infrarroja acusa el cruce de la lámina. Y las alertas se iluminan de nuevo en el centro de control.
Victor, sudoroso, se reúne con Max. La cuerda, abandonada, interrumpe el segundo haz infrarrojo. La computadora lo advierte.
Lo dos hombres dan la espalda al mutilado apantallamiento. Victor coloca un pequeño auricular en su oído derecho y engancha una credencial en la solapa de la americana. Ahora pertenece a la Seguridad Vaticana.
Vigilan. La humareda acaricia la balaustrada. Se desliza entre las veinte columnillas. Los envuelve.
12 horas, 05 minutos y 25 segundos.
La segunda saeta parte veloz La niebla hace lagrimear a Helga.
Una nueva masa de humo blanco -puntual- caracolea en la pila de agua bendita...
El walkie reclama a Rubini.
¿Dónde?... ¿La capilla de La Piedad?... ¿Qué sucede?
Los vigilantes del centro de control no pueden precisar. Sólo saben que algo o alguien ha roto las defensas infrarrojas.
¡Maldita sea!...

El inspector tira de uno de sus hombres, olvidando momentáneamente el museo. En lo que a la seguridad de la imagen se refiere está tranquilo.
El antibalas es inviolable.
La vira penetra a través del amplio orificio e impacta en la frente de la Señora. La ventosa se adhiere. Algo cuelga del asta.
Las espesas volutas chocan con el muro de vidrio. Trepan y se cuelan por el agujero, invadiendo la capilla.
Helga desmonta la ballesta. Enfunda el paraguas y, antes de retirarse, lanza una postrera ojeada al grupo escultórico. Max le apremia.
Rubini y el policía corren entre la niebla. El primero, orientándose por las luces de las columnas, gana la nave mayor. El segundo duda. La visibilidad es nula. Se decide por la derecha. A los pocos metros choca con la pilastra que sostiene el monumento a Clementina Sobieski. Cae conmocionado.
Helga obedece a Max.
12 horas, 05 minutos y 35 segundos.
El inspector, medio ciego y consumido por la tos, acierta a aferrarse a la balaustrada. Lo que descubre le paraliza.
En esos instantes, una mujer con un paraguas colgado del brazo, un hombre con una anticuada cámara de vídeo y un atlético miembro de la Seguridad Vaticana descienden por las escalinatas próximas al arco de la Campana. En el atrio y en la plataforma que se abre a los pies de la fachada de San Pedro, grupos de excitados turistas y peregrinos se recuperan del susto. Hablan de fuego y humo en el interior de la basílica.
La multitud -ajena- aplaude y vitorea al polaco.
...Recordad la sentencia de Cicerón...
El Papa, con su proverbial teatralidad, hace una pausa.
... Todas las cosas fingidas caen como flores secas...
La muchedumbre, enfervorizada, le interrumpe.
... No hay falsedad, no hay comunismo ni capitalismo, que tenga larga vida.
Sus palabras serían premonitorias...
El plan del coronel Hoffmann fue ejecutado con aceptable precisión. El corte y derribo del cristal blindado, incluyendo el lanzamiento de la segunda saeta, se desarrolló en tres minutos y veinticinco segundos. Hubo que lamentar un fallo. El

dispositivo acústico, camuflado en el fajo de liras e introducido en el Óbolo de san Pedro, no funcionó. El intenso pitido, programado para las doce y cinco, tenía una doble función. Por un lado, multiplicar la ya nada despreciable confusión de los sampietrini y de los hombres de azul. Por otro, amortiguar el posible estruendo originado por el círculo de vidrio al caer sobre el pavimento.
Pero Frank felicitó a sus hombres. Gloria Olivae entraba en la recta final.
El capitán de Homicidios detuvo la lectura. Y rememoró la breve y cabalística conversación entre Chíniv y el prefetto, cuando circulaban por el interior del Vaticano, rumbo al Palacio Apostólico.
En ese escueto pero intenso diálogo, el jefe de la Seguridad y él mismo escucharon de labios del prefetto una insinuación sobre cierto "incidente" en la capilla de La Piedad. ¿Se refería a este fantástico relato? ¿Por qué Camilo había replicado con una no menos enigmática alusión a un robo y unos explosivos? El criptograma, lejos de aclararse, seguía minando al desconcertado Rossi.
¿Por qué la violación del blindaje no había trascendido? Un suceso de semejante entidad tenía que haber llegado a oídos de los periodistas. ¿0 no?
Las respuestas a estos interrogantes le aguardaban en el siguiente capítulo. El manuscrito rojo decía textualmente:
Alegando razones de seguridad, la basílica fue cerrada durante algunas horas. Y como maestros en el arte del disimulo, los responsables de la Santa Sede tuvieron especial cuidado en silenciar lo acaecido, proporcionando una versión descafeinada. No fue difícil.
A las doce y diez minutos, Camilo Chíniv, comandante de la Seguridad del Estado Vaticano, contemplaba atónito la rotura del blindaje, recibiendo un detallado informe de cuanto habían vivido y padecido los respectivos servicios de vigilancia. Cinco minutos más tarde, en sendas llamadas, el secretario de Estado y el Governatorato eran informados puntualmente.
El Papa, desoyendo los consejos de Angelo Rodano, se personaría en el templo a las doce y treinta. El humo llenaba aún buena parte de la basílica. El Pontífice se paseó a lo largo

de la balaustrada y, por último, pidió entrar en la capilla. La saeta adherida a la frente de La Piedad había sido prudentemente retirada. Y el polaco terminó arrodillándose a los pies de la Señora. Su mirada, al salir, hizo temblar a los allí convocados. Sus ojos eran alfanjes.

Camilo, acatando instrucciones, ordenó cubrir el cristal antibalas con un largo lienzo. Después reunió en la Sacristía de los Canónigos a cuantos habían sido testigos de los sucesos, conminándolos a guardar secreto. La advertencia fue clara e inapelable: una sola filtración y la totalidad de los involucrados perdería su trabajo. El pacto fue roto, naturalmente, por uno de los sampietrini, especialista del tercer círculo.

A las trece horas, el secretario de Estado en persona concluía la redacción del comunicado que, en caso necesario, debería ser facilitado a los medios de comunicación, a través de la Sala Stampa. En total, cinco líneas. La humareda fue atribuida a un pequeño fuego, registrado en uno de los confesonarios, a raíz de un cortocircuito. Ni el atentado contra el blindaje de La Piedad, ni la violación de la urna del Tesoro de San Pedro, ni tampoco los treinta y seis botes de humo y la veintena de pelotas de ping-pong fueron mencionados. La sibilina postura favoreció nuestros intereses.

El propio Pontífice examinó el texto, modificando la expresión pequeño fuego por inofensivo fuego. Y solicitó del prelado que se le mantuviera permanentemente informado.

Dos horas más tarde, en la segunda planta del Palacio Apostólico, sede de la Secretaria de Estado, se iniciaba una reunión urgente y altamente reservada, presidida por Rodano. En torno a la mesa oval se sentaron el jefe de la Vigilancia Vaticana, el ingeniero director de los Servicios Técnicos, el arquitecto jefe de la Reverenda Fábrica de San Pedro, el responsable de Monumentos, Museos y Galerías y dos miembros destacados de la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano: su presidente, el cardenal y camarlengo Sebastiano Bangio y quien esto escribe, el nuevo Jozef Lomko.

El orden del día era tan simple como delicado. Sobre el tablero, frente a Camilo Chíniv, se hallaba la segunda saeta disparada

por Helga. Amarrado al asta podía observarse un pequeño cartel.
Ceremoniosos a pesar de todo, el secretario de Estado pidió al comandante Chíniv que los pusiera al corriente de los hechos.
Camilo simplificó la exposición:
Un grupo supuestamente terrorista, cuya firma aparece en la cartulina que cuelga de esta flecha, ha logrado burlar el blindaje que protege La Piedad. El trabajo -hay que reconocerlo- ha sido rápido y eficaz. Que sepamos, tres maniobras de distracción -inocuas v minuciosamente sincronizadas- han facilitado la perforación del antibalas. El Gabinete de Investigaciones Científicas analiza en estos momentos las características del corte y el posible instrumental utilizado. Los primeros indicios apuntan hacia un láser de alta energía. El grupo escultórico no ha sido dañado...
Chíniv hizo una pausa. Recorrió los demudados rostros y añadió: He aquí uno de los aspectos más extraños. Los terroristas...
El comandante rectificó:
Los supuestos terroristas, una vez abierto el vidrio, se limitaron a jugar al tiro con arco...
Tomó la vira y la mostró a los presentes.
Tuvieron La Piedad a su alcance y, sin embargo, no la destruyeron.
Silencio.
Angelo Rodano los animó a formular cuantas preguntas considerasen oportunas. El temperamental Bangio pulverizó el embarazoso mutismo con su ronca y aguardientosa voz:
-¿Quién ha reivindicado el ataque?
Chíniv desvió la mirada hacia el secretario de Estado. Y Angelo, con una leve inclinación de cabeza, le autorizó a responder:
-A decir verdad lo ignoramos...
Y mostrando el cartel que colgaba del lance prosiguió:
-La firma...
Nueva rectificación.
-...La supuesta firma aparece en hebreo clásico...
El camarlengo se arrojó sobre la inconclusa explicación. Y bufando, con el hinchado y grasiento rostro vencido por la ira, escupió despectivamente:

-¡Judíos!
Rodano suplicó calma.
-No lo sabemos, eminencia -replicó Chíniv desenfundando la paciencia-. No ha habido tiempo...
Sebastiano Bangio se revolvió en la silla. Y, apuntando hacia la cartulina, exigió intolerante:
-¿Y qué dicen esos blasfemos?
Temeroso de que la conferencia se le fuera de las manos, Rodano acaparó la palabra y, autoritario, sin dirigirse a nadie en particular, centró la cuestión:
-La Gloria del Olivo. Eso es lo que reza el cartel. Y ahora, por favor, vayamos a lo que importa.
Y, tomando la hoja que reposaba frente a la cruz cardenalicia, procedió a leer el sucinto contenido. Un texto que, siguiendo el estilo vaticano, era mucho más que una serie de propuestas...
En primer lugar, de conformidad con el Santo Padre, se ha decidido que este lamentable y grave incidente quede en secreto. Razones de estado -políticas y de imagen, sobre todo- así lo aconsejan.
Paseó su firmeza ante los reunidos, esperando -quizá- alguna opinión en contra. No hubo un solo parpadeo. Y en un tono agridulce, muy propio de la escuela diplomática vaticana, remachó: No tengo que recordarles que lo tratado en esta sala, además de confidencial, será desmentido..., en el supuesto de que llegue a oídos extraños.
Instintivamente, la mayoría buscó la sobresaliente humanidad del impulsivo e imprevisible Bangio. Y el camarlengo, inmutable, devolvió el desaire con una sarcástica media sonrisa.
Me eché a temblar.
Segundo -prosiguió Rodano-. Urge encontrar una solución que garantice la seguridad de la obra de Miguel Ángel.
Y matizó lo que parecía obvio:
Una solución airosa y que, bajo ningún concepto, empañe la credibilidad y el buen nombre de la Santa Sede, propietaria y custodia de la venerada Piedad.
Y tercero...
Los cuatro laicos, habituados a estas componendas, no chistaron.

Dicha solución será puesta en práctica con carácter de extrema urgencia.
Angelo devolvió el escrito al luminoso cartapacio de piel roja. Y, cruzando las manos de leñador, esperó sugerencias.
Chíniv, astuto, dio un rodeo.
-Cuando su eminencia habla de secreto, ¿se refiere también a las posibles investigaciones policiales?
Angelo le cazó al vuelo.
-Ésa, mi estimado Camilo, será una decisión que se adoptará en su momento. Es evidente que ignoramos las auténticas intenciones de ese grupo. Seamos prudentes. Esperemos. A nuestra edad, usted y yo, hemos aprendido a distinguir las cosas deseables de las que conviene evitar.
El prelado agradeció el sumiso silencio del policía. Y, tratando de justificarse, le reveló algo sobradamente conocido por el veterano jefe de la Seguridad.
-En este lugar, lo ideal es desenvolverse con un ojo abierto y el otro cerrado...
Silencio.
Tras la fracasada intentona de Chíniv, nadie quiso arriesgarse.
¿Una solución airosa?
¿Cuál? ¿Cómo y dónde hallarla? El Vaticano había sido pillado por sorpresa. Y ahora se reunían para salvaguardar su buen nombre. La integridad física de La Piedad importaba, por supuesto, pero bastante menos que el burlado prestigio de la Santa Sede. Ésa era la cruda realidad. Y para lograrlo, naturalmente, no escatimarían medios ni maquinaciones.
El secretario de Estado carraspeó incómodo. Nadie se dio por aludido.
Finalmente, haciéndose de nuevo con el timón, inició una rueda de consultas, todas condenadas al fracaso.
-¿Sería suficiente con la reparación del blindaje?
El arquitecto responsable de la Reverenda Fábrica de San Pedro sostuvo la mirada de Rodano. Y replicó con sensatez:
-Lo dudo, eminencia. A la vista de lo sucedido, el parcheo no garantizaría la seguridad de la escultura.
El comandante asintió, respaldando al hombre de la cicatriz en la mejilla derecha.
-¿Cuánto tiempo consumiría la restauración de ese vidrio?

-Como mínimo, una semana...
Rodano desestimó la posible solución. Demasiado tiempo..., para nada. Y planteó una segunda y casi obligada cuestión.
-¿Existe algún cristal que pueda resistir la acción de un láser...?
Buscó en vano las palabras. Camilo acudió en su ayuda:
-De alta energía.
La respuesta fue unánime.
-Lo dudamos, aunque deberían ser los especialistas quienes emitirán el oportuno dictamen.
-Imposible -reaccionó el prelado con desaliento-. Les recuerdo que no disponemos de margen. Podemos seguir ocultando el desastre con el lienzo, pero ¿por cuánto tiempo?
Nuevo y torrencial silencio.
-Señores, ¡por el amor de Dios!, ¿qué nos queda?
El tormentoso Bangio no dejó escapar la ocasión.
-Llegará el día en que esta pervertida humanidad tendrá que contentarse con admirar copias...
-Como ven -lamentó Rodano, sorteando la acertada premonición del camarlengo-, tenemos un problema.
Entendí que era mi oportunidad. Y, excusándome por la afonía que frenaba mi capacidad de expresión, aporté una idea que, a buen seguro, flotaba en el ambiente.
-A nadie escapa que el actual sistema de blindaje no ofrece garantías. Una segunda e hipotética acción, venga de donde venga, podría resultar irreparable. Como bien dice su eminencia -aboné el terreno-, conviene sumar prudencia a la sabiduría...
El secretario de Estado se bebió el cumplido.
-El mundo, a causa de nuestra negligencia o falta de coraje, perdería una obra maestra. En principio, por tanto, parece obvio que La Piedad sea retirada de su pedestal. Al menos, hasta que los técnicos estudien la fórmula de protección más adecuada.
Como suponía, la propuesta fue bien recibida. La única voz disonante -en este caso colmada de razón- corrió a cargo del polémico y quisquilloso Bangio.
-¿Y qué excusa ofrecerá su eminencia a la opinión pública?
Rodano abortó las risitas del camarlengo. Y de un tajo segó la hierba bajo sus pies.

-¿Recuerda su eminencia un solo episodio en el que la Santa Madre Iglesia se haya excusado?
-¿Qué insinúa?
No merecía la pena entrar en honduras. Y Angelo le obsequió con un benevolente silencio. Pero Bangio, desafiante, cargó el ambiente de pólvora:
-Se lo advierto: me negaré a tejer una mentira.
El prelado, socarrón, dejó que se vaciara. -No podemos retirar La Piedad sin ofrecer una explicación satisfactoria.
Redujo el tono. E, intentando ganar voluntades, invocó su verdad.
-El mundo debe saberlo. Esos perversos sionistas nos odian...
Chíniv, nervioso, alisó la cabellera con ambas manos. Los directores, inquietos, cambiaron de postura, esperando que Angelo cortara el fanatismo del camarlengo. Pero, acostumbrado a sus temperamentales diatribas, permitió que naufragara en su propia insensatez.
-¡La gloria del olivo! Está claro. Estamos ante esa sucia extrema derecha que gobierna y atemoriza a la tierra de dura cerviz.
Era suficiente. Rodano se ajustó las gafas color miel, descabalgándole.
-Eminencia... Nadie va a mentir. En el peor de los casos -como es norma en esta casa- nos deslizaremos por el filo de la verdad. Estoy convencido de que, entre todos, hallaremos una razón que justifique, honorablemente, se entiende, la retirada temporal de La Piedad. Si no acertamos con algo mejor, apuesto por la sugerencia del hermano Lomko.
Y en un último, loable y más que dudoso intento por repescar al maltrecho Bangio, invocó la célebre sentencia del poeta suizo Dumor.
-Y por favor, eminencia, no olvide que, en general, los hombres no piden ni necesitan la verdad. Les basta con que se les disfrace la mentira.
Ése es el arte de la diplomacia, querido cardenal. Si la verdad desnuda quema, ¿por qué no usar gafas de sol?
Fue mi primer triunfo.
Una hora después, por unanimidad, el consejo -estudiados los detalles y con el beneplácito del director de los Museos Vaticanos- acordaba el inmediato desmantelamiento del

blindaje y el traslado provisional de La Piedad al laboratorio de restauración de mármoles y escayolas, en el propio recinto vaticano.
Hoffmann se sintió feliz. La Santa Sede había caído en la trampa. Y Gloria Olivae movilizó a sus hombres para la siguiente fase.
El Santo Padre recibió la noticia con alivio. La excusa para el cambio de emplazamiento -puesta a disposición de los medios informativos a través del habitual filtro: la Sala Stampa- satisfizo a todos los conjurados, incluido el camarlengo. En cierto modo -tal y como propugnaba el secretario de Estado-, respondía a la verdad. Una verdad, eso sí, fabricada en el laboratorio de los altos intereses vaticanos. Una verdad honrosa. Más aún: encomiable y que desatada generales elogios entre la sociedad.
A causa del prolongado contacto con el humo que se proopagó por la basílica, el exquisito pulido del grupo escultórico -materializado por Miguel Ángel gracias a la cera- había sufrido un ligero ensombrecimiento. Para restituir la tersa luminosidad original era preciso someter la obra a un minucioso y delicado lavado con agua destilada, evitando así una hipotética reacción química. Naturalmente, con el fin de no dañar la valiosa capilla y de ejecutar los trabajos con un máximo de seguridad y eficacia, La Piedad debía ser removida de su tradicional emplazamiento.
La operación -concluía la nota facilitada al portavoz de la Santa Sede- obligaba al desalojo temporal del recinto.
A la mañana siguiente, lunes, en presencia del secretario de Estado, los propietarios de la empresa de transportes excepcionales, que había asumido en 1965 el embarque de La Piedad con destino a la Feria Mundial de Nueva York, firmaban un documento confidencial por el que se comprometían a embalar y transportar la imagen en un plazo de cuarenta y ocho horas. A pesar de los escasos riesgos que entrañaba la manipulación y conducción de la estatua hasta el sector norte de la ciudadela vaticana, el seguro fue cifrado en diez millones de dólares. Cuatro más de los establecidos por la compañía Fireman's Fund en el mencionado y célebre viaje de La Piedad a Estados Unidos.

La agencia romana responsable del traslado fue obligada igualmente a prescindir de todo tipo de publicidad y a consumar el trasvase durante la noche.
Diez minutos después de la firma, Frank Hoffmann recibía cumplida información sobre el nombre de la empresa y las peculiaridades del acuerdo. Y los especialistas del tercer círculo intervinieron fulminantemente.
Ese lunes, a las seis de la tarde, tras el cierre al público, un equipo de expertos acometió el desguace de los doce vidrios que armaban el malogrado blindaje. Por expreso deseo de las autoridades vaticanas, el desmantelamiento se inició por el módulo que había sido atacado.
A las cuatro de la madrugada se procedía a la retirada de los tres últimos cristales, ubicados en la base del apantallamiento. Parte de la armadura metálica quedó provisionalmente anclada a las columnas laterales.
El resto de esa jornada del martas discurrió en una frágil calma. Los peregrinos y turistas, además de verse privados de la siempre reconfortante visión de la obra maestra del divino, tuvieron que soportar unas inusuales medidas de seguridad. Desde la columna de las pilas del agua bendita hasta las proximidades de la puerta de Crocetti fue dispuesto un cordón que impedía el acceso a la balaustrada de mármol. Chíniv, además, reforzó el número de vigilantes, procediéndose a un minucioso registro de cuantos bolsos y equipos fotográficos o de filmación ingresaron por las puertas de la basílica.
Y a las seis, clausurado el templo, Seguridad respiró aliviada. Pero, lejos de bajar la guardia, Camilo mantuvo la estrecha vigilancia, tanto en el interior como en los aledaños de San Pedro.
Todo se hallaba dispuesto para la laboriosa y siempre comprometida misión de levantar las casi dos toneladas de mármol de Carrara, desplazarlas hasta el exterior de la capilla, proceder a su embalaje y conducirlas al vehículo que debía depositarlas en los Museos Vaticanos.
Y Hoffmann, como digo, dio luz verde.
18 horas y 05 minutos.
Puntual, cumpliendo a rajatabla el programa diseñado por la empresa, un semirremolque (tipo góndola), con suspensión por

aire y carrocería blindada, da marcha atrás en la plaza de San Pedro. Y, con esmerada lentitud, termina estacionando a veinte metros del arco de La Campana, en el flanco izquierdo de la ya desvaída fachada de la basílica.

La barandilla metálica que los sampietrini despliegan cada atardecer -cortando el paso por dicho sector- aparece excepcionalmente abierta.

Muy próxima a la garita derecha de la Guardia Suiza en dicho arco, aparcada frente a las escalinatas que conducen al templo, aguarda su turno una grúa hidráulica autopropulsada, modelo AT-422, de la casa Grove-Coles. Con doble tracción, cinco metros de longitud y dos y medio de anchura, se halla capacitada para levantar 5 600 kilos -a ocho metros de radio- y con un ochenta y cinco por ciento de margen de utilización.

El fornido chofer del camión góndola se apresura a descender de la cabina, poniéndose a las órdenes del ingeniero jefe, responsable de la operación.

Las puertas posteriores del semirremolque son abiertas y varios operarios, uniformados con impecables buzos blancos, saltan al interior, afanándose en la descarga de los equipos: grandes focos provistos de trípodes, rampas metálicas, perfiles de acero, tacos de madera, gatos de cremallera, cinchas, cables, escaleras y un complejo entramado de piezas para embalaje. Buena parte es trasladada al interior de San Pedro.

Y sin pérdida de tiempo, siguiendo las indicaciones del maquinista de la grúa, dos de los empleados acometen la fijación de las rampas sobre las tres tandas de siete escalones que conducen a la plataforma rectangular que se abre frente al atrio. Dichas rampas, con el perfil exacto de los peldaños de piedra, quedan atornilladas en veinte minutos.

Chíniv y los suyos, con los radioteléfonos en las manos, se aproximan a los vehículos. El comandante intercambia unas frases con el ingeniero y representante de la empresa. Acto seguido, ante las desconfiadas miradas del maquinista y del conductor de la góndola, inspeccionan grúa y semirremolque.

En la cabina del camión un hombre con cara de niño e igualmente uniformado de blanco conversa a través de un teléfono.

El agente rodea la góndola. Y al alcanzar la trasera, a requerimiento de Camilo, penetra en la caja, examinando piso, paredes y techo. Segundos después -vigilado discretamente por el chofer- se reúne con el jefe de Seguridad, informándole:
-Todo en orden.
Una parte de los focos es estratégicamente distribuida a lo largo de la plataforma y de los dos rellanos que separan los veintiún escalones ya mencionados.
Chíniv y sus hombres retornan al interior de la basílica. Y el operario con cara de niño concluye la conversación telefónica.
18 horas y 45 minutos.
El ingeniero comprueba las rampas. Verificada la estabilidad, alerta al maquinista de la grúa.
Y la rugiente máquina ataca el 20 por ciento de desnivel. A un centenar de metros, controlados por un cordón de policías uniformados, grupos de curiosos asisten intrigados al movimiento de hombres y material.
La potente AT-422 corona las escalinatas en cuatro minutos. Salvado el atrio, siempre bajo la dirección del ingeniero, enfila la última rampa metálica, acondicionada sobre los tres peldaños de acceso a la basílica. Y penetra en el templo con soltura, dejando una negra, apestosa e irreverente estela de gas-oil.
Una decena de sampietrini, herida en lo más íntimo por la irrupción del intruso, forma una barrera, impidiendo el avance del dragón por el sagrado recinto. El maquinista, irritado, frena entre maldiciones.
Chíniv los persuade para que no entorpezcan.
19 horas.
Las ruedas de aire se inmovilizan a treinta centímetros de la balaustrada. El maquinista apaga el motor. Desciende. Mide la distancia y, con el visto bueno del ingeniero, retorna a la cabina. Expulsa los cuatro gatos de seguridad y la grúa queda afirmada, a la espera de la siguiente y decisiva maniobra.
El representante de la empresa solicita entonces la autorización para ingresar en la capilla. Camilo hace una señal y varios de los sampietrini se adelantan, repartiéndose alrededor del altar y del grupo escultórico. Sólo entonces, ceremonioso, autoriza la entrada de los operarios.

Ingeniero y hombres de blanco inspeccionan el pedestal. No tienen prisa. Discuten el problema del ara. La proximidad a la escultura constituye una dificultad añadida.
Los agentes de Seguridad advierten a Chíniv. El secretario de Estado, acompañado de los directores de los Museos y de la Reverenda Fábrica de San Pedro, se aproxima por la nave mayor. Camilo les sale al encuentro, poniéndolos al corriente. Rodano escucha, observa y aprueba. Y se mantiene en un discreto segundo plano.
Dos potentes focos son instalados a derecha e izquierda de La Piedad.
19 horas y 30 minutos.
Los afilados extremos de dos largas barras de hierro pujan con la piedra. Los obreros luchan. Hacen palanca. Al fin el metal se abre paso, permitiendo la entrada de las pestañas de los gatos de cremallera. Los sampietrini, hieráticos, empujan con el corazón.
La maniobra de separación del mármol del remate del pedestal se repite en el extremo opuesto.
20 horas.
Angelo Rodano abandona el templo. Comprobada la exacta ubicación de las pestañas, el ingeniero da la orden.
El silencio fragua. Y aplasta los ánimos. Sólo se escucha el rítmico y sincronizado palanqueo de los cuatro gatos de diez toneladas.
Ligera oscilación. Los sampietrini se estremecen. La hermosa Señora se ha movido. Sube. Y con ella, el Hijo muerto. Sudor. Los operarios, como profesores de una singular orquesta, atienden la batuta del incombustible ingeniero.
-Despacio...
El mármol flota.
-Un poco más...
El ingeniero detiene la operación. Ya se ve el, aire...
-Ahora...
Milímetro a milímetro, Madre e Hijo ascienden.
El ingeniero se multiplica. Salta de una esquina a otra. Vigila la posición de las pestañas.
Camilo tiene la boca seca. Los vellos se erizan. La Madona, con los ojos bajos, sólo mira al Hijo. Y se mueve...

-¡Alto!...
La regla de cálculo mide de nuevo.
-Doscientos.
Los hombres de blanco bloquean los gatos. Se limpian el sudor. Los sampietrini recobran el aliento.
La escultura se alza ahora a doscientos milímetros. Suficiente.
20 horas y 45 minutos.
Tacos de madera entre La Piedad y el pedestal.
El comandante felicita a los de blanco. Perfiles de acero en forma de 1. Sólo entonces respira el ingeniero. Los gatos son retirados.
Un sampietrini, sigiloso, abandona el templo...
20 horas y 55 minutos.
El sampietrini retorna a la basílica. El hombre con cara de niño descuelga el teléfono del camión góndola.
21 horas.
Cuatro operarios se enfundan sendos guantes de algodón. Escaleras.
Una gruesa campana de plástico transparente envuelve La Piedad. Las manos la ajustan a los nacarados perfiles. Los sampietrini sufren. Desde el atentado de 1972, nadie ha osado tocar a la Señora.
21 horas y 30 minutos.
El director de los Museos da una vuelta completa alrededor de la obra de Miguel Ángel. Examina la funda de plástico. Inspecciona los cierres. Asiente con la cabeza.
Autorizado el enganche.
Los operarlos introducen las cinchas por los cuatro orificios de los perfiles de acero. El ingeniero, meticuloso, tira de cada una de ellas, asegurándose. El esqueleto sintético es de primera clase. Cada cincha puede soportar una carga de trabajo de 2 500 kilos y una
rotura de 15 000. Pero los sampietrini lo ignoran. Y temerosos se ponen en lo peor. Uno de ellos interroga al ingeniero. Y el técnico sonríe comprensivo.
Chíniv reprende al celoso vigilante.
22 horas.
Todo a punto. El maquinista, a los mandos de la grúa, espera un gesto de su jefe.

-Ahora.
Y la pluma telescópica se despliega amenazadora, en rumbo de colisión hacia la cabeza de la Señora. El ingeniero, al pie de la escultura, tiene el brazo alzado. Controla el avance del poderoso gancho que cuelga de la pluma.
De pronto baja la mano. La grúa se detiene. Siete metros y medio.
Cinco grados.
El garfio se eleva por encima de La Piedad.
-¡Perfecto!
El silencio se espesa de nuevo. Los sampietrini, instintivamente, forman una piña en tomo al pedestal. El ingeniero agradece el noble pero estéril ademán. Pide confianza y, sobre todo, espacio donde desenvolverse.
Cinchas aseguradas. Los cuatro tubulares de diez centímetros de espesor, con revestimiento de lona, se tensan al reunirse con el gancho. Tres poleas extras garantizan un guarnido o velocidad de descenso de dulce.
Doce guantes se crispan sobre la base de la campana de plástico.
Nueva gira de inspección alrededor del mármol. Los seis hombres de blanco asientan los pies sin contemplaciones.
El ingeniero, en el estrecho corredor existente entre el altar y La Piedad, levanta el brazo izquierdo. Mira a los ojos del maquinista. Y éste, tenso, acaricia las rojas palancas de arrastre y dirección. Asiente con la cabeza.
El director de orquesta cierra la mano izquierda. El maquinista traga saliva. Su mirada se ha clavado en el puño del ingeniero.
El dedo índice se despega. El motor ruge. Las cinchas, rígidas, forman una pirámide. El garfio trabaja a veinte centímetros por encima de la cabeza de la Señora. La grúa brama.
Elevación. Los operarios controlan las tímidas oscilaciones.
El puño vuelve a cerrarse. El maquinista congela la maniobra. Un metro y noventa centímetros sobre el piso.
Silencio.
Gancho en orden. Cinchas en orden. Poleas en orden...
22 horas y 20 minutos.

Los cinco dedos se abren. La pluma retrocede. Las bocas hidráulicas resoplan. Los gatos acolchados de seguridad acusan el peso. La máquina se revoluciona.
Camilo se ha olvidado de todo. Algunos sampietrini, pálidos, alzan los brazos a media altura y suplican cuidado.
E inexorable, firme y capaz, el mástil telescópico hace volar las dos toneladas.
Centímetro a centímetro cruza la capilla. En la vertical del altar el puño del ingeniero se cierra. La mole acusa el frenazo. Se balancea levemente. Cuatro guantes rodean el ara y se reúnen con sus compañeros en el frontis de La Piedad.
Nadie respira. Algunos rezan.
Dedos abiertos. La pluma reanuda el retroceso. Los de blanco no sueltan la presa. Señora e Hijo se mecen majestuosos. El plástico filtra la luz. Rugidos. Los de azul parecen contagiados por los sampietrini. Han olvidado qué son y por qué están allí. Sólo importa La Piedad.
Cinco metros. El ingeniero cierra la mano. El maquinista lo agradece. La pluma cimbrea.
Los operarios, con los brazos en alto y adormecidos, toman aliento y se turnan en el breve descanso. Siempre hay diez guantes que controlan. A poco más de un metro del suelo, ahora en el espacio que ocupaba el cristal antibalas, Madre e Hijo flotan irreales. La milimétrica oscilación da vida a Jesús. No parece muerto. Sólo dormido.
23 horas.
El ingeniero alerta a sus hombres. Dedos abiertos. La máquina, como si adivinara el tesoro que transporta, responde con docilidad.
El inexplicable rostro de la Niña -sereno, doliente y humillado a un tiempo- queda en sombra.
El ingeniero lo percibe. Cierra el puño. Los de blanco se miran.
-¡Focos!
Alguien rescata los trípodes y los traslada junto a la balaustrada.
La Piedad lo agradece. Y el perfil se dulcifica.
23 horas y 30 minutos.
El grupo escultórico gana los balaustres. La grúa se relaja. El director de orquesta comprueba los anclajes. Abandona a los

seis esforzados que inmovilizan el mármol y comprueba la base del embalaje, depositada en el pavimento, a la izquierda de la AT-422. Cambia impresiones con el maquinista y retorna junto a los doce guantes blancos.
Dedos abiertos.
La pluma salva la balaustrada. Gira a la izquierda. Se dirige hacia el rectángulo de madera de haya que servirá de base al cajón.
El ingeniero acompaña el lento vuelo. Al llegar a la plataforma cierra los dedos.
Los sampietrini, desbordados por la tensión, permanecen al otro lado de la balaustrada, inmóviles.
Los operarios se arrodillan en tomo al oscilante mármol. Los guantes no dejan de controlar.
El brazo se alza. La mano se cierra. Maquinista e ingeniero vuelven a mirarse. El pulgar se dispara, señalando al suelo.
La Piedad desciende.
Cincuenta centímetros...
Guantes, ojos y corazones afinan.
Diez centímetros para la reunión...
El pulgar se recoge. Los de blanco remueven la base.
Pulgar extendido. La pluma deposita la imagen en la plataforma.
Aplausos. Sampietrini y hombres de azul felicitan y abrazan al ingeniero y a los sudorosos operarios.
24 horas.
El hombre del camión góndola descuelga el teléfono. La plaza de San Pedro, desierta, ignora las lejanas prisas de los romanos. La policía uniformada monta guardia. Y el cara de niño sonríe satisfecho...
El embalaje de la venerada imagen -comparado con lo que acaban de vivir- es cómodo. Todo ha sido medido minuciosamente. La caja sobrepasa en veinte centímetros las dimensiones de La Piedad. Una vez embalada, la AT-422 deberá enfrentarse a una masa de 1,92 metros de altura por 1,81 de longitud en la base y 1,20 de fondo.
Los empleados ensamblan el maderamen. Todo en haya. Y conforme encierran el mármol, un total de quince perfiles enguatados -también en madera- son ajustados entre la funda

de plástico y las paredes del cajón. De esta forma, la escultura queda férreamente atornillada, sin posibilidad de deslizamientos.
01 horas.
El sólido armazón está a punto de ser cerrado. El ingeniero ruega al director de los Museos que proceda.
Y el profesor, feliz y diligente, trepa por la escalera. Se asoma. Examina la solidez de los perfiles y el ajuste del plástico protector. Después, a la vista de todos, extrae de la americana un rotulador rojo. Y estampa su firma en una de las paredes interiores del cajón.
Desciende. Estrecha la mano del ingeniero y ordena el cierre.
Los operarios clavetean la cubierta.
Todo listo.
Chíniv consulta el reloj. Dispone el relevo de sus hombres. Los de blanco abandonan el templo y se encaminan al semirremolque. Quince minutos de descanso.
01 horas y 30 minutos.
Los sampietrini conversan en el atrio con los obreros. Ríen y bromean. Los iniciales recelos han desaparecido.
El ingeniero reclama a la cuadrilla. Penúltima operación.
Las cinchas abrazan el cajón. La grúa se hace con él. La pluma gira 180 grados y, a una cuarta del enlosado, siempre bajo el atento control de seis hombres, lo traslada a cinco metros escasos de la puerta central.
Retiran el gancho. Los cuatro gatos de seguridad se retraen. El maquinista maniobra. Sale de la basílica y vuelve a estacionarse a dos metros del portón. La maniobra se repite. Alarga la pluma. Toma el cajón y, suave y lentamente, lo deposita en el atrio.
El comandante, los hombres de azul y los sampietrini van escoltando el laborioso avance de La Piedad.
Los focos iluminan la plataforma y las escalinatas.
Ingeniero, maquinista y operarios trabajan como un solo hombre.
El descenso por las rampas metálicas se efectúa en tres etapas.
Primer rellano. Segundo rellano y adoquinado, al pie del semirremolque.
03 horas y 45 minutos.

Ante el alivio de Camilo Chíniv y su gente, la preciosa carga entra en el camión góndola.
El ingeniero rechaza los dientes elevadores adosados en el semirremolque. Elige la pluma. Y el maquinista, con el concurso de los de blanco, la deposita con mimo en el fondo de la caja, a escasos centímetros de la pared blindada. No ha sido precisa la utilización del suelo rodante.
El cajón es amarrado a los flancos.
Saltan del vehículo.
Camilo, aunque lo estima innecesario, sube a la caja. Y en compañía del ingeniero inspecciona los amarres y tantea el blindaje de las oscuras paredes.
En la cabina, el hombre del buzo blanco y cara de niño guarda silencio. Es consciente del riesgo de esta segunda y rutinaria inspección. Y se aferra con fuerza a un bastón forrado en cuero.
El jefe de la Seguridad da su aprobación.
Abandonan el semirremolque y el chofer procede al cierre de las compuertas de acero. Y entrega la llave al ingeniero.
Chíniv no pierde detalle.
04 horas y 15 minutos.
El maquinista de la AT-422 y el atlético conductor del camión concretan la maniobra. La grúa deberá hacerse a un lado. Al separarse, el primero hace un guiño al segundo.
La góndola arranca. Chofer y cara de niño se miran.
El semirremolque entra en la plaza de San Pedro. Gira despacio y regresa, inmovilizándose frente al arco de La Campana. La grúa se ha orillado a la izquierda, junto a la oficina de Correos. Seis operarios se han encaramado alrededor de la cabina.
Un Mercedes negro, matrícula del Estado Vaticano, se sitúa delante del camión.
Chíniv cuenta los escoltas.
Un segundo coche oficial, también de la Seguridad, ilumina la trasera del vehículo blindado.
Los directores se acomodan en este último Mercedes. E ingeniero y comandante -de común acuerdo- saltan a los costados del semirremolque, aferrándose a las ventanas de la cabina.
Camilo, en el lado del conductor, habla por el walkie. Alerta a los agentes distribuidos en la ruta. Por último, dirigiéndose al

Mercedes que abre la comitiva, ordena que se ponga en movimiento.
04 horas y 25 minutos.
La Piedad cruza el arco de La Campana a veinte kilómetros por hora.
La empresa había sugerido la entrada en la Ciudad del Vaticano rodeando el brazo derecho de la columnata de Bernini y tomando el cómodo acceso del palacio del Santo Uffizio. Rodano no quiso arriesgarse. Aunque el blindaje resultaba casi inexpugnable y la guardia armada más que suficiente, decidió que la carga no saliera del recinto vaticano. La altura del transporte -2,50 metros-, aunque algo justa, permitía el paso por dicho arco.
El conductor, maniobrando con destreza, salva el oscuro túnel y entra en la plaza de los Protomártires Romanos.
El ingeniero mira hacia atrás, pendiente de la grúa. Chíniv recibe novedades por el radioteléfono.
Y el hombre del bastón, impertérrito, sin dejar de mirar al frente, desliza la mano izquierda por debajo del asiento, pulsando un botón.
Los potentes faros de la góndola deslumbran al Mercedes. Pero el agente que lo conduce mantiene la velocidad. Veinte kilómetros.
04 horas, 25 minutos y 30 segundos.
El convoy rodea el edificio de la Canónica y la Sacristía de San Pedro.
Hombres de azul saludan a Chíniv a las puertas del Hospicio de Santa Marta.
04 horas, 25 minutos y 45 segundos.
Largo de San Esteban. El semirremolque se despega de la basílica. El primer coche dobla a la izquierda, eligiendo la carretera superior. De esta forma, el camión evita el angosto arco del final de la vía de los Fundamentos.
04 horas y 26 minutos.
Palacio del Tribunal. Estación de ferrocarril. La Seguridad contempla atenta el lento circular de los vehículos. Sin novedad.
04 horas, 26 minutos y 30 segundos.
Governatorato. En los jardines se mueven algunas sombras. El comandante responde al saludo.

La góndola frena con suavidad. Y desciende por la vía del Govematorato.
04 horas y 27 minutos.
El chofer gira a la izquierda. Está a punto de pasar bajo el arco de Pablo V. Nadie habla. A la derecha, la Guardia Suiza se cuadra desde el portón del patio del Centinela.
El Mercedes reduce. Se dispone a devorar el último tramo: la recta de la Estradone al Giardini. La góndola, manteniendo la distancia, prácticamente se para.
Camilo observa de soslayo. Y se complace ante la habilidad y consideración del chofer. El levantisco adoquinado exige dulzura.
04 horas, 27 minutos y 15 segundos.
El arco queda atrás.
El hombre con cara de niño pulsa el escondido botón por segunda vez.
04 horas, 27 minutos y 45 segundos.
El convoy se orilla a la derecha del callejón de los jardines. Ingeniero y jefe de Seguridad descienden. Algunos hombres de azul le salen al encuentro. Conversan. Chíniv, acompañado de los directores, se dirige a la cancela de hierro que comunica con la Pinacoteca. La fuerte escolta rodea el semirremolque.
04 horas y 28 minutos.
La grúa se une a los vehículos. Las compuertas blindadas se abren y el gran cajón -de acuerdo al procedimiento- es liberado y transportado por la AT-422 hasta las entrañas de los Museos Vaticanos.
Camilo comprueba el doble cierre de las puertas. Dos agentes montarán guardia mientras La Piedad permanezca en el ala este de la referida Pinacoteca. El comprometido traslado se consuma. Y Chíniv telefonea al secretario de Estado.
06 horas.
Semirremolque, grúa y operarios se alejan de San Pedro. El ingeniero se siente satisfecho.
Y otro tanto ocurre con el hombre con cara de niño, el conductor del camión y el maquinista, aunque por una razón diferente...
17 de abril. Miércoles.

A partir de aquella mañana, tras el éxito obtenido en el transporte de La Píedad, Gloria Olivae quemó etapas a un ritmo endiablado. Pero el Destino terminaría arrebatándonos el control...

Trataré de desmenuzar estos últimos y críticos pasos.

A las ocho -de acuerdo con el riguroso hacer de Hoffmann-, un mensajero llamaba a la puerta de mi residencia, en la Universidad Urbaniana.

Quince minutos después, aparentando una desacostumbrada desazón, el cardenal Lomko telefoneaba a la Secretaría de Estado, solicitando una entrevista urgente con Rodano.

Nueve horas.

Ante la perplejidad de Angelo le hacía entrega de un sobre.

Lo examinó con curiosidad. Y al comprobar que iba dirigido a mi nombre solicitó una explicación. Le rogué que extrajera el contenido. Y así lo hizo, tomando un segundo sobre, cerrado y lacrado.

El nombre y cargo del prelado aparecían en la cara frontal.

Al leer el remitente palideció. Y comprendió el porqué de mis prisas.

-¿Cómo ha llegado a sus manos?

Le mostré el recibo de la mensajería.

Pareció dudar. Y sus dedos tamborilearon inquietos sobre la mesa. Su instinto de diplomático le advirtió. Y, entendiendo que quizá deseaba beber a solas aquel cáliz, hice ademán de retirarme. Pero, volviendo en sí, se excusó, invitándome a tomar asiento.

La imperturbable voz de campesino, templada en las diarias borrascas de la política vaticana, osciló al leer las dos palabras que configuraban el remitente.

Gloria Olivae.

Nos miramos. Unas inusuales ojeras hablaban de una noche en vela. Y, dejando en libertad un cansino suspiro, procedió a rasgar el misterio, procurando no dañar el lacre.

Desdobló una recia hoja. Se ajustó las cuadradas gafas y, amartillando la guardia, se enfrentó al apretado texto.

Naturalmente, yo lo conocía. Sin embargo contribuí a alimentar el suspense con un mutismo polar.

Frunció el ceño. Alzó la vista y exclamó, haciéndome partícipe de una recién nacida y prometedora irritación:
-Está en hebreo...
Sólo acerté a encogerme de hombros. Y sus ojos resbalaron impacientes por el papel. Al reparar en la segunda mitad -en inglés- la devoró en segundos.
La primera reacción, a lomos de la incredulidad no me sorprendió. Era natural en un adorador del sentido común.
Arrojó el documento sobre el tablero y rugió:
-Léalo, eminencia... Como broma no está mal.
Obedecí respetuoso. Dejé transcurrir unos instantes y, al localizar la traducción, bordé mi representación. El estupor saltó por encima de las bifocales. Rodano correspondió con un amago de sonrisa. Y la ronquera vino a orlar el momento con un cavernoso y oportuno dramatismo. Y leí por segunda vez, ahora en voz alta:
Eminencia, poco importa la autoría de los hechos que usted ya conoce y de los que vamos a revelarle. Nuestro objetivo no es la publicidad. Lea con atención. No será difícil comprobarlo. Su eminencia puede recabar el concurso de los expertos. La Piedad de Miguel Ángel se encuentra en nuestro poder...
Simulé consternación. Y Angelo, con la paciencia desbordándose por las yemas de los nerviosos dedos, me animó a proseguir. No es importante el cómo, sino el porqué.
Preste atención a las exigencias, indispensables para el rescate de tan valiosa y venerada obra, patrimonio de la Humanidad...
El secretario de Estado había empezado a arrojar fuego.
El Pontífice -y sólo él- deberá materializar los siguientes requisitos:
Primero: desvelar al mundo -de manera pública y oficial- el llamado tercer secreto de Fátima.
Conocemos el texto. No hace mucho, la Nunciatura Apostólica en Lisboa les informó de unos extraños sucesos acaecidos en el Carmelo de Coimbra...
Interrumpí de nuevo la lectura. Y solté unas gotas de estudiada ingenuidad.
-No comprendo, eminencia...
-Yo tampoco -mintió Rodano.

En otras palabras -continuaba el mensaje-, no traten de modificarlo o desvirtuarlo. En el momento oportuno se les hará llegar parte de dicho secreto, como prueba de la solidez de estos argumentos.
Segundo: el Vaticano deberá reconocer -también pública y oficialmente- la legitimidad del Estado de Israel...
Esta vez, ante la gravedad de la exigencia, me refugié en una sombría seriedad.
Somos conscientes de las dificultades que entrañan dichos requerimientos. En consecuencia, fijamos el plazo máximo e innegociable para la consumación de tales compromisos en el próximo 13 de mayo...
Interrogué al prelado.
-¿Cuánto tiempo?
Rodano pareció lamentar que tomara el asunto tan en serio. Y replicó de mala gana:
-Algo menos de un mes. Veintisiete días...
Procuré sortear la tormenta que se avecinaba. Y concluí el increíble ultimátum:
Como medida complementaria lamentamos comunicarle que Gloria Olivae ha escondido una treintena de potentes explosivos en otros tantos volúmenes del Archivo Secreto Vaticano. Concretamente, en la colección conocida como Registro de Súplicas. Como es obvio, no podemos facilitarle los títulos de los tomos en los que han sido dispuestas las cargas.
Al igual que en el caso de La Piedad, pueden verificar la realidad de estas manifestaciones, examinando el Liber Diumus Romanorum Pontificum (siglo IX), depositado en las estanterías de la colección Miscellanea (Armario XXXI y ss.). En el interior del preciado volumen descubrirán un explosivo -lógicamente desactivado-, de naturaleza similar a los existentes en el resto del Archivo Secreto.
Si la decisión del Pontífice resultara negativa, el mundo, sin duda, le pedirá cuentas.
Ambos textos, en hebreo clásico e inglés, aparecían firmados con la ya mencionada y familiar expresión: La gloria del olivo.
Al devolver el inquietante y estrafalario comunicado, me enganché al sentir de Rodano. Según lo dispuesto por

Hoffmann, mi trabajo como enlace debía verse permanentemente regado por la cautela.
-Ridículo... Una broma propia de dementes.
Angelo descolgó el teléfono. Y, al tiempo que expurgaba en el elenco vaticano, estalló:
-Pues se han equivocado de escenario...
Y reclamando al jefe de Seguridad masculló entre dientes:
-Sólo faltaría que Bangio tuviera razón...
Espolvoreé un poco de tranquilidad:
-Si dicen verdad, no tardaremos en saberlo...
El prelado se negó a navegar por ese rumbo:
-Seamos serios, eminencia. Camilo y los directores han sido testigos del traslado...
Chíniv atendió la llamada. Pero el secretario de Estado, encharcado en una súbita sensación de ridículo, no acertó a expresarse. Y, haciendo de tripas corazón, salió del atolladero, rogando al comandante que acudiera a su despacho de inmediato.
-Y otro favor, Camilo. Que le acompañe el director de los Museos,
9 horas y 45 minutos.
Las luciferinas cejas del jefe de Seguridad se abovedaron.
-¿Un robo? ¿De La Piedad?
El profesor Pietrángeli, con su proverbial discreción y buen humor, optó por sumarse a la madrugadora broma del secretario de Estado, dando por bueno que su presencia en la segunda planta del Palacio Apostólico obedecía a un lógico cambio de impresiones en torno a la delicada operación de la pasada madrugada.
-De película, eminencia. El robo ha sido de película...
Tuve que sujetar la risa.
Angelo comprendió y encajó la bien intencionada réplica del director. Y Lomko experimentó una cierta piedad hacia el aturdido cardenal.
Rodano -rico en recursos- esquivó el arcabuzazo del dolido Chíniv.
-Lo sé, Camilo... Yo también estuve presente. ¡Por el amor de Dios, no se ofenda! Nadie duda de su magnífica profesionalidad. Pero...

Le vi manosear el lacre. Supongo que estuvo tentado de revelarles la fuente informativa. Pero, calculador, apostó por si mismo:
-Sólo les pido una sencilla y rutinaria comprobación.
Y, guardando el comunicado, se puso en pie, dejando en tablas el forcejeo.
-Acompáñenme...
10 horas y 30 minutos.
En presencia del inquieto secretario de Estado, del confuso profesor, del irritado Chíniv y de un Jozef Lomko, siempre en segunda fila, los hombres que montaban guardia frente al reducido almacén de la Pinacoteca procedieron a desclavar la cubierta del embalaje que contenía La Piedad.
Rematada la operación, siguiendo las rígidas órdenes de Rodano, Camilo retiró a los agentes. Y el bueno de Pietrángeli, sin terminar de comprender el alcance de la ya pesada broma del monseñor, fue a encaramarse en un improvisado cajón. Y, refunfuñando, husmeó en el interior. La bellísima Madona, en efecto, se hallaba donde debía. El director sonrió. Y Rodano recuperó el temple. Pero Chíniv, sin saberlo, jugó a nuestro favor. Su pregunta resultaría mortal:
-¿Ha mirado la firma?
Pietrángeli, malhumorado por la desconfianza, terminó accediendo. Se asomó. Buscó en vano en las cuatro paredes. Y, como era de prever, su rostro se contagió de la blancura del mármol. Palpó sin pudor la protección de plástico, en un intento de reconocer los perfiles de la Señora. Y demudado se volvió hacia el expectante coro, balbuceando algo ininteligible.
Finalmente, abrasado a preguntas y cardiaco por lo que acababa de descubrir, perdió conciencia del menguado y frágil maderaje que le sostenía. Su caída fue inevitable.
Cuando, socorrido por los solícitos acompañantes, consiguió al fin armar las ideas, el perdido profesor, gimoteando, logró desencuadernar los ya vapuleados ánimos.
-¡La firma!... Eminencia..., ¡ha desaparecido!
El prelado comprendió a medias. El policía, nada en absoluto...
Media hora más tarde, desmantelado el embalaje, el director de los Museos Vaticanos, arrasado por la incredulidad, daba fe de

lo que parecía imposible: La Piedad de Miguel Ángel había sido sustituida por una copia de excelente factura.
Angelo, a pesar del escopetazo, se vio en la necesidad de sostener y animar al derrumbado comandante. En cuanto a mí, hice lo que pude; es decir, muy poco.
Pietrángeli, dando ejemplo de entereza, solicitó permiso para una última comprobación. El prelado, sumido en pensamientos de mayor calado, movió la cabeza mecánicamente, dando su autorización. Y, desdoblándose, tuvo los reflejos suficientes para recordarle que aquel asunto exigía la máxima discreción.
Minutos después, dos técnicos del Departamento de Restauración ratificaban el examen inicial. Uno de ellos, el eminente profesor Gabrieli, que había tomado parte en la casi mágica rehabilitación de la imagen, tras el atentado de 1972, fue rotundo.
A pesar de la asombrosa perfección de La Piedad que teníamos a la vista, algunos detalles eran determinantes. Por ejemplo: la técnica utilizada por el falso Buonarroti en rostro, ropas y brazo izquierdo nada tenía que ver con la llamada fórmula interrogativa, practicada por los restauradores en la reparación de los desperfectos ocasionados en dicho atentado. Por otra parte, el artista -quizá involuntariamente- había olvidado las marcas ocasionadas en la nuca de la Virgen por los catorce martillazos propinados por el demente y que fueron conservadas como testimonio de tan triste suceso.
Ni Gabrieli ni el resto de los expertos vaticanos supieron jamás que esos supuestos errores fueron cometidos premeditadamente, con el fin de brindar una rápida identificación.
Y rizando el rizo de la prudencia, los especialistas rasparon una franja del mencionado brazo, recogiendo muestras del mármol. Esa misma mañana, consumados los análisis, el director de los Museos hacía llegar el veredicto al secretario de Estado. El material que daba forma a las prótesis no guardaba relación con el empleado en la verdadera estatua. En 1972 y 1973, tanto en la nariz, ojo izquierdo, mejilla, borde del manto y brazo, los restauradores resolvieron las reconstrucciones con resina de poliéster (soluble en acetona) y polvo de mármol de Carrara. En la copia, en cambio, sólo fue identificada resina acrílica.

No cabía duda. Alguien había secuestrado a La Madona.
Pero ¿cómo? ¿En qué momento?
Los responsables de su custodia no conocen aún el procedimiento. La operación, sin embargo, no fue excesivamente alambicada. El plan de Hoffmann resultó impecable.
Meses antes -adelantándose a los acontecimientos-, dos hombres de Gloria Olivae entraron al servicio de la empresa de transportes excepcionales que, presumiblemente, podía responsabilizarse del trabajo. Dicha agencia internacional, con su demostrada profesionalidad, unos inmejorables medios y el valioso precedente del viaje de La Piedad a Nueva York en 1965, aparecía como un candidato seguro, en el supuesto de un segundo traslado. Y acertamos.
La permanencia de nuestros especialistas en la referida empresa fue de importancia capital para la puesta a punto del material. Y en vísperas de la fecha prevista para la resolución del contrato con la Santa Sede, los falsos operarios fueron designados -in extremis- como chofer y maquinista del semirremolque y de la grúa autopropulsada, respectivamente. Una inoportuna intoxicación, derivada de una cena de hermandad, había postrado en cama a buena parte de la plantilla de conductores...
Cuando el auténtico camión blindado partió de los hangares, en las afueras de Roma, rumbo a la basílica de San Pedro Gloria Olivae lo interceptó fácilmente. El ayudante de Victor Greder -que conducía el vehículo- fue retenido, siendo reemplazado por Frank Hoffmann. Y una góndola, prácticamente gemela, ocupó su lugar.
La circunstancia de que el ingeniero y el resto de la cuadrilla se desplazaran en un vehículo auxiliar favoreció nuestros propósitos. En cuanto al coronel, aunque había sido provisto de la oportuna documentación, su presencia no despertó la menor sospecha. De acuerdo con las indagaciones efectuadas previamente, ni el ingeniero ni la docena de hombres que le acompañaba estaban en condiciones de reconocer a todos y cada uno de los quinientos empleados que formaban parte de la empresa.
Ante el considerable peso de la escultura y las enérgicas medidas de seguridad que la rodearon, sólo cabía un método

para apoderarse de ella. Tenía que ser el propio Vaticano quien la removiera del emplazamiento y la depositara en el falso camión. Y de esta guisa se efectuó el cambio.
El cómo, repito, teniendo en cuenta los medios, fue igualmente simple.
El secreto se hallaba en las dimensiones internas de la caja del semirremolque. Una parte de los 7,80 m (longitud total), por los 2,40 (anchura), fue transformada y cerrada. En el cubículo resultante -de 1,40 X 2,40-, Gloria Olivae escondió un cajón de características idénticas al empleado en el embalaje de la verdadera Piedad, con la copia encargada meses antes.
Como ya mencioné, uno de los momentos de mayor peligro se produjo, justamente, cuando el comandante de la Seguridad y el ingeniero penetraron en la caja, a fin de revisar los amarres. La implacable tensión, soportada durante horas, hizo comprensible que no repararan en la sutil diferencia de volúmenes. La oscuridad, en parte, nos benefició.
Dado el corto trayecto a cubrir por el camión -novecientos metros-, siempre en territorio soberano, no era previsible que los escoltas fueran emplazados en el interior. Aun así, preventivamente, Hoffmann mandó sustituir el gas halon por un narcotizante. En caso de necesidad, los conductos de este sistema antiincendios habrían servido para neutralizar a los vigilantes. La dosis fue programada para un tiempo máximo de inconsciencia de tres minutos. Por fortuna, Chíniv no lo estimó necesario. Después de todo, La Piedad fue descargada y encerrada en su presencia y escoltada por dos vehículos oficiales...
Y nada más traspasar el arco de La Campana, el cara de niño pulsó el botón que debía alertar a los tres polizones ocultos en el compartimiento secreto.
De acuerdo con nuestros cálculos, el tiempo disponible, hasta la apertura de las compuertas blindadas, oscilaba alrededor de tres o cuatro minutos.
Merced a un elemental mecanismo hidráulico, el falso fondo de la caja fue elevado. Y los especialistas -con el apoyo de cuatro reducidos gatos neumáticos- levantaron La Piedad, dotándola de unas poderosas ruedas multidireccionales.
La maniobra fue redondeada en cuarenta y cinco segundos.

Y el tesoro quedó liberado de los amarres laterales.
Acto seguido, tras el cierre de la pared móvil, el cajón fue anclado a la misma con dos sólidas cinchas que lo abrazaron por los extremos. Y los polizones dispararon el sistema giratorio que motorizaba la plancha de acero. Y la hicieron rodar 180 grados.
Y La Piedad fue a parar al cubículo.
El posterior calce del cajón gemelo, la retirada de las ruedas y su definitivo asentamiento en el piso fueron consumados en cincuenta y cinco segundos.
Nuevo giro de la pared. En esta ocasión, cuarenta y cinco grados. Y nuestros hombres retornaron al escondite.
La plancha blindada fue impulsada por tercera vez, recuperando la posición correcta. Es decir, como pared de fondo.
Por último, a través de dos escotillas practicadas en los laterales de dicha pared, la copia fue debidamente amarrada a los flancos de la caja.
Total: dos minutos y treinta segundos.
Para cuando Frank pulsó el botón por segunda vez, advirtiendo del inminente final del viaje, todo se hallaba tal y como aparecía en el momento del cierre del semirremolque...
El resto fue sencillo.
12 horas.
Armado el embalaje de la falsa Piedad, saltando por encima de su derrotado ánimo, Rodano puso a prueba su sangre fría, celebrando un improvisado conciliábulo. Y los técnicos del Servicio de Restauración fueron aleccionados con rudeza.
Allí no había pasado nada...
Y el almacén fue clausurado de nuevo, manteniéndose la vigilancia y las apariencias.
12 horas y 30 minutos.
Secretaría de Estado. Despacho de Angelo Rodano.
Tras cancelar la mayor parte de los compromisos previstos en la agenda del día, el prelado mostró el ultimátum a Camilo Chíniv y al director de los Museos. Y una vez más les imploró el más hermético de los silencios.
Cuando el jefe de la Seguridad acertó a leer el capítulo de los explosivos, la quijada de bulldog se desplomó. Y persuadido de

la autenticidad del funesto anuncio apremió a Rodano para llevar a cabo la inmediata comprobación sobre el volumen mencionado en el mensaje de Gloria Olivae.
Desfondado, Angelo telefoneó al prefecto del Archivo Secreto y responsable del gobierno ordinario de tan prestigiosa institución, ubicada en el patio de Belvedere.
Taimado, evitó las explicaciones, señalando al padre Metzler que se pusiera a las órdenes de Chíniv.
Y la espera -a qué ocultarlo- fue tan dramática como los minutos que precedieron a la confirmación del robo de La Piedad. En mi afán por relajar la enrarecida atmósfera, interrogué al prelado sobre sus intenciones. Y un Rodano desconocido -casi agresivo- me hizo retroceder con la mirada. Ni Pietrángeli ni el imprudente Lomko volvieron a incomodar sus atropelladas reflexiones.
13 horas y 15 minutos.
Camilo, escoltado por un aturdido prefecto, irrumpió en el luminoso gabinete, depositando sobre la mesa de Rodano una de las joyas de la colección Miscellanea: el referido Liber Diumus Romanorum Pontificum.
Y sudoroso, economizando formulismos, lo abrió por la mitad, mostrando un extraño artilugio cuadrado -extraplano-, de seis centímetros de lado, cuidadosamente adherido al pergamino, en el centro de la página derecha.
Angelo, sin despegar los temblorosos labios, comprendió. Y el semblante fue clareado por el miedo. Y en sus ojos -siempre vestidos de calma- se desnudó la angustia.
El germánico Metzler -a años-luz de la doble tragedia- exigió una aclaración. Y Camilo, muy a su pesar, se la dio.
-Se trata de un semtex -explicó, alisándose la plateada cabellera-. Un explosivo indetectable por los medios físicos habituales...
El prefecto perdió la respiración.
-Como pueden observar -marcó Chíniv con el dedo-, es de reducidas dimensiones y tan delgado como una tarjeta de crédito.
Su tono se derrumbó.
-Pues bien, no se fíen de la aparente fragilidad. Su poder destructivo es muy notable.

-¡Jesús bendito! -clamó Metzler-. ¿Quién y cómo han podido...?
El comandante pospuso la posible explicación. Y completó el cuadro.
-En el centro, como ven, hay una diminuta célula fotoeléctrica, sensible a la luz. Basta abrir el libro para que la carga estalle.
Rodano se estremeció.
-En este caso -añadió con repugnancia-, esos malnacidos lo han desactivado. Falta el detonador...
El quién y el cómo del prefecto planearon sobre el libro, reavivados esta vez por el desolado director de los Museos.
-No es tan complicado... -musitó Chíniv. Y fue a refugiarse en la privilegiada memoria de Metzler.
-Padre, ¿cuántas personas han visitado el Archivo durante el pasado año?
Un elocuente gesto nos previno:
-Si no recuerdo mal -aclaró el desconcertado sacerdote-, se extendieron más de mil quinientas tarjetas de inscripción ordinaria y otras tantas, a título provisional, a estudiosos de cincuenta países. Se han registrado algo más de trece mil presencias en las salas de estudio de índices, con casi veintinueve mil peticiones de material de archivo...
-Está bien...
Angelo alivió el suplicio.
Metzler, aturdido, había olvidado al grupo de expertos en informática de la Universidad de Michigan, encargado del proyecto de automatización del Archivo Secreto...
-Pero si hace explosión al contacto con la luz, ¿cómo han podido colocarlos?
Camilo despejó las dudas del prelado:
-Muy fácil, eminencia. El semtex va protegido con una larga tira de papel negro. Una vez adherido se cierra el volumen y el criminal sólo tiene que arrastrar la banda protectora, descubriendo así la célula fotoeléctrica.
Cuando alguien hojea el libro, la luz, como le decía, provoca una débil corriente eléctrica. Suficiente, sin embargo, para activar el detonador y provocar la tragedia...
-¡Por Dios! -se sublevó Rodano-. ¿Y de cuántos tomos consta el Registro de Súplicas?

El prefecto, ajeno al alcance de la pregunta, se resistió a dar una cifra inexacta.
-No lo sé, eminencia. Tendría que consultar...
-Aproximadamente -le urgió el prelado.
-En lo que se refiere a los años 1342 a 1899, alrededor de 7 400.
Un silencio, mortal de necesidad, fue a montarse en los corazones.
-¿Y cómo buscar y desactivar una treintena de explosivos entre más de siete mil volúmenes?
El lamento -más que interrogante- de Angelo Rodano puso al cabo de la calle al perdido prefecto del Archivo Secreto.
-¿Qué insinúa su eminencia?...
Ninguno tuvo la suficiente presencia de ánimo para repetir lo ya sabido. Y el prelado, a la desesperada, acosó a Camilo.
-¿Soluciones?
Mal remendador, Chíniv empuñó la verdad, seccionando sin titubeos.
-Pocas y comprometidas. Cabe radiografiar cada libro...
Angelo se atascó en los primeros cálculos.
-La operación, como usted comprenderá, eminencia, además de arriesgada, exige un faraónico número de horas de trabajo. La Seguridad Vaticana, qué le voy a contar, no dispone de especialistas ni de medios técnicos...
El prelado subrayó las certeras afirmaciones con un amargo rictus.
-La inspección in situ tendría que llevarla a cabo el Departamento de Desactivación de Explosivos de la Policía italiana.
El secretario de Estado dejó correr la insinuación del comandante. ¿Hacer públicos los enojosos incidentes? Nada más lejos, por el momento, de su voluntad. Tiempo habría de meditar y tomar decisiones al respecto.
Y descendiendo a la cruda inmediatez se interesó por dos cuestiones claves:
-Padre Metzler, ¿alguien puede estar manejando el Registro de Súplicas en estos instantes?
Unas gotas de sudor traicionaron la huidiza respuesta del prefecto.

-Tengo entendido que no....
Angelo le atornilló con la mirada.
-Bueno, eminencia... Tendría que verificarlo...
Y, girando hacia Chíniv, liberó la segunda duda y parte de su irritación.
-¿Qué ocurriría si una de esas malditas cargas estallase cerca del Registro?
El comandante -sincero- se encogió de hombros, replicando con un hilo de voz.
-Lo ignoro. Habría que consultar con los expertos. Si el semtex actúa por simpatía, parte del Archivo Secreto ardería en pompa...
Rodano se despojó de las gafas. Y ocultando el rostro bajo las curtidas manos se sumergió en un arduo debate consigo mismo. No era difícil imaginar el galope de sus pensamientos. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era todo aquello?... La Piedad robada. El Archivo Secreto minado... Un sibilino chantaje.
Y acorralado pareció asumir sus limitaciones. Después de todo, él sólo era un tornillo transmisor en el gran engranaje de la Iglesia.
E impartió las primeras órdenes:
-Está bien. Usted, padre Metzler, clausure esas estanterías. Y, ¡por Dios bendito!, que nadie toque el Registro de Súplicas.
-Usted, Camilo, ocúpese de la vigilancia en la zona.
Se puso en pie. Y recalcó imperativo:
-Este asunto es confidencial. Le hago personalmente responsable, padre...
El prefecto insinuó el nombre del cardenal archivero, máxima autoridad y delegado del Papa en el Archivo Secreto.
-¡Ni una palabra! -bramó-. De ése me encargo yo...
Y con una andanada descabezó las posibles dudas de Metzler.
-Invente la excusa que quiera. Pero nadie, fíjese bien, nadie debe sospechar la verdad. Y ahora, por favor, cumplan con celeridad. Cuando hayan concluido, regresen. Quiero una información directa. De primera Mano.
El prefecto, asustado, fue asintiendo mecánicamente. E hizo ademán de retirarse. Pero Chíniv permaneció inmóvil frente a la mesa. Y, alargando el brazo, le tendió un sobre lacrado. Y anunció con gravedad:

-Lo encontramos en el interior del libro, junto al explosivo.
Eran demasiadas emociones, incluso para un diplomático. Y ante la comprensible parálisis del prelado, Camilo optó por dejarlo sobre el tablero. La acobardada voluntad de Angelo -intuyendo un nuevo precipicio- se resistió a avanzar.
Por último, esclavizado por la rabia, despidió a los silenciosos colaboradores.
-Cardenal Lomko -susurró implorante-, usted no...
Tomé asiento de nuevo y fingí un mínimo de expectación. Rodano se desplomó sobre el terciopelo púrpura del sillón. Acarició la cruz pectoral y comentó, casi para sí:
-Dicen que Dios atempera el viento para el cordero trasquilado. ¿Y qué ocurre cuando sopla un tifón?
Me miró suplicante.
-Querido cardenal -improvisé-, a Dios le encanta la provisionalidad. Es un fanático de lo pasajero. Somos nosotros, los hombres, los que nos empeñamos en instalarnos.
Como buen diplomático, me dio la razón. Pero reforzó las amarras.
-Aguantaremos, Jozef..., aguantaremos.
Vencidos aquellos interminables segundos -relativamente recuperado-, tomó el sobre con las puntas de los dedos, inspeccionándolo a distancia.
Y sarcástico -aludiendo al destinatario- vomitó sin piedad:
-¡Santo Padre...! ¡Pobre infeliz! Esta vez has encontrado la horma de tu zapato...
Y la crueldad relampagueó en sus ojos.
-¿Quiere leer el tercer secreto de Fátima, eminencia?
Sonreí incómodo. Ambos sabíamos que este segundo sobre lacrado iba dirigido al Pontífice. Y por un momento creí que se disponía a abrirlo. Pero, conociendo como conocía las rudas y temperamentales reacciones del polaco, prefirió no avivar la hoguera. E hizo lo único que podía y debía: telefonear al primer secretario particular de Su Santidad.
La conversación con el gélido y desabrido Stanislaski Siwiz le hizo saltar en pedazos. Desorientado con el alud de la mañana, Angelo había olvidado el amurallado celo del caja de huesos.
-Sí, muy urgente.

Siwiz le interrogó sobre el motivo de tan precipitada entrevista. Y Rodano, severo, no hizo concesiones.
-Confidencial...
Imaginé los desconcertados ojos de lechuza de Siwiz.
-No me lea la apretada agenda de Su Santidad...
El secretario -obtuso- insistió. Y el prelado se desarmó:
-Mire usted, el cardenal Lomko y yo necesitamos ver al Santo Padre de inmediato. ¿Prefiere que derribemos la puerta?
Siwiz percibió el silbido de sables. Y moderó el tono:
-Bien, de acuerdo -accedió Rodan-. Esperaremos a que concluya el almuerzo...
Y, consultando el reloj, marcó la hora.
-A las tres en punto...
La chillona voz del incombustible interlocutor -insistiendo en la obtención de algún indicio con el que poder preparar a su amo y señor- exasperó al quemado secretario de Estado:
-Limítese a sus obligaciones, padre. ¿o debo llamarle santo padre?
Cuarenta y cinco minutos después, recibidas las oportunas y, hasta cierto punto, tranquilizadoras novedades por parte de Chíniv y del prefecto del Archivo Secreto, Angelo Rodano y Jozef Lomko franqueaban la puerta del gabinete privado de Su Santidad.
Con los ojos cargados de pedernal, un Siwiz distante y rencoroso anunció nuestra presencia.
El polaco alzó la vista. Y con un amable gesto nos invitó a acomodarnos. Y, absorto en un documento, necesitó algunos segundos para caer en la cuenta de que no me había visto desde el accidente. Y, rodeando la congestionada mesa, se apresuró a rectificar el lapsus. Tomó mis manos enguantadas y, feliz, me susurró en polaco:
-Querido Jozef..., me alegro de verte recuperado.
Procuré disculparme por la ingrata afonía. Pero Rodano, consumido por la impaciencia, abrevió el preámbulo. Abrió el Liber Diurnus por la página que contenía el explosivo. Lo dejó caer sin miramientos sobre el rojo tapete del escritorio y, sosteniendo los sobres en la mano izquierda, resumió los acontecimientos en riguroso orden cronológico y sin concesiones.

Conforme el prelado desgranaba calamidades, fui ganando en serenidad. Aquel encuentro directo con el Romano Pontífice encerraba una enorme trascendencia para Gloria Olivae. Y no porque las hipotéticas decisiones que pudieran salir del despacho preocuparan a la organización. Ese extremo, en esos instantes, era irrelevante. Lo que Hoffmann y yo mismo no teníamos tan claro era la reacción del polaco, a la vista del falso Lomko.

Y, como digo, fui estabilizándome. La cirugía plástica y el prolongado y exhaustivo entrenamiento obraron el milagro.

La sorpresa -como un ladrón en la noche- le robó el habla. Le vi encorvarse. Cambiar el tinte de la piel. Rodano, implacable, se lo ofreció crudo.

Y el Papa, sabedor de la rectitud y de la parca imaginación de su secretario de Estado, no dudó. No existía posibilidad de error. Eso nos ahorró tiempo.

Concluida la exposición, nos dio la espalda. Y con pasos cortos, inseguros, rozando con la mano derecha los libros y carpetas que almenaban la mesa, se dejó caer en el mullido terciopelo gris de la silla. Cruzó los brazos sobre el tablero y bajó la cabeza.

El prelado, respetuoso, le permitió maniobrar mentalmente. Y, sigiloso, fue a depositar los sobres a un palmo de la blanca sotana.

Al levantar el rostro, el azul de los ojos se humedeció. Los surcos de la frente se arquearon y los labios, prietos, anunciaron el seísmo.

Pero, para desconcierto de los cardenales, se limitó a entonar el nombre de la Virgen:

-¡Santa Madona!

Y, arrollado por una serena tristeza, bajó los párpados. Y una solitaria lágrima rodó por el impecable afeitado.

-Santidad...

Rodano, conmovido, trató de ordenar las emociones. Pero el Papa, sin mirarle, despegó la mano izquierda, solicitando silencio.

La agitada caja de Pandora de sus sentimientos no tardaría en sorprendernos de nuevo.

Y con movimientos lentos, teatrales, fue a tomar el primero de los sobres, leyendo el contenido.
Un par de ácidas sonrisas modificaron el escenario. Rodano se preparó.
Al finalizar aplastó el papel.
Y el acero volvió a la mirada.
-¿Qué hay de los explosivos?
La voz, como un lejano retumbar de tambores, nos previno:
-Hemos llegado a tiempo, Santidad... El Registro de Súplicas, según las últimas noticias, se halla intacto. Aislado y vigilado.
-¡Inútiles!...
Angelo, buen fajador, esperó la siguiente embestida:
-¿Cómo es posible?...
A pesar de la cólera que empezaba a afilar las facciones, el prelado se arriesgó:
-No podemos culpar a la Seguridad... Esa gente parece poderosa...
Pero, montado en sus pensamientos, le interrumpió, ignorando las justificaciones del secretario de Estado.
-¿Y mi seguridad, eminencia? De momento se han contentado con una estatua. Pero ¿y mañana?
Rodano se tragó el reproche. Y removió el caldero de la realidad.
-Vayamos a los hechos, Santidad. Conviene tornar una decisión. ¿Ponemos el asunto en conocimiento de las autoridades policiales?
El sarcasmo dejó al descubierto una cuidada dentadura.
-¿Y qué ganaremos?
-Es posible que la policía...
El polaco, tronando, ahogó a Rodano:
-Si han sido capaces de atentar contra el blindaje, robar La Piedad y sembrar el archivo de explosivos, ¿cree su eminencia que se dejarán atrapar?
El despreciativo tono le hirió. Y el prelado, enseñando los espolones, le abandonó a su suerte.
-Muy bien, Santidad. Suya es la responsabilidad. ¿Qué hacemos?
El Pontífice volvió a cruzar los brazos. Meditó la respuesta. Y astuto, reservando la artillería, decidió no empeorar las cosas. Y, sacando la máscara del paternalismo, replicó conciliador:

-Querido Angelo...
El diplomático se acorazó. -Perdone a este viejo siervo del Señor. Actuemos con calma. Hay tiempo. Por el momento, esta desgracia debe quedar en casa.
Rodano asintió.
-La Piedad, oficialmente, ha sido trasladada a los Museos. No atormentemos al mundo con nuestros pecados.
Ganada la escaramuza, tomó el segundo sobre, dejando el asunto en el aire. Y lo rasgó sin perder aquella enigmática y artificial sonrisa. Angelo y yo intercambiamos una silenciosa mirada. Y nos dispusimos para el inmediato asalto.
Rodano lo intuyó. Lomko lo sabía. El breve texto de aquella hoja -con algunas menciones al tercer secreto de Fátima- haría impacto en el casco del insobornable admirador de las apariciones marianas.
Fue cuestión de segundos. Conforme avanzó en el mensaje, el andamiaje de su rostro se desmoronó. El papel osciló, acusando unas progresivas e inequívocas oleadas de ira. Nuestros agentes en Coimbra habían acertado. La confesión arrebatada a sor Lucía coincidía con el secreto original.
Y torpemente, con los dedos aguadañados, plegó el mensaje, guardándolo en el sobre.
Y ciego, empuñando el ingobernable látigo de la violencia, se adentró en el pantano de la desconfianza. Aquello le perdió.
-¡Traidores!... ¿Quién ha robado la profecía?... ¡Los fulminaré!
El secretario de Estado, estupefacto, exigió una aclaración. Pero el irritado Pontífice, alzándose bruscamente, siguió catapultando toda suerte de injustas acusaciones.
Angelo renunció. Y, dando media vuelta, abandonó la estancia. El confundido Lomko, naturalmente, le siguió.
Media hora más tarde, amainado el temporal, el Papa telefoneaba al dolido Rodano, excusándose. Y el prelado, desconfiado, le dejó hablar, replicando desde el filo de la obediencia debida.
-Lo comprendo, Santidad... No tiene importancia... Por supuesto, Santo Padre... Puede estar tranquilo. Nadie, salvo Su Santidad, ha tenido acceso a ese segundo sobre...
Me miró resignado.

-¿Quiénes?... Sólo Chíniv, el cardenal Lomko y yo mismo... No, Santidad, el resto sólo conoce una parte del asunto... Claro... Ya había pensado en ello... Como ordene Su Santidad... Descuide... Cómo no, Santo Padre...
Al colgar, resumió paisaje y paisanaje.
-Voz acaramelada. Amabilísimo. Algo trama. Sugiere una reunión urgente y secreta. Bangio, Camilo, usted y yo. El resto no cuenta. Pide ideas. Y las quiere ya. Después del cónclave -sonrió mordaz- debo informarle.
Y cruel, permitiendo que su viejo escepticismo tomara venganza, añadió sin disimulo:
-¡Ah, y recomienda que solicitemos ayuda a la Virgen de Czestocowa!...
A las cinco de la tarde, ante un Sebastiano Bangio pletórico por su acierto al señalar a la extrema derecha judía como la responsable del atentado y del robo, tenía lugar la cumbre solicitada por el Papa. Una reunión -como era previsible- de la que no salió gran cosa. El Vaticano, sencillamente, se hallaba atrapado.
Tal y como pronosticara el segundo círculo, la cuestión de fondo -la que verdaderamente inquietaba a la cúpula vaticana- no era la integridad física y el rescate de La Piedad de Miguel Ángel. Entre el secretario de Estado y el camarlengo llegaron a materializar hasta seis posibles soluciones para disimular la pérdida ante la opinión pública. Lo que no estaban dispuestos a consentir era el desgaste político y de imagen que -según ellos- se derivaría del conocimiento de estos hechos.
Esta farisaica actitud, por supuesto, nos traía sin cuidado. Gloria Olivae -lo dije- tenía otras miras. El chantaje sólo era una cortina de humo. Un medio para despistarlos nuevamente. Una diabólica fórmula para conducir el agua a nuestro molino...
El quid del espinoso dilema fue destapado desde el primer momento y con la mayor desvergüenza.
El mundo no debía saber...
Había que hallar un medio -no importaba cuál- para salvaguardar el buen nombre de la Santa Sede.
¿Satisfacer las pretensiones de los terroristas?
Bangio se levantó en armas.

Hacer pública esa estupidez de Fátima -sentenció- nos arrastraría al más grotesco de los ridículos.
Aun sin conocer el texto del mensaje acertó de plano.
En cuanto al reconocimiento oficial del Estado de Israel -se encrespó como una ola-, ni soñarlo...
Políticamente sería un suicidio. Nos enfrentaría sin remisión al mundo árabe. Y enviaríamos al patíbulo a las comunidades católicas, tradicionalmente arraigadas en esas regiones.
Y cañoneó a los titubeantes:
No caigamos en la trampa de atrapar la mosca y dejar suelta a la avispa.
Segunda alternativa.
¿Rescatar La Piedad y aplastar a los anónimos autores del secuestro?
Pero ¿cómo? ¿Con qué medios?
El margen de tiempo era menguado. Por otra parte, al poner el asunto en conocimiento de las autoridades policiales, se corría el gravísimo riesgo de que terminara filtrándose. Demasiado peligroso.
Bangio -cómo no- solicitó autorización para contratar manos expertas. A saber: la mafia o el Mossad israelí.
Rodano prometió consultarlo. Y ahí se agotó el caudal. Y el secretario de Estado, con las manos prácticamente vacías, se dispuso a dar cuenta al sucesor de Pedro.
Y el coronel Frank Hoffmann hizo girar la última rueda. Mejor dicho, la penúltima...
El capitán de Homicidios volvió a rememorar el tira y afloja entre Chíniv y el jefe de la policía de Roma.
-¿Terroristas? -había preguntado el prefetto-. ¿Podría guardar relación con esa organización que trata de chantajear al Vaticano?
Rossi empezaba a comprender el alcance de lo que tenía entre manos. Era vital que sostuviera una larga y sincera conversación con el político. Saltaba a la vista que, a pesar del celo vaticano, parte de la alucinante historia se había derramado por la ciudad.
¿Alucinante historia?
Constante se sobresaltó. ¿A qué negarlo? La trama le tenía cautivo. Poco importaba que fuera un magistral infundio. Era

preciso alcanzar el final. ¿Qué nueva aberración le deparaban aquellas postreras páginas?
Le bastó con recorrer los primeros renglones azules para forjarse una idea.
Esa rueda -explicaba el manuscrito- constaba de dos palabras. Dos enigmáticos conceptos:
Corrector extrapiramidal.
Hoffmann no es hombre que sucumba a los cantos de sirena del azar. La meticulosidad lo sostiene más que su bastón. No es de extrañar, por tanto, que el siguiente paso de Gloria Olivae fuera cuidado con un mimo casi enfermizo.
Esa misma mañana del miércoles, procedente de Polonia, aterrizaba en Fiumichino un sacerdote de la diócesis de Cracovia. Era portador de un cuidado y valioso paquete.
A primera hora de la tarde, el polaco, viejo conocido de sor Juana de los Ángeles, hacía entrega del obsequio a la gobernanta de la casa pontificia. Un detalle de sus hermanas, las religiosas de la mencionada ciudad de Cracovia.
Los achinados ojos de la superiora se iluminaron al comprobar el contenido. Y se alegró por Gabi, la cocinera. Esa noche no tendría que preocuparse del postre de Su Santidad.
La caja contenía un esmerado surtido de pierogi Cuna especie de empanadillas rellenas de patatas, queso o carne) y una suculenta, redonda y discreta torta de sernik (requesón). En la nota de las monjitas se hacía especial mención al dulce, uno de los favoritos del Pontífice. La priora se disculpaba. La falta de tiempo les había impedido la elaboración de una ración más generosa. (El sernik apenas alcanzaba los cuatrocientos gramos.) Pero prometía una nueva y pronta remesa.
Así y todo, sor Juana se sintió feliz. Administrándolo con esmero, su admirado Santo Padre podía disfrutar, al menos, de un par de deliciosas raciones. E imaginó la cara de sorpresa del Pontífice a la hora de la cena.
Y las previsiones del coronel se cumplieron. Las amarguras de aquella jornada fueron levemente paliadas por la inesperada aparición del sabroso pastel. Y el Papa, olvidando temporalmente la ingratitud de las pasadas horas, lo devoró con fruición, elogiando y bendiciendo a sus incondicionales religiosas.

La suerte estaba echada.
Cuarenta y cinco minutos más tarde -tras concluir sus acostumbrados rezos en la capilla privada-, el Pontífice experimentó los primeros síntomas: súbitos e inexplicables vértigos. Sequedad en la boca. Un desacostumbrado cansancio. Trastornos en la acomodación visual. Aumento de la frecuencia cardiaca e insomnio.
Pero no se alarmó, atribuyendo el malestar a la aplastante presión ejercida por el asunto de La Piedad.
A la mañana siguiente, su lámina presentaba un preocupante desaliño. Ojeras. Palidez. Ojos vidriosos...
Y ante la lógica preocupación de las religiosas y de sus dos secretarios particulares, apenas si abrió la boca. Desayunó frugalmente. Algo de café y la última ración de sernik. Y sin mediar palabra, ante la perplejidad de Siwiz, se retiró a su gabinete.
Según lo convenido, Angelo Rodano y yo nos personamos en la tercera planta del Palacio Apostólico a las diez en punto. El caja de huesos, congelando las diferencias del día anterior, recomendó un máximo de brevedad.
-Ha pasado una mala noche...
Nos hicimos cargo.
Pero, al verle, el secretario de Estado se inquietó. Ni siquiera llegamos a sentarnos. Más aún: creo que el debilitado Pontífice apenas si fue consciente de nuestra presencia. Permaneció acurrucado en la silla, con la atención esparcida por la sala. Tan pronto saltaba del espigado crucifijo de bronce que presidía la mesa a los blancos cortinajes de hilo de las ventanas como consultaba el reloj, interrogándose una y otra vez -obsesivamente- sobre la hora.
Desconcertado, sin saberlo, Rodano estaba asistiendo al principio del fin.
Cuando el Santo Padre, con la voz pastosa y la mirada opaca, preguntó si era de día o de noche, Angelo rodeó el escritorio y, sin protocolos, le tomó el pulso.
-¡Dios mío!
Y, con un chasquido de los dedos, me indicó que le siguiera. Abandonamos el gabinete, saliendo al encuentro de Siwiz.

Angelo, descompuesto, le ordenó que llamara al médico personal.
-Pero, eminencia...
-No discuta -lo fulminó Rodano-. Que venga Mielawcki. Suspenda las audiencias. Y trate de que se acueste...
Y antes de que los chirriantes zapatones del secretario se alejaran, le recordó la ajada pero útil fórmula, muy indicada para sortear suspicacias:
-Un repentino y nada preocupante proceso gripal. Ampárese en eso. ¿Ha comprendido?
Las cenicientas pupilas de Siwiz buscaron algún rastro de la verdad en el acelerado parpadeo del cardenal. Inútil empeño. Sólo nuestros agentes, infiltrados en el Vaticano, y el falso Lomko se hallaban al tanto de la realidad.
¿Y cuál era esa amarga verdad?
Debo confesarlo. A nivel personal, tanto Frank como yo, sentimos repugnancia. Pero, al parecer, no había alternativa. Nos debíamos al plan y cumplimos. Aun así, ante lo desagradable de aquella secuencia, he decidido eliminar muchos de los detalles, ajustándome a lo esencial.
Nuestro objetivo -como ya relaté oportunamente- consistía en materializar la renuncia del Papa. Ése era el compromiso.
Pues bien, esa penúltima fase de Gloria Olivae entró en funcionamiento con la tarta procedente de Cracovia. Su manipulación fue un juego de niños. De acuerdo con lo establecido, el sernik contenía tres dosis -de 5 mg cada una- de lactato de biperideno (DCI), un corrector extrapiramidal destinado a provocar la demencia del Papa.
Este fármaco -utilizado habitualmente en los psicóticos para aliviar y corregir los efectos parkinsonianos de naturaleza secundaria- se halla contraindicado en el caso de individuos sanos. Es suficiente la administración de una a tres dosis -sea en forma de ampollas (5 mg), tabletas (2 mg) o grageas (4 mg)- para que la víctima caiga en un grave, a veces irreversible, trastorno mental orgánico. Al poco de su ingestión, el sujeto presenta unos típicos rasgos de patología cerebral. Entre otros: alteración de una o más funciones cognoscitivas, incluidos memoria, pensamiento, percepción y atención. El delirio y la demencia pueden constituir el trágico final del proceso.

Por supuesto Los Tres Círculos podía haberle suministrado dicho corrector, sin necesidad de desplegar una trama tan compleja y arriesgada como la expuesta en este informe. El hecho de que el biperiden no deje residuos en sangre u orina lo convierte en un medio casi perfecto. Pero la simplificación -aunque tentadora- era un sable de doble filo. Entrañaba riesgos que no pasaron inadvertidos.

Aunque posible, una locura repentina no habría sido normal. No en el caso que nos ocupa. Sin unas condiciones específicas o una enfermedad previa, degenerativa del sistema nervioso central, las sospechas se hubieran erizado como lanzas.

A pesar de su ancianidad y del acusado tren de trabajo, el Pontífice es un hombre de probada fortaleza física y mental, sin asomo de problemas que pudieran conducir a la patogenia descrita en los numerosos ejemplos de trastornos mentales orgánicos.

Jamás se le detectó un tumor cerebral, que justificara un delirio, una demencia, el síndrome amnésico o la alucinosis.

Tampoco es un devorador de fármacos. Una intoxicación por error no tenía demasiada base.

No es adicto al alcohol ni a las drogas, ni cabía la posibilidad de recurrir a hipotéticas infecciones sistémicas o intracraneales, encefalopatías metabólicas, epilepsias, afección por agentes físicos, etc.

Un delirio o demencia súbitos, insisto, en un personaje de estas características, podían alertar a sus médicos y consejeros, malogrando ésta y futuras operaciones.

Para alcanzar ese mismo fin era menester entrar en una dinámica distinta. Serpenteante. Paciente y maquiavélica. Es decir, que arrastrara al protagonista a la demencia con la misma naturalidad que la noche se apodera del día...

Y para ello se concibió un plan demoledor. Se le empujó a una crisis de extrema gravedad -desgastadora y de muy comprometida solución- que, por descontado, no rozara los sagrados e intocables pilares de la doctrina o de la fe. Por ese camino -con un Papa como el polaco- el fracaso estaba garantizado.

Acorralándolo, en cambio, con un problema de naturaleza política, que amenazara el prestigio de la Santa Sede, el

resultado podía ser diferente. Una vez tejida la tela de araña, la violenta presión derivada de tan inimaginables acontecimientos actuaría -aparentemente- por sí misma. El desequilibrio mental aparecería como una lógica secuela. Al menos para los que se hallaban en el secreto del chantaje.
Y ese delirio o demencia, indefectiblemente, obligaría al Colegio Cardenalicio a plantear la renuncia involuntaria del Santo Padre, claramente incapacitado para gobernar.
El plan -no ensayado jamás en la historia del Papado- era teóricamente perfecto. Pero Gloria Olivae subestimó al Destino.
El hábil Mielawcki no tardó en percatarse del cuadro confusional que aquejaba al ilustre enfermo. Sin embargo, embarcada en la prudencia, ante la ausencia de precedentes, se limitó a recomendar reposo y un periodo de observación, atribuyendo el trastorno al inhumano ritmo de trabajo.
Esa misma tarde retornaría junto al lecho de su compatriota y amigo.
Pero el corrector extrapiramidal -implacable- siguió su curso.
Y cuando la superiora y sor Fe acudieron solícitas a las estancias privadas, con el fin de proporcionarle una reconfortante colación, le sorprendieron en una desconcertante actitud. El Papa, en pijama, merodeaba entre los muebles del dormitorio, husmeando ropas y maderas. Su rostro, bañado en sudor, era presa de unas discretas pero anormales convulsiones. Aquellos bruscos movimientos coreáticos -centrados en el territorio de la cara- se extendían también a los hombros y brazo derecho.
Sor Juana, asustada, le rogó que regresara a la cama. Pero el Pontífice -víctima de los síntomas prodrómicos-, soltando una estrepitosa carcajada, le exigió que se identificase.
-¡Santo Padre -sollozó sor Fe-, somos nosotras!...
Los inexpresivos ojos del anciano se dirigieron de nuevo al pequeño reclinatorio situado a los pies del lecho. Y alucinando, incapaz de dominar las deformantes contracciones de los labios, interrogó a un inexistente personaje acerca del caballo que acababa de orinarse en el lugar.
Siwiz no tardó en acudir en socorro de las atemorizadas religiosas, convirtiéndose en la siguiente víctima del delirante Pontífice. Su firme insistencia para que obedeciera y se acostase

sólo contribuyó a desencadenar la cólera del perturbado. Y de las risotadas saltó a los gritos, cebándose en su fiel servidor. Y ante la consternación general abofeteó al caja de huesos, derribándole.
La alteración de su conciencia, respecto al entorno y a cuantos le rodeaban, era un primer aviso.
Y antes de que los desconsolados testigos tuvieran tiempo de reaccionar, su conducta osciló bruscamente Y de los improperios pasó a las lágrimas. Y un llanto incontenible terminó por quebrantar los desmoronados ánimos de cuantos le asistían. Y dócilmente, como un niño, suplicando que le permitieran regresar junto a su madre, dejó que le arroparan.
El estrechamiento de conciencia, la perturbación cognoscitiva y la salida de la realidad eran imparables.
Cuando el anciano médico polaco acudió presuroso, el paciente se hallaba en plena crisis: agitado, temeroso de todo y de todos, con notables dificultades para pensar coherentemente y presa de la ansiedad y de una aguda hipersensibilidad a la luz y al sonido.
No reconoció a Mielawcki. Y éste, alarmado, indicó al primer secretario la urgente necesidad de recurrir a los especialistas. Siwiz se negó, alegando que la presencia de los psiquiatras debía ser autorizada por las altas jerarquías. Los sensatos argumentos, las amenazas y hasta los insultos del galeno no hicieron mella en el frío y calculador sacerdote.
-Sólo puedo telefonear a los cardenales... -concedió Siwiz.
Finalmente -después de no pocos inconvenientes-, el médico fue autorizado a sedar al Pontífice, inyectándole, por vía intramuscular, 100 mg de cloracepato dipotásico. Pero el fármaco, aunque apaciguó al enfermó, no sirvió para neutralizar el problema de fondo.
Esa misma tarde, el secretario de Estado, el camarlengo y el prefecto de la Casa Pontificia acudían a la tercera planta, celebrando una explosiva y confidencial reunión con Siwiz y el médico personal.
Sólo Rodano y Bangio creyeron entender el porqué de aquella inesperada crisis emocional. Pero guardaron silencio. Y ante la apremiante solicitud de Mielawcki para que permitieran el acceso de algunos prestigiosos doctores en psiquiatría, los

prelados -como un solo hombre- se opusieron, tachando al polaco de alarmista.
El médico -fuera de sí- abandonó la escena, calificándolos de miserables, cobardes y políticos putrefactos. Una triple y sarcástica sonrisa acompañó el portazo de MielawckL
Y, tras aleccionar al aturdido caja de huesos sobre la necesidad de guardar el más riguroso de los secretos en torno a la situación del Santo Padre, le pidieron que se retirara y que transmitiera la consigna al resto del personal de la tercera planta.
El rudo e incondicional servidor del Papa demostró su disconformidad con un segundo y violento portazo.
Y los cardenales se conjuraron para no precipitarse. Convenía actuar con prudencia y exquisito sigilo. Quizá aquella anormal conducta sólo fuera un irrelevante y pasajero trastorno, hijo natural del estrés.
La sola idea de que la suprema cabeza de la Iglesia pudiera ser víctima de la demencia fue rechazada como incompatible con el sagrado ministerio encomendado por Jesucristo. A decir verdad, a pesar de la pomposa manifestación de fe, los tres prelados, en el fondo de sus viejos y atrincherados corazones, no hubieran puesto la mano en el fuego por una tesis tan discutible...
Pero, en parte, acertaron. El delirio, como suele ser habitual, remitió temporalmente. Por definición, como trastorno transitorio, el síndrome nunca es crónico, aunque tampoco es normal que el paciente vuelva al estado premórbido de funcionamiento mental. De acuerdo con nuestros estudios, considerando las dosis de corrector extrapiramidal ingeridas por el sujeto, el delirio debería presentarse de forma intermitente y a lo largo de tres o cuatro semanas, como máximo. Un periodo lo suficientemente dilatado como para dejar constancia -pública y notoria- de la dolencia que le asolaba. Un mal que podía decantarse -o no- hacia la demencia. Un riesgo, en suma, que la cúpula vaticana no estaría dispuesta a admitir.
Según los especialistas de Los Tres Círculos, el desenlace debería ser la plena recuperación del funcionamiento premórbido. En otras palabras: el Papa retornaría a la normalidad. Pero, obviamente, los responsables del Vaticano no conocían esta circunstancia.

Y en las cuarenta y ocho horas siguientes, el estado del Pontífice mejoró, reintegrándose, incluso, con las lógicas limitaciones, a algunas de sus actividades. Los actos públicos, audiencias y entrevistas siguieron cancelados. Fue suspendida la cotidiana misa, en la que participaba una treintena de invitados, y sus frecuentes incursiones a la capilla privada -quién sabe si buscando consuelo para su deprimido espíritu- se vieron discretamente vigiladas por las religiosas y los secretarios.

Cuando, tímida y prudentemente, fue consultado por el médico y sus más cercanos colaboradores sobre los recientes y singulares sucesos, atónito, no supo qué responder. Sus recuerdos eran remotos, difusos y lagunares.

El robo de La Piedad llenó prácticamente esos momentos de lucidez, aunque el paciente Rodano se vio en la necesidad de refrescarle, casi constantemente, los pormenores y detalles que rodeaban el asunto. Su memoria aparecía alterada, con un bajo nivel de recuerdo de las experiencias anteriores al estallido del delirio.

Pero, al tercer día del primer ataque, el enfermo volvió a despertarse de madrugada, sumido en una profunda confusión e impotente para distinguir la frontera de la realidad de la de los sueños y alucinaciones que le devoraban. Y el delirio se apoderó de él violentamente.

Y amparado en la oscuridad, cuando sus servidores le creían dormido y relajado, se precipitó escaleras abajo, sorprendiendo a la Seguridad que montaba guardia en la segunda planta. Y en bata, con la calavera del miedo en el rostro se perdió a la carrera hacia el portón de Bronce.

Los de azul, perplejos, sólo acertaron a telefonear a su jefe.

Cinco minutos más tarde, el desconcertado comandante, los escoltas y varios centinelas de la Guardia Helvética se dispersaban en las tinieblas de la desierta plaza de San Pedro, a la desesperada búsqueda del fugado.

Chíniv, incapaz de comprender lo que sucedía, recordó aquel otro insólito incidente, protagonizado por el antecesor del polaco cuando, sin previo aviso, se plantó en plena calle, frente a la Puerta de Santa Ana. Es decir, en territorio italiano. La

escapada del infantil Juan Pablo I estuvo a punto de originar una tormenta diplomática.
Dos minutos después, con un Camilo al borde del infarto, uno de los suizos reclamaba a gritos al resto de los policías. Lo que vieron era de locos. Y nunca mejor dicho.
En la fuente de tres tazas de Carlo Maderno, con el agua por las rodillas, chapoteaba un anciano. Canturreaba una melodía polaca. En el blanco batín que le cubría podía distinguirse el escudo papal, bordado en oro.
Cuando la Seguridad, no sin esfuerzo, consiguió reducirle, trasladándole a sus aposentos, Chíniv despertó a Rodano, exigiéndole una explicación. Y Angelo, desmoronado ante la nueva crisis, le confesó lo poco que sabía, achacando el trastorno -una vez más- a la hábil agresión de los terroristas.
A partir de esta recaída, los acontecimientos se despeñaron, beneficiándonos. Pero también debo reconocer que -a pesar de los esfuerzos de Gloria Olivae- han escapado a todo control. Trataré de ordenarlos y sintetizarlos de la mejor de las maneras.
Los rumores sobre la inestabilidad mental del Pontífice se destaparon. El portavoz de la Sala Stampa, naturalmente, los cercenó sin contemplaciones. El proceso gripal era benigno. No hubo más comentarios.
Y los prelados tuvieron que claudicar, autorizando la visita a la tercera planta de tres destacados psiquiatras. Todos, como es fácil imaginar, vinculados a la casa, a través de la Academia Pontificia de las Ciencias.
El examen, en un paciente sedado, fue papel mojado. Y, como era de esperar, se negaron a emitir un veredicto. Y la bruma se espesó. Para establecer un diagnóstico mínimamente objetivo y sensato -aseguraron- es preciso llevar a cabo toda una batería de pruebas, incluyendo radiografías, encefalogramas, etc.
Los cardenales prometieron estudiar el asunto. Y en el Palacio Apostólico comenzó a sonar el tictac de una amenazadora duda: el Santo Padre estaba perdiendo el juicio.
Y a pesar de la inicial oposición del secretario de Estado, un escogido grupo de prelados -con el camarlengo y el prefecto de la Casa Pontificia a la cabeza- empezó a contemplar un doloroso pero cauterizante remedio: la renuncia del Vicario.

Y nuestros agentes, infiltrados en la Secretaria de Estado y en los sectores más reaccionarios de la Curia, fueron detectando toda una cadena de secretos encuentros y contactos. El asalto al Papado iba tomando cuerpo.
Y aunque el Pontífice mejoró sensiblemente, la segunda y exhaustiva inspección de la psiquiatría vendría a crucificarle. El informe -altamente confidencial- apuntaba hacia una paranoia senil. Pero, curados de espantos, los doctores evitaban pronunciarse sobre las posibles causas, ciñéndose a un tratamiento que no los comprometiera. A saber: mantenimiento de una nutrición, equilibrio electrolítico y líquido adecuados. Vitaminas y un entorno sensorial, social y asistencial óptimos.
Angelo se encolerizó. Y Bangio y los suyos -bendecidos por la clase médica- redoblaron sus intrigas y maquinaciones, redactando, incluso, los borradores de la renuncia papal. Cuando Rodano me mostró los documentos comprendí que estábamos a un paso del triunfo. Reptando como víboras africanas, los cabecillas de la conjura habían dispuesto dos fórmulas. Según la primera, el Santo Padre renunciaba voluntariamente al trono de San Pedro, por causa de su avanzada edad.
En el supuesto -más que probable- de que el terco polaco no se prestara a firmar, echarían a rodar el segundo y bien lubricado engranaje: la renuncia involuntaria, que no requería rúbrica ni buenos modales. Parte del Colegio Cardenalicio ya había sido despabilado -entre bastidores, claro está- respecto a las precarias luces de Su Santidad. En cuanto a las obligadas explicaciones al orbe católico, bastaría con aludir a imperiosas razones de salud. La verdad, domesticada por la Política, debería resignarse.
Y Rodano tuvo que ceder. El dictamen psiquiátrico y el permanente estado de apatía, depresión y debilidad del Pontífice -que malvivía recluido en sus habitaciones o en la capilla- le hicieron caer en la red colectiva.
Y fue en el transcurso de aquella segunda semana cuando -siguiendo el plan de Hoffmann- el falso Lomko vino a zancadillear la devaluada credibilidad del Papa.
En una de mis caritativas visitas al enfermo, aprovechando un flash de lucidez, fui a revelarle una singular historia: el

auténtico cardenal Jozef Lomko se hallaba secuestrado por los mismos terroristas que habían robado La Piedad. Yo, en realidad, sólo era un doble.
Y el frágil pensamiento del polaco saltó en añicos, desorganizándose.
Minutos después, Camilo Chíniv era solicitado a gritos por el desquiciado anciano.
Y el comandante, paciente y respetuoso, soportó con dignidad la incoherente denuncia, convencido de que asistía a una nueva recaída.
Cuando Rodano y Bangio fueron informados de la última extravagancia, se comprometieron a sajar por lo sano. El acta de la renuncia le sería presentada esa misma semana.
Pero Chíniv, viejo hurón, reaccionó como esperábamos. A las pocas horas emprendía algunas solapadas pesquisas. Primero entre los altos dignatarios de Propaganda Fide. Después, cerca de la policía de Roma. En el dicasterio, los malabarismos del jefe de la Seguridad fueron infructuosos.
Entre los medios policiales, en cambio, sí se tenía conocimiento de un extraño y poco afortunado incidente, protagonizado, no hacía mucho, por un periodista y escritor extranjero. En los interrogatorios practicados a raíz de su detención, este español se había referido insistentemente a una historia muy similar, base y armazón de una novela.
Chíniv, obviamente, no reveló sus fuentes. Pero, al igual que las autoridades italianas, terminó desestimando tan loca idea, convencido de que se hallaba ante una coincidencia de poca monta.
Esta perversa maniobra -amén de acelerar el objetivo final- nos permitiría navegar en las turbulentas aguas vaticanas con notable impunidad. Si alguien volvía a sospechar, Chíniv o la policía de Roma podían deshacer el equívoco...
Pero era el turno de un inesperado convidado: el Destino. Y las cosas se torcieron.
Dado que el Pontífice -en franca y definitiva recuperación- se negó a seguir recibiéndome, mis informaciones nacen ahora de Rodano y de los ya mencionados especialistas de Gloria Olivae que han actuado -y continúan trabajando- como topos en el fangal vaticano.

A diez días de la culminación del plazo establecido por los terroristas, el secretario de Estado, el cardenal camarlengo y el comandante Chíniv fueron repentinamente convocados por el Santo Padre. Su estabilidad emocional parecía felizmente asentada.
Y con toda calma les comunicó su meditada decisión respecto al problema de La Piedad. Acepto las condiciones. El mismo trece de mayo -día de la aparición de la Santísima Virgen- haremos público el secreto de Fátima y el reconocimiento oficial del muy querido Estado de Israel.
No hubo margen para la discusión. Los ojos del Papa llameaban.
Y Angelo, conmocionado, recibió el encargo de preparar los inmediatos contactos con el embajador israelí cerca de la Santa Sede.
Bangio, en el ascensor, se descolgó con uno de sus acostumbrados y sonoros aldabonazos:
-Loco. Definitivamente loco.
Y presionando el brazo de Rodano, tratando de conquistarle, le anegó en su mezquindad:
-Por el bien de todos debemos neutralizarle.
Aquí se agota nuestra información. Gloria Olivae, a pesar del implacable seguimiento, no ha llegado a concretar la naturaleza de las oscuras reuniones, celebradas dentro y fuera de la Ciudad del Vaticano y en las que han participado cardenales, señalados representantes de las facciones radicales de la Curia y varios miembros de la Seguridad Vaticana. Sabemos, eso sí, que estos comités no han negociado el asunto de la renuncia. Al parecer, han ido mucho más allá. Y ese más allá guarda una estrecha relación con la palabra accidente...
El capitán de Homicidios entendió al fin por qué el manuscrito se hallaba en poder del Santo Padre. El último párrafo -en tinta roja- era revelador:
...Imposible extenderme, Santidad.
Repito lo ya anunciado en los arranques de esta confesión: su vida corre gravísimo peligro, No podemos prevenirle sobre el cuándo. Tampoco ha sido posible aclarar el cómo ni el quién. Pero los hechos cantan. Aléjese del Vaticano. Reflexione y

adopte las medidas oportunas. El peligro no procede ahora del exterior, sino del interior.
La operación, como ve, ha escapado a nuestro control.
Y una última observación.
No se inquiete por La Piedad. Será devuelta..., y sin condiciones. En cuanto a los explosivos, sólo fue una medida disuasoria. Jamás existieron.
Gloria Olivae -cumpliendo instrucciones superiores- se halla temporalmente paralizada.
Nuestra segunda y secreta meta -paradojas del Destino- depende ahora de sus deseos de seguir viviendo...
Fin del manuscrito.
Rossi acarició las rojas cubiertas. Tenía gracia. A pesar de sus treinta años en la Policía estaba claro que no lo había visto todo.
-Hemos terminado...
Descabalgado del presente, necesitó tiempo para reparar en sus intranquilos hombres.
El teniente insistió:
-Constante...
Y como un lázaro que vuelve, alzó su remota atención, reincorporándose a la capilla.
-¿Qué hay de la autopsia?
Ugo sonrió. Y peinando el pelirrojo mostacho trató de ponerle al corriente.
-Siguen con ella...

11 horas 30 minutos

La puerta se abrió súbitamente. Y el teniente olvidó sus explicaciones. Y ambos, perplejos ante la coincidencia, vieron irrumpir a un Zarakal anormalmente inquieto. Un Chíniv pálido cerró la doble hoja, siguiendo los presurosos pasos del forense. E ignorando a la expectante brigada fueron a inclinarse frente al ensangrentado reclinatorio.
Capitán y teniente se miraron sin comprender. Pero, respetuosos, se amarraron al silencio. Y aguardaron.

Algo inusual -quizá importante- le había forzado a interrumpir la autopsia. Aquél -en mangas de camisa y sin corbata- no era el aspecto de un Zarakal que hubiera rematado su trabajo. Tampoco la gravedad del rostro y el mutismo que le apantallaba encajaban en su habitual forma de ser.
Y tras unos instantes de atenta observación, los dedos del médico acariciaron el relieve de bronce. Camilo Chíniv, a su lado, negó con la cabeza. Y Zarakal, finalmente, solicitó la opinión del jefe de Seguridad.
-Se lo dije... La superficie es enteramente metálica.
El forense, en cuclillas, recibió la innecesaria aclaración sin pestañear. Y durante algunos segundos continuó ausente, materialmente enganchado a la sanguinolenta pata del águila sobre la que -según las apariencias- se había consumado el fatal accidente. Acto seguido, incorporándose, paseó la mirada por la alfombra. Camilo, a su vez, fue a plantarse en las proximidades del escalón de mármol, explorando el altar y el enlosado.
Y Zarakal, volcándose en el reseco charco de sangre, repitió el minucioso examen desplegado sobre el frontis del reclinatorio.
-Observe...
La sugerencia de Chíniv, invitando al médico a que contemplara el escenario desde el punto en el que se había registrado la hipotética caída del Pontífice, terminó crispando la paciencia del teniente. Pero Rossi atento, le amansó.
-Ni un sólo indicio.
-Lo veo -replicó el forense midiendo las palabras-. Pero conviene asegurarse.
Sólo entonces salió al encuentro de la agazapada impaciencia del jefe de Homicidios. Y, tomándole por el brazo, le condujo hasta el reclinatorio papal.
-Hemos descubierto algo extraño...
Rossi siguió la dirección marcada por el dedo de su amigo.
-Que tus hombres inspeccionen de nuevo la pata del águila. Lavad el bronce. Que comprueben, milímetro a milímetro, el estado del esmalte.
-Pero...
Zarakal, comprendiendo, se excusó. Y le puso al tanto del hallazgo.

-Madera... En la herida de la frente.
El capitán asintió. Y dejó que redondeara la explicación.
-Una esquirla de unos cuatro milímetros. Ha aparecido en los bordes. Deberá ser analizada en el laboratorio, por supuesto.
Y, señalando de nuevo el altorrelieve de bronce, añadió:
-Como puedes apreciar, la zona del supuesto impacto es metálica.
Rossi se aproximó al águila, confirmando lo que resultaba evidente.
Curioso -musitó-. Muy curioso...
-El inesperado descubrimiento -justificó el forense- nos ha obligado a suspender el examen de la región conflictiva...
-Comprendo...
Y aflorando sus pensamientos, el policía vino a plasmar las sospechas de los recién llegados.
-Si en el reclinatorio no existe un gramo de madera, ¿cómo ha llegado esa esquirla, a la frente de la víctima?
-Más aún -corrigió el médico-, ¿cómo ha podido incrustarse tan profundamente en la herida?
Nadie se atrevió a aventurar una hipótesis. Y el capitán, retornando la sugerencia inicial de Zarakal, planteó una cuestión de idéntica trascendencia.
-¿Por qué te interesa el estado del esmalte?
Rossi conocía la respuesta. Pero quiso cerciorarse.
-No estamos seguros -se parapetó el forense-. Sabes que la última palabra la tiene el laboratorio...
Una malévola sonrisa desarmó a Zarakal.
-Los tejidos no presentan restos del teñido verde que cubre el bronce.
El jefe de Homicidios mantuvo la pícara expresión, aguardando conclusiones. Pero el forense, sorteando los subterráneos propósitos del hábil policía, se limitó a refrescarle las instrucciones.
-Averigua si la patina aparece dañada. Un golpe de esas características tendría que haber erosionado el esmalte.
Rossi claudicó.
-Y bueno será -sentenció el médico mientras se alejaba hacia la doble puerta- que procedas a un segundo peinado. Esa astilla tiene que haber salido de alguna parte...

Ugo, atendiendo las indicaciones de su jefe, se apresuró a distribuir a los especialistas.
La sangre fue lavada, procediéndose a una minuciosa inspección de cada centímetro cuadrado del altorrelieve.
El propio Rossi, finalizada la primera e infructuosa exploración, recorrió -lupa en mano- los perfiles de la emplumada pata derecha del águila. Y, al igual que sus hombres, tuvo que rendirse a la evidencia: el teñido en verde del bronce no acusaba la más mínima alteración. Aun así, habría que esperar al ulterior análisis de las imágenes tomadas con los potentes macros.
Una hora después, los funcionarios concluían el meticuloso barrido.
La conclusión -aunque provisional- terminó precipitándolos en un aparente callejón sin salida. Excepción hecha de las sillas y bancos que se alineaban al fondo del templo, el resto de la capilla no presentaba maderamen alguno. Y mucho menos el reducido territorio sobre el que había yacido el cadáver del Papa.
Prudentemente, Rossi ordenó tomar las correspondientes muestras de la única madera existente en el lugar: las mencionadas sillas y la puerta de entrada.

12 horas 45 minutos

Presa de una punzante inquietud, el jefe de Homicidios optó por no esperar. Hubiera podido despedir a su gente y asistir al final de la autopsia. Pero aquella desacostumbrada e inexplicable desazón -quién sabe si premonitoria- le impulsó a modificar los planes, acelerando la partida.
Y previa notificación a Chíniv del final de los trabajos en la capilla, la brigada, escoltada por los agentes de Seguridad, se abrió paso por el largo y concurrido corredor principal de la tercera planta. Susurrantes corrillos de prelados hilvanaban los pormenores de la tragedia.
Y, de pronto, aquella voz…
Rossi se detuvo, imantado por la familiar afonía.

Y un espigado y solemne cardenal, con las manos enguantadas e intrigado ante el descaro de aquel desconocido, interrumpió la conversación, correspondiendo con una no menos inquisidora mirada.
Y las cejas del capitán -incontenibles- cabalgaron rabiosamente.
Y el prelado, reparando en el libro rojo que acompañaba al detective, palideció.
-Eminencia -se adelantó Rossi, aliviando el tic con el dedo índice-, creo que nos conocemos...
-No sé, hijo... -renqueó el purpurado.
-¿Es usted Jozef Lomko?
Y el grana de la faja cardenalicia se instaló en un rostro empedrado por la sorpresa.
-Así es -admitió el prelado, a la defensiva-. ¿Con quién tengo el placer...?
-Capitán Constante Rossi. De Homicidios.
Pero Lomko, rehaciéndose, ahuyentó el inoportuno rubor. Y contraatacó:
-Comprendo. Ya sabe que nos tiene a su disposición.
-En eso confío, eminencia...
Y, apostando por su intuición, se despidió con un anuncio que el papa rojo fingió no comprender.
-Gloria Olivae no ha finalizado...

17 horas

-¿Muerte accidental?
Ugo se revolvió furioso. Pero Rossi, absorto en el estudio de las fotografías y de los primeros informes del laboratorio, no replicó.
Y el teniente, avanzando hacia la abarrotada mesa del jefe de la brigada, le interpeló por segunda vez:
-¿Has oído a ese estúpido periodista?
Rossi desvió la mirada hacia el monitor de televisión. Prestó una fugaz atención al comunicado emitido por la Sala Stampa y corrigió a su fogoso amigo:
-En todo caso, estúpido Vaticano...
Y, mostrándole las ampliaciones fotográficas, descargó parte de su natural escepticismo.

-¿Qué esperabas?
A la vista de las imágenes y del dictamen de lofoscopia, el rostro de Ugo Gasparetto se relajó. Reflexionó durante algunos segundos y, recuperando la extraviada prudencia, se identificó con los pensamientos de Rossi.
-Fibras pertenecientes a una compresa hemostática. Tú mismo las desencolaste de los coágulos.
El capitán asintió en silencio.
Al parecer, según fuentes cercanas al Palacio Apostólico, el fatal accidente pudo registrarse de madrugada, cuando el Santo Padre acababa de ingresar en su capilla privada. El cardenal camarlengo se halla reunido en estos momentos...
La voz del locutor de televisión terminó endureciendo el ya sombrío semblante de Rossi.
-¿Qué opinas?
Un elocuente y prolongado resoplido alertó a Ugo.
-Esperaremos. Necesitamos el informe de la autopsia y...
-Sabes que no me refiero a eso -le interrumpió el teniente-. Esos hilos en la herida...
-Sí -aceptó Rossi-, son muy extraños...
-¿Extraños?
Ugo dejó a un lado los miedos. Y se arriesgó:
-¿Cómo han llegado hasta la frente de la víctima? Yo te lo diré. Alguien, con sobrada experiencia, le aplicó una compresa, tratando de detener o paliar la hemorragia.
El capitán simuló no haber comprendido la audaz pero verosímil teoría.
-¿La monja, quizá?
Las pecas de Gasparetto se agitaron, arrastradas por una mordaz sonrisa.
-Constante, ¿me tomas por tonto? ¿Qué me dices de la esquirla, justamente en la herida?...
-¿Qué insinúas? -le animó el capitán.
-Que no termino de creer la hipótesis de una caída...
-Hechos, Ugo... Dame hechos.
-Bien -aceptó el teniente-. Punto primero: una astilla alojada en plena herida. Déjame que reconstruya la escena.
Rossi, complacido, se convirtió en espectador.

-Madrugada. El Papa, por las razones que sean, se viste. Acude a la capilla. Se arrodilla en el reclinatorio. Reza o lee...
La imagen del libro rojo apareció al punto en la memoria del jefe de Homicidios.
-Alguien provisto de una llave abre la doble puerta.
Ugo se apresuró a matizar.
-Alguien de confianza o muy próximo al Pontífice, claro está. Se acerca sigiloso. Descarga un único y certero mazazo... La sangre brota incontenible. Eso explicaría las gotas sobre el reposabrazos. Sujeta el cuerpo. Le aplica una compresa hemostática y frena la hemorragia... Carga el cadáver y lo deja caer por delante del reclinatorio, en la posición en que fue encontrado. Toma la cabeza y la golpea contra el frontis de bronce, simulando un fatal impacto... Pero la maniobra, a pesar de la contundencia, no altera el teñido verde de la pata del águila...
Rossi, escéptico, torpedeó la aparentemente fantástica versión.
-Me estás hablando de un profesional. Matar a un hombre de un sólo mazazo no es fácil... Un profesional de gran corpulencia...
Ugo fue asintiendo.
-¿Y qué me dices del cirio encendido? En cuanto al manuscrito, ¿por qué apareció bajo el tórax? Si la muerte del Papa responde a una maquinación, y en el libro rojo se insinúa esa posibilidad, ¿por qué lo olvidaron?...
El teléfono malogró el contraataque.
-Sí, señor. Rossi al habla... ¿Ahora?... Está bien... ¿El manuscrito? Imposible... En estos momentos se encuentra en el laboratorio. Pero... De acuerdo. Veré qué puedo hacer...
El teniente no precisó mayores explicaciones. La llamada había oscurecido la mirada de su amigo.
-El prefetto -anunció el capitán, enfundándose la americana-. Quiere verme de inmediato. Y reclama el manuscrito...
Y obedeciendo al instinto le ordenó:
-Fotocópialo. Trataré de ganar tiempo...

17 horas 30 minutos

Rossi maldijo su ingenuidad. Tenía que haberlo supuesto. Y, sujetando la indignación, dejó que el silencio -como el más elocuente de los reproches- hablara por él.
Y el prefetto de la policía romana, agotándose en una prefabricada amabilidad, trató de justificarse:
-Créame que lo siento. Yo también cumplo órdenes.
No hubo un solo parpadeo. Y el político, inquieto, recurrió a la lisonja.
-Entiéndalo. Nadie duda de su probada profesionalidad. Usted es el mejor... Pero, ya sabe, cosas de la política. ¿Me comprende?
-Perfectamente..., señor. Caso cerrado.
Y Rossi, guadaña en mano, le acorraló inmisericorde.
-¿Qué mentira sugiere? Mis hombres tienen derecho a una explicación...
El prefetto esquivó el tajo. Y, señalando el teléfono, le invitó desafiante:
-Marque el número del ministro. Quizá resuelva su problema.
Y, maniobrando hacia la conciliación, añadió:
-Querido Rossi, dejemos que la hoguera se extinga. No me pida que le aclare el porqué. El asunto viene de muy arriba.
-¡Víboras! -estalló el capitán-. Primero reclaman nuestra presencia. Después, cubiertas las apariencias, entierran el caso.
-Por favor, limítese a obedecer. Asunto archivado.
-¿Y qué me dice de la autopsia?
La resistencia fue barrenada.
-No insista. Muerte accidental. Supongo que ha escuchado las noticias.
Y el prefetto, alzándose, dio por concluida la entrevista.
-Quizá sea mejor así. Por cierto -le recordó imperativo, ¿qué hay del manuscrito?
Los balbuceos del capitán no prosperaron.
-Recupérelo -cortó amenazador.
-Pero...
-¡Y ahora..., por favor!
Y, amparándose en la falsa excusa del reloj, anunció:
-Los legítimos propietarios están al llegar...

18 horas

¿Legítimos propietarios?
Aturdido ante el implacable rodar de los acontecimientos, Constante Rossi golpeó discretamente la puerta del despacho.
Quién podía estar interesado en la recuperación del libro rojo? ¿La siniestra organización, quizás? ¿El Vaticano?
Su mente, desbordada, reclamaba tiempo.
Y, animado por un prefetto jovial y sonriente, caminó despacio hacia la lustrosa e interminable mesa. Dos sacerdotes, entorchados en irreprochables clergymen y sentados en el filo de sendas sillas, volvieron el rostro al unísono, espiándolo sin recato.
-Muchas gracias, Rossi. Puede retirarse...
Y el manuscrito, protegido en una bolsa de plástico transparente, pasó a manos del máximo responsable de la policía de Roma. Todo parecía en contra. Ni siquiera habían podido fotocopiarlo. Y Rossi, resignado, dio media vuelta, alejándose en silencio.
Aquel individuo...
De regreso a la brigada, la súbita idea continuó goteando.
Aquel sacerdote... ¿Por qué le resultaba familiar? Dónde le había visto?
¡Maldita mernoria!

18 horas 10 minutos

-¡Noticias!...
Nervioso -casi divertido-, Ugo agitó una hoja de papel, sofocando momentáneamente las cábalas del capitán.
-Zarakal. Acaba de telefonear. Y también el Vaticano.
-Olvídate. Caso cancelado. Nos han retirado... -descerrajó sin piedad.
-Lo sé -replicó el teniente, inexplicablemente eufórico-. Zarakal me ha puesto al tanto.
-No te entiendo...
-Él te explicará...
Rossi adivinó.

-La autopsia.
La cara de Ugo se iluminó triunfante.
-Y bien...
-Restos de un hipotensor en el tejido graso. Los primeros barridos toxicológicos parecen determinantes.
-Habla claro.
-Zarakal tampoco lo entiende. Resulta ilógico que el Papa necesitara un reductor de la presión sanguínea. Es público y notorio que el fallecido gozaba de una excelente tensión...
Rossi se encogió de hombros.
-¿Es que no te das cuenta? -se encrespó Ugo-. o mucho me equivoco o alguien se ha estado preocupando de suministrarle un fármaco innecesario, provocándole desmayos y mareos.
El jefe de Homicidios recordó las alusiones de sor Juana a los extraños síncopes sufridos por el Pontífice en los días que precedieron a su muerte. Algo, en efecto, no encajaba.
-Y hay más...
La curiosidad volvió a espejear en los ojos del capitán. Y su compañero abonó el surco, preparándole para la segunda noticia.
-Lo siento. Zarakal quiere informarte en persona...
-Está bien -cedió Rossi-. ¿Y qué hay de esas víboras?
-Camilo Chíniv, ignoro en nombre de quién, desea verte.
-¡Ni hablar!
Ugo le atrapó.
-Asunto confidencial. Al parecer tampoco está de acuerdo con la versión oficial.
Demasiado tarde. Demasiado goloso para un buen policía.
-Me he tomado la libertad de aceptar.
-¡Maldito pelirrojo!
Una espontánea e indulgente sonrisa arruinó el simulacro de amonestación.
-A las nueve y media en el restaurante Mario. ¿Qué perdemos con escucharle?

18 horas 30 minutos

-Todo en orden... El camino ha sido despejado. Gloria Olivae puede proseguir... ¡Suerte!
Y el prefetto, entregando el libro rojo al más joven de los sacerdotes, estrechó las manos de los representantes del Vaticano.
-Me alegro, mi querido socio -se despidió el de mayor edad-. Me alegro...
Y aquel sacerdote con cara de niño, apoyándose en un bastón forrado en cuero, se incorporó con dificultad. Y, refiriéndose al manuscrito que sostenía su hierático y atlético compañero, resumió con una punta de malicia.
-Ahora, mi estimado prefetto, confiemos en que tu sagaz capitán Rossi muerda el anzuelo...

19 horas

Rossi le dejó hacer. Y el teniente, fiel intérprete de sus deseos, cursó las órdenes. La brigada concluiría los análisis. Los resultados del laboratorio -aunque inexistentes a nivel oficial- quedarían bajo la tutela del jefe de Homicidios. Aquélla no era la primera irregularidad que compartía con sus hombres. Una irregularidad que -de acuerdo con el sentir general- aparecía plenamente justificada. Como funcionarios debían acatar las directrices superiores. Pero, como policías, invocando el más elemental de los derechos, también sentían la necesidad y la obligación de alumbrar un enigma que, después de todo, les había sido encomendado.

19 horas 10 minutos

Ugo, percibiendo el tronar de los pensamientos de su jefe y amigo, se limitó a zigzaguear entre el hostil tráfico romano, a la búsqueda del vetusto palacete de ladrillo rojo, sede del Instituto de Medicina Legal.
Conectó la radio. Pero los informativos de la RAI, vomitando teletipos, no aflojaron el tenso mutismo de su compañero.

...Consumadas las veinticuatro horas que establece la ley italiana -prosiguió el locutor-, el cadáver será embalsamado...
El alud de noticias provocado por la inesperada muerte del Papa terminó desmadejando al silencioso Gasparetto.
¡Bastardos!
...Zega y Compañía, la funeraria más prestigiosa de Roma, acudirá al Palacio Apostólico...
¡Maquilladores de la verdad!
Los sucesivos mazazos de Ugo no despertaron el interés del capitán. Su memoria, a juego con el rojo y el negro de la noche, se debatía en una inútil exploración de los recuerdos. Aquel sacerdote con cara de niño y un bastón forrado en cuero...
...El camarlengo, reunido con los cardenales, ha establecido, cumpliendo la tradición, que el cuerpo del infortunado Pontífice sea expuesto a la veneración pública...
¡Hipócritas!
...Seguirán después los Novemdiales...
¡Raza de víboras!
...y tras los nueve días de luto oficial, el Cónclave...
¡Y aquí no ha pasado nada!
...Un nuevo Cónclave, previsto, en principio, para dentro de dos semanas...
¡Terroristas de guante blanco!
...El personal de la Secretaría de Estado continúa cursando los tradicionales telegramas. Cada cardenal recibe en estos momentos el siguiente y lacónico texto: El Papa ha muerto. Venga inmediatamente. Rodano.
¡Bastardos!

19 horas 30 minutos

Zarakal comprendió. Aquel Rossi, pálido y amartillado, debía ser lidiado con tiento. y, tomando la delantera, los condujo por las macilentas soledades de la morgue.
Ugo agradeció el rápido ingreso en el acristalado y austero despacho del forense. A pesar de sus frecuentes visitas al depósito de cadáveres y de su cotidiano roce con la muerte, aquel olor acre, aquel lugar -esmaltado día a día con la trágica

realidad de las miserias humanas- terminaban sofocándole. Entendía, por supuesto, el porqué del perpetuo e irreductible buen humor que esgrimían médicos, auxiliares y alumnos en cada una de las autopsias. Puro mecanismo de compensación. Sabia válvula de escape de la naturaleza. Nada mejor que aquellas mesas de mármol y aluminio, entre asépticos guantes y mandiles ensangrentados, para calibrar con rigor el inmenso valor de la vida y el sorprendente grado de estupidez que puede coronar al ser humano. Con frecuencia, ante el dramático vaciado de los cuerpos y el implacable sajar del bisturí, capitán y teniente habían comentado la conveniencia de que -al menos una vez en la vida- cada ciudadano fuera obligado, por ley, a contemplar el rudo pero elocuente espectáculo de un homicidio, de un accidentado o de un suicida. Sólo la aplastante y desnuda visión de la muerte -pulverizando sueños y ambiciones y reduciendo la gloria, el poder y el dinero a un material inerte- podría devolvernos el equilibrio interior.

-Y bien...

Lejano, con los pensamientos hipotecados, Rossi cruzó las manos sobre la fría y desconchada mesa de metal. Pero el abordaje, casi mecánico, no prosperó. Zarakal, sin prisas, prestó más atención al reparto de sendas raciones de whisky que a las demandas del policía.

-Un doce años...

Ugo, malicioso, terció con la saludable intención de disolver el correoso rictus del capitán.

-... Muy especial tiene que ser el descubrimiento para que nos obsequies con la mejor de tus reservas...

Con un guiño de complicidad, el forense aplaudió el oportuno y bienintencionado gesto del teniente. Y se enganchó a la maniobra, puntualizando:

-No hablemos de hallazgos. Dejémoslo, por el momento, en indicios.

Y, derivando hacia lo personal, trató de estimular al apagado Rossi.

-He sido informado. Caso archivado. Muerte accidental... Vergonzoso.

Constante apuró el Chivas. Y templó la mirada.

-Era de esperar -avanzó Zarakal, reconfortado ante la progresiva recuperación de su amigo-. Sé cómo te sientes. Nueva victoria de los mediocres. Así es la política.
Rossi arqueó los labios. Y la odiada palabra -política- fue conjurada con el desprecio. Y empalizó el rostro.
-La investigación policial, la propia autopsia, querido Rossi, ¿de qué han servido? No nos engañemos...
Por un instante pareció descender a los infiernos del pesimismo.
-El caso Juan Pablo I se repite. Hemos asistido a un loable y quijotesco golpe de mano. Pero la maquinaria, tarde o temprano, tenía que reaccionar. Angelo Rodano, Chíniv..., todos han sido devorados por el sistema.
El capitán le tanteó.
-¿Todos?
Zarakal se despegó de las sombras. Y sonrió burlón, provocando la inmediata reacción de Rossi.
-¿Qué tramas?
Y el forense, alzando el vaso, observó el dorado licor. Y, bebiéndolo de un trago, descorrió sus pensamientos.
-Apuremos la verdad. Terminemos el trabajo. Desafiemos a la maquinaria. ¿Por qué no llegar al fondo de la ciénaga?
Capitán y teniente se miraron. Y Ugo, palpando el desenlace, masculló con desgana:
-Caso cerrado. Olvídanos...
-Un momento...
Rossi comprendió. La insinuación de Zarakal era sólo la punta del iceberg. Y formuló la pregunta clave:
-¿Has negociado?
La respuesta se materializó en una dilatada y significativa sonrisa.
-¿Con quién? ¿Con Chíniv? ¿Qué demonios...?
Pero el forense, manteniendo viva la regocijante expresión, le puso a prueba.
-Por supuesto -replicó el capitán, encantado con el juego-. Más aún: apuesto a que esta noche estarás presente en el restaurante Mario.
Los ojos de Zarakal chispearon, bendiciendo el segundo acierto.
-Acabemos. ¿Cuál es el plan?

El médico abrió una carpeta. Revisó los folios mecanografiados y, retornando al expectante jefe de Homicidios, le desarboló.
-Lo siento. No sería correcto. Deja que Camilo, como portavoz, te exponga la iniciativa.
Y ahora permitidme que os hable de esos indicios. Como iréis observando, constituyen una interesante plataforma para esa hipotética actuación..., no oficial.
No insistieron. Estaba claro.
Y Zarakal, espigando entre los documentos, seleccionó un párrafo.
-Informe preliminar. Resultados sin cuantificar. Cromatografía de capa fina...
Y, alzando la vista, abrió un paréntesis.
-Las muestras de la autopsia han sido remitidas a dos laboratorios. Ninguno conoce la identidad del sujeto. Como sabéis, los barridos toxicológicos completos no estarán disponibles hasta dentro de dos o tres días. Aun así, veamos algunos de esos curiosos y primeros hallazgos...
Y prosiguió la lectura:
-Esquirla de madera de cuatro milímetros y medio. Extraída en zona conflictiva. Alojada en los tejidos conectivos de la herida vital, en región frontal media. Primeros análisis y fotografías in situ mediante microscopio estereoscópico...
Rossi, impaciente, le animó a sortear la farragosa terminología forense.
-¿Características?
-Abedul.
Zarakal se descolgó con una aparente frivolidad.
-Curiosamente, el árbol de los muertos...
-Sí, muy curioso -redondeó Ugo, abriendo el bloc de notas.
-Madera débilmente naranja. Semipesada. Extraordinaria tenacidad.
Y el forense volvió a interrumpir la lectura. Y la estudiada pausa surtió efecto. La curiosidad se inflamó.
-El laboratorio del instituto ha confirmado nuestras sospechas. Madera previamente trabajada, pulimentada y coloreada...
-¿Pigmento?
Zarakal. sonrió complacido. La perspicacia del teniente acababa de alisarle el terreno.

-Sulfato de mercurio. Al parecer, un amarillo mineral mezclado, a partes iguales, con azul ultramar.
Ugo recapacitó. Y lo hizo en voz alta:
-Amarillo y azul... Interesante. Esa combinación debería proporcionar un colorante verde.
-Correcto -puntualizó el médico-. Esa es la pintura que cubre la esquirla.
-Un momento -reclamó Rossi-. ¿No es ése el color del teñido del frontis del reclinatorio papal?
-¡Bingo!
Ugo Gasparetto, arrollado por una creciente excitación, apuró el whisky. Y Rossi, alambicando conjeturas, optó por el silencio.
-Del examen de la herida vital se deduce que los tejidos no presentan partícula alguna procedente del teñido verde que esmalta el altorrelieve de bronce...
Ninguno de los policías se atrevió a quebrar la nueva pausa.
-Hundimiento en la zona frontal media. Traumatismo horizontal. Siete centímetros de longitud y en forma de cono truncado...
El forense despegó la vista del papel, alertándolos.
-La base mayor de dicho "cono" arroja alrededor de seis centímetros. La inferior se sitúa en uno.
No hubo necesidad de aclaración. El teniente hojeó el bloc, en una nerviosa búsqueda de los datos recopilados en la capilla.
-Cono truncado... Siete centímetros...
Y, pálido, fue a mostrar las notas a Rossi.
-La forma y las medidas -completó Ugo- coinciden con la zona del impacto, en la pata derecha del águila...
Zarakal los observó divertido. La deducción era impecable salvo en un detalle.
-Veamos si lo he entendido -aventuró el capitán tras digerir un corto silencio-. La víctima se precipita contra el reclinatorio...
El teniente torció el gesto. Pero dejó que el puntilloso Rossi se explayara:
-Sufre un traumatismo mortal.
Zarakal le salió al paso:
-De lo primero no puedo dar fe. En cuanto a la causa de la muerte, en efecto, todo apunta a una lesión craneal. La tabla externa había cedido, presentando la ya mencionada forma de

cono truncado. Y como consecuencia del impacto, dicha tabla externa del cráneo fue empujada dentro del díploe, comprimiéndolo y destrozándolo. Finalmente, la interna se abombó y cedió, afectando a un área bastante mayor que la tabla externa.

-Bien -aceptó el capitán, simplificando-. Parte del cráneo se hunde...

Y, ayudándose con los dedos de la mano izquierda, fue a marcar el territorio sobre su propia frente.

-Y ese hundimiento...

Dudó. Acarició la aceitosa calva y, fingiendo confusión, retrocedió en el planteamiento.

-¿Hundimiento horizontal o vertical?

-Horizontal -concedió el forense cargándose de paciencia.

-Sí, claro..., horizontal. Pero ¿estás seguro?

Ugo se impacientó. Zarakal, en cambio, habituado al casi paranoico proceder del jefe de Homicidios, se limitó a seguir el juego. Volvió a leer el párrafo y aguardó.

-Extraño -clamó al fin el capitán-. Si la cabeza fue a estrellarse contra la pata derecha del águila, la herida tendría que ser vertical. Nunca horizontal.

La deducción era correcta. Sin embargo, las apariencias...

Y convencido de que los policías barajaban ya una nueva hipótesis, el forense se amuralló tras una de sus típicas y zumbonas sonrisas, a la espera de un pronunciamiento.

-A no ser que...

El teniente, con las calderas a la máxima presión, estuvo a punto de tomar la iniciativa, liquidando el dilema. Pero Zarakal, pendiente del indeciso Rossi, se lo impidió.

-A no ser que el traumatismo -remató el capitán sin demasiada seguridad- fuera ocasionado de manera muy distinta a lo que sugiere el hallazgo del cadáver.

-Está claro -estalló Ugo-. Alguien pudo golpearle con una maza de abedul... Eso explicaría la presencia de la esquirla...

-Y aclararía otros puntos oscuros -sentenció el forense, caldeando el diálogo.

-Naturalmente -se adelantó el pelirrojo, consumido ante la aparente pasividad de su jefe-. Sólo así puede entenderse la horizontalidad del hundimiento craneal. Si el Papa,

supongamos, se hallaba arrodillado en el reclinatorio, el agresor tuvo que descargar el mazazo lateralmente...
-Casi con seguridad, por la derecha de la víctima.
La rotunda afirmación de Zarakal los dejó perplejos.
-¿En qué te basas?
Y, señalando los folios, simplificó:
-Está en el informe. La fuerza del impacto se centró en la zona más ancha del cono truncado. Allí, el hundimiento y los desgarros eran sensiblemente superiores. Por otra parte, las fisuras secundarias, alejándose de la dirección de la fuerza, señalan que el golpe fue asestado por la derecha. Y os diré más: del análisis de los tejidos se deduce que la superficie que hizo contacto con el cráneo no era lisa y uniforme, sino labrada y con un
relieve muy determinado. Un relieve que, curiosamente, coincide con las dimensiones y la forma de esa dichosa pata derecha del águila.
-¿Qué insinúas?
Ugo, interpretando las sospechas de Zarakal, se arriesgó a despejar las dudas del capitán:
-Acaba de explicarlo. Alguien, todo un profesional, se tomó la molestia previa de esculpir parte del altorrelieve del reclinatorio en una maza de abedul.
Rossi, buscando la mirada del forense, exigió una confirmación.
-Yo no he dicho eso. Pero la hipótesis es aceptable. De todas formas -se cubrió Zarakal- conviene no precipitarse. El laboratorio sigue investigando...
Y, sin renunciar a la prudencia, añadió:
-Si el accidente fue planeado, debemos reconocer que lo han hecho con minuciosidad. Nada mejor para confundir a los expertos que dejar en el cráneo una "huella" similar a la del supuesto lugar del impacto.
Rossi se removió inquieto:
-Algo no encaja...
Ugo le apremió:
-Explícate. Pero las ideas -tendidas al viento de la especulación- oscilaron inseguras.

-No sé... Si aceptamos la teoría de una conjura y de un profesional del asesinato, ¿por qué presuponer que iba a cometer un error tan aparatoso?
Zarakal se rebeló.
-¿Aparatoso? Sólo el examen forense, con la correspondiente apertura del cráneo, ha permitido detectar la posible naturaleza del arma y la ubicación del hipotético agresor.
-Más a mi favor -reaccionó Rossi sin ceder un milímetro-. Los presuntos ejecutores tenían que haber imaginado que el cuerpo podía ser sometido a la lógica autopsia. Lo siento. Creo que debemos buscar en otra dirección.
El forense lo despedazó.
-Querido Rossi, me sorprendes. El Vaticano jamás practica la improvisación. He ahí el secreto del éxito de toda maquinaria de poder. ¿Lógica autopsia? Ése ha sido el gran fallo del sistema y de los ejecutores, como tú los llamas. Un error que no fue medido ni contemplado porque, sencillamente, no tiene precedente.
Rossi se defendió:
-Palabras. Sólo palabras...
Zarakal. destapó toda su rabia.
-Eres un perfecto idiota. ¿De dónde crees que ha partido la orden de archivar el caso? ¿Del Ministerio del Interior? ¿De la Prefectura quizá? ¿Qué necesitas para comprender?
-Pruebas.
-Muy bien -se rindió el forense-. Pregunta a Chíniv...
Y, tomando los folios, enderezó la conversación:
-Éstas son mis pruebas. ¿Proseguimos? Distribución de las manchas de sangre. Supongo que tus hombres las han estudiado...
El teniente justificó a la brigada:
-Están en ello. Si te refieres al goteo sobre el terciopelo del reposabrazos...
-No es ese rastro el que me preocupa -zanjó Zarakal con brusquedad, deduciendo que el laboratorio policial no había reparado en lo que se disponía a manifestar-. En el estudio de las manchas aparecen otras "anomalías" más interesantes y que, por supuesto, no encajan en la presunción de muerte por caída.

Y, descendiendo al informe, aclaró:
-Por ejemplo: ¿por qué los antebrazos presentan sendos regueros de sangre? En un choque de esas características, fruto de un resbalón o de un desvanecimiento, la cabeza iría a estrellarse contra el bronce. De acuerdo. Pero los mencionados antebrazos no tendrían por qué verse salpicados por dichos goterones.
El capitán, escéptico, restó importancia al asunto:
Quizá las monjas al mover el cuerpo, provocaron la impregnación de las mangas...
-En ese caso -aceptó el forense a regañadientes- la sangre nunca adoptaría la forma de goteo. Esa explicación no cuadra con la realidad.
-En segundo lugar, si el cráneo, según las apariencias, se hundió al impactar con la pata derecha del águila, ¿por qué la proyección de la sangre no alcanzó la parte inferior del reposabrazos?
Los tres recordaban las trayectorias de los regueros que enrojecían el curvado frontis del reclinatorio papal. Todos, efectivamente, partían de un punto, abriéndose en estrella sobre la práctica totalidad del altorrelieve. Sin embargo, por más que exploraron, ninguno de los
funcionarios llegó a localizar una sola salpicadura en la región apuntada por el forense.
Ugo revisó sus notas. Y aceptó las fundadas dudas de Zarakal.
-Zona de impacto a treinta y seis centímetros del suelo. De la pata del águila al nacimiento del reposabrazos: cuarenta y ocho centímetros. Si la sangre, en proyección, asciende y mancha el cuello y la cabeza del águila, ¿por qué no salpicó también el largo rectángulo? ¿Casualidad?
Zarakal negó con la cabeza.
-¿Cuál es tu idea?
-Elemental, amigo Rossi. Al ser golpeada, la frente del Pontífice tenía que hallarse relativamente próxima a los antebrazos. Casi con seguridad, en la vertical de los mismos.
-¿Arrodillado?
-Es probable. El análisis de las gotas que cayeron sobre las mangas habla por sí solo. juzgad los resultados. La casi totalidad de esas gotas arroja un diámetro similar: trece

milímetros, con una periferia festoneada y con salientes de medio milímetros. En otras palabras, según las tablas de Simonin y Mac Donnell, la sangre se precipitó perpendicularmente y desde una altura no superior a los treinta centímetros. Como sabéis, en toda caída, por regla general y cuando el sujeto no ha perdido la conciencia, los brazos se proyectan instintivamente hacia adelante y con una ligera apertura de los codos hacia el exterior...

-Exageras -medió el capitán-. En realidad no sabemos cómo fue. Quizá los antebrazos quedaron en la vertical de la herida...

Zarakal le desmanteló al instante:

-¿Y en supinación? ¿Cuándo se ha visto que alguien caiga con las palmas de las manos hacia arriba?

Ugo no dejó pasar la puntualización:

-Arrodillado y con las palmas de las manos hacia arriba. Una imagen muy distinta a la ofrecida por la versión oficial. ¿Supones que se hallaba rezando?

El médico le miró perplejo. Y, refiriéndose al manuscrito rojo descubierto bajo el tórax, le brindó la única deducción a su alcance.

-Todos lo vimos. Y tu capitán se apresuró a recogerlo. Entiendo que fue sorprendido mientras leía. De haber estado orando, la sangre no habría impregnado esa zona de las mangas.

-Por cierto -se desvió curioso- ¿lo has hojeado? ¿De qué trata?

Rossi, incapaz de emitir un veredicto medianamente riguroso, eludió la cuestión:

-Esa es otra historia...

Zarakal, intuitivo, hizo diana:

-Documentos comprometedores...

-Pudiera ser.

-¿De qué tipo? -presionó el forense- ¿Políticos? ¿Financieros? ¿Doctrinales?

-Digamos que lo suficientemente incómodos como para que el Vaticano se haya apresurado a recuperarlos...

Y Rossi le puso al corriente de lo acaecido en el despacho del prefetto.

-Extraño, sí señor -reconoció Zarakal-. Si ese libro guarda alguna relación con la supuesta conjura, ¿por qué fue olvidado por el asesino? ¿o no fue olvidado?

-Goterones en forma de estrella simétrica, típicos de un plano horizontal. Muy interesante. Otra confirmación de una posible agresión lateral... ¿Habéis medido la energía cinética?
-Conforme a la resistencia de hueso -leyó el forense-, a la probable velocidad al cuadrado con que fue proyectado el objeto que le golpeó y...
-Abrevia -le animó el teniente.
-Según el laboratorio, la maza utilizada podía pesar alrededor de cinco kilos, con un desarrollo energético de...
-¡Cinco kilos; y un solo golpe!
El súbito abordaje de Rossi descolocó al forense:
-¿Suficiente para fracturar el cuello? ¿Lo has comprobado?
Zarakal agradeció la sutileza policial.
-Minuciosamente. El examen de la región cervical anterior fue negativo. El infiltrado hemorrágico, muy débil, no era propio de una caída de tan funestas consecuencias.
Y el médico, categórico, recalcó:
-Si en verdad hubiera chocado con el bronce del reclinatorio, el violento impacto, capaz de hundir el cráneo, habría provocado un infiltrado de considerables proporciones, con posibilidad de fractura cervical.
-No has respondido a mi pregunta -le acosó el capitán.
-Lo he hecho. Eres tú el que no comprende. Un solo golpe (un bastonazo, por seguir con la hipótesis) puede ocasionar la muerte sin lastimar el cuello. En el caso de una caída, en cambio, la fractura es altamente probable.
Las evidencias estrecharon el cerco en torno al refractario Rossi.
Y el teniente -inmisericorde- cargó de nuevo:
-Suma y sigue... ¿y qué opinas de las fibras descubiertas en los coágulos de la herida?
-¿Qué fibras?
-El propio Rossi las desencoló...
Zarakal exigió información.
-Fibras pertenecientes a una compresa hemostática -resumió Ugo-. Confirmado por el espectro infrarrojo y la cromatografía de gases.
-Interesante -caviló el forense-. Eso aclararía la casi nula proyección de sangre sobre el reposabrazos e interior del reclinatorio...

Y, dirigiéndose al jefe de Homicidios, le interrogó acerca del tejido que conformaba la vestidura papal.
-Nada que ver. La sotana es de seda.
Y, adelantándose a los pensamientos de Zarakal, agregó:
-También se ha contrastado con el terciopelo del reposabrazos y con la alfombra. Negativo en ambos casos. El primero, en seda, aparece trenzado por dos urdimbres y una trama. El segundo es algodón natural.
-Fibras sintéticas desprendidas de una compresa hemostática...
Ugo macheteó el camino:
-¿Estás pensando lo mismo que nosotros?
Zarakal asintió mecánicamente.
-Y bien...
-Si es lo que imagino, todo encajaría... Esa compresa sólo admite una justificación: que alguien tratara de contener la hemorragia. Pero hay un problema.
El teniente le apremió:
-¿En qué momento fue aplicada? ¿Inmediatamente después de ser golpeado o cuando la sangre se había esparcido por la capilla?
Ugo protestó:
-Me niego a aceptar el segundo supuesto. Cuando sor Juana alertó a las monjas y al primer secretario, el Papa yacía sin vida. ¿Qué sentido podía tener que le taponaran la herida? Además, en los interrogatorios ha quedado claro: ninguno de los servidores de la tercera
planta dispone de compresas de esa naturaleza.
-Eso no demuestra nada -le censuró Rossi.
-En cierto modo y con las naturales reservas -terció el forense, conciliador-, yo también me inclino por el primer supuesto. Y, aunque es preciso esperar la confirmación de los laboratorios, todo parece indicar que la coagulación se produjo mucho antes del hallazgo del cadáver...
Los policías lo advirtieron. Zarakal sabía más de lo que venía manifestando.
-¡Maldito carroñero! ¿A qué tanto rodeo?
Y Zarakal, divertido, desveló una de las claves:
-Es probable que los coágulos (incluido el que aprisionó las fibras) se materializaran poco después de las tres de la

madrugada. Es decir, según tengo entendido, casi dos horas antes de que la superiora tropezara con el cuerpo.
No hubo tregua. Rossi y Gasparetto sabían de la trascendencia de aquella revelación.
-¿Quieres decir que el fallecimiento tuvo lugar…?
Sí, hacia las tres, poco más o menos. Al tomar la temperatura rectal (a las ocho y media en punto), el cuerpo había experimentado un enfriamiento de 8,2 grados centígrados. Considerando que se hallaba vestido, en un lugar cerrado y sometido a un medioambiente normal, debemos estimar que el descenso de la temperatura corporal osciló alrededor de 1,5 grados por hora. Este cálculo (unido a la aparición de los primeros signos de rigor mortis en la cara) nos traslada a las tres…
El instinto apartó a Ugo del tema central. Releyó las notas. Echó números y, desconcertado, manifestó el resultado:
-La brigada ingresó en la capilla a las seis horas y cincuenta y dos minutos. Y descubrimos la única vela encendida seis minutos después.
Rossi rememoró la escena. Él, justamente, fue el primero que reparó en la solitaria y enigmática llama.
-A esa hora (casi las siete de la mañana), al compararlo con los otros cinco cirios, advertimos que su longitud había menguado en un centímetro. Pues bien, una vez en la jefatura, al efectuar una nueva prueba, comprobamos que dicho cirio (de cinco centímetros de diámetro) se consumía a razón de un centímetro cada cuatro horas.
Capitán y forense, tras un sencillo cálculo mental, comprendieron el porqué de la inquietud del teniente.
-o lo que es lo mismo -concluyó Ugo-. Esa maldita vela fue encendida alrededor de las tres. Y yo pregunto: ¿antes o después de la muerte? Y, sobre todo, ¿por quién y con qué motivo?
Zarakal fue directo:
-¿Un descuido de las monjas?
-Sor Juana lo niega -replicó Rossi.
-Entonces, puede que el Papa…
-No era su costumbre, si hemos de creer a la religiosa.
-¿Huellas?

-El gabinete de identificación está en ello. A pesar de las órdenes -matizó Ugo con un guiño de complicidad-, la brigada rematará los trabajos. Los primeros rastreos, sin embargo, son desalentadores...
-¿Qué hay del aspirador?
El teniente se encogió de hombros.
-Debemos esperar. Quizá esta noche o mañana estemos en condiciones de afinar. Al microscopio ordinario y al Ultropack se aprecian restos de pelos, polen...
-¿Polen? ¿En la sotana? ¿Qué clase de polen? ¿Qué tipo de cabello?
Ugo alzó las manos, reclamando calma:
-Danos tiempo...
-Una compresa hemostática aplicada a la herida.
Y justo a las tres de la madrugada...
Rossi retornó al torrente principal de la conversación. Y, peinando la recortada barba con las yemas de los dedos, dejó en el aire -al alcance de Zarakal- una punzante duda.
-¿Por qué?
-Salta a la vista. Para simular un "accidente" y confundir a los ingenuos como tú.
Ugo se impacientó:
-Te lo adelanté...
-Reconsideremos -terció el forense-. Ajustémonos a los hechos. Al menos a los comprobables.
Momento del óbito: las tres.
Posible ubicación de la víctima: arrodillada en el reclinatorio.
Antebrazos extendidos y en posición de lectura.
Traumatismo horizontal. Interesa buena parte de la frente.
Lesión provocada no por el bronce, sino por un objeto de madera, pintado en verde y con una superficie labrada y similar a la del relieve de la pata derecha del águila.
Un solo golpe y proyectado por el flanco derecho del Papa. El asesino, casi con seguridad, es diestro.
El arma dislacera los tejidos, aplasta los vasos y hunde el hueso. Impacto mortal.
El agresor, de estimable fuerza, manipula una maza o un bastón de unos cinco kilos de peso.

Sabe que la hemorragia no es instantánea. Necesitará unos segundos para brotar incontenible. Sin embargo, a pesar de su rapidez, algunas gotas, inevitables, se precipitan en racimo, impregnando las mangas y el terciopelo del reposabrazos.
Compresa hemostática. El grueso hemorrágico es frenado momentáneamente.
El libro rojo ha caído por delante del reclinatorio.
El verdugo (insisto: de considerable corpulencia) carga con el cuerpo y rodea el reclinatorio.
Pendiente de análisis: polen y restos de pelos en la sotana. ¿Proceden del individuo que sujetó a la víctima?
Lo arroja sobre el piso.
Retira la compresa. Varias fibras se desprenden y quedan encoladas en la herida.
Toma la cabeza y la golpea violentamente contra el bronce, haciendo coincidir el traumatismo con la pata derecha del águila. La sangre se proyecta en todas direcciones.
Fin de la secuencia.
Aparentemente, el anciano Pontífice ha sufrido una desgraciada caída, estrellándose con el frontis del pesado reclinatorio.
Tiempo de ejecución de la maniobra: no más de tres minutos.
-Un accidente -remachó Ugo con un toque de cinismo- que muy pocos pondrán en duda. Después de todo, el infortunado polaco venía padeciendo unos peligrosos desvanecimientos...
Rossi le reprochó su mordacidad. Pero, incombustible, el teniente se amparó en el examen forense y en los interrogatorios.
-Todo concuerda. En los días previos al accidente, el Papa, sano como una manzana, experimentó unos inexplicables y sospechosos síncopes. El personal del Palacio Apostólico ha dado fe de ello. Pero ¿cómo era posible en un hombre que gozaba de una envidiable tensión? Yo te lo diré. Alguien de su propia casa se encargó de suministrarle el fármaco adecuado...
-Te precipitas -frenó el capitán.
-En ese caso -le desafió Ugo-, ¿cómo explicas las altas dosis almacenadas en el hígado?
Rossi desvió la mirada hacia Zarakal.
-Tiene razón en lo de las altas dosis -aceptó el forense-. Las muestras recogidas en el tejido graso parecen irrefutables. La

víctima (ignoro las razones) había estado ingiriendo importantes cantidades de un hipotensor liposoluble. Pero, una vez más, conviene ser prudentes y esperar los resultados definitivos de los barridos toxicológicos.
-Todo encaja -se precipitó el teniente, haciendo caso omiso de las cautas recomendaciones de Zarakal-. Todo obedece a una trama diabólica, muy propia de esa intrigante y ponzoñosa Curia...
Y, seguro de sí mismo, cerró el círculo.
-Una conjura. Eso es. Por los motivos que sean deciden eliminarlo. ¿Qué tiene de extraño? Después de todo no es el primer Papa que muere asesinado.
Trazan un plan. Alguien colabora desde el interior, desde los propios aposentos papales. Le suministran el hipotensor. Desmayos. El asesino, obviamente, conoce la casa. Puede que, incluso, viva en ella. Le espían. El Papa, esa madrugada, penetra en la capilla privada. Y el verdugo, provisto de una copia de la llave, abre la doble puerta. El Pontífice no desconfía ante su inesperada presencia. Se sitúa a la derecha y golpea. El resto ya ha sido descrito...
Pero, contra todo pronóstico, uno de los cardenales desafía a la maquinaria. Y una brigada de Homicidios tiene acceso al cadáver y al escenario de los hechos. Y se hace el milagro: la autopsia se consuma.
El Vaticano, naturalmente, reacciona. Y un sigiloso tigre se mueve en las altas esferas. La policía es apartada. Caso archivado.
Comunicado oficial de la Santa Madre Iglesia: muerte accidental.
Fin de la historia. Y en quince días..., nuevo Papa.
Constante Rossi buscó la petaca de piel de antílope. Encendió un dannemann y, alzando los ojos, permaneció pensativo y cautivado por la ondulante desmaterialización de las hebras. Hizo rodar el cigarro puro entre los dedos y, sin perder de vista la fina y cimbreante columna de humo, fue dinamitando la entusiástica versión de su ayudante.
-¿Y cómo explicas las huellas de un pie descalzo junto al cadáver?
¿Qué me dices de la vela que nadie encendió?

¿Y los agentes de la Seguridad? ¿Se durmieron?
¿A qué corpulento verdugo te refieres? ¿A unas frágiles monjas? ¿A su fiel secretario polaco?
¿Por qué el Pontífice se vistió de madrugada, olvidando su cotidiano aseo?
¿Quién proporcionó la copia de la llave de la capilla? ¿Dónde encajas el comprometedor libro rojo?
¿Por qué el médico personal acusó a Rodano y a los cardenales de haber intentado volver loco al Papa?
¿Qué sabemos en realidad de esa supuesta conjura?
¿No te parece extraño que ese mismo prelado, Angelo Rodano, encabezara una iniciativa tan poco usual, solicitando nuestra presencia en el lugar de autos?
No, mi estimado y fogoso teniente. No todo concuerda...
Y, sirviéndose un segundo whisky, selló el enigma con un sonoro portazo interior.
-Caso cerrado. Eso es lo único que cuenta. Y no seré yo quien acose a ese tigre.
-¿Estás seguro? -estoqueó Zarakal señalando el reloj-. Sabes bien que lo que no pasa en un año sucede en treinta segundos...

22 horas

Rossi jugueteó con los Jaggioli al fiasco. Su apetito, como la voluntad de permanecer al margen de aquella cenagosa historia, empezaba a desfallecer. Miró a su alrededor y, desconcertado, bregó por enderezar las ideas. Pero el denso claroscuro del restaurante Mario -en la vía della Vite-, con una parroquia siempre apretada y parlanchina, no era el marco más aconsejable para la reflexión.
Era asombroso. E, incrédulo, fue inspeccionando a sus compañeros de mesa.
Ugo y Zarakal, aparentemente divorciados de la gravedad del momento, devoraban la cena con un placer insultante, cantando las excelencias del jabalí con salsa de mirtillo. Aquel endemoniado forense había acertado.

Y el capitán se aferró a la única explicación posible: Zarakal se hallaba al corriente…
Camilo Chíniv, instalado en una robusta solemnidad, parecía aguardar. Sus palabras fueron las justas. Saludó y departió fugazmente con el incansable propietario del local -su vicio amigo Mario- y solicitó unos espaguetis a la carbonara con panceta magra.
Sinceramente, por más que repasaba el corto discurso del jefe de la Seguridad Vaticana, no podía dar crédito a su contenido. La sorprendente propuesta le había sacado del rumbo marcado poco antes.
-Hablo en nombre de Angelo Rodano -les anunció Chíniv tras los obligados apretones de manos y acorazándose en un elocuente tono de confidencialidad-. No creo necesario que deba explicarles cuál es la situación. El Colegio Cardenalicio, como habrán adivinado, se ha hecho con las riendas. Nuestros esfuerzos han sido abortados.
Naturalmente, no todos, en aquella casa, estamos de acuerdo con lo ocurrido y, mucho menos, con la versión oficial sobre la muerte del Santo Padre.
Queremos y necesitamos averiguar la verdad. Y ahí entra usted, capitán Rossi. Usted, su brigada y los forenses que han practicado la autopsia.
He aquí la razón de mi llamada y de esta cita. Deseamos proponerle algo. Una oferta, como podrá suponer, no oficial.
¿Estaría dispuesto a concluir las investigaciones policiales?
Obviamente, y permítame que insista, al margen de sus superiores. Asunto privado.
En caso afirmativo, usted y los hombres que le acompañen en tan delicada empresa, contarán con nuestra cobertura. Los resultados, si los hay, quedarán en poder de la persona que me honro en representar. Única y exclusivamente en su poder…
Si acepta, mañana mismo, en el país que designe, será abierta una cuenta bancaria, bien a su nombre, al que estime oportuno o bien, cifrada.
Debo aclararle también que, tanto en su propio beneficio como en el nuestro, no habrá documento alguno que acredite o demuestre que trabaja para esa alta autoridad eclesiástica. Y tampoco voy a recordarle que dichas pesquisas, si se

materializan, deberán consumarse en el más estricto sigilo. Más aún: de producirse una filtración, tenga por seguro que lo negaríamos todo, disolviendo la operación.
Me gustaría decirles -concluyó Chíniv- que disponen de tiempo para meditar esta propuesta. Lamentablemente no es así. La respuesta deberá llegar a mi conocimiento antes de las nueve horas de mañana. Supongo que imaginan por qué...
Yo seré su único contacto, capitán.
Y, por supuesto, si la decisión es negativa, lo entenderemos. Usted, amigo Rossi, que sabemos ha leído ese misterioso libro rojo, está en condiciones de intuir la peligrosidad de la misión que tratamos de encomendarle. Una misión que no pretende cambiar la Historia.
Constante Rossi -cuchara y corazón en mano- siguió removiendo frijoles y sentimientos.
Una tentadora oferta...
Justo era reconocerlo. E incapacitado para emborronar la mente con negras sutilezas se rindió sin más ante la hábil diplomacia de
Chíniv. Aquel hombre -aun pudiendo- no había invocado almenadas y sacrosantas filosofías. Tampoco planteó sus palabras con vanas promesas. El enojoso capítulo del dinero, incluso, sólo aparecía como un colaborador de segunda fila...
Era otro el fondo de la tentadora oferta. Una clave que sí podía movilizarle: el desmantelamiento de la mentira. Un reto demasiado atractivo para todo buen policía.
Y aunque la cena discurrió sin pronunciamiento alguno -sujetos al dibujo y a la discusión de los detalles de la hipotética colaboración-, conforme avanzaron, el jefe de Homicidios supo que la suerte estaba echada.
El destino -experto jugador de póquer- es siempre el último en mostrar sus triunfos. Y al socaire de un amaro, al filo de la medianoche, reorganizado el silencio tras el adiós de los postreros comensales, se cobró otra decisiva baza.
Ocurrió al plantear la lamentable pérdida del libro rojo, entregado por el preffeto a los enviados del Vaticano. Camilo, alisando la cabellera en un nervioso gesto, los puso en guardia.
Me sorprende, amigo Rossi -confesó el jefe de la Seguridad-. Que recuerde, sólo la comisión Judicial, la brigada, el propio

Rodano, mis hombres y yo asistimos al hallazgo de dicho libro. Y dudo que el prelado, que dio luz verde a la autopsia y a las investigaciones policiales, pueda ser el responsable de tan precipitada requisa. ¿No le parece extraño?
En cierto modo hablaba con razón. Pero el capitán no replicó. Y silenció su casual encuentro con el cardenal Lomko.
Una de dos: o la información sobre la existencia del manuscrito había sido filtrada por el papa rojo o por alguno de los presentes durante el levantamiento del cadáver.
Sea como fuere, lo cierto es que el misterioso escrito reunía un innegable valor para una de las partes en litigio. Cabía la posibilidad, incluso, de que todas las facciones, supuestamente implicadas en tan nebulosos sucesos, se hallaran interesadas en su rescate. Los Tres Círculos -si en verdad existía-, por obvias razones de seguridad. En cuanto a los artífices de la posible conjura, por motivos menos oscuros. Tanto para unos como para otros, el libro rojo, evidentemente, constituía un elemento desestabilizador y altamente peligroso. Y Rossi comprendió que -de aceptar la misión- aquél sería uno de los objetivos prioritarios. Su recuperación era vital.
Y Chíniv -a petición del capitán- se comprometió a hurgar en las cavernas vaticanas. Los sacerdotes en cuestión -cuyos nombres constaban en el obligado registro de entrada de la Prefectura- tenían que pertenecer a alguna de las laberínticas secciones o dicasterios del imperio del Romano Pontífice.
A no ser que...
Pero Rossi rechazó la descabellada idea. Demasiado fantástica. Los tentáculos de los Tres Círculos -una organización a todas luces imaginaria- no podían dominar también los centros motores de la policía. ¿o quizá sí?
Y, de pronto, su esquiva memoria vino a procesar una imagen. Una familiar fotografía mental, descolgada hasta esos momentos de su mural interior: un sacerdote con cara de niño y un bastón forrado en cuero...
¡Hoffmann!
La increíble deducción, sin embargo, fue arrinconada ¿Dónde estaban las pruebas? En realidad, en aquellos incipientes y tímidos momentos, todos eran sospechosos. La desaparición del libro rojo podía ser obra de cualquiera con un mínimo de poder

e influencia. ¿Tal vez los mismos que habían abortado las investigaciones? ¿o debía pensar en Angelo Rodano y Chíniv? Ambos, testigos de excepción, palidecieron ante el inesperado descubrimiento. Y puestos a especular, ¿cómo interpretar el involuntario desliz del comandante? ¿Cómo sabía que, en efecto, había leído el manuscrito? Sólo la brigada presenció dicha lectura. ¿o se trataba de una mera presunción?

¿Y qué decir de los agentes de la Seguridad que trasladaron el cadáver? La traición y el soborno eran la segunda divisa del Estado Vaticano.

En cuanto a Lomko, tampoco quedaba fuera de sospecha. Todo lo contrario.

No, nada era seguro en aquel movedizo pantano...

Y el debate -sin Chíniv- se prolongó hasta el amanecer. Y la residencia de Ugo Gasparetto fue escenario de un improvisado campo de batalla donde -finalmente- el instinto policial arrasó cualquier vestigio de sentido común.

Y la propuesta de Rodano fue aceptada por unanimidad. El plan, inicialmente, era sencillo.

Rossi -acogiéndose a la legalidad- solicitaría un periodo de excedencia, apartándose de la brigada.

Ugo y los funcionarios embarcados en el extinguido caso continuarían en sus puestos, trabajando extraoficialmente y compaginando sus labores habituales con el nuevo y apasionante desafío.

Zarakal, menos atado que los policías, completaría el equipo, ultimando los informes y sirviendo de puente entre Rossi y Homicidios.

Y a las 08 horas -según lo convenido-, el capitán marcaba el teléfono privado de Camilo Chíniv, aceptando el compromiso.

-El viejo Mario -anunció Rossi, ajustándose a la clave pactada en el restaurante- acepta viajar con usted.

-Agradecido -replicó el interlocutor sin ocultar su satisfacción-. Le estaré esperando. Y no olvide el chianti...

-Descuide. Un geográfico, con el gallo en el cuello.

Una hora después, el capitán abordaba al jefe de la Seguridad Vaticana en la estación Ottaviano, en la línea AB del "metro" romano. Seis paradas más adelante, en Termini, se despedían

discretamente, tomando rumbos opuestos. La cuenta bancaria, cifrada, quedaría abierta en París esa misma mañana.
Y Rossi, perplejo, examinó de nuevo aquel sobre lacrado.
No pregunte -le advirtió Chíniv al entregárselo-. Nada tiene que ver con nosotros. Desconozco cómo ha llegado hasta mi escritorio. Anoche, al salir hacia el restaurante, yo, personalmente, me ocupé de cerrar el despacho con llave. Naturalmente he abierto una investigación...
De lo que no cabe duda es de que ha sido depositado en la mesa durante la noche o, quizá, en la madrugada.
Le garantizo que monseñor Rodano se halla tan intrigado como yo.
El misterioso sobre -sin remitente- iba dirigido a su persona:
A la atención del capitán Constante Rossi. Homicidios.
Fue inevitable. Aunque las palabras de Camilo parecían de buena ley, las explicaciones, sin embargo, se le antojaron herrumbrosas. Y el capitán receló. Si aquello no guardaba relación con Chíniv y el prelado, ¿por qué había aparecido en el cuartel general de la Seguridad Vaticana? ¿Por qué no en la jefatura?
Y algo más.
¿No resultaba sospechoso que hubiera llegado a sus manos en tan crítico momento, coincidiendo con la aceptación y puesta en marcha de la secreta misión?
Y una penosa idea comenzó a rondarle.
¿Podía fiarse de la infantil -casi ridícula- historia de la violación del despacho de Chíniv?
Pero, al rasgar el sobre y comprobar el contenido, el silbante tren de las sorpresas, volvió a arrollarle. Y de la confusión pasó a la incredulidad, precipitándose, por último, en la cólera.
¿Qué significaba aquel pandemónium? Si alguien pretendía volverle loco estaba a punto de lograrlo...
Thomas Lindom y Steffan Bränkar -rezaba el anónimo-, ciudadanos suecos, retienen el manuscrito hallado bajo el cuerpo del asesinado Pontífice. Contacto: 332372/3.
¿Quiénes eran aquellos individuos?
Y sus pensamientos -a la desesperada- le devolvieron a la pasada reunión, en el Mario. Al parecer, alguien más sabía del secreto acuerdo con Rodano y, lo que era más sangrante, de sus

intenciones respecto al libro rojo. De no ser así, ¿cómo explicar la increíble oportunidad del mensaje?
Naturalmente -se calmó-, también podía tratarse de una mera coincidencia.
Eso sí -regateó consigo mismo-. Sospechosamente oportuna...
Pero había más.
Junto a la hoja mecanografiada -meticulosamente plegada- aparecía una fotocopia.
En una nerviosa ojeada reconoció la letra. El texto, sin embargo, aunque igualmente familiar, le resultó... ¿Cómo definirlo? ¿Alterado?
Lo repasó con mayor detenimiento, llegando a idéntica conclusión. Los párrafos -pertenecientes a la primera página del referido manuscrito- se hallaban incompletos.
Y acepto que dude -leyó por tercera vez-. Está en su derecho. Lo natural es que la presente... le parezca... una mente febril o trastornada. Espero que, en breve, cambie de idea.
...-como irá comprobando- ya fue informado de algunos acontecimientos. Pero lo que usted conoce es sólo la punta de un iceberg.
Confío en que... le ayude a calibrar... en sus auténticas proporciones. Y sobre todo -disculpe la insistencia- adopte las medidas para evitar lo que parece inevitable.
Se rindió. Sin posibilidad de confrontación con el original, el remiendo de las lagunas, cuando menos, era comprometido. Evidentemente, algunos de los vocablos habían sido suprimidos y reemplazados por puntos suspensivos. Pero ¿con qué finalidad? Si el responsable del anónimo quería demostrar que se hallaba en posesión del libro rojo, ¿por qué no incluir el texto íntegro?
Y Rossi -dejando libre la intuición- creyó entrever una segunda y críptica lectura, sin relación con el genuino destinatario, el fallecido Papa, diabólicamente trenzada y dirigida a alguien que, como él, estuviera en condiciones de manejar ciertas informaciones.
Pero, rebasado, apeó la atención, desviándose hacia el tercer y último eslabón del desquiciante anónimo.
La meticulosa inspección no alivió el suspense. Al contrario. Y privado de luces, su cerebro entró en una vía muerta.

Quizá deba retirarme -se justificó-. La falta de imaginación es siempre el primer signo de arteriosclerosis de la condición humana...
Y guardando el sorprendente pasaje de avión prosiguió el lento caminar hacia la jefatura.
A los pocos pasos, sin embargo, indignado consigo mismo, prendió de nuevo el motor de las cavilaciones.
Veamos, estúpido Rossi -se reprochó, aireando la inteligencia e intentando racionalizar el enojoso enigma-, ¿quién puede estar detrás de este comunicado?
Posibilidad número uno.
¿Un bromista?
Poco creíble. ¿Por que iba a obsequiarme con unos nombres concretos, con la fotocopia de un documento altamente reservado y, para colmo, con un costoso billete aéreo?
Descartado...
Posibilidad número dos.
Un informante que se mueve en las cloacas vaticanas y que -como apuntara Chíniv- no está conforme con la versión oficial sobre la muerte del Pontífice.
Verosímil, aunque complejo.
En un supuesto así habría que admitir que el autor del anónimo está en posesión del libro rojo o, al menos conocer su paradero.
Algo no cuadra...
Posibilidad número tres.
Alguien relacionado con la supuesta conjura.
Tesis igualmente comprometida.
Si esa facción -quién sabe si artífice del bloqueo de las investigaciones policiales- se ha dado tanta prisa a la hora de recuperar el manuscrito ¿a qué viene ahora esta revelación, poniendo en peligro su estrategia?
¿Un traidor, quizá?
En ese caso, ¿por que recurrir a un jefe de Homicidios? La Prensa, por ejemplo, con su cañoneo,hubiera logrado un efecto demoledor.
Confuso. Muy confuso...
Posibilidad número cuatro.
¿Los Tres Círculos?

Eran ellos -hipotéticos propietarios del manuscrito- los autores de la filtración?
Ni siquiera podía demostrar su existencia... Además -y sólo a título de hipótesis-, si aceptaba que, en un golpe de audacia, habían burlado al preffeto, arrebatándole el codiciado documento ¿por qué descubrir su juego?
Absurdo.
A no ser que la fantasmagórica entidad planeara otra de sus satánicas y arriesgadas maniobras...
Como especulación no estaba mal...
Posibilidad número cinco.
Angelo Rodano y su fiel portavoz, Camilo Chíniv?
¿Demasiado retorcido?
No, tratándose de un astuto cardenal..., y diplomático por añadidura.
Ellos, a fin de cuentas, le habían hecho entrega del sobre lacrado.
¿Cuál era el auténtico papel del prelado en aquel manicomio? ¿Por qué tanto interés en contratarle?
Y una última posibilidad.
En cualquier momento despertaré. Fin de la pesadilla...
Y el despertar no se hizo esperar. Pero no en los términos apetecidos por Rossi.
Esa misma mañana, al revisar el registro de entradas de la Prefectura, uno de sus hombres obtenía un interesante dato: la identidad de uno de los sacerdotes que tuvo acceso al despacho del preffeto coincidía con el nombre de Thomas Lindon mencionado en el anónimo.
El resto llegó en cascada...
Merced a la eficaz colaboración de la embajada sueca, a primera hora de la tarde, Ugo entregaba a Rossi sendas fotografías y un pequeño historial de los personajes que -según la filtración- retenían el manuscrito.
Thomas Lindom.
Ciudadano sueco. Treinta y cinco años. Soltero. Ojos claros. Cabello rubio. 1,80 m de estatura. Policía. Experto en traslados y custodia de extraditados. Tirador de elite. Zurdo. Habla inglés, alemán e italiano. Residente en Helsingborg.
Steffan Bränkar.

Ciudadano sueco. Treinta años. Soltero. Ojos claros. Cabello rubio. 1,74 m de estatura. Profesor. Experto en supervivencia. Colaborador de la ONU en misiones pacificadoras. Tirador de elite. Habla inglés, alemán, francés y español. Residente en Forsbacka.

-Sin antecedentes -añadió el teniente-. Ambos, curiosamente, se encuentran en Roma. Como turistas, claro...

El capitán examinó las fotografías, contrastando los datos de la computadora sueca con los del registro de la Prefectura. La imagen de Lindom coincidía con la del joven sacerdote que había sido recibido por el jefe de la policía romana. Y también el número del pasaporte.

Steffan Bränkar, en cambio, le resultó totalmente desconocido.

-Bien -determinó Rossi sin vacilación-, que los muchachos los interroguen. Y nada de errores... Busca un pretexto. Recuerda que ya no trabajamos en el caso.

Terciada la tarde, Chíniv confirmaba lo que pqrecía evidente. Los supuestos sacerdotes -enviados por el Vaticano- no eran tales. Sencillamente, no existían.

La noticia -amén de sumar oscuridad a la oscuridad- colocó a Rossi y a su gente frente a otro ácido problema. Si los falsos clérigos nada tenían que ver con el Vaticano, ¿cómo habían llegado hasta el mismísimo preffeto? ¿Quién los apadrinaba?

Y prudentes -necesitados de informes más sólidos- optaron por el silencio. Tiempo habría de seguir perforando aquella oscura y resbaladiza galería y de exigir responsabilidades.

Y capitán y teniente empeñaron el resto de la jornada en el análisis del triple y singular contenido del anónimo.

Ugo se mostró de acuerdo con el parecer de su jefe. No hacía falta ser muy despierto para deducir que la filtración procedía de alguien puntual y correctamente informado. Una de las frases hablaba por sí sola:

...hallado bajo el cuerpo...

Aquella precisión -desconocida por los medios de comunicación- sólo podía tener su origen en una confidencia, proporcionada por alguno de los asistentes al levantamiento del cadáver. Pero ¿quián? Por simple eliminación -descartada la Comisión Judicial y la brigada-, las sospechas recaían en el cardenal, en Chíniv y en sus agentes.

Ugo, sin embargo, fue más lejos:
-¿Y por qué absolver a priori a la Comisión y a nuestros hombres?
Rossi le miró estupefacto.
-Si este anónimo -argumentó Ugo con una media sonrisa- es obra de esa omnipotente organización, ni tú, ni yo, ni nadie, puede quedar libre de sospecha. ¿Podrías demostrar, querido Rossi, que tu fiel colaborador, el teniente Gasparetto, no es un miembro de los Tres Círculos?
El capitán exigió seriedad. Y, expurgando en el breve texto, fueron a dar con otra conflictiva afirmación.
Asesinado Pontífice.
Rossi la calificó de irrelevante.
-Pura presunción.
Ugo, en cambio, consecuente con el primer planteamiento, defendió la idea de una nueva filtración.
-Si han acertado en lo del manuscrito hallado bajo el cuerpo, ¿por qué suponer que el término asesinado no procede del mismo grifo?
Rossi, incómodo, le detuvo:
-Un momento. Hasta hoy, que sepamos, sólo tres personas disponen de información fidedigna en torno a esos indicios sobre un posible asesinato.
Ugo no se arrugó:
-Insisto. En este envenenado asunto, mientras no se demuestre lo contrario, nadie está libre de pecado.
-Te juro, maldito pelirrojo, que ni Zarakal ni yo hemos dado muerte al polaco...
El teniente estiró la broma:
-¿Pondrías la mano en el fuego por tu ayudante?
-Sabes que me fío más de un borracho que de un cardenal...
-olvidas algo -maniobró Ugo hacia su teoría de la filtración-. ¿Qué me dices de los implicados en la presunta conjura? ¿Y del no menos presunto asesino? Sin olvidar al autor del libro rojo y a esa organización que, al parecer, le respalda. Todos están en condiciones de saber tanto o más que nosotros...
Enésimo callejón sin salida. Y Rossi, embarrancado, echó mano de su petaca de piel de antílope. Aquel impenetrable pantano -erizado de suposiciones- amenazaba con engullirlos.

Observó a Ugo. Y al percibir su entusiasmo -abriendo brecha entre tanto hielo- se sintió aliviado. La luz, tarde o temprano, caldearía su angustiado corazón. Cuestión de paciencia y tenacidad. En su trabajo, la inspiración era un huésped de lujo que casi siempre se alojaba en la casa del vecino.
332372/1.
Tampoco los dígitos ofrecidos como contacto en la primera parte del anónimo aliviaron sus dolores de cabeza. El codicioso rastreo de la brigada sólo contribuyó a marear la perdiz.
Trabajando con la hipótesis inicial de que pudiera tratarse de un doble número telefónico, el cómputo final -circunscrito a las noventa y cinco provincias italianas- se alzó como una empalizada poco menos que impracticable. La lista de usuarios con aquellas cifras llenaba una tira de papel de metro y medio...
A esto había que añadir una segunda e inevitable posibilidad: que los supuestos teléfonos pertenecieran a otro país. En este caso -sin los correspondientes códigos numéricos-, las posibles pistas se multiplicaban en proporción geométrica.
Tenían que olfatear en otra dirección. Al menos por el momento.
Respecto al mutilado texto de la fotocopia, los sucesivos intentos de reconstrucción desembocaron siempre en una especie de criptograma, cruzado -arriba y abajo- por el absurdo.
A pesar de ello, el loco mosaico de palabras que -según la brigada- podía encajar en los puntos suspensivos fue transferido al gabinete de claves.
Decía textualmente:
1. MISIVA - NOTA - CARTA.
2. EL FRUTO DE - LA OBRA DE - LA CONSECUENCIA DE
3. SU SANTIDAD - USTED
4. DE ESTOS - DE ESOS
5. LA PRESENTE NOTA - ESTO - ESTA INFORMACIÓN - LO DICHO
6. EL PLAN - LA CONJURA - EL PELIGRO
7 LE SUGIERO - LE RUEGO - LE SUPLICO.
Aunque no era seguro, Rossi quiso intentarlo. Quizá los términos suprimidos pudieran configurar un mensaje extra e insospechado.

En cuanto a la tercera pieza, del anónimo -el pasaje de avión-, la fortuna se mostró igualmente esquiva. Ninguna de las gestiones prosperó. Y el jeroglífico se enfoscó sobre sí mismo.
El billete -a nombre de Rossi- había sido expedido a última hora de la tarde del día anterior en una céntrica agencia de viajes, en Roma. El desconocido comprador -una joven religiosa- abonó el importe en metálico, facilitando, como teléfono clave, el del domicilio del capitán. Un número confidencial, únicamente conocido por sus más estrechos colaboradores y por el prefetto.
El vuelo, con la compañía British Airways, se hallaba abierto, tanto en el trayecto de ida -Londres-Nairobi- como en el retorno: Nairobi-Londres.
El insólito regalo -por encima de los dos millones de liras- vino a incrementar el ya abultado capital de las interrogantes.
¿Por qué Nairobi?
¿Qué relación guardaba con el libro rojo.
¿Quién era aquella enigmática monja?
¿Cómo había obtenido el teléfono privado?
La filtración -apostaron- tenía que proceder de la jefatura.
Y Ugo volvió a sonreír maliciosamente...
Fue preciso esperar a la mañana siguiente -con nuevas y calientes informaciones sobre la mesa del jefe de la brigada- para que Rossi y los suyos, al fin, empezaran a anudar algunos cabos.
Los escurridizos suecos -según los funcionarios encargados de su localización- habían abandonado el hotel Leonardo da Vinci, en la vía dei Gracchi, poco antes de la infortunada entrega del manuscrito a los falsos enviados del Vaticano.
El registro de la 721, sin embargo, obtuvo un discreto éxito.
Aunque papeleras y ceniceros acababan de ser vaciados y la habitación aseada y dispuesta para un nuevo cliente, en uno de los pequeños cuadernos de notas -estratégicamente ubicado junto al teléfono- apareció algo que no escapó a los perspicaces policías.
El capitán inspeccionó la hoja. Leyó el membrete del hotel, estampado en la esquina superior izquierda, y trató de descifrar los signos grabados en el papel.
Fue inútil. Se hallaban en un idioma desconocido para él.

Alguien había garrapateado sobre el bloc y las palabras -por simple presión- fueron transferidas a la siguiente hoja.
La frase en cuestión aparecía impresa en diagonal.
Y Ugo, haciéndose cargo, encomendó el asunto al servicio de Identificación.
Acto seguido -por consejo de Rossi- destacó a dos de los funcionarios al mencionado hotel, con la misión de peinar de nuevo la habitación, a la caza de huellas.
Minutos más tarde -reflotadas las palabras- la brigada pudo extraer algunas conclusiones. No demasiadas.
Se trataba de una suerte de clave o contraseña -en sueco- y escrita, muy probablemente, por un individuo zurdo. Pero ni Ugo ni Rossi supieron cómo interpretar aquel nuevo enigma.
En Masai Mara -decía la traducción- los hipopótamos trompetean al amanecer.
Y la discusión derivó hacia lo único medianamente transparente. La escritura sólo podía ser obra de uno de los hombres que buscaban.
¿Thomas Lindom?
De acuerdo con la filiación proporcionada por la embajada, aquel policía era zurdo.
Treinta minutos después, el febril Gasparetto acortaba distancias.
La referencia a las famosas tribus masai -afincadas en la actualidad en Kenya y Tanzania- fue decisiva.
Masai Mara era el nombre de una enorme reserva natural, al oeste del territorio keniata y relativamente próxima al lago Victoria.
Y Ugo, levantando los ojos de la enciclopedia, añadió triunfante.
-Mara es el río que discurre a través de sus mil quinientos treinta kilómetros cuadrados...
Aquello los aproximó al resto de la sentencia. En dicho río tenía que haber hipopótamos. Unos animales que seguramente trompeteaban al amanecer.
Ahí moría todo el leal saber y entender de la brigada. Francamente, tampoco era como para dar saltos de alegría...
¿Qué había querido expresar Lindom -o su comunicante- con aquella alusión a Masai Mara?

Y, sacudido por uno de sus chispazos de genialidad, el teniente se precipitó sobre el teléfono, solicitando una conferencia.
-Nairobi. Número 332372... Eso es... o terminado en tres.
Instantes más tarde, una voz femenina -en inglés- atendía la llamada.
-Aquí Rhino Safaris. Dígame...
Ugo sonrió satisfecho. Primer acierto.
-Señorita -sondeó-, tengo entendido que ustedes organizan cacerías...
-No exactamente, señor -corrigió la mujer con firmeza-. Nuestra agencia sólo admite safaris fotográficos y circuitos turísticos. ¿Está interesado por alguno en particular?
-Sí, por supuesto -improviso Ugo-. Por uno muy particular...
-Le escucho.
Y el teniente tensó la cuerda:
-Verá, señorita... Me han hablado de Thomas Lindom...
-Sí -confirmó su interlocutora-, uno de nuestros guías...
Un guiño advirtió a Rossi. Segundo acierto.
-Pues bien -continuó el teniente calculando cada palabra-, desearía contratarle...
-Entiendo. Un momento, por favor... La inesperada pausa le hizo dudar. Y, sintiéndose perdido, solicitó el concurso del capitán.
-Adelante -le animó Rossi-. La idea de un safari puede servir.
-Oiga...
-Le escucho -replicó Ugo fingiendo seguridad-. ¿Es posible?
-Me comunican que Thomas se halla ausente.
Tercer acierto.
-¿Y qué me dice de Steffan Bránkar?
-Lo siento, señor -simplificó su informante-. Ambos se encuentran en el norte, en el lago Turkana. Partieron hace tres días con un grupo de biólogos. No regresarán hasta dentro de una semana.
-¿Está segura? -solicitó el confuso teniente.
-Completamente. Ayer mismo hablé con Thomas. Se disponían a ascender al cráter Kulal... Si lo desea podemos ofrecerle los servicios de otros guías...
-Está bien -concluyó Ugo, fulminado por la aclaración- Muy amable. Volveré a llamar...

Rossi, comprendiendo la desolación de su ayudante, buscó el lado positivo de la extraña historia.
-Veamos. Confirmados el número telefónico y la indudable relación con los nombres mencionados en el anónimo. En cuanto al pasaje de avión, digamos que encierra una cierta lógica.
El problema, ahora, es otro.
¿Esos guías son los individuos que, hace apenas veinticuatro horas, abandonaban el hotel Leonardo da Vinci? ¿No te parece extraño? Una de dos: o los Lindom y Bränkar que perseguimos están usurpando la identidad de otras personas o alguien miente...
Lo que está claro es que no pueden estar en Kenya y en Italia al mismo tiempo. A no ser que estemos asistiendo a una fantástica coincidencia.
-Tú lo has dicho -asintió Ugo, más reconfortado-. Una duplicidad tan increíble que debería calificarse de milagrosa.
-Bien -le invitó Rossi-, sigamos tirando del sedal...
Y, dirigiéndose a sus hombres, ordenó que verificasen las listas de pasajeros de todos los vuelos con destino a Nairobi, despegados de Roma en las últimas horas.
La operación no fue laboriosa.
Las primeras consultas -cerca de la compañía Alitalia- hicieron diana. Y las sospechas de Rossi tomaron alas.
Los súbditos suecos habían partido de Fiumichino el día anterior, miércoles, a las 20 horas, en el vuelo regular AZ.804. El aterrizaje en Nairobi -previsto para las
07.10- acababa de producirse sin novedad.
-Obviamente -bramó el capitán- alguien trata de confundirnos.
Y, aguijoneado por la intuición, desechó temporalmente la hipótesis de la casualidad.
Thomas Lindom y su cómplice, Steffan Bränkar, tenían que ser los guías que operaban en Kenya. Quizá la agencia turística sólo fuera una tapadera.
Y al hilo de esta tesis, ante su propia sorpresa, terminaron rodando hacia un nombre que, instintivamente, habían repudiado una y otra vez.
Los Tres Círculos.

Los hechos cantaban. A pesar de las reticencias de Rossi, la limpieza a la hora de recuperar el libro rojo -con la posible presencia del mismísimo coronel Hoffmann en las narices del prefetto- era sospechosamente similar a la demostrada por la organización en las restantes operaciones, descritas en dicho diario.

Y lo mismo podía decirse de la audaz entrega del sobre lacrado, en pleno sanctasanctórum del jefe de la Seguridad Vaticana.

En principio, estos sucesos presentaban un sello común. Un estilo inconfundible y, por si fuera poco, unos nombres y un objetivo -el manuscrito- que se repetían en ambos casos. Algo que no se daba en los restantes sospechosos.

El Vaticano -no lo dudaban- podía haber intervenido, al más alto nivel, con el fin de estrangular las investigaciones policiales. Pero ¿tenía sentido que se arriesgaran a introducir dos falsos sacerdotes en la Prefectura -uno de ellos policía extranjero-, sabiendo que, tarde o temprano, serían desenmascarados? Lo lógico, puestos a especular, es que se hubieran servido de auténticos sacerdotes...

Que algunos purpurados fueran corruptos no significaba que carecieran de inteligencia.

Los Tres Círculos. He ahí su objetivo.

Y Ugo dejó caer la gran pregunta:

-¿Por qué?

Rossi se apresuró a corregirle:

-¿Por qué a nosotros? Si Hoffmann ha recuperado el libro rojo, ¿qué pretende enviándonos el anónimo?

-Huelo las trampas a una milla -anudó el teniente-. Y esta invitación resulta demasiado apetitosa. Demasiado fácil...

El capitán, asaltado por un presentimiento, cabeceó como un buque.

-Una pista demasiado dulce -farfulló Ugo-. Y puede que lo de Masai Mara sea la guinda...

-Demasiado sutil -afinó Rossi, dando un vuelco al paisaje-. ¿No lo ves?

-No te comprendo.

-Es fácil. Lanzan un cebo. Una camada tan llamativa que ni el más novato se la tragaría. Proporcionan las identidades de los

que retienen el manuscrito, el contacto en Kenya y, para colmo, hasta un billete de avión...
En otras palabras: una confidencia perfecta. Como bien dices, demasiado perfecta. Algo ocultan. Quizá lo que verdaderamente persigan es que olvidemos Nairobi y a los suecos.
El teniente rechazó la propuesta:
-No. Si la mente de ese coronel Hoffmann es como la has dibujado, tiene que asistirle otra razón. Un motivo más tenebroso e importante. El instinto me avisa: creo que estamos asistiendo a los preparativos de una ambiciosa operación...
Y Rossi rememoró uno de los oscuros pasajes de aquel libro rojo.
Nuestra segunda y secreta meta -paradojas del Destino- depende ahora de sus deseos de seguir viviendo...
¿A qué se refería el autor del manuscrito ¿Qué maquinaba la diabólica organización?
-Y bien -le apremió Ugo-, ¿qué sugieres?
Pero Rossi, encaramado en un inquietante silencio, no replicó. Y su mirada -bombeando hielo- hizo temblar al pelirrojo.
-¿Qué tramas?
-¿Estarías dispuesto a ocupar mi lugar?
El teniente, conocedor de los escasos pero temibles golpes de timón de su jefe, se agarró a la silla.
-Les haremos creer que hemos mordido el anzuelo.
Y, acariciando la luminosa calva, prendió un primer cartucho.
-Rossi no irá a Kenya...
Ugo, adivinando, incendió el resto del polvorín:
-Pero el tonto de Gasparetto sí...
Las protestas nacieron muertas.
-Lo arreglaré con la jefatura -le desmontó Rossi sin ocultar su regocijo-. A partir de ahora, los suecos y el libro rojo son tuyos. Naturalmente utilizarás otro pasaje de avión.
-¿Y tú?
-Seguiré al frente de las investigaciones. De momento aquí, en Roma. Después, ya veremos...
Quizá haga algunas excursiones. Checoslovaquia, Suiza, España... Intuyo, además, que ha llegado la hora de celebrar una larga entrevista con un misterioso amigo: el cardenal Lomko...

Está decidido.
La conversación fue interrumpida. Uno de los funcionarios, presa de gran excitación, irrumpió en el despacho con un puñado de fotografías.
-Capitán -le abordó entregándole las imágenes-, creo que debe ver esto…
Rossi examinó las copias en blanco y negro, leyendo el informe adjunto.
Y alzando los ojos preguntó:
-¿Lo han comprobado?
-Varias veces. No hay posibilidad de error.
Y Rossi, mostrando la documentación a su ayudante, comentó desalentado:
-Más problemas…
Ugo leyó en voz alta y comprendió los temores de su amigo.
-En conclusión: las pruebas efectuadas por el laboratorio demuestran que el polen hallado en las ropas del cadáver procede de Israel. Tanto la Acacia albida como la Fagonia mollis son plantas desérticas. Ninguna crece en Italia…
El teniente interrumpió la lectura. Y llevó el agua a su molino:
-En todo caso, un problema que abona nuestra tesis. ¿Cómo ha llegado ese polen a la sotana del Papa?
Rossi, absorto en las espectaculares ampliaciones, le dejó proseguir:
-Muy simple. Quizá proceda de las ropas del asesino. Quizá fue trasvasado por contacto durante la maniobra de carga y transporte del cuerpo.
-Ugo Gasparetto, alias quizá -le reprochó el capitán-, ¿y qué me dices del segundo hallazgo?
El teniente buscó en el informe de lofoscopia.
-En los exámenes -leyó- han sido detectados también pelos de diez centímetros de longitud y noventa micras de diámetro, sin médula y con los extremos desflecados, característicos del sexo femenino…
E impetuoso aventuró una explicación:
-¡Las monjas!
-Querido Ugo -le amonestó Rossi-, sigue leyendo…
-Los cabellos pertenecen a una mujer rubia…
-¡Mierda! Las religiosas de la tercera planta son morenas.

-Exacto -remachó el capitán-. Entonces, dime: ¿a quién corresponden esos pelos? ¿Al supuesto asesino? ¿o eran dos los individuos que penetraron en la capilla? ¿Quién de ellos le golpeó?
Pero éstos, estimado pelirrojo, son ahora "mis" problemas. Los tuyos aguardan en África...

NAIROBI

Tres semanas más tarde...
23 horas.
Ugo Gasparetto sacudió sus ropas. Y aquel condenado polvo rojo de la sabana le envolvió fugazmente. Jeremiah Mabwai, el servicial guía masai, sonrió burlón. Y, arrancando el motor, se despidió con una advertencia.
Abandone, amigo...
Pero, a pesar del nuevo fracaso, el teniente se mantuvo firme:
-Regresaré con él Jeremiah..., o no regresaré.
Y el jeep, perdiéndose en el escaso tráfico de la capital keniata, le dejó en la incómoda compañía de sus locas cábalas.
Ascendió los escalones y penetró en el hall. Una rápida inspección le tranquilizó. El Hilton aparecía desierto.
Caminó hacia el mostrador de conserjería y, al solicitar la llave, al igual que en las noches precedentes, formuló la misma pregunta:
-¿Algún mensaje?
El empleado despegó la vista del periódico. Le dio la espalda y, en un gesto mecánico, examinó el casillero de la 301. Y en treinta segundos -quizá menos- todo se vino abajo.
Ugo, atraído por los llamativos titulares de la primera página del Kenya Times, leyó distraídamente. Y la noticia le fulminó.
-Su llave, señor. Hoy si tiene un aviso...
Y ajeno a cuanto le rodeaba, volvió a leer la espectacular tipografía:
JOZEF LOMKO: NUEVO PAPA.
Y aplastando el diario, estalló:
-¡Maldito Hoffmann!... ¿Cómo no imaginamos un final así?

En Larrabasterra, siendo las 12 horas del 20 de enero de 1992.